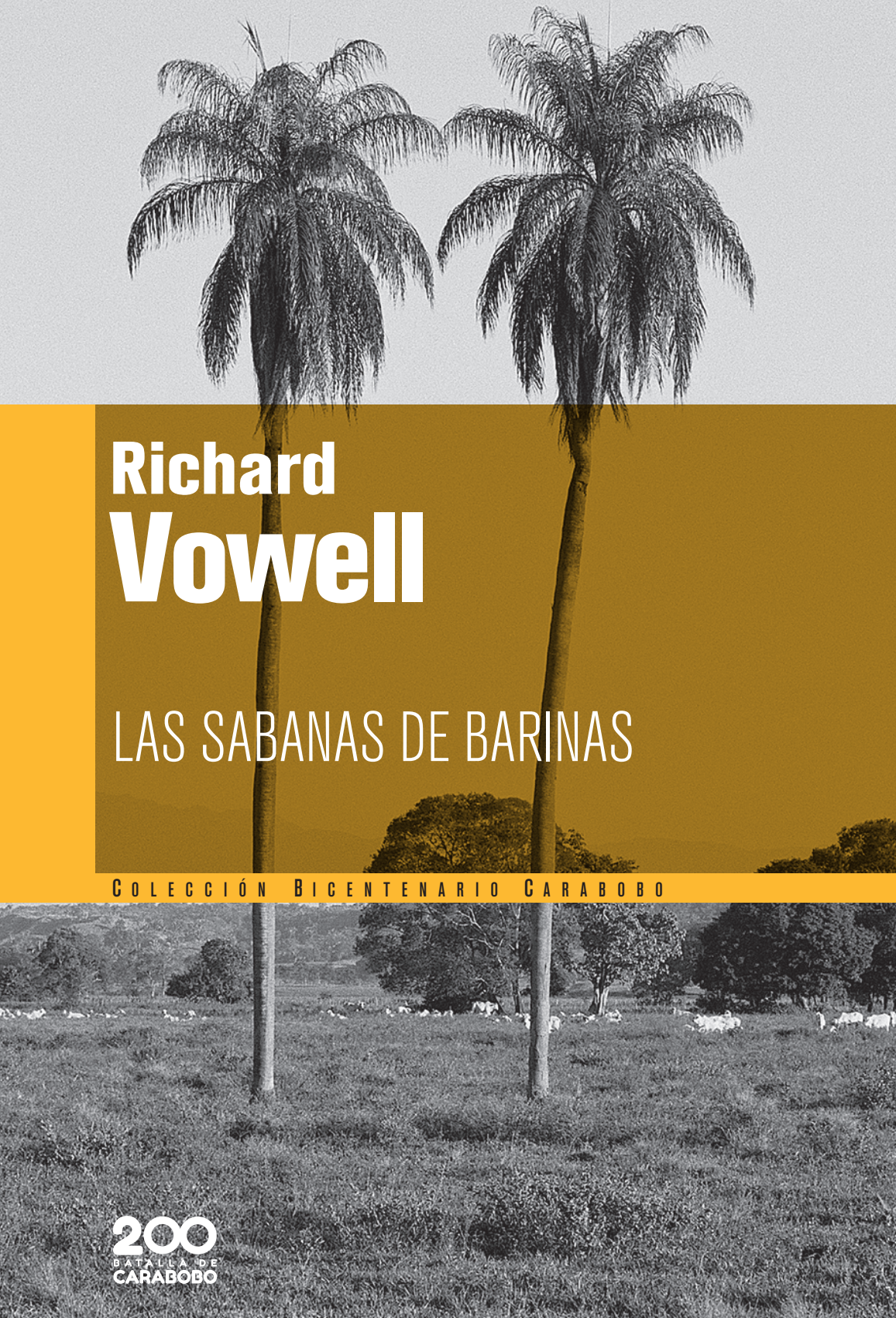

Richard Vowell

LAS SABANAS DE BARINAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200 BATALLA DE CARABOBO

Richard Vowell Nacido en Bath, Inglaterra en 1795, fue uno de los voluntarios extranjeros que desembarcaron en Angostura en enero de 1817 para luchar por la Independencia de Venezuela. Fue miembro de la Guardia de Honor de Simón Bolívar y estuvo también bajo el mando de José Antonio Páez. Participó en el paso de los Andes y en la liberación del Sur. En 1822 partió a Chile, donde sirvió en la marina. Regresó a Inglaterra en 1833, donde murió en 1837. Sus memorias se publicaron anónimamente en 1831, sin el nombre del autor y en tres volúmenes, de los cuales *Las sabanas de Barina*s es el tercero.

« *Sabanas altas frente a la cordillera andina (detalle).*
Estado Barinas. Venezuela, 2009.
Fotografía de Rodrigo Benavides

200
BATALLA DE
CARABOBO

31

Las sabanas de Barinas

Richard Vowell

Colección Bicentenario Carabobo

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico–militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Las sabanas de Barinas

Richard Vowell

Contenido

11 **Introducción**

19 **Capítulo I**
Los llaneros. Una invasión

27 **Capítulo II**
El río. El piquete avanzado

33 **Capítulo III**
Narración del criollo realista

47 **Capítulo IV**
Alarma. Los lanceros de Páez. Conflagración

57 **Capítulo V**
Continúa la narración del criollo realista

69 **Capítulo VI**
La retirada de los emigrados

75 **Capítulo VII**
El espectro de Los Andes

87 **Capítulo VIII**
El campamento patriota. Ataque nocturno. Guerra a muerte

101 **Capítulo IX**
El mercader ambulante. El festín llanero

107 **Capítulo X**
Noticias de Angostura

117 **Capítulo XI**
Narración del pescador del Orinoco

137 **Capítulo XII**
El Orinoco. Bolívar. El huracán

147 **Capítulo XIII**
Los maromeros. La carta. La deserción

157 **Capítulo XIV**
Un jefe patriota. Emboscada

167 **Capítulo XV**
La cita

177 **Capítulo XVI**
Cacería de tigres y jabalíes

189 **Capítulo XVII**
La fiesta. Cantos Nacionales

199 **Capítulo XVIII**
Narración del mayordomo

209 **Capítulo XIX**
Narración del jefe de guerrilla

227 **Capítulo XX**
El refuerzo. La partida

235 **Capítulo XXI**
Los emigrados. Amor contrariado

245 **Capítulo XXII**
Chanabilú y Ancafilas, o los Jesuitas del Orinoco

257 **Capítulo XXIII**
El puente del Brujo. La derrota

269 **Capítulo XXIV**
El consejo de guerra. Cuartel General Español

277 **Capítulo XXV**
La marcha. El ataque. La nota.

285 **Capítulo XXVI.**

289 **Notas marginales**

Introducción

Casi todos aquellos legionarios británicos que llegaron al país invitados por Bolívar, con el fin de construir una disciplinada infantería capaz de luchar con la peninsular de Morillo, escribieron recuerdos, apuntes y memorias, que han venido a construir actualmente, época en que la sistemática moderna exige en lo que a historia se refiere relaciones presenciales, una fuente de inagotable interés.

Estas memorias de oficiales británicos tienen en su mayor parte la indiscutible ventaja de la imparcialidad, junto a un necesario alejamiento de compromisos personales, sociales o de terruño, cualidades estas que han contribuido a darles a sus descripciones toda la fuerza y el interés de una pintura viva, colorida, sobresaliente en rasgos ingenuos, que muestran al lector personajes sencillamente humanos, desprovistos de toda premeditada mística, hablando con ese natural lenguaje de los hombres moviéndose con absoluta libertad en toda la amplia extensión de su ambiente.

Entre este grupo de heroicos narradores está el autor del presente volumen, el capitán Vawell o Vowell, de quien, a pesar de lo discutido de

su paternidad literaria, nosotros, por razones que no queremos detallar en estas cortas líneas, lo reconocemos como tal. El capitán Vawell, a través de todo su libro, posee la hábil técnica literaria de mantener un verdadero interés, de trama, sin salirse del cuadro histórico de la época, no decayendo en ningún momento, renovando constantemente lo descrito con diversidad de personajes, con nuevas narraciones, con movidas batallas, con desaparecidas leyendas.

El autor llegó a nuestra patria por los años del 17 al 18, cuando se estaba escribiendo en los llanos la página más epopéyica de la historia de la Emancipación de Venezuela. Es así que el marco de sus narraciones es el de la guerra misma. Va en sinuoso triángulo desde el vértice de Caracas a la selva de San Camilo, por una parte, y al Orinoco y a la Guayana por la otra, cerrándose en una línea de caballos y de lanzas en el Meta, arriba de las sabanas del Casanare. Allí es el escenario. En la garganta roja de la Puerta revienta Morillo al frente de la caballería española anegando en su muerte las tropas patriotas y más allá, en declive de los montes, cuando el llano se abre, está Páez, guerrillero infatigable, con sus triquiñuelas geniales. Y todo obedece a un concierto de libertad, de libertad infinita mientras la montonera social, armada de esperanza, canta a ese inconstante e inmenso visionario, símbolo de nuestra Libertad:

Mi general Bolívar tiene un caballo
Que entre la pelea parece un rayo
Vaya, Vaya, Vaya, parece un rayo.

Mi general Bolívar tiene en la espada
un refrán engravado: muera la España,
vaya, vaya, vaya, muera la España,

Por otra parte el capitán Vawell fue también autor de *Campañas y Cruceros,* interesante odisea por Tierra Firme donde el autor hace un detenido recuento de sus propias aventuras. Pero este libro, en comparación con *Las Sabanas de Barinas*, adolece de cierta falta de amplitud, ya que el volumen por nosotros publicado posee la innegable cualidad de la extensión, pues el autor no se contenta con describir sus propias impresiones, sino que también describe las de otros y con una habilidad de cuentista oriental va desgranando un colorido collar de los seres humanos donde se encuentra el fraile, el mayordomo, los salteadores, el esclavo, los llaneros, el señor y el prócer y otros más, y muchísimos más que al ir exponiendo la narración de sus propias vidas no hacen otra cosa que historia de Venezuela, con un lenguaje claro y sencillo.

Al leer este libro veremos cómo el autor, con delicada oportunidad irá intercalando con las narraciones heroicas una hermosa leyenda o una historia olvidada, sin salirse del marco de una hilada concordancia, efectuando la unión de lo sucedido con lo imaginativo, la fábula con la batalla. O también encontraremos el paisaje descriptivo, la sabana inmensa, los picos andinos, los poblados, los ríos, con sus detalles íntimos, el verde del agua, la rosa, la neblina. La vida de la llanura vive intensamente, el polvo, el sudor, la potrada, la lanza, la maldición y las canciones guerreras van modulándose a través de las páginas.

Por donde quizás reside una de las mayores facultades del capitán Vawell es en un dibujo físico de las personas. Y así vamos a encontrarnos en el capítulo IV con un José Antonio Páez, caudillo supremo de las montoneras republicanas, que desde un lejano recodo del libro viene a nosotros montando en un "corcel rucio pavón, con crines y cola flotantes, porque los llaneros no acostumbraban

desfigurar sus caballos cortándoles las cerdas, su traje era análogo al de sus compañeros de armas y consistía simplemente en una camisa abierta de cuello y pechera y mangas muy anchas, y calzones sueltos de algodón blanco que le llegaban un poco más debajo de la rodilla. Tenía las pantorrillas al aire y los pies descalzos, pero llevaba una espuela de plata maciza con agudas rodajas, como de cuatro pulgadas de diámetro. Cubría su cabeza un sombrero de copa baja, tejido con hojas de palmeras y provisto de una ancha cinta azul, atada bajo la barba a guisa de barboquejo".

La pintura no puede ser más interesante y colorida, pues nos ofrece, además, un bonito retrato, la silueta cerrera del célebre "taita" llanero, que hasta nosotros llega, fresca, viva, tal como la vieron en aquellos heroicos tiempos sus valientes lanceros.

Pero este libro no ofrece solamente pinceladas mudas y paisajes emotivos, sino también material abundantísimo para el investigador de los fenómenos sociales, muy principalmente dentro de los hombres que hicieron la emancipación de los llanos.

Y así encontraremos que la mayor parte de esos rudos y valientes guerreros que se destacaron con Páez, o que simplemente estuvieron a sus órdenes acompañándole en las más heroicas campañas de Venezuela, no eran otros que los restos de la gran resaca revolucionaria de 1814. Pues, muy hábilmente, el Centauro de los llanos supo prometer y repetir los mismos lemas y reivindicaciones sociales que hicieron de José Tomás Boves "el primer caudillo de la democracia venezolana", logrando reunir alrededor de su formidable lanza toda esa aguerrida masa humana que luego en Carabobo y en Caracas iría a establecer la bases más seguras y estables de la Independencia nacional.

La insurrección del año catorce tiene especial interés, y es de destacar, entre otras cosas, la participación de las masas populares en la

lucha de emancipación, emancipación a la cual ellas indirectamente contribuyeron con su aporte igualitario, con su anarquía social, pues la muchedumbre venezolana que aparentemente luchó por "el orden, la religión y el Rey" no hizo otra cosa que asestar uno de los más duros golpes al orden estructural fundado por los españoles en trescientos años del colonialismo sostenido.

Por esa razón comprendemos cómo los mismos españoles comienzan a temblar y a renegar de sus "fieles realistas" cuando ven acercarse a las ciudades turbas terribles armadas de lanzas ensangrentadas que queman y destruyen todo lo que ven, todo lo sagrado, lo tradicional, y que, contrariamente a las fuerzas patriotas, no llevan como jefes a ricos hacendados ni distinguidos militares, sino que van comandadas por una oscura gavilla de capataces, pulperos, esclavos y contrabandistas quienes están dispuestos, inconscientemente, a echar las bases de una sociedad igualitaria.

Es a raíz de ese año catorce, luego del lanzazo de Urica, que la Península decide enviar una expedición "pacificadora" para contener los democráticos realistas de ese lado. Y es precisamente en esa época cuando la revolución pierde el sentido de lucha de clase entre venezolanos, para unirse contra el enemigo común, dando al traste con los planes peninsulares.

Y viene a ser Páez el punto de unión de esas dos fuerzas adversas, la dirigente de rasgos mantuanos, representada por Bolívar, y la montonera proletaria y anárquica. Esa unión se efectúa, mejor dicho, ese compromiso momentáneo se efectúa cuando está el capitán Vawell en Venezuela, de aquí que sus descripciones tengan un gran interés para conocer ese momento histórico.

Pero ese Páez sencillo que conoce y nos pinta el capitán Vawell no es el mismo Páez de la dirigencia de la República, rico propietario,

ciudadano esclarecido, soporte principal de la sociedad feudal. Por eso, entre uno y otro Páez hay una gran diferencia. Y de esa época parte la causa y el origen de la continuación sorda y descarada de la lucha interrumpida en Urica, por el histórico lanzazo y luego por el cambio radical de Páez, reivindicaciones insatisfechas, que han ido exteriorándose en toda ocasión propicia y que al truncarse han producido toda esa serie de desastres de nuestra atrasada evolución social.

Por esa razón, el Páez cadillo de llaneros y guerrilleros, invencible, que encontramos en estas líneas y que fue el único conocido por el capitán Vawell, es el verdadero Páez de nuestra historia social, a quien rendimos un fervoroso homenaje, no solamente por haber sido el más fantástico guerrillero que la Historia haya visto, sino porque él contribuyó poderosamente con sus acciones heroicas a formar el sentido de nuestra nacionalidad.

* * *

La primera y única edición ingles del libro del capitán Vawell tuvo como título *The savannes of Varinas*, título este traducido en la edición en la lengua castellana publicada en Caracas por la Editorial Cultural Venezolana, quien fue la primera en dar a conocer por nuestras tierras tan interesante como olvidado relato.

Hemos tomado nosotros de la agotada edición venezolana su composición interna, lo mismo que muy cuidadosamente hemos dejado, tal como estaban, las notas marginales que hizo de ella el traductor, ya que dichas notas nos han parecido claras, explicativas, llenando perfectamente su cometido. Para terminar recomendamos una vez más a lectura de este libro a todo aquel que esté ávido de impresiones

venezolanas, o que simplemente busque lo emotivo, lo científico o lo bello, ya que a través de *Las Sabanas de Barinas* encontrará una fuente inagotable de historia, de novela y de poesía.

Juan Uslar Pietri

Bad Liebenzell, Selva Negra, en verano de 1952

Capítulo I

Los llaneros. Una invasión

Ayer no más estaba tan quieta y silenciosa esta vasta llanura que no podía oírse ni un rumor, fuera del lejano torrente o del martín rosa cazando en la espesura. ¡Pero ahora cuánta confusión! Aclamaciones, risas y gritos se mezclan en el viento al relincho de los caballos:

Un ejército arrullado por la victoria se mantiene aquí firme para aniquilar a los rebeldes.

Profeta anónimo de Khorassan

Los habitantes de las llanuras de Barinas recordarán por mucho tiempo el año de 1818, como una época durante la cual los horrores que invariablemente acompañan a la guerra civil, bajo cualesquiera circunstancias, fueron experimentados por ellos con mayor intensidad que en cualquier otro periodo de la agitada revolución de Venezuela. Las asoladoras luchas de los bandos patriota y realista, que combatían uno y otro por el triunfo con la ferocidad implacable que parece caracterizar especialmente los conflictos entre naciones que descienden de los abuelos comunes y que hablan una misma lengua, habían sido confinadas hasta entonces, en gran parte, a las comarcas más populosas y mejor cultivadas del país, que eran los valles entre las montañas. La amplia extensión de sabanas sin caminos, que los nativos llaman *Los Llanos* y que se extiende entre los ríos Orinoco y Apure, cortados en cada estación de lluvias, no ofrecían para intentar la invasión nada más atractivo que los novillos y caballos salvajes que abundan allí.

Los *Llaneros* —los hombres de las sabanas—, raza sencilla y pacífica, vivían en familias separadas, cada una bajo un jefe común, a usanza

de los antiguos patriarcas. Habitaban *hatos* remotos, o granjas, de ordinario situados a muchas leguas unos de otros con el objeto de que sus respectivos rebaños tuviese mayor extensión de pastos y al propio tiempo para evitar la intromisión dentro de los linderos del vecino, cosa que no podía impedirse de otro modo en un país donde las cercas y aún las marcas de límites son del todo desconocidas. Las ocasiones de choque entre los peones de diversas familias eran por consiguiente raras en extremo mientras la inagotable abundancia de ganado salvaje y la facilidad con que en todo tiempo podía obtenerse caballos y vacas y para el uso y subsistencia de los habitantes, o daban lugar a piques ni móvil para actos de agresión o violencia. Por lo demás resulta evidente para un observador atento que la templanza de costumbres, característica de los llaneros de Barinas, no obedecían a apocamiento del espíritu, sino que era consecuencia natural del constante trato en que los jóvenes vivían con los mayores de su familia, a quienes estaban acostumbrados a rendir obediencia implícita y en cuya presencia adoptaban habitualmente una actitud respetuosa y tranquila.

Aunque usualmente se les llama pastores y se les considera como tales, sus hábitos y sistema de vida eran en realidad los del cazador, porque siendo del todo salvaje el ganado que constituye su única riqueza, el trabajo requerido para recogerlo y arrebañarlo en la vecindad del hato era necesariamente violento e incesante. Constante ejercicio a caballo; noches pasadas en vela para guardar el ganado, proteger los becerros y potros contra panteras y jaguares y una indiferencia adquirida contra los rigores del tiempo, todo ello había contribuido ya a prepararlos para la igualmente ruda profesión de las armas. Por de contado, al interrumpir la guerra la comunicación entre los Llanos y la costa marítima de Caracas, quedando paralizado su tráfico habitual de mulas, cueros y sebo, sintiéronse inquietos e impacientes por su desacostumbrada inactividad. Todos cuantos eran capaces de llevar una lanza acudieron

en masa a enrolarse bajo la bandera de su paisano José Antonio Páez, quien ya había se había distinguido por su valentía y éxito, como jefe de guerrilla, y quien tuvo poca dificultad en disciplinar tan valiosa recluta y en hacer de ellos buenos soldados en el campo de batalla.

Las familias de los *llaneros*, que aún permanecían en casa aunque abandonadas por los más jóvenes, no corrían peligro de padecer necesidad, porque los viejos y los muchachos, que muy a pesar suyo se quedaban rezagados, eran capaces de abastecerlas con largueza escogiendo de vez en cuando alguna ternera cerril en el rebaño próximo, la cual, atada con el lazo certero, traían a la cola de sus caballos como provisión para el hato. Sin embargo, los amigos de aquellos que habían tomado armas sentían la separación mucho más de lo que hubiera ocurrido probablemente si el país que los rodeaba hubiese sido más populoso, porque en su vida de apartamiento la ausencia de un solo individuo dejaba un vacío sensible en el círculo familiar, y a causa de su casi aislada situación era probable que tuviesen poca o ninguna noticia relativa a los sucesos de una guerra en que por vez primera comenzaban a tomarse un profundo y doloroso interés.

A principios de este año, Bolívar había padecido una serie de derrotas en La Puerta, Rincón de los Toros y Ortiz, por lo cual el ejército patriota se había debilitado mucho, hasta verse obligado últimamente a retirarse de la provincia de Caracas al interior de Barinas. En consecuencia, el general en jefe español, don Pablo Morillo, hubo de seguirlo a los Llanos con una fuerza formidable y confiando en la posibilidad de destruir en una campaña los restos de los *insurgentes,* a fin de que sus jefes desistiesen de incorporarse otra vez a una causa tan desesperada. Como Bolívar sabía muy bien que su ejército, extenuado por bajas y enfermedades y desalentado por frecuentes reveses, era incapaz de ofrecer ninguna resistencia efectiva al temido ataque, determinó confiar la defensa de las llanuras a Páez y a su caballería, retirándose con el resto

de las tropas patriotas, consistentes en infantería y artillería, al establecimiento de misiones Los Capuchinos, situado en la margen opuesta del ancho y rápido Orinoco.

La alarmante nueva de la próxima invasión española se extendió con velocidad por las pequeñas aldeas y haciendas de las orillas de los ríos que separan las llanuras de los distritos montañosos. Los habitantes de estos, muchos de los cuales estaban en algún modo ligados a los patriotas, tenían buenas razones para temer la llegada de Morillo y de su inmisericorde tropa de invasores; huyeron con precipitación a refugiarse en los hatos, en el fondo de las sabanas; su arribo fue saludado como un evento feliz por los sencillos y hospitalarios llaneros, quienes encantados con tan insólita e inesperada visita no experimentaron el más leve temor de que ellos también se verían pronto compelidos a huir ante el azote de la guerra. No fue sino al recibir noticia de que la ciudad fortificada de San Fernando de Apure, única plaza importante en los Llanos, había sido reducida a cenizas, cuando vinieron a darse cuenta de la posibilidad de que un ejército invasor penetrase hasta sus remotas viviendas.

Escaso número de ellos había ocasionalmente visitado a San Fernando con motivo de las festividades solemnes de la Iglesia, como en la Pascua de la Natividad y en Pascua Florida, trayendo al regreso tan exagerada idea de su fortaleza e importancia que la noticia de destrucción se consideró casi increíble. Finalmente despertaron de su engaño con la llegada a cada hato de unos cuantos llaneros que iban del ejército a quienes Páez, con la paternal solicitud de un jefe, había enviado para advertir a sus respectivas familias de la urgente necesidad de emigrar inmediatamente, y asimismo para que ayudasen al traslado de ancianos e inválidos a una región más inaccesible de las llanuras.

En verdad había llegado el momento preciso de asumir esta precaución, porque en diversos puntos del horizonte podían verse ya muy a las claras las columnas de humo que ascendían de los sitios donde antes

se levantaban las casas de los cercanos vecinos; y también comenzaban a aparecer en la sabana varias partidas de emigrados rumbo a los bosques ribereños del Orinoco, ya perceptibles en algunos lugares hacia el sur, y los cuales ofrecen en aquella ilimitada llanura la propia apariencia imprecisa entre nube y tierra que se observa a menudo en los mares del trópico. Estos fugitivos, cuando se detenían para reposar, propagaban la alarma de la invasión, ya comenzada en efecto, y aumentaban el pánico general refiriendo el difícil modo cómo escaparon de caer en manos de los españoles. Decían que Morillo había atravesado de improvisto el río Arauca por el paso de Merecure y que avanzaba lentamente con la intención manifiesta de infligir ejemplar castigo a las familias de los llaneros por el formidable refuerzo que ellos habían suministrado últimamente a la causa patriota.

El hato El Merecure, perteneciente al rico llanero Silvestre Gómez, y situado exactamente en el paso del Arauca por donde Morillo penetró en las sabanas burlando la vigilancia de Páez, fue por consiguiente el primero que saquearon y quemaron. La familia despertó a eso de media noche a causa del insólito ruido de las hachas en las selvas de la margen opuesta y pudo ver claramente, gracias a la luna de verano, que un destacamento enemigo estaba construyendo balsas en el arenoso embarcadero; también pudo oír distantemente el sordo murmullo que de modo invariable denota la proximidad de un gran cuerpo de soldados; y el ocasional roznido de las mulas, semejante al melancólico rebuzno del asno, mezclado con el relincho más alegre del caballo y con los diversos y confusos ruidos que produce el desmontar de la artillería y la descarga de bagajes, le cercioraron de que Morillo había escogido aquel desguarnecido y poco frecuentado paso para atravesar el río.

Silvestre Gómez y Felipe, su hijo mayor, estaban a la sazón ausentes del hato, pues algunos meses antes se habían incorporado a la célebre Guardia de Honor de Páez; el hijo segundo, muchacho de doce años

de edad, que había quedado en Merecure para cuidar a su madre, cogió y ensilló aprisa los pocos caballos que acertaron a estar paciendo cerca de la casa, y montando uno de ellos corrió a todo correr hacia el campamento patriota de Caujaral para llevarle a Páez la noticia de la feliz maniobra de Morillo; la madre y el resto de la familia huyeron hacia el hato de su pariente Juan Gamarra, sin tiempo para poner a salvo la más mínima cosa de su propiedad, excepto unos pocos ponchos o capas para hombre, con que se arropaban las mujeres y los niños, y ese tesoro del llanero que es la guitarra familiar.

La aparición de los fugitivos en el hato de los Gamarras con tan extravagante atavío y a hora tan inesperada, produjo verdadero espanto en sus primos, porque Paulita Gómez y sus hijos jamás fueron vistos por ellos, sino muy raras veces, si es que había sucedido así, excepto en las visitas, con sus mejores trajes y los regocijos de festivas reuniones, mientras ahora se les presentaban muertos de cansancio, demudados por el peligro reciente. El completo desorden de sus cabellos, respecto a lo cual las llaneras son habitualmente muy escrupulosas, y el descuido general de sus personas, causaban sorpresa entre todos e incontenible risa entre los chicos de ambas familias, que consideraban con alegría el proyecto de emigración sin ver todo ello sino algo semejante a una regocijada comparsa de Carnestolendas.

Al frente de la cabalgata venía Juanita Gómez, joven y vivaracha llanera que en vez de traje de amazona traía puesta una cobija de su hermano mayor, atavío de todo indispensable porque montaba a horcajadas (en una silla de hombre) con la abuela de la familia a las ancas. Sin duda la anciana se preocupaba más con la idea de aquella visita mañanera tan intempestiva en que la veían sin sus adornos habituales que por la pérdida de las propiedades de hacienda y de casa de acababan de padecer, pues se hallaba ya en ese estado de segunda niñez respecto al cual es difícil decidir si los ancianos merecen más bien que se les tenga lástima

por su chochez, o envidia por la aparente y absoluta indiferencia con que soportan toda pena, por nueva y sorprendente que pueda ser para los demás.

Seguían la madre en su caballo de silla favorito, con un niño dormido en el regazo; y una vieja yegua a cuyos anchos lomos ataron de prisa algunas mantas, en lugar de silla, conducía tres bribonzuelos de tez bronceada, como la de los indios, por su constante exposición al sol y al viento de la sabana. La ingenua alegría de estos últimos formaba hondo contraste con la grave actitud de la abuela y la viva ansiedad de la nuera.

Mercedes Gamarra, mujer de mediana edad, y sus tres hijas mayores, recibieron a sus primas a las puertas del patio de la casa, con muchos abrazos e impacientes preguntas sobre lo que les había sucedido. Paulita Gómez les dijo en pocas palabras que habían huido al ver que los realistas hacían preparativos para pasar al Arauca, agregando que menos de una hora después de salir del paso de Merecure vio las llamas que se elevaban del hato y que antes de apuntar el día tres fogatas en la proximidad del río la convencieron de que la obra de destrucción había comenzado ya.

Ambas familias convinieron en que era de absoluta necesidad alejarse rápidamente del teatro de la guerra, pero determinaron esperar hasta el otro día, seguras de que sus maridos o sus hijos llegarían pronto para ayudarlas en la fuga.

N. del T. Las palabras y frases españolas en bastardilla (cursiva) aparecen así en el original inglés.

Capítulo II

El río. El piquete avanzado

La mañana surge suave y radiosa de su velo gris, y la siesta verá un día sofocante. Cabalgad, espolead, batid la llanura para que el fugitivo huya en vano.

Sitio de Corinto

El paso de Merecure por donde el ejército español estaba penetrando en las sabanas no ofrecía a los ojos de un observador superficial nada más que un cuadro de bullicio y desorden; sin embargo el esguazo del río era dirigido por el veterano general Morillo, con ayuda de sus compañeros La Torre, Morales y Calzada, y con precisión y regularidad militares. Ellos atendían en persona y en diversos puntos el embarco, desembarco y subsecuente formación de las tropas, operación esta última que por ser de suma importancia dirigía el propio Morillo, porque se esperaba por instantes un ataque de Páez y sus llaneros.

Los realistas no habían podido procurarse bote alguno ni era posible traer pontones desde el Cuartel General de Caracas, a través de las angostas gargantas de Villa de Cura y por los quebrados caminos montañosos que conducen de Parapara a la región de los Llanos. En un desembarcadero fronterizo a la casa del hato y como un tiro de fusil más arriba del paso se ocupaban activamente en construir balsas un destacamento de *bastidores* o explotadores, cuyas severas facciones gallegas acentúan su ferocidad con los largos mostachos y amplias barbas que

usa siempre esta clase de soldados españoles[1]. Grandes troncos de madera arrastrados por las aguas y que las periódicas inundaciones habían echado a la orilla, donde los secaran lo ardientes rayos de un sol cenital, proveían a los trabajadores de abundantes materiales con solo despojarlos de las ramas y reducirlos al tamaño requerido. Sobre los maderos se ataban de través gruesas varas de bambú, asegurándolas con correas de cuero crudo, procedentes de la piel de los novillos matados para alimentación del ejército. Por este medio se fabricaron balsas bastantes seguras, propia cada una para conducir de veinte a treinta hombres, sentados en filas sobre sus morrales, que ellos se desceñían en previsión de cualquier contratiempo producido por la rapidez de la corriente. Mediante una pequeña canoa traída con mulas y por tierra desde el río Apure[2], las balsas fueron lentamente remolcadas, dos a dos, hacia el desembarcadero; una vez allí, como era posible hacerlas regresar contra la corriente, se las desarmaba con el objeto de aprovechar las correas, enviadas a la orilla en la canoa, mientras los leños seguían el curso de las aguas. Por intervalos se juntaba en el paso alguna manada de caballos y mulas y lanzándose al río unos cuantos buenos nadadores, cada uno rigiendo una bestia, el resto de los animales se vía forzado a seguirlos por los gritos y golpes de los soldados; entonces cruzaban rápidamente a nado, custodiados por la canoa que, conservándose a sotavento de ellos, impedía que se fuesen corriente abajo y los guaba al desembarcadero, donde salían a la orilla.

Whith plash, with sacramble, and with bound.

Las tropas, después de desembarcar, marcharon a través de la ceja del monte que costea el Arauca, hasta la orilla de la sabana abierta. Allí los brillantes rimeros de armas dispuestos en hileras regulares y las numerosas y suaves columnas de humo que ascendían sobre los árboles, indicaban dónde había vivaqueado la vanguardia y se preparaba el rancho matutino.

A eso de una milla adelante había un palmar donde pacían cuarenta o cincuenta caballos ensillados. Dos hileras de lanzas clavadas en tierra con banderolas azules y rojas, flotantes al viento de la mañana, marcaban campamento de un piquete avanzado de caballería española, mientras algunas fogatas en torno a las cuales se agrupaban los soldados, hacían ver que también ellos se daban prisa en despachar su rancho, antes de que oscureciese el grave conflicto en perspectiva. A poca distancia de los soldados, pero a la sombra de los mismos árboles, estaban sentados dos oficiales, con uniforme de capitán el uno y de teniente de lancero el otro, los cuales distraían el tedio de la inacción fumando sus cigarrillos o conversando.

El mayor de ellos, un español alto y pelirrubio, como de veinticinco años de edad, mandaba la avanzada; era hijo del general La Torre y compartía ampliamente el odio y desprecio de su padre por los nativos de Suramérica.

Educado desde los años de la niñez en guarniciones y campamentos, se inició desde temprana edad en las escenas de disipación y licencia que dan fama a los ejércitos de la España moderna. Aunque de carácter generoso y distante de poseer una condición sanguinaria (para lo cual a lo menos la juventud no puede ofrecer ni asomos de disculpa), consideraba la rebelión de las colonias como un acto tan odioso de su propia naturaleza que justificaría casi todo género de castigos que pudiesen infligirse a los criollos rebeldes. Sin embargo, esta opinión que él aprovechaba toda oportunidad para repetir con exagerada vehemencia, era teórica en gran parte, pues nunca se supo que se hiciese realmente culpable de esos extremos de rigor militar porque abogaba en abstracto, sino por lo contrario se había expuesto en más de una ocasión a las reprimendas de sus superiores, a causa de su desautorizada lenidad atribuida a negligencia culpable, por haber tolerado alguna vez la fuga

de infelices prisioneros de guerra o a quien sabía él que no se le daría cuartel caso de entregarlos Morillo a Morales o a su propio padre.

Su compañero de piquete, algunos años más joven que él, tenía un color más moreno que de ordinario, aun para un español. Esta circunstancia, junto con sus ojos negros y penetrantes, sombreado por largas pestañas sedeñas, rasgo notable entre los indios, dábale más bien apariencia de llanero que de europeo, punto sobre el cual no dejaba lugar a duda la conversación de ambos jóvenes.

"¡Estos son, pues, tus tan famosos llanos nativos, Castro!", dijo el mayor; "tu tema constante desde que nos vimos por primera vez en Madrid. ¡Por nuestra Señora de Zaragoza! Muy poco de pintoresco alcanzo a descubrir en ellos; dadme más bien una Alameda, aunque sea el más triste de todos los paseos de Caracas, con preferencia a estos desiertos que evidentemente no tienen fin sino en los pantanos, ni habitantes de ninguna clase fuera de venados y novillos salvajes. No hemos visto ninguna casa desde que penetramos en la sabana, salvo las pocas que los exploradores quemaron esta mañana, sin duda contrariados al ver que no había allí nadie para recibirlos. Confieso que no llego a comprender cómo espera Morillo encontrar aquí un enemigo que merezca todo este aparato y marchas forzadas. Dime seriamente, camarada, ¿insistes en sostener que ese Páez, el famoso *toreador* de que tanto hablan, se atreva a abandonar el refugio de sus lodazales para enfrentarse a las tropas de Fernando?". "Han transcurrido algunos años desde que lo vi por última vez, don Pedro", contestó el teniente; "cuando salí de Caracas en 1814[3], aún no se había incorporado a los insurgentes, pero por lo que sabía de él primero, y por la fama que le granjean en esta región su valor y arrojo, no tengo la menor duda de que lo veremos tan pronto como sepa que hemos cruzado el Arauca. Temo que Morillo confíe demasiado cuando espera marchar por los Llanos sin interrupción y regresar a Caracas dentro

de un mes con la cabeza de Páez, como lo prometió a las tropas en su proclama de despedida". "Todo eso son preocupaciones tuyas, Castro", replicó La Torre, "y por cierto, muy naturales, porque yo sospecho íntimamente que tu corazón está más que inclinado a desearnos mala suerte desde que pisamos las sabanas; temo que un día quebrante tu fidelidad esa primita rebelde, la casa de cuyo padre trataste de salvar esta mañana de su muy merecida suerte. Estaba muy bien que te cruzaras *billetes de amor* con la bella Juanita mientras los llanos se hallaban tranquilos y nosotros pacíficamente de guarnición en Caracas, pero cuidado con una indiscreción semejante ahora que estamos en el campamento y en la vecindad de tus parientes. ¡Caramba!, Morillo tiene poca simpatía por los enamorados y si llega a saber por sus espías, que como tú sabes los tiene en cada regimiento del ejército, a sospechar siquiera que llevas alguna correspondencia secreta con los chucutos[4], varón o hembra, cuyo solo nombre abomina, eres un llanero perdido!".

"Si yo no estuviera convencido de tu pundonor, La Torre, me inclinaría a sospechar que había hecho una mala elección al tomarte por confidente; pero nada temas respecto a mi lealtad, bien que debo confesarte que si no fuera por la esperanza de ver de nuevo a Juanita Gómez, me habría gustado mucho que nuestro cuerpo hubiera sido enviado a México, al Perú o al cualquiera otra parte y no estar en servicio efectivo contra mis parientes y antiguos amigos; pero ya que así ha sucedido confía en que me hallarás en todo tiempo tan fiel como el grito de guerra de *'¡Santiago, y cierra, España!'*, como si hubiera nacido en Madrid".

"Estoy lejos de discutir eso, camarada, y créeme que has tenido fortuna en contarme a mí por confidente y amigo, en nuestras actuales circunstancias. Mi padre —*Dios lo guarde*— me ha prometido procurarme el honor, como dice él (aunque me permito diferir de su parecer tanto en este punto como en algunos otros más), de mandar un piquete

avanzado o partida de reconocimiento, tan pronto como pueda hacerlo convenientemente, sin exponerse a que lo tachen de parcialidad. Como no dejarán de presentárseme frecuentes oportunidades de hacer prisioneros, te daré como mensajero para la bella Juanita a cada uno de los que yo pueda ingeniarme en salvar, aunque procediendo así incurra en la desaprobación del alto y poderoso Morillo. Por ahora, como es claro que no hay esperanzas de marchar hoy, según se ve por la fastidiosa manera como se está practicando el paso del ejército, resuélvete a matar el tiempo explicándome la causa de que siendo tú un llanero de nacimiento estés en armas por el Rey; tú eres, si no me engaño, el único nativo de Barinas que hay en nuestro ejército, aunque tenemos muchos realistas decididos de los valles de Bogotá y Popayán".

"Con gusto, don Pedro, y lo más pronto posible, porque tal vez así logre una tregua a tus burlas".

Capítulo III

Narración del criollo realista

Todo se lo conté, aun desde los días de mi infancia, hasta el propio instante en que me rogó que se lo refiriera: le narré los sucesos más infaustos y con todo ello toda la historia de mi viaje.

Otelo[5]

"Mi padre, don Toribio Castro, fue gobernador de San Fernando de Apure, la ciudad que Páez redujo a cenizas la semana pasada con el único propósito de privar a nuestro ejército de un centro para hospitales y almacenes[6]. Nació en ciudad de Úbeda, en Andalucía, pero muchos años estuvo residenciado en Barinas, donde casó con una hermana de Silvestre Gómez, uno de los principales criadores de estas mismas sabanas. Mi madre murió mientras yo era todavía niño y fui criado y levantado en el hato de Merecure, el cual consideré siempre como mi propia casa. Como San Fernando era el más triste de todos los lugares posibles, salvo tal vez por los criadores y sus familias, procedentes de las próximas aldeas de Apurito y San Juan de Payara, nunca me sentí más dichoso que cuando estaba con mis primos en el hato. A pesar de tus ideas, La Torre, tengo el convencimiento de que te gustarían las francas y hospitalarias costumbres de los llaneros; y por lo que dice a entretenimientos, toda su vida se parece a la de los cazadores, que yo sé te deleita tanto a ti como a mí.

"Así como iba desarrollándome me adiestraban en todos los ejercicios del país, tales como domar un potro cerril, hazaña suprema del llanero,

y práctica utilísima. En veranos apenas transcurría una semana sin una lidia de toros o una cacería de tigres. El primero de estos ejercicios no es un espectáculo inofensivo desanimado como se ve en los *coliseos* españoles, porque al bicho se le deja libre en plena sabana, donde tiene bastante campo para aprovechar su ímpetu y ligereza, aspecto bajo el cual los de Barinas superan con frecuencia a un caballo.

"En la estación lluviosa, cuando los Llanos permanecen por lo regular anegados durante tres meses, todas las casas, construidas sobre pequeñas eminencias, se ven aisladas por completo mientras dura la inundación, aunque el invierno esté lejos de mostrarse en todo su rigor. Entonces las crecientes expulsan poco a poco de los bajíos los rebaños de reses bravías, los cuales tienen que acogerse a los únicos parajes secos que pueden hallarse, y en consecuencia no nos veíamos en el caso de ir tan lejos a caballo y todos los días para traer un novillo destinado al consumo de la familia. Además nunca nos faltaba qué hacer, fabricando o reparando nuestras sillas, tejiendo *cabestros* de cerda y torciendo esas preciosas riendas de cuero de caballo tan solicitadas en las comarcas montañosas. Nuestras noches transcurrían alegremente en la extensa sala del hato de los bailes del país, tales como *El Bambuco* y *La Zambullidora,* muy superiores a las rígidas *contradanzas* y afectados *boleros* de Europa; las llaneras son célebres por su destreza en tocar la guitarra y el arma y por su canto de los aires nacionales.

"Cuando había cumplido los diecisiete años mi padre envió por mí inesperadamente para que lo acompañara a Caracas. La rebelión que desde entonces asumiera tan formidable aspecto, apenas hacía sido detenida en su desarrollo, pero no sofocada, por las severas y enérgicas medidas de Monteverde. Un cuerpo considerable de tropas, formado en Nueva Granada por la infatigable e insurgente voluntad de Simón Bolívar, logró obtener algunas ventajas sobre las fuerzas del Rey en las provincias de Cumaná y Barcelona[7], y por haber ocurrido algunos desórdenes en

las cercanías de San Fernando, Monteverde creyó oportuno citar a don Toribio, como gobernador de aquella plaza, para que compareciera personalmente ante la Audiencia, a fin de contestar a ciertos interrogatorios sobre el asunto. Aunque yo había ansiado mucho tiempo visitar la capital de Venezuela, vi entonces con sorpresa que la ocasión que tanto deseara a menudo, mientras no existieron probabilidades de lograrla, estaba ahora lejos de producirme el contento que yo me prometiera de antemano.

"Adivino por tu sonrisa irónica que esperabas oír el relato de una escena de despedida, pero te conozco demasiado bien para aventurar nada semejante a una descripción sentimental. Baste decir que entonces me di cuenta por primera vez de que la predilección que sentía por mi prima Juanita era más ardiente que el afecto maternal que yo imaginaba. De no haber sido por esta separación inesperada, probablemente podríamos haber continuado bailando juntos todas las noches y viviendo toda la intimidad de tan estrecho trato sin concebir un pensamiento que excediera los límites de la amistad; sin embargo, pronto olvidé mis pesares ante la escena de encantamiento, tan nueva para mí, que ofrece la primera vista de una gran ciudad. El bullicio y magnificencia de Caracas, que me sorprende aún después de haber visitado Europa, me asombró tanto a mí como de modo evidente disgustaba y contrariaba a mi padre, cuyo adusto y melancólico temperamento se había agravado con la pérdida de mi madre, a quien amaba con ternura; se había tornado huraño, casi misántropo a causa de los hábitos de soledad y aislamiento adquiridos en su remoto gobierno de provincia.

"Al llegar a Caracas fuimos a casa del corresponsal y paisano de mi padre, don Gaspar Herrera, en la *Calle de los Capuchinos.* Era un comerciante rico que por largo tiempo había actuado como agente en la negociación de mulas, cueros y otros productos semejantes de los Llanos que mi padre y sus relacionados de Barinas acostumbran remitir a la capital para venderlos. Don Gaspar aunaba en sus costumbres la pompa

y altivez de un hidalgo español con la vanidad y los humos de importancia fundados en la posesión de la riqueza, propios de un comerciante de Caracas. Aunque sinceramente ligado a mi padre por los vínculos de un antiguo conocimiento y amistad, apenas podía ocultar su desdén por la vida apartada de un gobernador de provincia, de tal modo que su sentimiento de superioridad no llegaba a desvanecerse del todo ni por el respeto que merecía don Toribio ni por su origen europeo, distinción no pequeña, como tú bien sabes, en las ciudades coloniales.

"Me hizo el honor de interesarse mucho por mí, lo cual debía lisonjearme, a su modo de ver; pues le halagaba sin duda la instintiva admiración que profesaba yo a su gran conocimiento del mundo. Al propio tiempo se valía de todas las oportunidades para echarme en cara mi rústica educación, por medio de constantes alusiones a mi *mauvaise bonte*, defecto que por de contado revelaría yo, a las claras, en la alegre sociedad en que ahora figuraba por primera vez. Cuando en conversación con mi padre hacía tema frecuente de lamentaciones el que yo estuviera, como él decía, enterrado vivo en los Llanos, y era tanta su insistencia sobre la necesidad de que conociese la vida y viera algo del mundo, que don Toribio no podía dejar de admitir, aunque de mala gana, que sería una injusticia privarme de toda probabilidad de hacer figura confinándome, a mis años, al solo trato de los *llaneros.*

"Mi padre al comparecer ante la Audiencia dio cuenta satisfactoria de su gobierno. El Capitán General lo despidió con muchos elogios y con el encarecimiento de que no perdiese tiempo en su regreso a San Fernando, porque su presencia se consideraba allí de mucha importancia para el mantenimiento del orden, a causa del mal estado de los asuntos públicos. Don Gaspar reiteró entonces sus consejos e instancias ofreciendo colocarme en su casa de comercio y dirigir personalmente mi educación mercantil; finalmente arrancó a don Toribio su involuntario consentimiento para que me dejase en Caracas.

"Mi padre se despidió de mí con manifestaciones de cariño que no eran usuales en él, pues sus hábitos reservados me habían hecho dudar a menudo de si en realidad me quería o no. Me recomendó mucho al cuidado de don Gaspar, expresando el deseo de que me guiase en todo por sus consejos, pues tenía confianza absoluta en su prudencia y discreción. Poco después salió para San Fernando, ordenándome que le escribiera por todas las oportunidades; desgraciadamente se encontraba tan gastado de cuerpo y espíritu que contrajo una fiebre en Ortiz y apenas pudo llegar a Calabozo, rumbo a los Llanos, cuando murió. Empleó sus últimos momentos en dictar una carta para mí, en la cual designaba a don Gaspar como tutor mío, y me daba instrucciones conducentes al reclamo de cierta propiedad que le pertenecía a inmediaciones de la ciudad de Córdoba.

"Mi pesar por su muerte, aunque intenso al principio, fue necesariamente transitorio, pues en toda mi vida, solo raras veces y a largos intervalos estuve en compañía suya, antes de nuestro viaje juntos de San Fernando a Caracas, y aun debo confesar que la reserva, por no decir severidad, de sus costumbres, me mantuvieron siempre ansioso de huir de su lado para irme casa de mis primos de Merecure. La rutina constante de los negocios mercantiles que ahora absorbía mi atención durante el día y la alegría y francachela que por todas partes reinaban en Caracas por la noche y en las cuales me inicié pronto, desvanecieron en breve toda huella de hondas pesadumbres en mi espíritu. Don Gaspar, que bondadosamente trataba de disipar la tristeza que suponía embargarme, me presentó a varios jóvenes caraqueños de mi misma edad, quienes pronto lograron quitarme la *mauvaise bonte* que tanto le había preocupado a mi llegada de los Llanos.

"La mayor parte de los oficiales españoles de guarnición de Caracas asistía con frecuencia a las comidas y *tertulias* que tenía orgullo en ofrecer mi tutor. Su conversación versaba generalmente sobre el esplendor y

placeres de Madrid, Sevilla y otras ciudades famosas de España, haciendo como he puesto en claro desde entonces, exageradísimas pinturas de la riqueza y felicidad que disfrutaban allí. Todo paralelo que acertaban a establecer entre Suramérica y Europa se decidía por unanimidad a favor de la segunda, opinión siempre compartida por don Gaspar, de modo que poco a poco me fui acostumbrando a ver con desprecio la tierra de mi nacimiento y a acariciar como un sueño el constante deseo de trasladarme a España. Entre los jóvenes de Caracas se consideraba entonces de buen gusto el imitar en cuanto fuese posible los modales y la pronunciación españoles y afectar desdén por todo lo colonial.

"Comencé por entonces a importunar a mi tutor para que me permitiera hacer un corto paseo por España, ansiaba visitar Úbeda, ciudad natal de mi padre, cerca de la cual tenía él un tío, vivo aún, pero de quien no había vuelto a recibir noticias a causa de que lo ofendió mortalmente su casamiento con una criolla. Tú bien sabes con cuánto horror se ve hoy mismo esta clase de uniones en la mayor parte de España, circunstancia que no causa asombro, puesto que el *Consejo de Indias* en informe solemne hecho no ha muchos años a la Regencia de Cádiz, respecto a los naturales de estas colonias, no tuvo escrúpulos en calificarlos como una horda de *salvajes y brutos,* indignos de privilegio de bautismo y muy poco superiores al orangután, si es que lo superan, en cualidades intelectuales y personales.

"Mi deseo estaba lejos de disgustar a don Gaspar, porque, orgulloso como se sentía de su patria, se halagaba con toda predilección que se la mostrara; sin embargo, vaciló algún tiempo a causa de mi juventud e inexperiencia, aunque al fin mis reiteradas instancias le persuadieron de prometerme que si podía obtener permiso del Capitán General de Caracas, me embarcaría para España en el transcurso de un mes, a bordo de uno de los galeones de registro, bajo la vigilancia del sobrecargo confidencial a quien había encomendado un valioso cargamento de frutos

que estaba a punto de expedir para Cádiz. En consecuencia se hicieron gestiones a favor mío ante el general Monteverde, y dadas por mi tutor las garantías habituales, mi nombre fue inscrito en la lista de criollos a quienes concedían permiso para visitar Europa.

"De buen grado hubiera ido yo hasta los Llanos con el objeto de despedirme de mis primos en el tiempo que faltaba para la salida del galeón, pero don Gaspar ni siquiera quiso que le hablasen de ello, alegando el temor de que yo volviese a caer en la antigua rusticidad que con tanto trabajo me había corregido; por mi parte temí importunarlo demasiado con mi insistencia, no fuese a disgustarse hasta el extremo de negarme el permiso que tan difícil me había sido obtener para el viaje a Europa; no obstante, escribí a mi tío Silvestre por un correo que llevaba pliegos para el nuevo gobernador de San Fernando, y recibí respuesta la propia víspera de la salida de galeón. La carta de mis primos abundaba en deseos cariñosos por mi feliz arribo a España y pronto regreso, recomendándome que nunca olvidase la tierra de mi madre, que era también mi tierra natal; además me reprochaban afectuosamente por haberme dejado inducir de algún extraño a marcharme de Suramérica sin hacer una visita de despedida a Merecure.

"Cuando hube recibido el indispensable pasaporte, don Gaspar me acompañó la misma tarde al puerto de La Guaira, donde el barco estaba listo para darse a la mar, y me encomendó al cuidado de su sobrecargo con tanta indiferencia como si yo hubiese sido uno de los *zurrones* del cacao, procedentes de Aragua. Casi todas las descripciones de viajes consisten meramente en comentarios acerca de los habituales cambios de tiempo experimentados al cruzar el océano, por lo cual te ahorraré el recuento del mío. Supónme, pues, desembarcado en Cádiz y procurando inútilmente descubrir la superioridad en esplendor y hasta en comodidad de los edificios españoles sobre los de Caracas, como se me había acostumbrado a esperar.

"¡Santa María!, amigo Castro!, interrumpió La Torre, "este exordio tuyo huele mucho a regionalismo; no me sorprendería oírte gritar ¡Viva la Patria!, uno de estos días. ¿Te atreves a comparar seriamente a Caracas con Cádiz?". "No solo a compararlas, compañero, sino a preferir decididamente la primera. Piensa por un momento en pasar un día de bochorno, como parece que será este, en las angostas y asquerosas calles de Cádiz, en que altas hileras de casas a uno y otro lado impiden la circulación de toda ráfaga de aire; luego recuerda los espaciosos patios sombreados por naranjos y limoneros y los corredores resfrescados por las fuentes que poseemos en Caracas, y confesarás que tengo razón.

"Como mi permanencia en España estaba limitada a tres meses, al cabo de los cuales el sobrecargo de don Gaspar debía regresar a Caracas, no perdí tiempo al llegar a Cádiz en salir para Córdoba. Después de hacer algunas preguntas me encaminaron a Bellavista, propiedad del tío de mi padre, don Sebastián Castro de Baeza, situada a las orillas de Guadalquivir, entre Córdoba y Andújar. Había tenido bastante espacio para reflexionar en lo difícil de mi situación, pues debía anunciar a un tiempo la muerte de mi padre y mi propio parentesco con una persona de quien no sabía nada, excepto la circunstancia de su inveterada antipatía contra todos los compatriotas de mi madre.

"Al llegar a la casa fui introducido en un espacioso salón por varios servidores vestidos con ricas y arcaicas libreas. Uno de ellos a quien dije ser portador de una carta del extranjero para su amo, se lo participó al mayordomo, hombre de aspecto venerable que cogió la carta de presentación, procedente de don Gaspar Herrera, y me condujo a una sala de recibo donde me rogó esperase hasta que él pudiera ser admitido a la presencia de don Sebastián, quien, según me dijo, estaba con su confesor. Allí me dejaron solo como por una hora, la más larga que recuerdo haber pasado antes o después y durante la cual no se oyó ni un rumor en la vieja mansión ni en sus alrededores. Trajéronme refrigerios,

pero no sentí el menor deseo de probarlos, porque estaba enteramente anonadado con las ceremonias y formalidades que parecían predominar en la casa y más de una vez deseé verme en el hato de Merecure. Por un momento llegué hasta sentirme tentado a abandonar la mansión y a regresar a Cádiz sin verme con aquel tío, a quien no me era posible imaginar sino con un carácter altanero y repulsivo.

"El mayordomo regresó al fin para llevarme a la presencia de su señor, me condujo a través del salón por donde yo había pasado ya, y subimos una ancha escalera que daba a un corredor, a cuyo fondo encontrábase el departamento de don Sebastián. Cuando entré, mi tío se hallaba engolfado en una grave conversación con su confesor, un fraile dominico en cuyas manos se veía la carta que yo acababa de traer. Fui recibido cortésmente, pero como yo lo había pensado, con sequedad, por don Sebastián, que estaba impedido de levantarse por un ataque de reumatismo; sin embargo, me abrazó y me besó en ambas mejillas, haciendo observar al Padre mi notable aire de familia.

"Mi tío, ya próximo a los ochenta, tenía sin embargo, una apuesta figura militar, pues como lo supe más tarde, sirvió muchos años en los reales carabineros de la Guardia. Aunque retirado del servicio hacía ya mucho tiempo, a causa de su edad avanzada y de enfermedades eventuales, parecía conservar toda su juvenil energía de carácter y continuaba apegado a todas esas nimias peculiaridades de vestido y costumbres que por lo general prosiguen singularizando a los que han portado armas durante cualquier lapso de tiempo. En vez del cálido gorro de noche que usa la mayor parte de los inválidos, muy especialmente en esa época de su vida, llevaba una gorra de cuartel ricamente guarnecida que al parecer había visto el servicio; y en cuanto a bata se hallaba envuelto en una amplia *esclavina* de caballería, de paño azul y con cuello y forros escarlata. Seguía usando unos largos bigotes en que fundaba grande orgullo; aunque ya se le habían raleado horriblemente y encanecido por

la edad, acostumbraba torcérselos al estilo de sus verdes años, cuando se sentía excitado por cualquier incidente que lo irritara. Después de hacerme algunas preguntas insignificantes, en que parecía eludir a propósito toda alusión a mis padres, observó que una alcoba de enfermo no podía ser sino un triste espectáculo para un joven, y en consecuencia rogó al capellán que me entretuviese hasta la hora de comer, en que se reuniría con nosotros en la mesa.

"Sentí profundo alivio al ver que podía retirarme y seguí al Padre, que me fue presentado con el nombre de Fray Ignacio, y el cual me condujo a una biblioteca, bien provista de libros, que según observé consistían principalmente en tratados religiosos y militares; una gran ventana de arco permitía abarcar desde allí la extensa vista de la propiedad y del ancho y rápido Guadalquivir. Me sorprendieron agradablemente los modales y la conversación de ese fraile que, no obstante llevar el hábito blando de los dominicos, no revelaba ni vestigios de la morosidad y desmaña que suelen adquirirse en la reclusión del monasterio. Era hombre entrado en años y de flaca contextura, pero conservaba la alegría y la actividad de una edad mucho más juvenil. Me informó que por largos años había sido capellán del regimiento de don Sebastián y que el anciano coronel le cobró tanto afecto que al resignar el mando lo indujo a apartarse también del servicio para acompañarlo en su retiro, si es que puede llamarse así una casa llena de visitantes cuando su dueño gozaba de una tregua temporal en sus dolores reumáticos.

"Por la conversación del capellán supe que don Sebastián tenía una hija, doña Isidora, a quien amaba con exceso, aunque se veían raras veces fuera de las horas de comida, y cuando su padre lograba persuadirla a dar un paseo en el viejo coche doméstico, tirado por seis mulas, el mayor número que se permite enjaezar a cualquier súbdito, así sea Grande de España. Ella vivía en una serie de departamentos distantes del tráfago y bullicio de la gente, y aunque no en absoluto una reclusa,

esquivaba la sociedad tanto como se lo permitía el apego de su padre, entreteniéndose en privado con libros y música, arte este último en que sobresalía.

"Fray Ignacio me confió también un secreto que explicaba muy bien el amargo resentimiento que don Sebastián había concebido por el matrimonio de mi padre y que de haberlo sabido antes me habría hecho abstener, sin duda alguna, de visitar esos mis únicos parientes españoles, porque hubiera tenido razones para creer que mi presencia les despertaría ingratos recuerdos. Doña Isidora había estado muy aficionada a mi padre, quien según parece ignoró del todo la magnitud de su afecto; sin embargo, ella sintió tanto la súbita resolución de hacer un viaje a Caracas, tomada por él, que fue presa de violenta fiebre. Durante su enfermedad, ya desahuciada por los medios, confesó su pena a don Sebastián en presencia del capellán y, por consejos de este, obteniendo primero de su padre la promesa solemne de que no revelaría el secreto al objeto inconsciente de sus amores. Aunque cumplió estrictamente las órdenes de doña Isidora en este punto, don Sebastián escribió reiteradas veces a mi padre, urgiéndole con ahínco para que regresase y manifestándole el propósito de hacerlo heredero suyo; por algún accidente desgraciado don Toribio no recibió las cartas hasta que estuvo unido de modo irrevocable a mi madre; la noticia de su matrimonio rompió toda comunicación entre él y su tío, quien en la última carta que le escribiera le reprochó ásperamente el no haberle consultado de antemano, y renunció a toda futura correspondencia de él en una forma que aparecía a los ojos de mi padre como resultante de preocupaciones injustificables y de vanos caprichos, porque jamás tuvo ocasión de conocer el verdadero motivo que impulsaba a don Sebastián.

Expresé mi reconocimiento al capellán por este informe, que él me confiaba de modo deliberado con la buena intención de que yo no me sorprendiera ante cualquier impresión que pudiese revelar doña Isidora al

verme por primera vez; aunque él pensaba que con toda probabilidad su padre la prepararía para mi presentación. Nuestra conversación se contrajo luego a este país, mostrándose Fray Ignacio muy interesado en los pormenores que le di acerca de nuestras costumbres nacionales. Me hizo muchas preguntas respecto a los asuntos de Suramérica y se manifestó sorprendido con mis relatos, porque aún entonces, como bien lo sabes, en España casi no se tenían noticias de sus colonias.

"Se presentó un criado que me condujo a un departamento que me había sido preparado, contiguo al del capellán, y poco después me llamaron al almuerzo, a lo cual acudí con mucha curiosidad de ver a la parienta cuya historia me produjo tan vivo interés. Me sorprendió encontrar en la *antesala* a diez o doce invitados reunidos alrededor del fuego, pues por el silencio que había reinado en toda la casa no tenía idea de que hubiera ningún visitante. Don Sebastián estaba sentado en una poltrona, vestido con uniforme de *Carabinero,* que usaba como signo de gozar aún el privilegio de *fuero militar y uniforme*, y con una peluca bien empolvada y rizada, en vez de montera que llevaba cuando le vi por primera vez en su cuarto. No tenía apariencia de inválido, salvo las mantas que envolvían sus pies, y me presentó jovialmente a sus amigos, los cuales al propio tiempo que me daban la bienvenida, parecían ver con gran curiosidad a un criollo de Suramérica, como si hubieran esperado encontrar algo de extraordinario en mis modales y lenguaje.

"Doña Isidora entró por fin, apoyada en el brazo de una señora mayor, su dueña o compañera, y pude observar que en el acto me buscó y me vio antes de que su padre me presentase a ella. Era evidente que don Sebastián se sentía perplejo al presentarme, y yo por lo menos creí que espiaba con avidez el semblante de su hija; sin embargo, ella pareció alterarse muy poco, ruborizándose apenas cuando me saludó con una bondad y efusión que contrastaban mucho con el desabrimiento de su padre y la formalidad de los huéspedes. No tengo para qué agregar que esto me aficionó a ella de

modo irresistible y que por primera vez desde que entrara en la casa me sentí como si en efecto me encontrase en familia. Durante el almuerzo reiteradas veces observé sus ojos fijos en mí con cierto aire de melancólico interés que me habría sido difícil comprender de no hallarme preparado para ello por el relato del capellán. A no ser por sus corteses y delicadas atenciones, junto con las del Fray Ignacio, me hubiera sentido del todo desamparado cuando doña Isidora se retiró con su dueña. Como yo ignoraba en absoluto los temas de la política del día y, para decir lo cierto, me interesaba tan poco su discusión como podría suponerse que le ocurriera a cualquier joven de mi edad, no pude tomar participación alguna en la conversación, que parecía de tan profundo interés para mi tío y sus invitados. No tenía siquiera noticia de que su Majestad se hubiese trasladado de Valencia a Madrid ni de la disolución de las Cortes; ignoraba también el destierro del *Cardenal de Borbón* y la reciente desgracia del antes popular Argüelles. Para resumir mi deficiencia, nada sabía del *partido* a cuya cabeza figuraba el famoso Espoz y Mina, quien por aquella misma época, como tú recordarás, mantenía a todo el vecindario de Pamplona en estado de alarma con sus guerrillas. Poco después del almuerzo todos se retiraron a sus respectivos departamentos para gozar de la *siesta,* y no vi más a doña Isidora en el resto del día.

"Los demás comensales se reunieron de nuevo con el fin de tomar café y fumar cigarrillos, y la velada transcurrió de un modo que al menos para mí fue en extremo fastidioso. Don Sebastián me preguntó si entendía el juego de *cháquete, y* al confesarle mi completa ignorancia en la materia, pude advertir en una leve contracción de sus cejas que se sorprendía y avergonzaba de mí. ¡Donde podía yo haber sido educado! Ignorar la política y el *cháquete* eran dos de las mayores deficiencias que en concepto del anciano coronel podía yo revelar.

"En seguida desafió a su habitual contendor, el capellán, para una prueba de destreza en aquel juego y pronto comenzó a menear los dados con

afán, y exclamando: ¡dos y as! ¡Cinco y seis!, etc., mientras sus huéspedes se entregaban a jugar partidas de *primera* y de *brisca,* cuyos misterios no había penetrado yo todavía. Por consiguiente aproveché la primera ocasión para retirarme a descansar, a lo cual me sentía bastante inclinado, no tanto por fatiga del viaje —aunque a decir lo cierto, mi mula de alquiler era el trasunto del rocín pintado por Cervantes Saavedra en su descripción del combate entre el caballero de la Mancha y el vizcaíno—, como por el deseo de ahorrarme la más cansina de todas las ocupaciones, es decir, ver un juego de naipes del cual no se entienden ni la teoría ni la práctica".

Capítulo IV

Alarma. Los Lanceros de Páez. Conflagración

No (valen) yelmos ni plumajes, pues preguntad a los déspotas si sus empingoratadas falanges pueden ostentar manos y corazones tan limpios como todos los nuestros. Queden las pompas para quienes las necesitan. Dadle al hombre por único adorno la libertad y los veréis retando con orgullo a los más fastuosos esclavos que se arrastran adonde los conducen los monarcas.

Moore

La relación de Castro fue interrumpida en aquel momento por la llegada de uno de los Edecanes del general Morillo, quien traía orden para que La Torre retirara su piquete y se reuniera en el acto con el cuerpo principal del ejército. El edecán informó al joven oficial que una partida exploradora, destacada al amanecer, había vuelto con la noticia de que Páez y sus llaneros avanzaban a todo galope desde el campamento de Caujaral, y que debía esperárseles como dentro de media hora en el paso de Merecure. En consecuencia, La Torre ordenó a sus hombres que ensillasen y montasen, y el edecán lo condujo a donde su regimiento estaba ya formado en columna cerrada, con los jinetes todavía a pie pero al flanco de sus correspondientes caballos. Bien conocía Morillo por experiencia adquirida a mucha costa en las llanuras de Calabozo y El Sombrero, la incapacidad de su caballería para medirse con los *llaneros,* y por consiguiente ordenó en esta circunstancia que los húsares y lanceros españoles se apostaran en algunos pequeños recodos formados por los claros abiertos en el ribete de la selva, a orilla del Arauca. Frente a cada uno de ellos se situaron dos cañones de campaña: los artilleros se mantenían en sus puestos con mechas encendidas y listas para hacer

fuego. La infantería hallábase desplegada, formando una oscura línea al borde del bosque, donde comenzaba la llanura, y los pequeños destacamentos que de cuando en cuando venían de retaguardia para incorporarse a sus respectivos regimientos, indicaban que el esguazo proseguía aún con actividad. Edecanes y ayudantes, distinguibles por las blancas plumas de sus sombreros, corrían a *rienda suelta* por delante de la línea, con órdenes para los diversos cuerpos, como si la vida y la muerte dependieran de la celeridad de sus movimientos. Apenas podía oírse algún rumor; todos los ojos se volvían con ansiedad hacia el punto por donde se esperaba que apareciera el enemigo, cuyo avance fue pronto anunciado por nubes de polvo que se alzaban en el horizonte, aproximándose con rapidez al paso de Merecure; en breve hiciéronse visibles las brillantes puntas de las lanzas y así como se acercaron más los jinetes, las pequeñas y negras banderas de la famosísima Guardia de Honor, cortadas en forma de cola de golondrina, viéronse a las claras por sobre la alta yerba, que aún ocultaba la presencia de hombres y caballos. El fuego procedente de la casa del hato, quemada la noche anterior, habíase propagado a la yerba seca de las inmediaciones, la cual consumió en un espacio de varias millas cuadradas, frente a una parte del ejército español. Los *llaneros* avanzaron al galope dentro de este claro de sabana, gritando: *"¡Viva la Patria!". "¡Mueran los godos!".* Eran como quinientos, escogidos todos, la flor del ejército de Páez, y tanto confiaban en su jefe que, de permitírselo él, se hubieran lanzado sin vacilación alguna sobre todo el ejército realista, flanqueado como estaba por la artillería y protegido por la posición que eligiera Morillo en el bosque contra cualquier ataque de caballería.

Páez detuvo su gente como a media milla del borde de la selva y se adelantó a caballo, seguido de tres o cuatro de sus atesados guerreros, jinetes en los briosos y apuestos caballos que se cogen indómitos en la sabana. Cada uno de estos oficiales llevaba también una lanza con una

banderola negra, semejante a la de sus soldados y en que aparecían, toscamente bordados con algodón blanco, una calavera y unos huesos en aspa. El propio jefe montaba un corcel rucio pavón, con crines y cola flotantes, porque los llaneros no acostumbraban desfigurar sus caballos cortándoles las cerdas; su traje era análogo al de sus compañeros de armas y consistía simplemente en una camisa abierta de cuello y pechera y mangas muy anchas, hecha de pañuelos ingleses, con rayas rojas y transversales; y calzones sueltos de algodón blanco que le llegaban un poco más abajo de la rodilla[8]. Tenía las pantorrillas al aire y los pies descalzos, pero llevaba unas espuelas de plata maciza con agudas rodajas, como de cuatro pulgadas de diámetro. Cubría su cabeza un sombrero de copa baja, tejido con hojas de palmera y provisto de una ancha cinta azul, atada bajo la barba, a guisa de barboquejo[9]. Su lanza era liviana y muy manejable, y el fuste, de una caña negra, dura y elástica, que crece en varios lugares de las llanuras; la conducía un muchacho como de doce años, montado en un caballo de gran corpulencia y brío; el chico servía siempre al jefe en calidad de asistente y era muy querido en el ejército, gracias a su impasibilidad suma ante el peligro y a su destreza en jinetear y nadar, prácticas ambas del todo indispensables a los que viven en las sabanas.

¡Páez, el terrible jefe llanero, no revelaba en su franca expresión huella alguna de la ferocidad que se le ha atribuido! El pelo corto y crespo, le caía sobre la alta frente, y usaba pequeños bigotes negros, pero no barba; únicamente sus ojos, también negros, daban indicios de aquellos arrebatos que solían impulsarle a actos de rigor excesivo —para calificarlos del menor modo posible—, aunque en su caso bien pudieran atenuarse alegando el derecho de represalia. Sus carrillos, algo pálidos por lo regular, se encendían ahora por causa del esfuerzo realizado y de la exaltación que le producía su enardecimiento ante un combate inminente con los enemigos de su país. Cabalgó paso entre paso reconociendo con calma las

filas realistas, sentado a la mujeriega (usual posición suya en tales circunstancias), con una pierna cruzada sobre el arzón de la silla. Aunque Páez se hallaba con su estado mayor a unas cien yardas del bosque, la infantería española no le apuntó siquiera un fusil, pues una intensa curiosidad y acaso un sentimiento de respeto por su actitud tranquila y resuelta, fijaban la atención del enemigo en los movimientos de este hombre extraordinario.

Habiendo pasado al fin por frente a toda la línea enemiga muy a semejanza de quien revista sus propias tropas, cogió su lanza de manos del chico que la conducía, y sentándose recto en la silla regresó a medio galope, agitando en alto el muy conocido y terrible símbolo de *Guerra a Muerte,* como un reto para que la caballería española saliera del bosque en que se había refugiado y se le enfrentara en la sabana; mientras tanto su guardia, que lo observaba atentamente, prorrumpía en gritos entusiastas de "¡Viva Páez!", "¡muera Morillo!".

Cuando se incorporó a sus lanceros, todos echaron pie a tierra y quitaron los frenos a sus caballos, como insulto adicional a la caballería española, pero sujetándolos por el *cabestro,* o cordel de cerda torcida usado entre ellos; los *llaneros* sacaron entonces sus cortas *churumbelas* de madera y su tabaco, encendieron fuego y comenzaron a fumar con tanta calma como si estuviesen en su campamento; sin embargo Morillo no parecía resuelto a dejarlos permanecer tranquilos; dos livianas piezas de seis libras fueron traídas hasta el frente y en breve una bala silbó sobre los del grupo, que gozaban en sosiego de sus pipas. Los *llaneros,* que para aquel temprano período de la guerra no estaban en modo alguno acostumbrados a la artillería, se sobresaltaron y se prepararon para ponerse fuera del alcance de las piezas de campaña; pero antes de que pudiesen montar, otro disparo mató un caballo, casi llevándole el brazo a un lancero, mientras le ponía el freno al animal. Páez cogió rápidamente al herido, a quien colocó en su propia silla, montando luego en ancas para regir el caballo y sostener al maltrecho camarada.

Mientras se alejaban al galope, en su forma usual de retirarse a la desbandada, un tercer proyectil disparado tras ellos por elevación, apenas levantó el polvo entre los pies de los caballos, sin causar daño alguno. Las tropas españolas, que hasta entonces habían guardado profundo silencio, celebraron la precipitada fuga de Páez y su Guardia, con gritos de "¡Mueran los insurgentes!". *"¡Abajo los chucutos!",* suponiendo que habían abandonado el terreno por pánico y que al menos por aquel día no volvieran a molestarlos.

Sin embargo, nada tan lejos del propósito de Páez como dar punto de reposo al ejército realista, mientras tuviese medios de hostilizarlo sin comprometer seriamente sus propias huestes, pues aunque la seguridad personal de sus soldados entraba tan poco en sus cálculos, como la suya propia, las circunstancias especiales del país y las instrucciones expresas de Bolívar, robustecidas por instancias a las cuales solía condescender muy pocas veces, lo inducían a proceder con cierta apariencia de cautela por primera vez en su vida y en mucho contra su propia inclinación. Esta inesperada prudencia de su conducta desconcertó los planes todos de Morillo, quien calculó poder provocar a Páez, siempre que lo juzgara oportuno, a una batalla campal en que el jefe llanero habría sido inevitablemente derrotado con grandes bajas y caído tal vez víctima de su arrojo, porque su hábito de ir al frente de la Guardia en cada carga era bien conocido.

Aquel sistema de retirada, *en barajuste,* como lo llaman los *llaneros,* hubiera sido una maniobra muy peligrosa con otra clase de tropas, porque probablemente habría terminado en una irremediable dispersión, pero era muy común en la caballería irregular. Por consiguiente, en cuanto vieron que Páez volvía cara tremolando su bandera, que se distinguía de las otras por ser dos veces más grande y por una franja de un negro profundo, se concentraron sin que mediase otra señal, y lo rodearon ávidos de oír y ansiosos de ejecutar cualquier orden que pudiera darles.

La primera idea de Páez consistió en enviar el herido a retaguardia, después de vendarle el brazo en la mejor forma en que lo permitían las circunstancias, mediante un rápido y general suministro de pañuelos, adorno para la cabeza que enorgullece mucho a los llaneros. Luego lo confió a un viejo y seguro lancero de la Guardia, para que lo condujese al campamento de Caujaral, donde se hallaba el veterano general Zaraza, que se había incorporado a Páez poco tiempo antes con los restos de sus *guerrilleros,* dispersados en Rincón de los Toros, y más como *amateur,* aun por su propia voluntad, que como apto para cualquier servicio efectivo; en consecuencia se le mandó retirar a la sabana de Cañafístola con el cuerpo principal de caballería dejado a su cargo, para que aguardase allí hasta que recibiese nuevas órdenes.

En segundo término pensó, con el paternal cuidado de un jefe, en proveer a la seguridad de las familias de aquellos que estaban con él en el ejército, pues pudo adivinar fácilmente por el hecho de que los españoles hubieran quemado ya el hato de Merecure y dos o tres más, no distantes de allí, que Morillo tenía la resolución de penetrar a sangre y fuego por todos los lugares accesibles de los Llanos; por consiguiente dio órdenes a uno o más individuos pertenecientes a cada granja, escogiéndolos él mismo, porque conocía personalmente a cada sujeto de su guardia, para que saliesen en el acto, rumbo a sus respectivos *hatos,* con el propósito de ayudar a los ancianos, mujeres y niños en su fuga a un sitio remoto de las sabanas que había sido escogido como el refugio más seguro para los emigrados. Hallábase situado en las selvas, entre la laguna de Cunaviche y el río Orinoco y lo rodeaban pantanos y tremedales intrincados que hacían difícil su acceso a los no nativos de las llanuras.

Páez convocó luego a consejo a los llaneros de mayor edad y les pidió su opinión sobre el plan de ataque más oportuno que podía adoptarse en las circunstancias predominantes; todos convinieron, tras madura consideración del caso, en que la infantería española se había apostado

con demasiada seguridad en el bosque para que fuese posible atacarla; entonces se decidió de modo unánime que se tratara de desalojar la caballería enemiga de la posición que había ocupado, pues su derrota no daba lugar a duda, aunque era muy superior en número a la Guardia de Honor, con tal que saliese a Sabana limpia. A este efecto se propusieron diversos expedientes, todos rechazados por ineficaces, hasta que al fin el propio Páez tuvo una idea que se ejecutó en el acto.

Pronto se encendió fuego mediante un yesquero y a los pocos instantes la alta yerba seca ardía en llamaradas por varios puntos, rumbo al ejército español. Una fuerte brisa que durante el día sopla de modo tan continuo como los vientos ordinarios, a través de estas llanuras desabrigadas, avivó el incendio que avanzaba en rojo oleaje hacia el bosque a cuya vera se hallaban estacionadas las fuerzas españolas. Morillo tuvo inmediato informe de la aproximación de este nuevo y terrible enemigo que se acercaba bajo espeso dosel de humo, con el rugir de un horno poderoso y amenazando infalible destrucción contra todo lo que encontrara a su paso. Sereno ante el peligro, el impávido veterano dictó las órdenes oportunas para los diversos cuerpos de infantería, que avanzaron hacia el espacio abierto, despejado previamente, formando columnas cerradas, en rápida sucesión, a medida que salían del bosque.

La mayor parte de la caballería, situada en diferentes sitios de la selva, dondequiera que se encontraba un claro entre los batallones de infantería, logró salir y formar a retaguardia de las columnas; pero sin embargo, un escuadrón que por encontrarse a la izquierda de la posición que acababa de ocupar el ejército, era el más próximo al incendio, se vio envuelto en humo tan de repente que los caballos, medio sofocados y espantados también por el estrepitoso crujir de las llamas, se resistieron a obedecer, de modo que los jinetes tuvieron que abandonarlos, a pesar suyo, salvando sus propias vidas, con no pequeña dificultad, mediante una rápida fuga al abrigo del bosque.

Los artilleros abandonaron en la misma forma dos cañones y una caja de municiones, padeciendo graves quemaduras algunos de ellos en el intento de salvarlos; la caja hizo explosión poco después de alcanzarla el fuego y las cureñas de los cañones quedaron inutilizadas del todo.

La presencia de ánimo de Morillo libró a sus tropas de un conflicto que en realidad pudo ser terrible, como lo veían muy bien allí, donde aún estaban lejos de hallarse convenientemente situadas, pues aunque no hubiera riesgo de que las llamas se extendiesen al terreno limpio donde formaban, el humo caliente que esparcía el viento a través de las filas apenas podía soportarse. Ya el fuego se había propagado al interior del bosque, donde ardía con furia creciente; la leña menuda se convirtió en una masa de vívidas llamas que trepaban por las secas cortezas, dilatándose de rama en rama por los árboles decrépitos, cada uno de los cuales semejaba una columna de fuego. El incendio de la sabana cesó al llegar a los límites de la yerba, donde ya no tenía combustible, y desvanecida la nube de humo se descubrió a los llaneros avanzando sobre el terreno ennegrecido y dispuesto a aprovechar cualquier desorden producido en el ejército realista. Como no vio coyuntura para sacar ventaja ni quería exponer su gente al terrible fuego cruzado que cualquier intento de cargar las columnas habría atraído sobre ellos, de modo inevitable, dio la vuelta con su guardia y lentamente se encaminó a Caujaral, dejando por un instante a los españoles en plena posesión del terreno[10].

Como no todas las tropas realistas habían cruzado aún el río, Morillo ordenó que cada regimiento vivaquease en el punto que estaba; de acuerdo con esto el ayudante del general pidió algunos piquetes avanzados y, habiéndolos suministrado los cuerpos de servicio, se les apostó en las estaciones habituales, pero más cerca del cuerpo principal que de costumbre, a causa de los peligros que ofrecía la naturaleza del terreno.

La Torre, como antes a la cabeza de uno de los puestos avanzados, recibió orden de volver a estacionarse en el palmar que había ocupado anteriormente y que no distaba mucho de la nueva posición del ejército. Después de organizar los diversos centinelas y patrullas, pidió a su amigo Castro, otra vez teniente de su partida, que continuase la narración, lo cual hizo como sigue:

Capítulo V

Continúa la narración del criollo realista

> *Vencido, sangrante, sin aliento, en el colmo de la furia, el toro, acosado, se para en todo el centro, cubierto de heridas y banderas, en medio de picas rotas y de enemigos puestos fuera de combate en la lidia cruel. Allí los matadores lo provocan por todas partes, agitan la roja capa y blanden el estoque: una vez más se lanza como un rayo por entre todos… ¡Inútil furor! La capa se desprende de la pérfida mano, cubre sus fieros ojos… Todo ha concluido… se desploma sobre la arena*
>
> Child Harold

"Me levanté temprano la mañana siguiente, como lo acostumbraba siempre en Barinas, y salí al parque de Bellavista, donde me encontré con Fray Ignacio, que me condujo por toda la heredad, entreteniéndome durante el paseo con su gratísima conversación; me llevó a un espacioso jardín, situado detrás de la casa, donde comenzaban a brotar las primeras flores de una primavera europea, y mientras yo las admiraba —pues la mayor parte de ellas eran desconocidas para mí, excepto algunas pocas pertenecientes a nuestras especies comunes, las cuales merecían el honor de ser conservadas en invernaderos o campanas de vidrio, inventos de que yo no tenía la menor noticia—, el sonido de una guitarra, tocada deliciosamente, atrajo mi atención hacia la ventana de un cuarto alto que miraba al jardín. Fray Ignacio me dijo que era el departamento de doña Isidora y que debíamos gozar de su música sin ser vistos, por lo cual penetramos en un emparrado que había debajo del balcón y desde donde oímos la siguiente canción, impresa de modo indeleble en mi memoria, no menos por la belleza de sus palabras que por la quejumbrosa melodía de la música:

"¡Acaba de matarme,
Melancolía!

Más quiero muerte amarga
que larga vida.
Cuando sepas mi muerte,
¡ven al instante!
a sacar de mi pecho
tu bella imagen
Pues yo no quiero
llevar hasta el sepulcro
lo que me ha muerto".

"El canto cesó y continuamos nuestro paseo. Al regresar a la casa salió a recibirnos una criada, a quien doña Isidora había enviado para invitarnos al desayuno en su departamento. El capellán me informó que él recibía con frecuencia esta clase de invitaciones, porque don Sebastián se levantaba siempre tarde y entonces solo tomaba chocolate, seguido de un cigarro, por lo cual los huéspedes se desayunaban en sus respectivas habitaciones a la hora que más les convenía.

"La sala de doña Isidora se hallaba dispuesta con un estilo de moderna elegancia del todo nueva para mí, el cual formaba sorprendente contraste con los antiguos aunque hermosos muebles del resto de la casa. Libros que no versaban de modo exclusivo sobre temas de devoción, como podía haberlo imaginado yo; cuadros, inconclusos algunos, e instrumentos de música, revelaban que sus ocupaciones no eran todas de carácter sombrío, aunque a consecuencia de un voto hecho durante la peligrosa enfermedad producida por el desengaño de su juventud, usaba constantemente el oscuro hábito de *Nuestra Señora de los Dolores,* pero en tal forma que cuando aparecía en público, cediendo a los deseos de su padre, su traje apenas se diferenciaba de la *mantilla* y *saya* usadas por las otras damas de su compañía, bien que vista en privado le daba mucho el aspecto de una monja; sin embargo, no imitaba la devoción

de aquella orden de modo tan escrupuloso que se cortase la cabellera al rape, pues al contrario: ponía especial cuidado en el arreglo de sus largas trenzas negras.

"Su conversación era animada y sus modales en extremo fascinadores, debido tal vez en alto grado a cierto matiz de habitual melancolía que está lejos de ser incompatible con el regocijo eventual y que le comunica un tono más acentuado. Me hizo muchas preguntas sobre Venezuela, eludiendo al propio tiempo la más ligera alusión a mis difuntos padres; una vez, sin embargo, involuntaria y evidentemente inadvertido por ella, pude oírla exclamar: '¡Cuán parecido!', y con facilidad adiviné lo que pasaba por su mente.

"Cuando nos levantamos para despedirnos, manifestó el vivo deseo de vernos a ambos todas las mañanas a la misma hora. Nos trasladamos a la biblioteca, donde Fray Ignacio me dejó entreteniéndome con las comedias de Félix Lope de la Vega, mientras iba a inquirir por la salud de don Sebastián. Estaba profundamente engolfado en la lectura de la comedia: '¡Por la puerta, Juana!', cuando recibí orden para ir al cuarto de mi tío, a quien hallé muy aliviado de su ataque reumático y al parecer con mejor espíritu que la noche pasada. Me dio una carta de presentación para su abogado, un escribano de Córdoba, que según me dijo, me suministraría toda clase de informes respecto a la propiedad de mi padre, sobre la cual poseía yo un título indudable. Me era necesario dar a este sujeto una autorización legal para el recaudo de todas las rentas atrasadas, etc., en nombre mío, y capacitarlo para hacer las gestiones necesarias a la obtención de mi herencia. Como el viejo mayordomo salía esa mañana para Córdoba, en asuntos de su amo, don Sebastián me aconsejó que aprovechase la oportunidad de ir en su compañía, porque era un criado de confianza que me sería útil en el viaje, y para mostrarme la ciudad.

"Por consiguiente salí con el anciano, a quien hallé demasiado amigo de oírse hablar a sí mismo, como la mayor parte de los andaluces, pero

después de todo era un entretenido y utilísimo *camarada de viaje.* Me contó con manifiesto interés varias anécdotas de los días juveniles de mi padre, pues según me informó había conocido a don Toribio desde niño; también aprovechó la oportunidad, durante nuestro viaje, para darme más pormenores de los que yo había sabido hasta entonces, acerca de la historia doméstica de mi propia familia.

"En llegando a Córdoba nos dirigimos en el acto a casa del escribano, *Maestro Tomás Tintero,* a quien fui presentado por el *mayordomo,* que parecía hallarse en muy buenos términos con él. Era un vizcaíno de pequeña estatura, chapado a la antigua y meticuloso; cuando leyó la carta de presentación de don Sebastián pareció confuso entre las formalidades habituales de su profesión y su anhelo por demostrar suficientes consideraciones a un pariente tan próximo a su *honrado patrón,* como llamaba siempre a mi tío. Se manifestó altamente halagado con la comisión que me proponía confiarle y tomó breve nota de los documentos que había que redactar, prometiéndome, a fe de escribano, prescindir en el acto de todos los demás asuntos para que los papeles estuvieran listos a la firma dentro de dos días, término en que prometí volver con el propósito de autorizar los poderes.

"Habiendo el mayordomo concluido el negocio que lo llevara a Córdoba, mientras yo estaba entendiéndome con *Maestro Tintero,* me buscó en la escribanía y me propuso mostrarme la ciudad, que yo apenas había visto aún. Cuando regresábamos a Bellavista por el *barrio de la Catedral,* observé un cartel colocado en sitio culminante y en el cual se anunciaba a los vecinos de Córdoba y al público en general que una gran corrida de toros se efectuaría el domingo próximo, festividad de *Nuestra Señora del Carmen.* Como hasta entonces yo no había visto espectáculo de esta clase, excepto en los Llanos, donde a menudo tomaba participación en ellos, manifesté ardiente deseo de presenciarlo y me sorprendió de modo agradable el saber, por lo que me dijo el mayordomo, que don Sebastián

poseía un palco privado en el *Coliseo de toros* y que raras veces perdía ocasión de asistir a una lidia a menos que se lo impidiera una grave enfermedad.

"Cuando nos reunimos para el almuerzo, donde como antes encontré varios comensales, don Sebastián manifestó su propósito de presenciar el *toreo,* junto con su hija, e invitó a todos sus huéspedes que aún no tuvieran palcos, a fin de que lo acompañaran al suyo, que era grande y bien situado, para ver el espectáculo y la concurrencia. Durante el almuerzo toda la conversación recayó sobre unos nuevos *toreadores,* llegados últimamente de Aragón, y que debían entrenarse en la próxima corrida de Córdoba. El hijo del corregidor de esa ciudad, uno de los visitantes de Bellavista dio a don Sebastián, que evidentemente se interesó mucho en ello, un minucioso informe crítico acerca de los nuevos diestros y nos dijo a nosotros que su padre había coadyuvado con el alcalde mayor para reunir un encierro de los mejores toros que hubieran pisado la arena en algunos años.

"Mi tío me hizo una pregunta sobre la materia, pero por desgracia dejé ver mi desconocimiento de los términos técnicos usados en el *toreo* de Europa y tuve que confesar mi completa ignorancia, siéndome fácil advertir la mortificación de don Sebastián y la sorpresa y desdén de la mayor parte de los huéspedes. Doña Isidora observó mi perplejidad y bondadosamente me libró de ella entrando en conversación conmigo, hasta que todos se retiraron a la 'siesta' como de costumbre. La velada fue una repetición de la precedente, y a no haber sido por las mañanas, que pasaba en compañía de doña Isidora y de Fray Ignacio, me habría sentido insoportablemente cansado de mi permanencia en Bellavista.

Por fin llegó el día para el *toreo* y como entonces había hecho amistad con algunos jóvenes *caballeros* que solían visitar Bellavista, convinimos en que iría a caballo con ellos con el objeto de asistir a misa mayor en la Catedral de Córdoba y de almorzar en casa del Corregidor, que había

invitado numerosas personas con motivo de la corrida. Por la tarde concurrimos al Coliseo, que ya estaba lleno, y fui conducido por el hijo del Corregidor a la arena, lugar de recreo favorito, según pude ver, para los jóvenes de la ciudad, antes de entrar los toros y en los recesos de la lidia.

"Debo confesar que me sedujo el nuevo y hermoso espectáculo que contemplaba por primera vez: un anfiteatro desbordante y cada uno de cuyos palcos estaba lleno de damas andaluzas, a quienes debes reconocer como las más adorables de España. El color negro de su traje peculiar realzaba el efecto de sus bellas facciones y la elegancia sencilla de su peinado, pues pocas llevan más de un ramito de jazmín o un clavel en sus cabellos, me admiraba y seducía. Algún tiempo después fue cuando pude descubrir el palco de don Sebastián y al fin reconocí la descollante y majestuosa figura del anciano coronel, rodeado de un círculo de amigos a quienes hablaba con toda la animación de la juventud. Doña Isidora, sentada detrás de él, hízome una señal para que fuese a reunirme con ellos, y apenas había entrado en el palco cuando sonó el primer clarín para que se despejase la arena.

"Tú has visto tantos *toreos,* camarada, que huelga entrar en descripciones; pero debo observar sin embargo que aunque los *toreadores* de Aragón desplegaban considerable destreza y agilidad no los creí comparables a los *llaneros.*

"¡Vaya amigo!", contestó La Torre; "te doy absoluta licencia para que lisonjees a tus compatriotas, y aun para gritar *¡Viva la Patria!* si lo quieres, pues debo confesar que ahora mismo hemos hecho un papel muy lamentable, cuando Morillo con su sabiduría nos mandó a escondernos en el bosque de donde Páez nos echó literalmente con humo. En realidad yo mismo estuve a punto de hacerme insurgente cuando unos pocos hombres de las pampas, indisciplinados y salvajes, se nos subieron así a las barbas, sin que se nos permitiese cruzar lanzas con ellos; pero sigue y oigamos el resto de la narración".

"Poco me queda por decir, fuera de que la corrida decidió mi futuro destino; varios toros habían sido muertos ya, sin embargo, no sin que antes hubieran inutilizado la habitual proporción de caballos y hombres; los *toreadores* de profesión y cierto número de aficionados habían ejecutado su faena, como de costumbre, en nombre de alguna dama o de cualquiera otra persona de la concurrencia; pero doña Isidora había sido olvidada, aunque en realidad su posición social le granjeaba títulos a esta prueba de consideración. Don Sebastián era demasiado orgulloso para darse por entendido de este desaire, pero pude advertir que no era poco mortificante para su afecto paternal y para su amor propio oír proclamar sucesivamente en la arena los nombres de las hijas del alcalde y del corregidor y los de otras familias distinguidas, mientras el suyo no lo mencionaba ni un *toreador* de alquiler. Ocurrió que yo tenía en las manos la mantilla de Doña Isidora, que ella se había quitado por causa del calor, cuando resolví de pronto hacer una o dos *suertes* en nombre de mi parienta; por consiguiente abandoné el palco a escondidas, sin descubrir a nadie mi propósito y, consiguiendo una corta espada con el *matador,* pisé la arena en el instante preciso en que un nuevo y poderoso animal entraba en ella. Después de saludar al Gobernador, como observé que lo habían hecho los demás aficionados, hice la dedicatoria en la forma corriente: '¡Vaya a la salud de doña Isidora Castro de Baeza!', anuncio que atrajo sobre mí la atención no solo de don Sebastián, sino de todos los que sabían nuestras relaciones de familia y que yo era un criollo de Suramérica; luego traté de provocar el toro con la mantilla de doña Isidora, todavía en mis manos, y el bicho me atacó vigorosamente al instante; como el *toreo* había sido una de mis diversiones favoritas cuando residía con mis primos en Merecure, no me costó mucho desempeñarme a satisfacción de los espectadores, quienes creyeron oportuno aplaudir mi destreza con gritos de '*¡Viva la casa de Castro!*".

"Sería difícil darte una idea adecuada de la sorpresa y entusiasmo de don Sebastián por mi insólita quijotería. A semejanza de la mayor parte de

los hombres orgullosos, mi tío afectaba desdeñar las aclamaciones de la multitud, mientras en el fondo de su corazón sentíase en extremo lisonjeado por este tributo (como decía él) rendido a la popularidad de su familia, de la cual era puntillosamente celoso. Cuando abandoné la arena y me reuní de nuevo a los del palco, don Sebastián me recibió con la mayor cordialidad, levantándose de su asiento, tanto como se lo permitía su invalidez y tendiéndome la mano por sobre dos o tres filas de sillas. Desde aquel mismo instante cambió del todo su conducta respecto a mí, de tal manera que en vez de sentirme desconcertado por la frialdad de las formalidades que habían hecho tan fastidiosa mi residencia en Bellavista, me convertí de pronto en el más distinguido favorito. Mi tío no parecía nunca tan contento como cuando estaba yo cerca de él y pocos halagos pudieran serle más gratos que los lisonjeros parabienes que solían dirigirme aquellos de sus numerosos visitantes que presenciaron la corrida.

"Doña Isidora y mi amigo el capellán observaban con placer este afecto creciente, que ellos trataban de fortalecer por todos los medios a su alcance. También es cierto que si por una parte me sentía orgulloso de su buen concepto, por la otra me veía obligado a pasar con él muchas horas de tedio en su departamento, oyéndole o al menos aparentando hacerlo, las inacabables historias de su regimiento y las para mí menos interesantes anécdotas de la corte de Carlos IV. Llegó hasta darse la molestia de enseñarme el juego de *cháquete,* en el cual me convertí en un constante adversario nocturno, tanto para satisfacción de Fray Ignacio como para mi secreto martirio.

"Ocurrió otra circunstancia que me granjeó del todo la buena voluntad de mi tío y que de modo evidente sirvió para contrarrestar todas las malas impresiones que tenía de mis compatriotas, por lo menos en mi caso. Sus caballerizos estaban domando un fino potro andaluz, de su propia cría pero de bríos tan extraordinarios que frustraba todos los

esfuerzos de aquellos; ya había maltratado ferozmente a uno o dos domadores, y el jefe de los mozos, que sin duda tenía interés personal en que el caballo fuese vendido, declaró que sus mañas eran incorregibles. En vista de esto, don Sebastián había ordenado venderlo por cualquier precio a un contratista para la remonta de la caballería, cuando pedí permiso con el objeto de probar mi destreza como domador; mi tío dio su consentimiento en el acto, pues ponía mucha confianza en mi actividad por la prueba de mis hazañas de *llanero* que había presenciado y en el circo. En vez de emplear los complicados jaeces que se utilizan en el *manége europeo,* hice un *tapaojo* y un *cabestro,* tales como se usan en Venezuela, y pronto logré hacer perfectamente dócil el caballo.

"Mientras tanto el escribano, *Maestro Tomás Tintero,* se había ocupado diligentemente en cumplir la comisión que le encomendé, encontrando pocos obstáculos para hacerme reconocer como dueño de la pequeña heredad, cuyo título adquirí a la muerte de mi padre. Consistía principalmente en viñedos y estaba en posesión de un campesino rico, a quien renové el arrendamiento, ya a punto de concluir. Recibí de sus manos considerable suma de dinero, así por los atrasos que mi padre no había percibido en muchos años, como por las arras que se pagan habitualmente al renovarse un arriendo.

"Un par de meses transcurrieron pronto en la diaria rutina de Bellavista y entonces recibí una carta en que el sobrecargo de don Gaspar Herrera me comunicaba desde Cádiz que se proponía regresar a Suramérica, antes del término fijado. Se ofrecía la oportunidad de un barco que iba a zarpar rumbo a Veracruz, en México, y que tocaría en Caravas (*sic);* ya el sobrecargo había tomado su pasaje y me aconsejaba reunirme con él dentro de una semana lo más tarde, porque el buque estaría listo para darse a la mar antes de concluir el mes.

"Cuando le comuniqué el contenido de esta carta, don Sebastián me dijo al punto que no podía pensar en partir conmigo; me recordó que

aunque yo tenía la desgracia, como la llamaba él, de haber nacido en las Colonias, mi padre era español de nacimiento, y que él, como mi pariente más próximo por línea paterna, tenía sin duda perfecto derecho a ser consultado respecto a mi elección de carrera o de punto de residencia. También me dijo a las claras que como sus propiedades no estaban vinculadas yo debía pensarlo muy bien antes de asumir una resolución que me enajenase su gracia y la buena opinión que se había formado de mí, como ocurriría en efecto, caso de persistir yo en mi propósito de regresar a Venezuela y sobre todo ingresando en el gremio mercantil.

"Considerándolo bien comprendí con facilidad que me convenía dejarme dirigir por los deseos de mi tío, aunque ya estaba satisfecho con lo que había visto de Europa. Por consiguiente di las gracias por el favorable concepto que le merecía y me manifesté dispuesto a seguir su consejo, aventurándome al propio tiempo a insinuarle que anhelaba una oportunidad de distinguirme en alguna carrera y que tenía la más profunda aversión por la vida inactiva. Entonces me informó que habiéndome visto personalmente dar pruebas de valor y bizarría (sin duda aludiendo a mi *debut* en la corrida) había hecho una humilde oferta de mis servicios a Su Majestad Católica, por órgano del antiguo preceptor de Fernando, el Duque de San Carlos, entonces al frente de los negocios públicos, y con quien don Sebastián estuvo un tiempo en íntimas relaciones. El Rey se había dignado graciosamente a dar una respuesta favorable y mi tío esperaba a diario que llegase la notificación de mi ascenso, como alférez, en algún regimiento. Trató de conservar en secreto esta buena noticia, hasta que pudiese tener la satisfacción de darme una sorpresa entregándome el nombramiento, pero no pudo seguir ocultándola porque no dudaba que al revelármela desvanecería en mi mente toda idea de regresar a Venezuela.

"Correspondí a don Sebastián con justo y sincero reconocimiento por sus gestiones a favor mío, dándole las gracias con tan viva expresión, que ello hubiera sido suficiente para convencerlo de mi franca aquiescencia a

la elección que había hecho de mi carrera, caso de haber podido abrigar la menor duda a este respecto. A decir verdad me sentía gratamente sorprendido con la noticia y esperaba con impaciencia la llegada del prometido nombramiento. En el acto escribí a mi antiguo compañero, el sobrecargo, para comunicarle mi resolución de permanecer en Europa y envié con él otra carta para don Gaspar en que explicaba con amplitud mi situación y proyecto, todo ello en una forma que sin duda merecería su aprobación. Así mismo envié una larga correspondencia a mi tío y primos de Merecure, para darles cuenta pormenorizada de mis aventuras y expresarles mis sentimientos por no serme posible volverlos a ver tan pronto como lo había esperado.

"Al cabo recibí el nombramiento de alférez en el regimiento de Húsares de Numancia, junto con la *patente* de don, que me había sido conferida merced a los ruegos de don Sebastián con el Primer Ministro, pues de otro modo hubiera encontrado muchas cortapisas para obtener la segunda, aun por compra, porque para entonces los criollos de las colonias desafectas gozaban de muy poco favor en la corte. Frecuentes y minuciosas fueron las advertencias que antes de partir me hizo el meritorio y anciano coronel, respecto a la línea de conducta que me convenía seguir al iniciarme en el mundo y no fue menos elocuente al explicarme la rutina y etiqueta de mi nueva profesión. Además tuvo a empeño equiparme de todo y entre otras pruebas de su estimación me regaló su propia espada, antigua hoja de genuino modelo toledano, forjada por el célebre *Andrés el Herrero,* y con este lema:

> ¡No me saques sin razón
> ni me envaines sin honor! [11]

"Comprenderás que debía procurarme un sable más moderno, antes de entrar en ejercicio, pero me cuidé de afrentar a mi tío, haciéndoselo saber.

"Cuando ya todo estuvo listo y después de dar una afectuosa despedida a don Sebastián, a su hija y a mi amigo Fray Ignacio, me incorporé al regimiento Numancia, que servía por entonces en las inmediaciones de Vélez Málaga, contra unas guerrillas que merodeaban en esa región del país. Pasé dos años en el regimiento muy a satisfacción mía, porque el coronel era un antiguo oficial de mi tío y de cuando en cuando me conseguía licencia para pasar algunas semanas en Bellavista. Don Sebastián, que continuaba interesándose tanto por mi bienestar como si yo hubiera sido hijo suyo, obtuvo mi promoción al grado de teniente en el cuerpo a que ahora pertenezco y en el que tuve el gusto de conocerte. Desde entonces hemos permanecido siempre tan juntos que nada más tengo que referir, fuera de lo que tú mismo debes ya saber".

"¡Mil gracias camarada! Pero dime ahora seriamente cómo piensas hacer para lograr una entrevista con tu prima Juanita, pues doy por sabido que eso es tu gran preocupación al presente".

"En primer término debo tratar de saber dónde se ha refugiado la familia de mi tío Silvestre, y luego, si logro arreglármelas para enviar una carta a Juanita, le fijaré un punto determinado de la sabana donde nuestra cita pueda efectuarse sin riesgo para ella; sé que es una intrépida amazona y casi tengo la convicción de que se aventuraría hasta allí".

"Mientras tanto", agregó el capitán, "confía en mi promesa de proporcionarte un mensajero, caso de ser posible; pero oigo tocar la *retreta* en el campamento y ya es hora de que despache las patrullas. *Hasta luego, amigo".*

Capítulo VI

La retirada de los emigrados

Allí encontró la tribu un asilo a salvo entre aquellas vastas ciénagas y densos bosques, con desiertos intransitables, terrenos inundados y pantanos laberínticos, segura defensa contra enemigos humanos.

Southey

Los *llaneros* Gómez y Gamarra, a cada uno de los cuales había destacado Páez con un hijo, cabalgaban a paso rápido y en silencio a través de la sabana: ambos padres iban embargados con penosas ideas por la suerte de sus mujeres e hijos, a quienes ahora estaban próximos a trasladar de sus cómodos hogares para que experimentasen todas las fatigas anexas a la errátil vida de los emigrados.

Llegaron al hato de Gamarra cerca de la puesta del sol y fueron recibidos con abrazos y lágrimas por el ansioso grupo reunido en espera de ellos. Desde la mañana se había aumentado la partida con la llegada del *Cura de Guasdualito,* don Manuel Cuadras, a quien acompañaban una hermana viuda y dos hijas de esta, también compelidas a huir de la amenazante tempestad de la guerra. No había tiempo que perder en tomar las medidas necesarias para salir del hato; sin embargo los varones dieron muerte a una ternera, que las mujeres descuartizaron y asaron como avío para el camino, mientras aquellos encerraban en el *corral* una madrina de caballos y mulas, procedentes de los comederos cercanos. Cogieron a *lazo* tantos de los animales dóciles como se requería y los ensillaron de prisa

para el viaje; también cogieron un par de mulas fuertes, las cuales, puestas las albardas, destinaron al acarreo de aquellos pocos efectos que podían llevarse convenientemente.

Luego se juntaron todos para tomar la última y melancólica cena en el amplio salón que tan a menudo había presenciado sus regocijos en alegres reuniones celebradas allí. Después de acompañar al cura en la acostumbrada y vespertina *Oración a la Virgen,* la comitiva se puso en marcha, seguida de los perros de ambos hatos, que parecían conscientes de que estaba ocurriendo algo extraordinario, pues aunque eran de la feroz cría de Cumaná, se mezclaban todos en tregua forzosa, ocasionalmente interrumpida por algunos gruñidos hostiles. Las únicas vías que a través de estas extensas sabanas conducen a la laguna de Cunaviche, o realmente por cualquier rumbo hacia el interior, consisten en simples caminos de ganado, abiertos por los rebaños salvajes en su tránsito de una parte a otra de las llanuras, y como estas veredas solo permiten el paso de los caballos uno tras otro, los fugitivos tenían poca o ninguna oportunidad de reunirse para conversar. Gamarra dirigía la marcha, con la carabina lista para el caso de que se presentara de pronto un tigre, orientando su rumbo a través del desierto por la luna y las estrellas; mientras Gómez, a retaguardia, arreaba las mulas de carga, silbando el aire llanero: "¿De los generales cuál es el valiente? Etc.".[12]

Hacia medianoche llegaron a un palmar no distante de un jagüey, y como las mujeres se quejaban del cansancio, resolvieron quedarse allí y dejar que caballos y mulas pastasen hasta la mañana. Hombres y muchachos convinieron en hacer la centinela relevándose unos a otros, por supuesto con excepción del cura; y después de encender una fogata para proteger contra tigres y panteras, todos, excepto el chico más joven, a quien tocó en turno vigilar primero, se sumieron pronto en un sueño profundo.

Al amanecer continuaron la fuga y no fue sino después de ocultarse el sol, a las tres noches de haber abandonado el hato, cuando llegaron al sitio

escogido por Páez para residencia de los emigrados, mientras el ejército español continuara en los Llanos. Numerosas hogueras había ya encendidas bajo los *congrios* de abierta copa y la mayor parte de las familias estaban cantando la oración vespertina de *¡Salud María! (sic).* Como la sombra sucede rápidamente al crepúsculo en estos climas, era ya demasiado tarde para pensar en construir algún refugio provisional en que se recogiesen las mujeres y los niños, de modo que se vieron en el caso forzoso de vivaquear otra vez a la intemperie, pero a la mañana siguiente, Gómez y Gamarra, con ayuda de sus hijos varones, fabricaron chozas de bambú y pencas de palma para sus familias, y otra destinada al Cura de Guasdualito. Concluida su misión se despidieron cariñosamente de sus mujeres y niños y regresaron a incorporarse con el ejército de Páez en la sabana de Cañafístola, que era el punto de reunión señalado.

Ambas madres, Mercedes y Paulita, después de organizar sus humildes *ranchos* con la mayor comodidad posible, salieron juntas a recorrer su nuevo sitio de residencia, donde ya se habían reunido de cuatrocientas a quinientas familias[13]. La selva de majestuosos *congrios* y *caujaros* que rodea la laguna de Cunaviche ábrese en varios puntos, formando hermosos recodos cubiertos de una yerba corta y muelle; Páez había escogido uno de los más remotos, cuyo único acceso posible, por no existir sendero alguno, consistía en rodear un intrincado laberinto de tremedales, vadeando a menudo profundos tributarios de la laguna, bullentes de caimanes y tupidos de cañas. La mayor parte de las familias recién llegadas habían construido ranchos bajo los árboles y como todas fueron seguidas por sus perros, y muchos arrearon sus rebaños de vacas desde las próximas sabanas, el lugar ofrecía ya el aspecto de una extensa y populosa aldea.

Algunas se ocupaban en ordeñar, mientras otras, que tuvieron el cuidado de traer los útiles necesarios, pilaban maíz en grandes morteros de madera y con pesados *majaderos,* o bien cocían *arepas* en anchos

platos de tierra. Buen número de las muchachas reuníanse a orillas de la laguna, para lavar la ropa de sus respectivas familias, y su incesante vocerío, junto con las risotadas que resonaban en el bosque, hacían ver que la emigración no embargaba sus ánimos tan hondamente como podía esperarse. La mujer de Páez, doña Rosaura[14], residía en uno de los ranchos más grandes, preparado para recibirla con más holgura que de costumbre, por una partida de la Guardia de Honor que se prestó espontáneamente para este servicio, pues, en realidad, los *llaneros* demostraban siempre extremada consideración por *La Señora,* como la llamaban de ordinario. Ella no debía semejante deferencia al solo hecho de ser la esposa favorita de su jefe, sino a que poseyendo una educación muy superior a la de todos los que la rodeaban, se mostraba al propio tiempo tan modesta y bondadosa con cada uno, que aquellos le profesaban indecible respeto y admiración.

Había nacido en San Carlos, de la provincia de Caracas, en la región limítrofe de Barinas, y su familia era superior a la de Páez, con quien casó antes de comenzar la revolución en Venezuela. Cuando su marido se alistó bajo la bandera de la independencia, le siguió a los Llanos, pero sin permanecer nunca con el ejército, porque prefería gozar una vida de apartamiento en una pequeña posesión a las márgenes del Cabullare. Allí se consagraba del todo a la educación de dos hijos suyos, raras veces visitada por Páez, pues las ocupaciones y costumbres de este último eran tan del todo opuestas a las de doña Rosaura, que aun siendo incapaz de sentir indiferencia por ella, la evidente frialdad y reserva del jefe llanero cuando estaba en compañía suya no podían dejar de causarle profunda tristeza, porque lo amaba con apasionado afecto.

Ahora se veía rodeada por grupos de *llaneros* acostumbrados siempre a ocurrir a ella para pedirle consejo y ayuda en sus menores tribulaciones, por lo cual confiaban en que su presencia, aunque ella estaba envuelta

no menos que ellos en la común calamidad, constituía, en cierto modo, una protección en sus necesidades. Con la asistencia del Cura de Guasdualito, poco a poco logró calmar el temor excesivo de las emigradas, quienes poseídas de pánico ante la soledad del bosque en que buscaban refugio, lejos de procurar alentarse unas a otras, exageraban con insistencia en sus conversaciones los peligros a que se veían expuestas, probablemente, durante la ausencia de sus maridos y de sus hijos. Ella les recordaba los pantanos que circuían la laguna de Cunaviche, haciéndoles ver que cuando ellos mismos se abrieron paso con dificultad a través de los tremedales, debía confiarse en que eran un obstáculo insuperable contra el avance de un ejército invasor; les aseguraba, además, que la vigilancia de Páez no podía ser eludida por los españoles, ahora que se hallaban en plena sabana y que él, sin duda, encontraría medios de darles aviso a los emigrados para que se retiraran a tiempo, más adentro del desierto, caso de que Morillo, por alguna circunstancia imprevista, descubriese aquel escondrijo.

Por orden de Páez se condujo a El Congrial, nombre de aquel remoto bosque, un numeroso rebaño de vacas con sus becerros, distribuido entre las diversas familias que por haberse visto forzadas a dejar sus hatos con excesiva premura no pudieron traer sus ganados. Los fugitivos se familiarizaron poco a poco con su nueva situación, y sus diarias faenas se desarrollaban, en cuanto era posible, casi con la misma rutina que cuando estaban en pacífica posesión de sus granjas. Hilar con el *huso* es más bien un entretenimiento que un oficio serio para las mujeres suramericanas de todas las clases, y como en las selvas de las márgenes del Orinoco se recoge algodón silvestre en abundancia, el hilar y el tejer se convirtieron durante el día en la constante ocupación de las personas mayores, mientras los niños se iban en diversas direcciones en busca de frutas silvestres y de huevos de tortuga. Estos últimos se encuentran en

tales cantidades en los bancos de arena, que constituyen un importante artículo de comercio entre los indios del Orinoco, quienes los secan al sol para que les sirvan de provisión en el invierno, y logran extraerles un aceite bueno y límpido que suministran a los diferentes establecimientos de misiones situados a orillas del río[15].

Por la noche, después de la *Oración,* en que por lo regular todos tomaban parte, se oían la música de las guitarras y los cantos nacionales procedentes de las diversas partes del bosque donde estaban construidas las chozas. Numerosa reunión se formaba siempre en el *rancho* de doña Rosaura, quien después de comentarse las últimas noticias llegadas del ejército, que desde luego ella era la primera en recibir, invitaba a pasar la velada contando cuentos, de los cuales la mayor parte de las *llaneras* poseen un buen repertorio, recurso casi indispensable para ellas durante los monótonos meses de las lluvias anuales, cuando cada *hato* se ve aislado por las inundaciones de las sabanas.

El padre Manuel Cuadras, uno de los primeros en proponer este entretenimiento nocturno, convino en dar el ejemplo comenzando con la siguiente narración:

Capítulo VII

El espectro de Los Andes

El bloque helado y movedizo del ventisquero avanza día por día, pero soy yo quien le permite el paso o contiene sus témpanos. Soy el genio de esta región; podría hacer inclinar la montaña y estremecerla hasta en su cóncavo asiento.

Manfredo

"Fui educado para la Iglesia en el Colegio de la *Compañía* en Bogotá, bajo la dirección de Fray Ambrosio Monzal, Superior de los Jesuitas de Nueva Granada, y hombre a quien, aun desterrado de Suramérica por subsiguiente decreto que vedó la residencia en las colonias españolas a los discípulos de Loyola, todavía recuerdan con veneración todos los que estudiaron bajo sus auspicios. El Arzobispo de Bogotá, que cifraba grande y merecida confianza en Fray Ambrosio, atendía de modo invariable sus recomendaciones referentes a aquellos alumnos que hubieran alcanzado la sagrada distinción de la tonsura, y les daba preferencia sobre todos los demás candidatos para la provisión de Curatos en su diócesis. Tan pronto como terminé el curso ordinario del Colegio, fui presentado al Arzobispo con informes favorables acerca de mis calificaciones. Recibí las órdenes enseguida, y después de oficiar por algunos años como capellán supernumerario en la Catedral de Bogotá se me nombró para el Curato de Guasdualito en la Barinas inferior. Semejante aldea no había sido provista de pastor hasta entonces, por lo cual sus habitantes tenían que asistir a las iglesias de Betolles o de Achaguas, según les conviniera mejor.

"No obstante lo avanzado de la estación, mi afán por cumplir los mandatos del Arzobispo, que consistían en partir para mi parroquia con el menor retardo posible, me indujo a desatender por completo las observaciones de aquellos conocidos míos que habían estado en Venezuela y todos los cuales me aseguraban que la Cordillera de Los Andes, interpuesta entre los Llanos y Nueva Granada, no podría franquearse en época alguna del año sin correr gravísimo riesgo, pero que en el invierno sería la mayor locura intentarlo; me advirtieron que ninguna mula, por potente que fuera, lograría trasponer entonces la cadena de montañas y que me vería en la imposibilidad de conseguirme un baquiano bastante atrevido para aventurarse junto conmigo, caso de ser tan falto de cordura que persistiese en proseguir a pie la peligrosa jornada. Sin embargo, no di crédito a la mayor parte de las espantosas anécdotas que cada uno de mis amigos se empeñaba en referirme, acerca de pasajeros que habían perecido en los *páramos*, deduciendo por modo temerario que todos aquellos relatos aterradores habían sido muy exagerados con el expreso propósito de asustarme y hacerme desistir de mi empresa.

"Compré dos buenas mulas pertenecientes a la magnífica cría que da fama al valle de Sogamozo; una para montar yo y la otra para conducir el equipaje; luego concerté un hábil e inteligente montañés, llamado Julián Rojas, para que me acompañase a pie, forma acostumbrada de viajar entre las clases humildes de Nueva Granada. Como viajaba despacio, así por el peón y las mulas como por mi propia comodidad, pues aquella era la única excursión larga que había hecho hasta entonces y como descansé varios días en Chiquinquirá, Sogamozo y Tunja, invertí más de un mes en llegar a la aldea de Cheva, situada al pie de la Cordillera. La estación lluviosa había comenzado ya y los ramales inferiores de los Andes no estaban casi nunca libres de un espeso dosel de nubes, mientras los picos gigantescos que señorean la cumbre, envueltos en sus espléndidos mantos de nieve, parecían oponer infranqueable barrera a todo nuevo avance.

"El cura de Cheva, en cuyo hogar fui recibido hospitalariamente, trató en vano de hacerme desistir de mi resolución, con todos los argumentos que pudo imaginar. Ya podía darme exacta cuenta de que el intento de atravesar las montañas tropezaría con riesgos considerables, aunque aún no comprendiese toda su magnitud, pero entonces era joven y me avergonzaba retroceder, habiendo llegado tan lejos en mi viaje. Además, los fondos con que me habían provisto mis padres casi estaban agotados por las compras indispensables que tuve que hacer y por los mismos gastos del camino, no obstante su modicidad, de modo que no me hubieran permitido permanecer donde me encontraba hasta el retorno de la primavera. En consecuencia resolví arrostrar a todo evento el páramo de Pisba y aproveché la ocasión de seguir con una tribu errante de indios cachiríes, que emprendían el paso de los Andes con el objeto de invernar en las templadas llanuras de Casanare.

"Habiendo hecho regular acopio de arepas y carne de venado seca, salí de Cheva con mi peón Julián y como cerca de veinte cachiríes, acompañados de sus mujeres e hijos. Después de tres días de viaje, subiendo y bajando las filas inferiores de la Cordillera, durante los cuales tuvimos que pasar varios torrentes casi invadeables, llegamos a uno de esos puentes colgantes, llamados *tarabitas*, con el cual no conté nunca en mis cálculos. Jamás había visto una de esas peligrosas maromas para franquear los precipicios de las montañas y aunque a menudo oí hablar de ellas nunca pude forjarme una idea precisa de su terrible aspecto.

"El abismo opuesto ante nosotros medía en su anchura como un tiro de ballesta; y a juzgar por la vertiginosa pendiente de sus rocosos flancos, parecía haber sido abierto por uno de esos terremotos formidables que suelen conmover en su asiento la misma gigantesca Cordillera. Por el fondo de la sima rompía su curso un torrente montañero, visible del todo porque su espuma producía abajo el 'crepúsculo del abismo', bien que su rugido apenas se percibiese a semejante distancia; en los flancos medraba

una vegetación escuálida compuesta de arbustos dispersos y plantas trepadoras con alguna que otra palmera minúscula que a duras penas podían arraigar en las quiebras de las rocas; pero en lo alto, cedros majestuosos se inclinaban sobre ambas márgenes del precipicio.

"Atravesaba el abismo un sólido cable de correas de cuero crudo, pero como era imposible mantener en tensión esta pesada *soga*, humedecida de modo constante por las lluvias que caen sin cesar durante todo el año en las selvas andinas, se aflojaba mucho en el centro, formando un amplio segmento de semicírculo. La tarabita, especie de cuna hecha de mimbres, y en apariencia muy podrida por la humedad, colgaba de aquella soga, a cuyo largo corría, merced a grandes motones y tirando de ella hacia adelante o hacia atrás con largos cordeles de fibras torcidas. Como era la estación en que los viajeros no suelen intentar el paso de los Andes, la familia indígena, cuya ocupación consistía en atender el puente colgante y que vivía la mayor parte del año en un pequeño rancho construido en la margen opuesta a aquella en que nos hallábamos nosotros, habíase retirado a invernar en una aldea situada al otro lado del *páramo*, después de halar la tarabita hacia la orilla en que habitaba el guarda y dejándola atada al cedro de donde pendía la *soga*.

"Al principio supuse que nuestro avance tenía que interrumpirse, sobre todo cuando los indios se agacharon con su aire habitual de taciturna apatía, como si hubieran resuelto no moverse de allí hasta que los forzara el hambre; pero mi peón Julián, que conocía mejor sus costumbres, me aconsejó que esperase con paciencia hasta ver el resultado de sus deliberaciones.

"Después de contemplar por algunos minutos y en completo silencio el inesperado obstáculo, uno de los más diligentes se quitó el *poncho* y las cotizas, asió con brío de la *soga*, le echó las piernas, cruzándolas por encima y comenzó a pasar en esa forma, pendiendo siempre de aquella. Sin duda tuvo que hacer un terrible esfuerzo para sostenerse a pesar de

las oscilaciones de la *soga*, y cuando hubo pasado del centro y principió a subir fue presa de evidente fatiga que difícilmente le permitió continuar. Mientras tanto sus compañeros no le dirigían la menor palabra de estímulo y continuaban fumando sus *churumbelas* con visible indiferencia. Al cabo logró, mediante un violento esfuerzo, asirse a las raíces de un árbol que colgaban sobre el precipicio y con ayuda de las cuales trepó a lo alto del peñasco, donde se echó extenuado del todo.

"Cuando hubo descansado desató la *tarabita* y después de lanzarla desde la orilla, los indios que estaban del lado nuestro la atrajeron hacia nosotros. Encontramos en ella las cinchas y correas empleadas con el objeto de transportar ganado a través del abismo, hallazgo que vino a servirme de consuelo porque abrigaba el temor de verme forzado a dejar mis mulas allí, cuando no podía darme cuenta de los medios por los cuales se las pasaría al otro lado. Obsequié a los indios con tabaco para que me ayudasen a transportarlas, antes de atravesar nosotros, pues Julián me advirtió que si permitía que aquellos franqueasen primero el precipicio, probablemente seguirían su marcha dejándome abandonado a mí mismo. Desde entonces he observado bastante su congénita indolencia y su propensión a que cada quien dependa de sus propios esfuerzos, para convencerme de que aquella hubiera sido en efecto mi situación.

"Sin embargo, los indios me hicieron ver la necesidad de que otros dos de ellos atravesaran el abismo para prestarle ayuda a su compañero en la tarea de pasar la mula; consentí en ello, y dos intrépidos cachiríes se trasladaron a la orilla opuesta, hecho lo cual, los restantes procedieron a descolgar la *tarabita* y poniendo una de las bestias bajo el extremo de la *soga*, atado al tronco de un cedro, cerca del borde del abismo, le taparon los ojos y la aseguraron a los motones. Los tres que habían salvado ya el precipicio tiraron de la mula por medio de una de las cuerdas de la *tarabita*, y como los del lado nuestro la forzaran a ceder, descendió

con terrible velocidad hacia el centro de la *soga*; los de la otra orilla la halaron entonces y la desataron; esta operación se repitió con la mula restante; y al fin nosotros pasamos por parejas en la *tarabita*, libres de todo accidente.

"Como la travesía del precipicio ocupó todo el resto del día, determinamos pernoctar en la choza del guarda de la *tarabita*; el tiempo, aunque lluvioso, mostrábase hasta entonces relativamente benigno, pero al anochecer las crecientes ráfagas de viento y el confuso rumor de un trueno remoto, nos advirtieron la aproximación de una tempestad de invierno, la cual vino con tan espantosa rapidez que a los pocos instantes estaba en su apogeo. El viento aullaba en la copa de los cedros, a cuya sombra habían construido el rancho donde nos refugiábamos, doblegándolos y sacudiéndolos como si fuesen débiles arbustos, mientras los relámpagos iluminaban por intervalos toda la selva, jugueteando entre los troncos de los árboles y fingiendo llenar la choza, donde todos los indios se habían amontonado. Truenos estrepitosos sucedían instantáneamente a cada relámpago, estremeciendo la tierra que pisábamos, casi sin receso alguno. Nos encontrábamos realmente en medio de la tempestad, porque aún no habíamos ascendido sobre el nivel ordinario de las nubes.

"Jamás había presenciado yo escena tan espantosa; los indios, a pesar de su flema característica, no podían contemplarla con su calma habitual y cuando relámpago tras relámpago fulguraba a través de todos los resquicios en la frágil habitación, retratábase en sus bronceados rostros una expresión mortal de terror, ajena del todo a su ingénito aire de orgullosa indiferencia. Saqué de mi baúl una pequeña imagen de San Antonio, todopoderoso contra las tempestades, y me prosterné ante ella, pidiendo a todos los presentes que me acompañasen en los ruegos al santo. Solo Julián obedeció a mi exhortación, porque los cachiríes, que aún conservan vestigios de idolatría, adoran por miedo a un demonio, a quien atribuyen

el origen de todo mal, muy especialmente en las regiones salvajes de la Cordillera. A pesar de mis amonestaciones continuaban musitando sus invocaciones mágicas al *Vulto de los Andes,* cuya residencia suponen situada en los cráteres de los volcanes apagados que se encuentran en la mayor parte de los *páramos*, y creen además que le place cabalgar en las nubes tempestuosas para destruir a los viajeros errabundos que se aventuran por sus dominios solitarios.

"Por fin llegó la mañana y cesaron los truenos, pero la lluvia y el viento continuaban con violencia; cuando propuse seguir adelante los cachiríes manifestaron gran oposición a la marcha, porque al decir suyo, el *páramo* estaba bravo todavía. Supe por Julián que entre los indios, hasta los conversos creen tan firmemente en la existencia y malévolos atributos del *Vulto*, que atraviesan de prisa, en silencio y sin alzar los ojos del suelo por esos parajes desiertos de las cumbres altísimas, llamados *páramos*, y a los cuales consideran como la residencia peculiar de los malos espíritus. Si los sorprende la tempestad en la cima, invariablemente sacrifican al temido demonio algunos de sus adornos, o bien su repuesto de víveres y la mayor parte de sus ropas, echándolos en un precipicio o dentro de la profunda y negra laguna que se encuentra siempre entre los picos más enhiestos.

"Al cabo logré inducirlos a salir de aquel rancho, que apenas podía merecer el nombre de refugio, porque construido para habitación veraniega, lo habían techado con hojas de plátano silvestre que dejaban colarse la lluvia por muchas partes. Los tropiezos y peligros del camino eran ahora diez veces mayores; el resbaladizo sendero serpeaba por la orilla de los precipicios, siendo en general tan angosto que ya no pude confiar en mi mula; en consecuencia eché pie a tierra, no sin gran riesgo porque casi no tenía espacio donde apearme, y la conduje lentamente de la brida. Aquella fue una feliz precaución de parte mía, porque a poco andar la bestia tropezó en una piedra suelta y no encontrando bastante

campo para recobrar el equilibrio rodó al precipicio no obstante mis esfuerzos por ayudarla y desapareció en un instante dentro del abismo. La mula de carga, que era la más recia de las dos, continuaba marchando todavía, aunque en realidad muy fatigada, al cuidado de mi *peón*; pero Julián movió la cabeza en signo de desconfianza cuando le pregunté si creía que la acémila pudiese llegar a la otra falda de la Cordillera.

"Tras estas peripecias salimos de la guarida que la selva nos había formado hasta entonces y entramos en el *páramo*, paraje escueto y roqueño de algunas millas de extensión, en que la nieve, que amortaja ampliamente todas las demás partes de la montaña, no podría acumularse por la violencia de las ráfagas que la barren, aullando de modo incesante. Allí no se encontraba ya sendero alguno, pero los indios descubrieron pronto el camino sobre el fragoso terreno mediante los huesos de hombres y de bestias que a cada paso veíamos blanqueando a la intemperie. La mula de carga, debilitada por sus precedentes esfuerzos, cayó tratando de pasar por una roca lisa y escarpada, sin que hubiera modo de obligarla a levantarse; vime, pues, en el caso de abandonar la mayor parte de mi equipaje, porque nos fue difícil persuadir a los cachiríes para que condujeran las vituallas y algo de mi vestuario, aunque no logré salvar el *almofrez* que contenía mi cama, ni un solo libro de la escasa biblioteca que había escogido con tanto cuidado para solazarme en el retiro, y que tanto apreciaba.

"Habíamos salido de la choza del *tarabitero* ya tarde por la mañana, y los rayos del sol poniente proyectaban ahora nuestras sombras a la distancia, cuando los indios, que habían continuado su camino de prisa, a un paso que más de una vez amenazó dejarme a la zaga, se detuvieron de repente y a gachas comenzaron de nuevo a murmurar en su propia lengua las mismas invocaciones, al parecer, que habían hecho durante la tormenta. Traté de averiguar la significación de aquello, pero solo obtuve por respuesta: '¡El Vulto!', dicho con tono de impaciencia

y enojo por la pregunta. Julián, que parecía compartir sus terrores en no mínimo grado, pues cruzó los brazos devotamente y rezando el *rosario*, me llamó la atención hacia una sombra gigantesca que tenía burda semejanza con la forma humana y que aparecía y desaparecía de modo alternativo, conforme iban pasando las neblinas. Debo confesar que al primer momento experimenté considerable temor ante aquello que semejaba una aparición sobrenatural, hasta que recordé haber leído el caso de un fenómeno análogo presenciado por los viajeros en los Andes próximos a Quito y que era producido, al rayar el día o a la puesta del sol, por la proyección de la sombra humana sobre las nieblas errantes.

"La explicación estuvo lejos de satisfacer a Julián, a quien no pude disuadir de que había visto frente a frente al espantoso Genio de la Cordillera; solo me contestó que sin duda yo debía saberlo muy bien, pero que semejante visión nunca dejaba de predecir desgracia. Cuanto a los cachiríes era vano pensar en argüirles contra sus preocupaciones ni lo creí prudente, considerando cuán necesaria me era su asistencia para disgustarlos intentando hacerlo, pues mi peón me había dicho que experimentaban temor supersticioso al hallarse entre las montañas en compañía de un sacerdote o de un fraile, y pude advertir que me miraban con muestras de disgusto, como si yo fuera la única causa para que el espectro se hiciese visible".

"El sol se hundió bajo el horizonte y el *Vulto* no volvió a aparecer; los indios abandonaron entonces su actitud de adoración y siguieron aprisa por el *páramo*. Así como atravesábamos la fila desabrigada, el viento adquiría tanta violencia y el frío era tan embargante que en muchos lugares teníamos que arrastrarnos a gatas y aun a veces que tumbarnos contra el suelo temerosos de ser precipitados al abismo por la furia de las ráfagas. A menudo el aire se oscurecía con los torbellinos de nieve y al fin nos vimos forzados a detenernos hasta que saliese la luna, reposando mientras tanto al abrigo de algunos enhiestos picos de granito que

se erguían abruptos, como ruinas en alguna antigua fortaleza. Varios indios se alejaron en busca de combustible, porque algunas de las mujeres y de los chicos se hallaban helados de tal modo que eran incapaces de andar. Aunque no se veía ni una brizna de yerba ni señal alguna de vegetación, excepto musgo y liquen, pronto se las compusieron para encender una fogata con fragmentos de fustes de sillas, pedazos de tabla y huesos secos, tanto de bestias como de gente.

"Mientras nos amontonábamos acurrucados en torno del fuego, nos sorprendió la llegada de algunos cachiríes que se habían adelantado y los cuales traían un indio en apariencia muerto; pero que al ser examinado más de cerca dio signos de vivir aún; depositado al abrigo de la roca, las mujeres frotaron sus pies y sienes hasta que pudo ingurgitar un poco de *aguardiente* que por fortuna había yo traído conmigo. Los cachiríes que lo acercaron al fuego me informaron haberlo encontrado tendido junto con su familia, toda la cual estaba completamente muerta. Grado a grado se repuso lo suficiente para tomar algún alimento y al fin recobró bastantes fuerzas para decirnos que dos días antes, junto con su mujer e hijos, había dejado su cabaña de la *tarabita*, pero que no habían podido pasar más allá del centro del *páramo* antes de que los sorprendiese la espantosa tormenta de la noche anterior; que se acostaron en el suelo y que ignoraba lo que había ocurrido después. Cuando supo la suerte de su familia reprochó amargamente a los cachiríes por haberlo separado de ella haciéndolo despertar, e insistió en que lo dejasen donde estaba.

"Al principio atribuí esta desesperada resolución a simple embriaguez y a la desgana de todo género de ejercicio producido siempre por la exposición a un frío excesivo, pero cuando el enfermo se recobró lo suficiente para fumar una *churumbela* que le ofrecieron, y estábamos preparándolo todo para reasumir el viaje a la clara luz de la luna y las estrellas, todavía persistió en su propósito de no moverse del sitio en que lo habían colocado. Los cachiríes parecían del todo indiferentes

a la suerte de aquel indio, pues en realidad no abrigaban la más ligera intención de conducirlo por el *páramo*, aunque él se lo hubiera suplicado, de modo que mucho menos se dejarían persuadir por argumento alguno o ganga que yo pudiera ofrecerles, para trasladarlo contra su propia voluntad; así, tuve que convenir, muy a pesar mío, en que fuese abandonado a inevitable muerte. Mi fiel peón Julián me hizo la advertencia de que no me quedase ni un instante detrás de los indios porque desertarían de nosotros caso de fatigarnos, con tanta indiferencia como dejaron al *tarabitero*. Es probable que en realidad hubieran considerado nuestra muerte como una circunstancia provechosa, porque así habrían obtenido tranquila posesión de las ropas que conducían y aun de las que llevábamos encima.

"La furia del viento se había aplacado en cierta medida, y repuestos ya merced a nuestro descanso avanzamos con más rapidez por el *páramo*. Al rodear un soberbio pico, que dominaba a los restantes, nos vimos frente a la laguna, cuya inmensa profundidad era delatada por la negrura de sus aguas. Cerca del pico hallábase la infeliz familia del *tarabitero*; cuatro niños, de diversas edades, yacían abrazados unos a otros y en parte cubiertos por una capa reciente de nieve y granizo. La madre, sentada y rígida, tenía en los brazos un niño también muerto de frío, aunque abrigado con casi todas las ropas de la mujer. Los indios apresuraron el paso, deteniéndose apenas para echar una ojeada sobre aquel cuadro, pero arrebatando al pasar y con precipitación los ponchos con que el bebé y los otros niños estaban envueltos.

"Por la mañana temprano logramos llegar a un tambo en ruinas, situado en la parte más espesa de la selva, y a los dos días, después de pasar uno de los bosques, entramos en la aldea de *Las Salinas*, donde descansé por algún tiempo para reponerme de la fatiga y estropeo que había padecido, resuelto firmemente a no intentar más nunca la travesía de la Cordillera en invierno".[16]

Capítulo VIII

El campamento patriota. Ataque nocturno. Guerra a Muerte

Pero cuando se ganó el campo y los que habían sobrevivido al combate rindieron sus armas, fue obra detestable descargar sobre los indefensos prisioneros la ruda espada de la conquista.

Juana de Arco

Llegado que hubo a Caujaral con su *Guardia de Honor*, Páez vio que Zaraza había cumplido ya sus instrucciones, trasladándose con el resto de la caballería a la sabana de Cañafístola, que por ser más abierta permitía observar la aproximación del enemigo en cualquier dirección; en consecuencia partió a la mañana siguiente para reunirse con él y llegó por la tarde al rústico campamento, si merece tal nombre un montón de soldados pertenecientes a diversas armas y confundidos todos sin plan ni concierto alguno, caso ineludible siempre que mandaba el jefe veterano Zaraza, a quien todos conocían en el ejército patriota con el nombre familiar de *El Taita Cordillera,* alusivo a la blancura de su cabeza. Era con mucho el más viejo de los generales de Venezuela y había sido infatigable en su oposición a los realistas, desde los primeros días de la revolución, aun antes de que el nombre de Bolívar fuese conocido por respecto alguno. Cuando Monteverde reconquistó Caracas, y Bolívar, entonces coronel al servicio de la Patria, se vio obligado a huir por algún tiempo del continente, Zaraza conservó reunidos los restos del ejército disperso, en la provincia de Cumaná y Barcelona, y continuó molestando a los realistas; sin embargo, a causa de sus inveteradas preocupaciones contra todas las reglas militares

que tuviesen por objeto la disciplina, sus propias huestes poseían todos los hábitos y apariencia de una *guerrilla*, y si capitaneaba temporalmente las tropas de otro general, introducía en ellas, de modo invariable, la irregularidad y el desorden.

Acantonada su guardia, Páez cabalgó con sus ayudantes habituales hacia la parte del campamento en que se había acuartelado Zaraza, encontrando a este jefe muy atareado en cocer su ración de carne en un asador de palo, al fuego de la hoguera, rodeado de oficiales y soldados suyos, que se entremezclaban con ostensible igualdad.

"¡Norabuena, Taita Cordillera", exclamó Páez al desmontarse. "¡Buena disciplina mantiene usted entre sus *rotos*, y bonito ejemplo de subordinación está dándoles a mis llaneros!".

Aquel ataque a sus preocupaciones y peor aún el despreciativo término de *rotos*, aplicado a sus hombres, a quienes consideraba como hijos, llamándolos siempre así, desconcertaron realmente al veterano, como Páez lo había premeditado.

"¡Malhaya con cien demonios! Hubiera podido jurar, *niño José Antonio*, que la primera palabra que oiría a su llegada sería la de disciplina. En eso y en subordinación es en todo lo que piensan usted y Simón Bolívar; ¡y de mucho que les ha servido a los dos! Bolívar con su disciplina[17] fue derrotado por Morillo en La Puerta; casi alanceado en su hamaca por López en Rincón de los Toros; sorprendido por Calzada en Ortiz; y ahora forzado a buscar refugio entre los capuchinos (cuyo solo nombre aborrezco) al otro lado del Orinoco. Y usted, señor *Páez*… cuéntenos qué hazañas hizo ayer con sus alabados *llaneros*, aunque me es fácil comprender por la quietud con que han llegado al campamento, que ustedes fueron derrotados por los *godos*. Si ustedes hubieran logrado la menor ventaja hubiéramos oído a su subordinada y muy comedida guardia, gritando y vociferando en una forma en que

mis *rotos*, como usted se complace en llamarlos, nunca se atreverían a hacerlo".

"¡Oiga Taita! Aquí está Carvajal, que jura que usted no les dio nunca motivo para cantar victoria; me dice que cuando perteneció por algún tiempo a su *guerrilla*, en Barcelona, usted no dejó jamás que su gente viera los colores amarillo y rojo de la bandera de Monteverde; y que cuando Boves y el *zambo* Yañez fueron hasta El Bergantín, usted se salvó huyendo al campamento de Monagas en Cantaura.

"¡Maldito sea Carvajal!", exclamó el rudo veterano, ya en el colmo de la ira. "Me asombra que usted, Páez, que tiene algún sentido ...una especie de sentido propio en bruto… pueda oír las *pendejadas* de ese individuo. Fui yo el primero que le enseñó a manejar la lanza, cuando Bolívar y los demás disciplinistas andaban huyendo por Margarita y Santo Domingo; y la Patria se hubiera perdido para siempre a no haber sido por Cedeño, Monagas y otro que no nombraré. Usted no era entonces más que un muchacho, Páez; un simple *mocoso* y no sabe nada de todo esto, fuera de huirle a Boves, con seguridad".

"Entonces el *taita* olvida", dijo Carvajal, uno de los oficiales favoritos de Páez y comandante de su guardia; "olvida cómo lo ayudó Monagas a arreglar sus cuentas pendientes con Yáñez, cuando el *zambo* le quemó la casa y la hacienda de Peñuelas".

"¡Oigamos eso!", exclamó Páez, porque se deleitaba en hacer rabiar, o como él mismo decía, en *torear* a Zaraza, quien nunca supo distinguir entre chanzas y veras: "Jamás he oído hablar de ese incidente, Carvajal. ¿Cómo fue eso?".

"Pues bien, Boves marchó repentinamente desde la ciudad de Cumaná hasta el pie de El Bergantín, donde acampaba mi general Zaraza con su método habitual de establecer piquetes avanzados, es decir, no tan distantes de él que dejase de sentir el calor de las fogatas; por

consiguiente fuimos sorprendidos y forzados a huir a Cantaura, como dije antes. Monagas avanzó en el acto con todo su ejército para repeler esta invasión de los *Altos Llanos*, pero no llegó a tiempo de salvar la casa a la familia del *Taita*. Cuando nos aproximamos a Peñuelas, Monagas y algunos más, entre los cuales figuraba el *Taita*, se adelantaron a reconocer al enemigo, situado en la cumbre de un cerro separado de nosotros por un barranco profundo. Los realistas nos descubrieron pronto y pudieron distinguir la bandera del Taita, después de lo cual uno de ellos le gritó a este: *"¡Oiga, viejo Zaraza,* le quemamos la casa y le tenemos presos a la loba y a los lobeznos!". *Taita Cordillera,* en vez de montar en cólera como lo hace todos los días con sus *rotos*, por cualquier bagatela, se volvió muy tranquilo hacia Monagas e hizo la observación de que hasta los *godos* podían decir verdad algunas veces, porque la noche anterior le habían dado aquella noticia".

"¡Oiga!, contestó Zaraza; y hágame el favor de explicarme lo que usted hubiera dicho, *señor sabemucho,* caso de hallarse en mi lugar. ¿Habría podido construir una nueva casa con todos sus atufos de venganza? Pero dejemos estas tonterías, y sépase qué les pasó en Merecure y cuándo podremos esperar a Morillo en plena sabana, pues supongo que ustedes abandonaron las orillas del río con el designio de aguardarlo aquí".

"Ciertamente, *amigo Zaraza,* dijo Páez; no creo que pueda hacerse nada mejor por ahora, pues Morillo, como de costumbre, persiste en conservar su caballería a salvo bajo la protección de la infantería, y usted sabe que hay órdenes muy estrictas de Bolívar para que no se aventure una batalla campal, y también es cierto que mi inferioridad en número y la completa escasez de infantería y artillería, serían suficientes para disuadirme de correr ese riesgo, pero Morillo debe avanzar por las sabanas en cualquier momento, o ha bajado a los Llanos para poca cosa, de modo que no ha de faltarnos ocasión de medir lanzas con esos altivos

godos. Por de pronto pienso destacar a Rangel con sus carabineros a través del Arauca, para que se mantenga entre los realistas y su depósito, que debe estar en las ruinas de San Fernando. Si Rangel es tan activo como de costumbre, impedirá que Morillo reciba suplementos de la retaguardia, a menos que un batallón de infantería escolte cada arreo de mulas; y por mi parte prometo que los españoles tendrán poco descanso de este lado, hasta que les haya hecho pagar completa y satisfactoriamente todos los daños que han cometido ya y que amenazan seguir cometiendo en los *hatos*. Pero usted olvida, *Taita Zaraza,* que hemos pasado todo el día a caballo y que nos sentimos muy dispuestos a darle nuestra opinión acerca de su habilidad en el arte de la cocina".

En consecuencia los bien provistos asadores de madera, que se doraban alrededor de la lumbre, fueron traídos uno por uno y plantados en tierra frente a ambos generales, quienes tenían por asiento un rimero de sillas de montar y estaban rodeados de sus ayudantes y asistentes. Cada quien esgrimía cuchillo o un hierro de lanza, listo para un ataque contra la carne asada; y siguió una pronta merma en la abundante copia de costillares enteros, *cecinas* y otras golosinas llaneras colocadas ante ellos en rápida sucesión. Páez se retiró luego a descansar, después de mandar a decirles a todos los comandantes de tropa que al día siguiente se distribuirían caballos nuevos a cuantos necesitasen de remonta.

A la mañana siguiente, se le informó temprano a Páez que había sido arreada a las cercanías del campamento una *madrina* de varios miles de caballos, y que ya estaban prestos los soldados que querían mudar de bestias. Salió para el sitio en cuestión, acompañado por todos los que no se hallaban de guardia, o empleados en otro servicio, es decir, como por tres cuartas partes del ejército, a quienes guiaba la curiosidad de asistir al siempre animado entretenimiento de un reparto de *potrillos*. Inspeccionados los animales de todos aquellos que eran candidatos

para la remonta, dio orden de soltar las bestias inservibles, y de que sus dueños lo siguiesen hasta la manada, reunida como a una milla, bajo la custodia de *llaneros* expertos, cuya obligación consistía en recoger caballos destinados al ejército. Necesitaron hacer los mayores esfuerzos para impedir que los animales cerriles rompiesen el cerco de jinetes formado en torno de ellos, porque ya se habían asustado a la vista del ejército y los caballos más viejos del rebaño, con las crines erizadas y bufando de rabia y de miedo corrían alrededor, seguidos de los restantes, en busca de algún punto abierto por donde pudieran escapar a sus solitarias dehesas; mas por dondequiera que se presentaban los recibían con gritos y tremolar de banderolas.

Páez y sus oficiales favoritos, únicos a quienes permitía intervenir en las faenas, cabalgaban despacio en torno de la manada, escogiendo los mejores caballos, que, después de enlazados, entregaban a algunos de los jinetes listos allí para recibirlos y a quienes cualquiera de sus compañeros ayudaba a conducir el animal con el objeto de amansarlo. Los caballos cerriles, que parecían tener un miedo instintivo al *lazo*, se agrupaban en vano, bajando la cabeza, para librarse de la soga, pues los *llaneros* la lanzaban de modo tan certero que nunca dejaba de coger el animal a que iba dirigida, aun corriendo a toda velocidad. Ya enlazado un número suficiente de bestias para domarlas, Páez y los demás elegidos por él principiaron a enlazar y a derribar potros para cortarles las cerdas de crines y colas, con el fin de tejer cabestros. En tanto, el campamento resonaba con el alboroto provocado siempre por los *corcobeos*; en todas direcciones veíanse caballos que se precipitaban violentamente, coceando y procurando deshacerse de aquella insólita molestia por todos los medios a su alcance; cuando los animales lograban su intento comenzaba una cacería a través de la extensa llanura, mucho más interesante que cualquier cacería de zorros en Europa; los amigos del malhadado jinete perseguían al fugitivo, a *rienda suelta,* para detenerlo si era posible e impedir que escapase con

silla y cabestro. La manada de caballos, vigilados ya con más descuido que al principio, dio una carga simultánea por la parte más débil del cerco, y habiendo logrado romper por allí, corrieron a través de la sabana, se lanzaron en un brazo de laguna que encontraron a su paso y atravesándolo a nado huyeron a sus pastos nativos.

Ya todo el ejército español había atravesado el Arauca, y Morillo, que hasta entonces no había podido hacer un solo prisionero, ignoraba aún la retirada de Bolívar a la otra margen del Orinoco, por lo que se dispuso a buscarlo, pero orillando el ribete de bosques que ciñe el Arauca, para evitar en lo posible el riesgo de penetrar en la llanura abierta, pues conocía muy bien su propia inferioridad en el arma de caballería. Siguiendo las sinuosidades del Arauca quemó todas las granjas próximas a su itinerario y al fin llegó al hato de Cañafístola, situado entre una curva del río, frente a la sabana donde acampaba el ejército de Páez. Érale en absoluto necesario atravesar esta parte de la llanura con objeto de evadir un extenso médano que por varias millas se extiende a la margen del río, más allá de Cañafístola, y por consiguiente se dispuso a forzar el paso. Páez, viendo aquel propósito, formó su ejército en tres divisiones, dos de las cuales envió a rondar en cada flanco de las columnas en marcha, mientras él se retiraba despacio con la tercera, a través de la sabana, haciendo que sus jinetes echasen pie a tierra de cuando en cuando y dejasen pastar sus caballos tranquilamente.

A la puesta del sol, los españoles hicieron alto en un sitio donde unas cuantas palmeras distantes unas de otras les suministraban combustible, y frente al vivac prepararon sus fogatas de guardia nocturna. Páez se detuvo también y encendió una línea de hogueras, aunque sin el menor intento de permanecer en reposo hasta el día siguiente. A eso de la medianoche transmitió órdenes a los diversos cuerpos para que ensillasen y montasen en silencio, dejando al propio tiempo numeroso piquete con instrucciones para que patrullara ante las hogueras, conservándolas

vivas, y se hiciera sentir ocasionalmente del enemigo, que no estaba a más de una milla de distancia. Páez condujo luego su guardia, seguido del resto del ejército, rodeó el campamento español, guardando suficiente espacio para eludir la observación de los piquetes apostados cerca del grueso del ejército, a causa de la peligrosa topografía del terreno. Avanzó rápidamente sobre la retaguardia enemiga y al ser alertado, se precipitó con toda su tropa sobre la avanzada, y la arrolló, asaltando el grueso del ejército que, fatigado de la ruda marcha por entre los yerbazales de la sabana, dormía de modo tan profundo que por algunos minutos fue incapaz de oponer ninguna resistencia. Como, por fortuna del enemigo, la infantería se había acostado en columnas cerradas, según órdenes de Morillo, el batallón próximo al que fue atacado por modo tan intempestivo, pudo formarse pronto en un sólido cuadro, y así, evitando un nuevo avance de los *llaneros*, dio tiempo a los demás para rehacerse y abrir los fuegos. Páez se retiró entonces, después de matar y herir considerable número de enemigos en este ataque irregular, pero dejó muertos en el campo a varios de sus propios hombres, y a dos tan gravemente heridos que no pudieron escapar.

Morillo, que despertó a la primera alarma, fue presa de un arrebato de cólera ante aquella *osadía* de los insurgentes, como él la calificaba, e informado de que dos de ellos habían caído vivos en sus manos, ordenó que en el acto los trajesen a su presencia, tras lo cual envió por los generales Calzada y Morales para que le ayudasen; también dispuso que el capellán del ejército se presentara al punto en la tienda. El joven La Torre y su amigo Castro hacían guardia aquella madrugada en la tienda del comandante en jefe, y ambos, pero especialmente el segundo, estaban ansiosos por ver a los prisioneros traídos ante aquel juez inexorable, que pocas veces le perdonó la vida a un insurgente, cuando caía en su poder, y cuya cólera excedía los límites de su ingénito mal carácter por el asalto matutino hecho contra las tropas del Rey. Por otra parte, apenas si se había repuesto

de una grave herida en un muslo, causada en La Puerta por uno de los lanceros de Zaraza[18], el cual, lanzándose de improviso en el centro del Estado Mayor que los rodeaba allí, hubo de sacrificarse al vehemente deseo de destruir a uno de los acérrimos enemigos de la patria.

Una vez llegados, Calzada y Morales se sentaron a uno y otro lado de Morillo, frente a la tienda, y como ya estaba listo un secretario para tomar nota del examen de los prisioneros, se trajo a uno de estos por orden de Morillo; pertenecía a la gente de Zaraza, recién llegada a las pampas, y porque la extrema debilidad procedente de varias heridas, que nadie pensó en vendarle, no le permitiera mantenerse de pies, se sostenía a duras penas entre dos de los soldados de la guardia que le custodiaba. Casi no podía articular una respuesta a las preguntas de Morillo y no sabía o fingía ignorar el paradero de Bolívar. A la luz de las hachas que mantenían muy cerca de él, se observaba en sus labios la palidez de la muerte ya próxima, pues la insensibilidad iba apoderándose rápidamente de él; en consecuencia Morillo ordenó con brevedad a la guardia: *"¡Dénle cuatro balazos!",* y dijo al capellán que se aventuró a pedirle permiso para confesar al infeliz, que era inútil se molestase, porque el *chucuto* podía hablar lo bastante para ello. "Además, agregó, ¿quién ha oído nunca una verdad de labios de un *criollo* ya esté bueno y sano o a punto de morir?".

El prisionero fue llevado, más bien que conducido, a corta distancia detrás de la tienda: se oyó una descarga de fusilería y los soldados regresaron sin él. Entonces condujeron al otro insurgente. Aunque herido de gravedad, no lo estaba tanto que no pudiera mantenerse de pies con escasa ayuda, y contestar a las preguntas que se le hacían. Era un joven alto y bien parecido y aunque pálido por la pérdida de sangre afrontaba a su inmisericorde juez con una resolución indomable que exasperó en alto grado el malhumor de Morillo, aumentando la aspereza de su voz y el espanto de su ceño. Los soldados españoles, que custodiaban

al prisionero, presentaron una de las bien conocidas banderolas de lanza pertenecientes a la guardia de Páez, declarando haberla encontrado cerca de donde rodó aquel con caballo y todo, ya muerto el animal, y que el prisionero no negó pertenecer a semejante cuerpo, que se jactaba de no dar nunca ni recibir cuartel.

"¡Pues, cuerpo de Dios!", gritó Morillo; tendré buen cuidado de dar ejemplo con él y con cada compañero suyo que caiga en mis manos, a aquellos que osen rebelarse contra su Católica Majestad. ¡Hola, señor patriota! Me alegra tener la ocasión de dar las gracias a uno de los de la guardia de Páez, en persona, por la temprana visita que nos hizo su jefe esta mañana. ¿Me estás oyendo, *chucuto*? Tu vida depende de que me contestes a las preguntas que voy a hacerte, con tan poca alteración de la verdad, como pueda permitirlo la índole de un *llanero*. ¿Dónde está el traidor Simón Bolívar y a dónde ha conducido su rebelde pandilla?[19]

"El Libertador, *godo* soberbio, ha confiado a los llaneros la protección de las pampas en que han nacido; y está lejos de aquí, pues de otro modo hace mucho tiempo que hubiera humillado tu altivez, con tanta facilidad como lo hizo en Araure".[20]

"¿Estás loco, *chucuto*, para atreverte a hablarme así? ¿Quieres desafiarme?".

"La suerte del que cae en tus manos se decide al momento; nada tengo que esperar de la misericordia de un *godo* y por consiguiente nada que temer de sus amenazas".

"¿Cuántos hombres tiene consigo el *caudillo* Páez? ¡Contesta sin vacilar o te espera una muerte inmediata!".

"Aunque estuviera menos convencido que lo estoy de que nada pueda salvarme la vida, no contestaría ni a una pregunta, que en alguna forma pudiera ser útil a los *godos".*

"¡Basta! Señor Capellán, le doy cinco minutos para que le preste los últimos auxilios a este contumaz rebelde, y en cuanto se haya confesado que el preboste cumpla con su deber. ¡Capitán La Torre, le encargo cuidar de que esta sentencia sea puntualmente ejecutada!".

"Morillo montó luego a caballo y salió acompañado de sus generales y numeroso estado mayor, para inspeccionar el regimiento que combatió en primer término durante la noche, y para inquirir con mayor cuidado la conducta de la retaguardia.

Mientras tanto *La Torre,* en cumplimiento de las órdenes recibidas, estacionó centinelas alrededor de un terreno limpio, detrás de la tienda, y dio al Capellán toda clase de facilidades para que cumpliese sin estorbos su triste misión de confesar al infortunado prisionero. El *llanero* tenía los brazos atados a la espalda con un largo cabestro de cerda, uno de cuyos extremos sostenía un sargento a suficiente distancia para no oír el diálogo que de rodillas mantenía el prisionero con el capellán.

Castro pidió permiso a su amigo para hablar unas cuantas palabras con el prisionero, a quien solo había visto confusamente a la vacilante luz de las hachas, y obtuvo la licencia por solo un momento, cuando pasaran los cinco minutos concedidos para la confesión; así, La Torre le envió para que diese aviso al Capellán de que ya era tiempo de entregar a su penitente a la guardia del preboste. Cumplido su encargo, Castro se acercó a decirle algunas frases de conmiseración al infeliz *llanero* y a preguntarle su nombre; ¡pero cuál sería su impresión cuando al examinar de cerca la fisonomía del soldado, a los primeros y vagos fulgores del alba, reconoció a su primo Felipe Gómez! El prisionero oyó su grito de sorpresa y de pena y lo reconoció en el acto. "¡Así es como debía ser!, le dijo: el delito de llevar las armas en servicio del tirano y contra tu país natal no merecía menor castigo que el de presenciar la muerte de tus parientes, lo mismo que la de tus compatriotas!".

"¡Virgen del cielo! ¿Eres tú en realidad, querido Felipe? Volaré hacia Morillo... tendrá que apiadarse cuando sepa cuán profundo interés tengo por ti".

"¡No sueñes con eso, Andrés! No está en la naturaleza del tirano demostrar misericordia. Y aunque fuera de otro modo ten por seguro que despreciaría una vida que un traidor a su patria, como lo eres tú, pudiera concederme".

Castro corrió hacia la guardia de la tienda y saltó sobre un caballo que estaba allí ensillado.

"¡La Torre!, gritó; te imploro por lo que más quieras que dilates la ejecución hasta que haya visto a Morillo y hablado con él ¡Es mi primo Felipe!".

"¿Estás loco, Castro?, le preguntó La Torre. ¿Vas a abandonar tu guardia y a correr la aventura de hablarle a Morillo por un prisionero? Sinceramente te compadezco y me duele en el corazón que el prisionero sea primo tuyo, pero sé tan bien como tú que aunque fuere hijo de su propia madre, Morillo no perdonaría a un insurgente, y menos que todo a uno de la guardia de Páez".

Castro, sin embargo, no dio oídas a las advertencias de su amigo y corrió frenéticamente en pos del comandante en jefe, a quien hubo de hallar en el peor predicamento para concederle la solicitud que tenía que hacer; sin embargo no vaciló un instante en implorarle el perdón de su pariente, aunque podría haberse ahorrado la mortificación de una negativa incalificable, pues Morillo pareció considerar el intento de moverlo a misericordia, como si fuese en cierto modo un estímulo para la rebelión.

"¿Pariente cercano suyo, señor?, dijo el jefe expedicionario: mucho peor para usted. No dudo que en esta rebelde comarca del país tenga usted numerosos parientes y allegados en armas contra su legítimo soberano; pero dé por seguro, señor, que aun tratándose de su padre, o

del mío propio, nada podría inducirme a salvarles la vida en esta ni en otra ocasión. Que alguien corra en el acto a mi tienda y le diga al capitán La Torre que le haré responsable por este injustificable retardo en la ejecución de mis órdenes; díganle que va por su cuenta y riesgo si hallo vivo al prisionero, cuando regrese. ¡Ahora una palabra, teniente Castro! Debo decirle que ese empeño en mediar por un traidor, aunque sea su pariente, me ha dado muy mala idea de sus principios políticos, y también quiero que me diga, señor mío: ¿no está usted de guardia? ¿Cómo es que usted se ha atrevido a hacerse reo de tan escandalosa infracción de la disciplina, abandonando su guardia antes de relevársele regularmente, o quedar franco de servicio en cualquiera otra forma? Vuelva a su puesto, señor, y cuide de no verse en el caso probable de implorar por usted mismo".

Castro, profundamente humillado, se retiró de la presencia del déspota, y antes de llegar a la guardia, una descarga, seguida de un solo disparo de fusil, como *coup de grace,* le anunció la muerte de su primo.

Capítulo IX

El mercader ambulante. El festín llanero

Autó1ico. —¿Quieres comprarme cintas, o blondas para la cofia, linda palomita mía? ¿Seda, hilo, brincos para el tocado, a la última moda y de lo mejor, de lo mejor? Acudid al buhonero; el dinero es un entrometido que hace pasar todas las cosas de mano en mano.

Cuento de Invierno[21]

Antes de emprender el último ataque contra las fuerzas realistas, Páez ordenó a los diferentes cuerpos de su ejército que se separaran cuando concluyera la escaramuza, con el propósito de despistar a Morillo, fijándoles como punto de reunión una sabana próxima a la residencia temporal de los emigrados. En consecuencia, cada regimiento atravesó la pampa por diverso rumbo, y continuó marchando así mientras podía ser visto desde el campamento español; pero luego se encaminaron a la laguna de Cunaviche, recogiendo a su paso y arreando ante ellos varios rebaños de vacas, para uso de las familias llaneras, entre las cuales fue motivo de alegría la llegada del ejército, a excepción de aquellas que habían perdido parientes o amigos íntimos en el combate de Cañafístola.

Páez tuvo informes de que una de las lanchas que periódicamente acostumbraban llevar mercancías para venderlas en San Fernando, Apurito y otras ciudades de las comarcas inferiores de Barinas, había llegado a la boca del Arauca pero no se aventuraba a seguir viaje por la noticia de la invasión de Morillo. Así, pues, envió una partida de lanceros para que escoltasen al mercader hasta Cunaviche, con tanto acopio de mercancías como pudiera

acarrearse convenientemente en acémilas. Tanto en el campamento como en las chozas de los emigrados se aguardaba con impaciencia aquella visita, porque estos *comerciantes*, calificativo que se daban siempre a sí mismos —aunque los *llaneros* insistiesen en llamarlos *mercachifles* con la mayor descortesía—, nunca dejaban de llevar tabaco y aguardiente para los hombres, y pañuelos, lencería y adornos para las mujeres.

La escolta regresó con *Sieur Bonjean,* traficante francés del Orinoco, que ejercía el comercio entre Guayana y Barinas y que por entonces era muy bien conocido en todos los Llanos. Se contaba entre los amigos más íntimos de Páez, a quien con frecuencia le suplía artículos para el consumo de su guardia, bien a crédito, bien a trueque de toda suerte de plata quebrada, producto de escaramuzas ocasionales con los españoles. Asimismo, era el único mercader ambulante que recibía las depreciadas *pesetas* del cuño de Achaguas[22], operación hecha por él en tan amplia escala que monopolizó durante algún tiempo la venta de mercaderías apropiadas al mercado *llanero*, lo mismo que la compra de sus cargamentos de retorno, consistentes en cueros y sebo.

Hallándose en Cumaná cuando estalló el primer movimiento revolucionario, este singular sujeto vendió todas sus mercancías y en un arranque de entusiasmo se incorporó al ejército patriota, hasta obtener en breve el grado de capitán; mas le cupo la desgracia de que en cierta coyuntura le sorprendiese Bolívar con las manos en la masa, por lo cual escapó a duras penas de que le fusilasen, pues el Libertador se mostraba entonces inexorable en el castigo de semejantes delitos. Sin embargo, en atención a sus servicios y a su adhesión a la causa de la independencia, Bolívar hubo de contentarse con lanzarlo a puntapiés —en la acepción más literal del vocablo, como lo declaraba el propio Bonjean—, del cuerpo al que pertenecía, prohibiéndole bajo pena de muerte que se presentase en cualquier sitio a veinte leguas del ejército[23]. El francesito solía referir esta anécdota con absoluta *nonchalance,* asegurando que a

fin de cuentas Bolívar le había hecho con ello un beneficio, ahorrándole la mortificación de darles una brusca despedida a sus queridos compañeros de armas, porque ya no le era posible sufrir la mala cocina y la completa falta de *bienséance,* tan manifiestas en el campamento patriota.

Recibido que hubo su descargo (a puntapiés), se retiró a la ciudad de Angostura, en el Orinoco, provisto de buena suma de dinero para reanudar su tráfico, pues Bolívar, al parecer satisfecho con el sumario castigo que le había infligido, no tomó a empeño el que se reintegrase el producto de aquella sustracción clandestina, o *llapa,* como solían apellidarla en el ejército patriota. Bonjean compró entonces una *lancha*, o gran bote mercante adaptable a la navegación del río, y asociándose con su compatriota Pierre Robinet, la cargaron uno y otro con aquella clase de mercancías más solicitadas en las aldehuelas y establecimientos de misiones, situadas en las márgenes.

Por fortuna de los aventureros, antes de salir de Angostura se les advirtió que el río estaba infectado de ladrones en algunos parajes, por lo cual tomaron la necesaria precaución de llevar consigo cuatro fusiles y unos cuantos cartuchos. La lancha fue atacada, en efecto, cerca del paso de Vernavel[24] por una *piragua* llena de piratas de río, pero ambos socios, que habían servido antes en los ejércitos de Napoleón, hicieron a sus asaltantes, cuyas únicas armas eran flechas y hondas, una acogida tan entusiasta que lograron ponerlos en fuga, con ayuda del viejo patrón, a cuyo cargo corría cargar los fusiles a medida que se les disparaba. La noticia del asalto y de la intrépida resistencia que opusieron los comerciantes franceses se divulgó presto por las aldeas frecuentadas de Bonjean y Robinet, quienes de allí en adelante lograron proseguir su tráfico por muchos años, sin verse molestados y con éxito regular.

En un amplio cobertizo, preparado con el objeto de almacenar las mercancías, fueron descargadas las acémilas ante multitud de regocijadísimos espectadores, que se juntaron para dar la bienvenida a aquel

antiguo conocido con quien casi todos los llaneros llevaban estrechas relaciones. Cuatro de las seis mulas de la recua conducían pellejos de aguardiente y pacas de tabaco, y Páez ajustó en el acto dos cargas completas para distribuirlas entre su guardia, a la cual resolvió ofrecerle un festín esa misma tarde. Lo restante fue comprado por Zaraza, Ramírez (?), etc., etc., para consumo de sus respectivos parciales.

Quedaban por realizar las *petacas* de tela y adornos, cuya venta fue tan interesante para las mujeres como lo había sido la precedente para los maridos y hermanos de estas. Fiel a la urbanidad característica de su patria, *monsieur* Bonjean se presentó en primer término casa de *doña Rosaura,* con un muestrario de sus mejores mercancías, mientras las otras matronas emigradas, aunque ansiosas por admirar el surtido de novedades que siempre les traía, esperaban con paciencia que la *señora* hubiese hecho su apartado para efectuar ellas sus compras. Cuantos ignorasen las costumbres de las *llaneras* habrían temblado por la seguridad de las mercancías, dado el modo de escoger los artículos que les gustaban; pero conocedor como era de la honradez de sus tratos, Bonjean lo abandonaba todo a *discreción*.

El afán que ponían en las compras, asemejábase más bien al saqueo hecho por un ejército, tras un asalto feliz, que a un simple mercar con buenas intenciones, de modo que a los pocos instantes todas las cosas puestas en venta habían desaparecido en diversas direcciones para ser llevadas a los *ranchos*, donde permanecían a buen recaudo, mientras los compradores regresaban para informarle a *monsieur* Bonjean lo que cada uno de ellos había cogido, y pagarle el precio correspondiente.

Ya realizada toda su mercancía en forma tan expedita, el francés pudo hacerle una visita a Páez, a quien encontró en compañía de Zaraza, Carvajal y otros oficiales llaneros preferidos, celebrando un jolgorio en lugar remoto del bosque, y rodeado de toda su guardia, formada en semicírculo ante un árbol a cuya sombra estaba sentado el jefe patriota. Bonjean, que

iba con el patrón de su bote, criollo viejo y curtido por la intemperie, fue cumplimentado con un asiento cerca de los dos generales, y las totumas pasaron luego de mano en mano con la acostumbrada ceremonia de un brindis, hecho por cada uno llevando la vasija a los labios. Los llaneros, cuyo ánimo subió en breve a punto de canto, entonaron con regocijo frenético el himno nacional favorito, obra de un fraile dominico de Buenos Aires[25], pero universalmente adoptado en Suramérica:

"¡Oíd mortales el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Y ensalzad a la noble igualdad.
Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa Nación,
Coronada su sien de laureles,
Y a sus plantas rendido un león.
¡Sean eternos los Laureles
Que supimos conseguir!
¡Coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir!"

Sería difícil imaginar el efecto producido por estos versos, cuyo aire es singularmente bello, al ser cantados en coro por más de quinientos llaneros, todos los cuales son amantes de la música y poseen regulares voces[26]. Siguió un silencio de algunos minutos, roto luego por repetidos gritos de *"¡Viva la Patria!"*. "¡Viva Páez!", a lo cual agregaban algunos como en tono de zumba: *"¡Viva Taita Cordillera!"*. Luego sobrevino una rápida circulación de la totuma y Páez le ordenó en seguida a su guardia que cantase el "Canto de las Sabanas":

"Si acaso te preguntan por qué andáis descamisado;
(¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad con machete en mano!)

Decid que con sus tributos los godos me la han quitado.
(¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad con machete en mano!)
Vengan, ¡Chapetones!, a morir aquí;
Dexemos la España en su frenesí.

¡La justicia en las Audiencias se compraba y se vendía;
(¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad con machete en mano!)
Y el oro de los pleitantes en las Cortes prevalía.
(¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad con machete en mano!)
Vengan, ¡Chapetones!, a morir aquí;
Dexemos la España en su frenesí.

Todos los reyes del mundo son igualmente tiranos;
(¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad con machete en mano!)
Y contra ellos es preciso que nosotros nos unamos.
(¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad con machete en mano!)
Vengan, ¡Chapetones!, a morir aquí;
Dexemos la España en su frenesí".

Páez se retiró luego, seguido por Bonjean, Zaraza y algunos de sus principales tenientes, dejando la guardia entregada al libre goce del festín. Se encaminó al rancho de doña Rosaura, a quien halló rodeada, como de costumbre, por numerosa concurrencia de emigradas, que se entretenían, bajo los *congrios*, con tanto júbilo como los *llaneros*, aunque sin tan estrepitoso regocijo, mientras el *mate* pasaba de mano en mano, porque el comerciante francés no había olvidado llevar buen acopio de la yerba del Paraguay, preferida por las mujeres suramericanas mucho más que el té y aun el chocolate[27].

Los circunstantes pidieron en el acto a Bonjean, como siempre que llegaba a los *Llanos*, que les diese noticias de Guayana, y él les refirió lo siguiente:

Capítulo X

Noticias de Angostura

Curtis. —Te ruego, buen Grumio, que me des noticias.
Grumio. —Bien, chico; bien, chico, y tantas como tú quieras.

Shakespeare: *La fierecilla domada.* Acto IV, esc. I.[28]

"En estas sabanas se han convertido ustedes en tan complejos *ermitaños* que dudo si la misma doña Rosaura tiene alguna noticia del grave desacuerdo entre Bolívar y el mulato general Arismendi quien, como todos ustedes lo saben, había sido gobernador de Margarita por muchos años. Urdaneta fue enviado a esa isla por el Libertador, con la orden de reclutar gente destinada al ejército reunido entonces para embarcarse y remontar el Orinoco, pero se dice que en llegando a Pampatar, Urdaneta procedió por cuenta propia a cumplir sus órdenes, sin comunicárselas primero a Arismendi, bajo cuyo mando se hallaba la provincia. Resentido por semejante conducta, el jefe veterano reunió su escolta, marchó contra el intruso y rescató a todos los reclutas, ya listos, a pesar de ellos, para ser remitidos al continente. Refiérese también, y nada es más probable, que amenazó fusilar a Urdaneta, propósito cuya ejecución solo pudo evitarse y a duras penas merced a la oportuna llegada del almirante Luis Brión, el curazoleño, que logró apaciguarlo. Sin embargo, cargó de grillos a su camarada el general, encerrándolo por algunos días en un *calabozo*, después de lo cual le permitió marcharse en una piragua[29].

"Ya de nuevo en Angostura, Urdaneta le refirió a Bolívar el tratamiento que le habían dado, y el segundo juró vengar el insulto inferido a su teniente de mayor confianza. *El Tío Porsupuesto*[30] se vio, sin embargo, obligado a disimular su enojo por algún tiempo, mientras lograba apoderarse de Arismendi, porque sabía muy bien que si lo amenazaba abiertamente era por extremo imposible sacarlo de la isla de Margarita, pues a Arismendi le quieren tanto allí, aunque no por la ternura de su carácter, que los habitantes se hubieran levantado en masa, hombres, mujeres y niños, como lo hicieron cuando expulsaron la guarnición española, antes que permitir que le tocasen un solo pelo de la cabeza. En consecuencia, Bolívar le envió una de sus habituales y corteses invitaciones para una conferencia, la cual aceptó el veterano, desoyendo el consejo de todos sus amigos, quienes le demostraron en vano el riesgo que estaba a punto de correr, recordándole la suerte del pobre general Piar, fusilado poco tiempo hacía, frente al palacio de Gobierno, en Angostura, a donde acudió atraído por una invitación semejante[31]. Arismendi contestó a todas las advertencias de sus amigos, asegurándoles que Bolívar era demasiado político para enajenarse los ánimos de todos los habitantes de una isla como la de Margarita, cuya influencia se contaba por mucho en Venezuela. Así, pues, partió hacia Guayana, acompañado del menor de sus hijos, mientras al mayor de ellos lo dejó con el mando de la tropa, después de hacerle jurar por Nuestra Señora de Chiquinquirá[32] que vengaría la muerte de su padre hasta el último extremo en la persona de Bolívar, si lo trataban con deslealtad.

"En llegando a Angostura, se encontró Arismendi, como lo previeron sus amigos, con que Bolívar había partido de la ciudad, dejando instrucciones a Zea, Vicepresidente de la República, para que lo procesase por su comportamiento con Urdaneta. No le iban a conducir ante una corte marcial, porque no pudieron encontrarse oficiales de jerarquía suficiente para constituirla, y que fuesen bastante dóciles para

atraer sobre sí el odio que provocaron los sentenciadores del infeliz Piar, pero se encomendó al Congreso de Venezuela, entonces reunido allí, el conocimiento del presunto delito. Bien sabía Bolívar con cuánta facilidad podía inducirse a los miembros de esta asamblea para que llevasen adelante sus propósitos de sacrificar a Arismendi, porque todos eran civiles pusilánimes que temían sobremanera una contrarrevolución, y apoyaban con celo la autoridad de Bolívar ante cualquier amago de emulación, porque sus grandes compromisos en la causa patriota no les permitían esperar misericordia, caso de verse en poder de los realistas. A ello se agregaba que en su carácter de diputados por diversos distritos del país, no había peligro de que recayese sobre cualquiera de ellos en particular acto alguno de los que ejecutasen en congreso, como podría ocurrirles a los militares, siempre sujetos a caer en manos de la familia o de los amigos de Arismendi por las imprevistas vicisitudes del servicio[33].

"Por de pronto, Arismendi fue aherrojado y recluido con un centinela a la puerta, en una casita que forma esquina y que se halla situada en la calle que va de la plaza de Angostura a la fortaleza, y donde, a muchas instancias, se le permitió al hijo compartir la prisión de su padre. El Congreso, cuyas sesiones eran celebradas en el gran salón del Palacio de Gobierno, ordenó luego que compareciese ante las barras, pero el veterano lo trataba con tan franco desdén y respondía a todos los interrogatorios con tal tono de recriminación, y aun de escarnio contra sus acusadores y contra todos los interesados en el juicio, que los congresantes se vieron en el caso de hacerlo regresar a su encierro. Entonces se resolvió proseguir el examen por medio de posiciones escritas, llevadas a la prisión por un notario que traía las respuestas al Congreso… cuando Arismendi se dignaba quitarse el cigarro de la boca para contestar. Por consiguiente el juicio andaba con muchas dilaciones, y ya se había prolongado unas seis semanas, cuando ocurrió un suceso que hubo de modificar completamente la situación del general respecto a sus doctos jueces.

"Habiendo marchado Monagas hacia Barcelona con el objeto de reunirse a Bermúdez, los territorios del bajo Orinoco quedaron por completo indefensos, de modo que el activo realista, coronel López, aprovechó la coyuntura para pasar sin estorbo por Concepción del Pao, presentándose con fuerzas considerables en Soledad, frente por frente de Angostura. Un bergantín británico que a la sazón embarcaba allí mulas, con destino a Trinidad, apenas tuvo tiempo de cortar las amarras e irse río abajo para impedir que lo apresaran. López, sin embargo, se apoderó de todo el ganado que se destinaba al consumo de la ciudad, mientras las tropas que custodiaban las *matanzas* cogían todas las canoas para trasladarse a Angostura, abandonando los vecinos a su propia suerte.

"La nueva de este avance repentino llegó a la *Sala* del Congreso en el preciso instante en que don Carlos Alguenas (?), diputado por Zipaquirá, se engolfaba en una violenta filípica contra Arismendi, excitando a sus colegas para que abreviasen el proceso y sentenciasen acto seguido al pérfido gobernador de Margarita que había osado desconocer la autoridad de Bolívar… héroe a quien el tribuno calificaba como '¡El digno rival de *Huasintón!*'… Tan alarmante noticia fue comunicada a la Cámara por el Vicepresidente, sin el menor comentario, bien que no requiriese alguno ni los diputados hubiesen tenido espacio para oírlo, pues todos se lanzaron hacia la puerta ávidos por inquirir la verdad de las cosas, o más bien por cerciorarse de si los enemigos habían comenzado a atravesar el río. Zea los conjuró en vano a que se reuniesen en torno del Vicepresidente del Congreso, para deliberar acerca de las providencias conducentes a la defensa de la plaza, pues la opinión unánime de los honorables diputados consistía en que el Gobierno les suministrase en el acto caballos y acémilas para trasladarse a Guayana la Vieja y continuar allí las sesiones.

"Los comerciantes extranjeros residentes en Angostura y poseedores de la mayor parte de las propiedades en peligro contribuyeron a aumentar el

embrollo, pidiendo que Zea convocase la milicia y tratase de sostener la plaza, mientras llegaban socorros río arriba o río abajo. Zea declinó categóricamente el honor de servir a guisa de comandante militar, alegando para ello que si le era permitido jactarse de algún talento diplomático, con todo, su vocación no le había inclinado nunca a la carrera de las armas; y en efecto, cuantos contemplaban la diminuta figura del Vicepresidente, que en esa memorable ocasión parecía reducirse a su más mínima expresión ante la inminencia del peligro (pues su cabeza había sido puesta a precio, junto con las de otros personajes prominentes de la revolución), no podían sino convenir en que hubiera hecho muy mal papel como jefe.

"Al cabo uno de los comerciantes sugirió la idea de que si el Honorable Congreso no había decidido irrevocablemente fusilar por sí mismo a Arismendi, también podría obtenerse idéntico objeto confiriéndole el peligroso encargo de defender la ciudad; a esto se agregaba la urgencia de una solución inmediata, porque caso de que los *rotozos* (sic) de los suburbios advirtiesen la irresolución del Gobierno, comenzarían a saquear la villa y con toda probabilidad a llevarle canoas al enemigo, si no se levantaban tropas para atemorizarlos. Aprobada por unanimidad semejante insinuación, se enviaron órdenes al sargento de la guardia, a cuyo cargo se hallaba Arismendi, para que le quitase los grillos y lo pusiese en libertad. El notario que atendía antes en la formación del proceso, fue también comisionado para anunciarle al detenido que el Congreso requería el auxilio de su experiencia en aquel grave trance.

"Arismendi estuvo lejos de acoger esta comedida solicitud con las demostraciones de agradecimiento que sus antiguos jueces esperaban de él; y aun amenazó al sargento si intentaba tocarle los grillos. A Zea le envió un recado en su estilo habitual, muy distante de distinguirse por lo escogido de las frases, para hacerle la intimación de que habiendo sido aherrojado por orden del Congreso, permanecería allí aunque López quemase la ciudad, a menos que los diputados, con el Vicepresidente

a la cabeza, consintiesen en ir personalmente a su prisión para ponerlo en libertad.

"En realidad esto era una píldora amarga para la mayor parte de ellos, pero desgraciadamente no había alternativa posible, de modo que se vieron obligados, aunque de mala gana, a inclinar la cabeza y a presentarse ante Arismendi, protegidos, a solicitud de ellos, por varios comerciantes extranjeros a quienes aquel se mostraba muy adicto y de cuyo apoyo dependían los diputados en tan humillantes circunstancias. Yo tuve la curiosidad de ver la escena por mis propios ojos y me divertí mucho con ella. Oída la arenga de Zea, el general consintió en que le quitasen los grillos, sin proferir una sola palabra ni dejar de fumar, hasta que hubo apurado su cigarro. Luego se puso en pie, iluminado el curtido rostro con una cruel sonrisa de triunfo, y recibiendo y observando atentamente la espada que por primera vez volvía a sus manos desde que lo arrestaron, apenas se dignó contestar a los visitantes con un '¡Vamos*, pues, hijos de la grandísima..!*'.

"Acto continuo pidió que le llevasen un caballo para él y otro para su hijo, a quien nombró por único ayudante. En respuesta a la invitación que le hizo Zea para que se alojase en palacio, replicó fríamente que le bastaba y sobraba con el cuarto que a su llegada le había destinado el Congreso, pero conforme a sus deseos le enviaron una cama y una mesa a la antigua prisión, junto con recado de escribir para su hijo, único secretario que quiso tener. Antes de salir a caballo con el objeto de inquirir el estado defensivo de la ciudad y de los contornos, ordenó que se publicase un bando en la plaza y calles principales, a fin de que todo varón apto para llevar las armas compareciese en el término de dos horas, frente a palacio, con armas o sin ellas, pero provisto de capote y cobija… y semejante invitación iba reforzada con la enfática advertencia: *'¡so pena de la vida!'*.

"Como era de presumirse, al regreso de Arismendi hubo una buena revista, con asistencia de su hijo. Situó en orden y rodeando la plaza,

en filas de dos en fondo, a cuantos se habían presentado. Después de entresacar a los comerciantes y regatones de nota distribuyó los demás milicianos en pelotones de cincuenta, y por aquella noche puso a cada una de estas compañías bajo las órdenes de un comerciante, a quien le mandó que en el acto formase dos listas de su respectiva gente, una de las cuales era para el propio Arismendi. Se aprontaron armas y municiones procedentes de diversos almacenes mercantiles, para distribuirlos entre aquellos que no tenían ninguna de su propiedad, y en el transcurso de dos horas se apostaron guardias nocturnas en cada posición que podía ofrecer peligro, mientras el resto de la milicia vivaqueaba en la *Alameda*, a orillas del río. Provocaba risa oír las exclamaciones hechas a Arismendi por muchos vecinos que se habían visto forzados, con tan poca ceremonia, a llevar las armas en defensa de la *Patria,* pero él rehusó de modo perentorio licenciar a ninguno aquella noche, bajo cualquier pretexto que fuese, excepción hecha de los diputados, a quienes ordenó que se reuniesen en palacio, consolando a los demás con la promesa de que por la mañana tendría tiempo de remediar cualquier error que hubiese podido ocurrir a causa de su ignorancia respecto a la categoría social de cada uno de ellos.

"Luego se presentó ante el Congreso, donde con grande alivio de los diputados, no hizo la más ligera alusión a su prisión y enjuiciamiento, limitándose a manifestar el propósito de que los congresantes nada tuviesen que temer por la seguridad de la villa, a cuyo fin les recomendaba el abastecimiento de todas las guardias; también les expuso la conveniencia de que apropiasen fondos suficientes para vestir y equipar las tropas que él escogiese al otro día con el objeto de establecer una *Guardia Cívica,* haciéndoles ver que ellos eran los más llamados a contribuir, porque estaban exentos de todo servicio personal.

"Al mismo amanecer Arismendi tenía ya una partida de doscientos hombres empleados en levantar un parapeto frente a la *Aduana*, y montando en

él algunos cañones de bronce que por muchos años habían permanecido abandonados en los fosos, sepultos entre cohombros silvestres y cardones. Hecho esto, formó en parada toda su nueva guarnición, escogiendo para el servicio, en calidad de soldados, a cuantos de modo ostensible no poseían medios de subsistencia; les dio por sargentos y cabos unos soldados veteranos residentes en la ciudad; eligió oficiales entre los regatones cuyos negocios no eran de mucha monta y asignó a cada individuo de tropa la prez y raciones de los ejércitos regulares. Luego les aconsejó a los comerciantes extranjeros y a cuantos no estaban incluidos en aquel alistamiento, que se constituyesen en cuerpo de milicia con el objeto de hacer patrulla y proteger sus propios intereses, indicación que fue adoptada, de manera que a la hora de la siesta, la ciudad se hallaba en completa calma.

"Sin embargo, Arismendi, que poseía todas las precauciones características de los isleños, no hubiera podido sentirse satisfecho hasta ver en el río algunos botes armados que les permitiesen agredir al enemigo, aún establecido en *La Soledad,* donde se regodeaba con nuestros novillos, pues las cañoneras patriotas habían subido el río con el ejército, o anclaba en el caño llamado *Boca de la Serpiente,* a la entrada del Orinoco. Por consiguiente se propuso utilizar unas grandes piraguas varadas en la laguna, cerca de la Alameda, y enviando por el carpintero mayor del arsenal le mandó que sacase cuatro de ellas para ponerlas en condiciones de llevar cañones livianos de seis libras, y que le dijese cuándo podría lanzarse la primera. El maestro, europeo habituado al lento sistema de trabajo en práctica bajo el Gobierno español, le señaló un día, llegado el cual el bote aún no estaba listo. Arismendi le dijo que por ser aquella su primera falta debía perdonársele, bien que en Margarita sabía castigar con cuatro balas semejantes infracciones. Le pidió que le señalara otro día, habiéndole asegurado el *maestro* que la embarcación estaría en el agua el sábado siguiente. Arismendi se despidió, diciéndole a secas y en tono significativo: *'¡Cuidado!'.*

El propio sábado se presentó Arismendi a la orilla del río y a la hora fijada, pero la piragua no estaba aún concluida. '¿No le dije que *cuidado?',* gritó Arismendi: *'¡Vengan cuatro de la guardia!',* y a pesar de todas las súplicas fusiló en el acto al maestro carpintero. Enseguida promovió al oficial mayor, que estaba allí temblando de miedo, para llenar el puesto vacante, y le ordenó que le determinase un día para rematar el trabajo, agregando (advertencia que sin duda holgaba en aquella ocasión) la terrible palabra: *'¡Cuidado!'.*

"Viendo López, el jefe español, que tenía que habérselas con un general ducho y no con una Asamblea de civiles, volvió sobre sus pasos y escapó antes que Monagas cayera sobre él. Cuanto a Bolívar, fue tanta su complacencia por la forma en que Arismendi había emprendido la defensa de Angostura, que hubo de perdonarle en absoluto la pasada ocurrencia, reintegrándolo a su Gobierno de Margarita, amén de nombrar ayudante suyo al joven Arismendi[34].

"Cuéntenos ahora, le dijo Páez, si ha vuelto a verse con su antiguo amigo, el general *don Simón,* pues si no me equivoco usted no salió de Cumaná en muy buenos términos con él".

"Ya verá usted, repuso Bonjean; estoy tan reconciliado con él que hace poco le serví de intérprete durante un convite con que celebró la llegada de un Enviado de Norteamérica[35]. Aunque Bolívar, como usted bien, lo sabe, es el más sobrio de los generales patriotas, estaba casi borracho de alegría con la insólita recepción de un Enviado, y unos poquísimos *brindis*, después de la comida, vinieron a rematar la obra. Mucho me divertí oyéndole pronunciar algunos discursos extravagantes, hasta que en el colmo del entusiasmo se encaramó en la mesa con las grandes botas que siempre usa; se paseó por ella con toda la solemnidad que pudo asumir, y llegado que hubo al extremo donde se hallaba Santiago Mariño, exclamó: "¡Así regresaré sin dañar a nadie que no se interponga en mi camino!".[36]

El viejo piloto del barco de Bonjean había seguido a este último, cuando abandonó la ruidosa francachela de la Guardia de Honor, y Páez le estaba observando mientras él, sentado en un rincón, fumaba en silencio su *churumbela.*

"¡Vamos, señor Piloto"! Dijo el jefe; todos los bateleros del Orinoco son célebres por sus habilidades de cuentistas; con que venga el suyo, porque no estamos dispuestos a perdonárselo.

"¡Vaya, pues, mi general! Dios me libre de contrariar a Bolívar en la Cordillera, o a Páez en sus Llanos".

Capítulo XI

Narración del pescador del Orinoco

> *¡Si quieres ser feliz, si quieres ser libre, ven conmigo a nuestras selváticas islas! El caimán no acechará tu sueño arrastrándose en torno tuyo; y el leopardo te ofrece su pintada piel para que tiendas y calientes el lecho. No temas los peñascos que oscurecen el rumbo, porque nuestras canoas son rápidas y firmes, ni temas la atracción de la vorágine, porque atravesaremos con la velocidad de la luz.*
>
> Luisa Stuart Costello

"Hace cosa de veinte años, cuando todavía no practicaba el oficio de piloto en el Orinoco y sus tributarios, porque el río era entonces muy poco navegado, especialmente por extranjeros, poseía yo la *piragua* más grande que existiese entre Las Piedras y Caicara, y con frecuencia conducía cargamentos de *bagres y robalos* a Angostura, llegando a veces hasta *Guayana la Vieja.* Hubo una temporada en que las lluvias duraron tanto en las tierras altas y el río se mantenía tan crecido que no se lograba coger ni un solo bagre.

"En vista de esto, seis de nosotros, todos pescadores de Caicara, concertamos irnos con la *piragua*, Orinoco arriba, hasta los raudales, donde por la experiencia de otros años podíamos contar con buena pesca. Nos abastecimos de *tasajo* y *aguardiente* para una quincena, y llevamos también algunas armas que se nos permitió conducir (las cuales se reducían por aquel tiempo a lanzas y *machetes*), a fin de defendernos contra los caribes que infectaban los caños próximos a los raudales, donde solían ser muy molestos a todos los hombres blancos porque celaban mucho sus pesquerías. Sin embargo, muy pocos de ellos se dejaron ver en aquella ocasión,

y corrimos con tan buena suerte que en menos de una semana habíamos salado y ahumado suficiente número de bagres para cargar la *piragua*, de modo que ya íbamos a emprender el regreso.

"La noche anterior a nuestra salida de Los Saltos nos hallábamos fondeados en la boca de un ancho caño, más abajo de las cataratas, donde nos manteníamos a cierta distancia de la playa, tanto por evadir los mosquitos como por situarnos fuera del alcance de los tigres, que abundan mucho en esos parajes, cuando alcanzamos a ver una gran canoa que se acercaba a nosotros. Hay un proverbio que dice: 'En el río todo extranjero es un enemigo', y en consecuencia, como no teníamos noticia de ninguna canoa de aquel tamaño, perteneciente a algún vecino, levamos nuestro anclote y nos preparamos para recibir a los desconocidos, según las muestras de amistad o enemistad que nos dieran. Así como fueron aproximándose pudimos comprender con facilidad, por las palas redondas de sus *canaletes*, que eran indios, de Río Negro, enemigos tenaces de nuestros pescadores, por lo cual esperábamos con sobrada razón un ataque inmediato. Yo tenía escondido en el bote un viejo *fusil* español (el *alcalde* de Caicara no lo ignoraba, pero hacía la vista gorda porque era compadre mío), y ya iba a disparar contra la canoa, pues no hay peligro que iguale al de encontrarse frente a frente con los indios si vienen por las malas, cuando uno de los de piel cobriza comenzó a tremolar una hoja de plátano, a lo cual correspondimos nosotros con un pañuelo blanco en la punta de un remo.

"Entonces los esperamos y nos sorprendió ver, cuando llegaron cerca de nuestra piragua, a un hombre y a una mujer, ambos de raza blanca, sentados en la popa de la canoa, bajo un toldo de bambú con techo de hojas. El extranjero nos preguntó en castellano, pero con cierto dejo, si pertenecíamos a algunas de las misiones del río. Contestamos de modo negativo, informándole que éramos pescadores de Caicara, donde no existían misioneros, pero sí un *Padre Cura,* una iglesia y además un

alcalde. Entonces nos preguntó si podíamos conducirlo a Caicara con la señora y un criado, prometiéndonos indemnizarnos la molestia. Convinimos en llevarlos a todos, con paga o sin ella, pues ya estábamos a punto de regresar y a bordo había espacio suficiente. Tendimos, pues, algunos *ponchos* sobre los sacos de pescado seco, y los indios nos ayudaron a trasladar el toldo de la canoa a nuestra embarcación. El negro trajo en seguida un baulito y una escopeta junto con un venado recién cazado, y varios racimos de plátano, mientras el amo, alzando en brazos a la señora, que parecía muy débil y abatida, la condujo a la piragua y la depositó bajo el toldo. Después dio algún dinero a los indios tripulantes de la canoa que en el acto se alejó río arriba a fuerza de remo. Luego de cubrir con una manta el frente del toldo, el extranjero se acercó a proa de la piragua, donde todos nos habíamos reunido, admirando la presencia de aquellos forasteros en región tan poco frecuentada, y en espera de coyuntura para interrogar al negro, pues había algo tan tétrico y misterioso en torno del amo que nadie se aventuraba a romper el silencio y dirigirle la palabra. Aunque extranjero y todo, era hombre bastante gallardo y atractivo; quiso conocer al patrón y cuando supo que era yo, me suplicó que enseguida saliéramos hacia Caicara.

"La señora, me dijo, no está hecha a viajar por agua y se ha fatigado y estropeado tanto, que necesito llegar lo más pronto posible a alguna aldea, donde puedan prestársele asistencia femenil y los consuelos espirituales de un sacerdote".

"Le contesté que solo nos faltaba aderezar comestibles para el viaje, a fin de no vernos obligados a hacerlo en cualquier sitio montuoso de las orillas, donde pudieran sorprendernos los indios caribes o atacarnos los tigres. Nos proponíamos hacer tales preparativos temprano a la mañana siguiente, pero como el extranjero lo deseaba con tanto ahínco, por bien de la señora, arrimamos la piragua a una isla arenosa y cercana, donde había bastante leña para cocinar, sin temerles a indios ni a fieras.

Pronto encendimos un gran fogón y montamos allí nuestra *olla*, llena de tasajo y plátanos que nos dio el forastero; el negro llevó también a tierra el venado con el objeto de desollarlo y asarlo para bastimento de sus amos. Y así tuvimos la deseada ocasión de averiguar quiénes eran los forasteros y de dónde venían.

"El negro nos informó que su amo era un francés, llamado don Luis Philibert, y que venían de Cuenca, no lejos de Quito, lugar que yo nunca había oído nombrar, aunque por ser piloto en el Orinoco y sus afluentes sé tanto del mundo como la mayoría de los hombres. Parece que don Luis había mandado antes uno de los barcos filibusteros del Océano Pacífico y que se ocupaba con éxito en el desembarque de mercancías en Tumaco, Paita y otros puertos menores de la costa del Choco y el Perú. Conocida la presencia del buque por las autoridades de Lima, se envió del Callao un guardacosta para perseguirlo y logró capturarlo a la altura de Pacazmayo, conduciéndolo a Guayaquil; los tripulantes franceses opusieron tan desesperada resistencia que la mayor parte de ellos murieron o quedaron heridos; entre estos últimos figuraba don Luis, y tan gravemente, que durante algún tiempo se desesperó por su vida, a consecuencia de lo cual y en consideración a que su cultura era con mucho superior a la generalidad de los filibusteros, el gobernador de Guayaquil, en vez de encerrarlo en un calabozo con los demás prisioneros, lo llevó a su propia casa, donde se le prestaron todas las atenciones posibles hasta que curó de sus heridas. Continuaba, sin embargo, muy delicado de salud y como ya se acercaba la estación enfermiza, que en Guayaquil es demasiado peligrosa para los convalecientes, a causa de los pantanos que rodean la ciudad, el Gobernador, ya muy interesado por el restablecimiento de su prisionero, le aconsejó pasar a Cuenca, población situada en la comarca montañosa y le dio una carta de recomendación para don Pedro Pacheco, alcalde mayor de la ciudad.

"Este era mi amo por aquel tiempo, dijo el negro, y el mayor tirano conocido no solo con sus esclavos sino con su propia familia; su mujer

había muerto a consecuencia de sus maltratos, como todos lo sabíamos bien, dejándole una hija, doña Eleuteria, que es la señora de la piragua. Don Pedro se mostraba tan cortés con los forasteros que nadie hubiera podido sospechar sus crueles instintos y recibió a don Luis con las mayores muestras de solicitud, dispensándole todo género de atenciones; en realidad se alegraba de que alguien le hiciera compañía, pues aunque su mucha influencia con el Gobierno le permitiese conservar su cargo, pocos de sus compatriotas gustaban de acercársele a causa de su mal genio. Don Luis recuperó en breve la salud, gracias al templado clima de Cuenca, y constantemente salía por la noche con doña Eleuteria, entreteniéndose en tocar flauta en un platanal situado frente a la casa. Nosotros los esclavos, aunque sin darnos por entendidos de lo que veíamos, los observábamos con frecuencia mientras se paseaban a la luz de la luna, mucho después de que don Pedro se había retirado a dormir.

"Cierta maldita noche, sea que a don Pedro le hubiesen dado aviso de aquellas citas, sea que llegase a sospecharlas, cosa que nunca pude averiguar, vigiló a su hija y la sorprendió paseándose como de costumbre con don Luis a altas horas de la noche. Como yo era uno de los peones de la hacienda y vivía en un rancho construido entre las matas de plátano, para evitar que los monos se robaran la fruta, pude darme cuenta de todo. Nunca vi tan colérico a don Pedro; pues aunque era bien sabido que se preocupaba muy poco por su hija ni por nadie, excepto por él mismo, el despecho le hacía perder los estribos ante la idea de que un extranjero y prisionero, por añadidura, presumiese galantearla. Vanas eran las protestas de don Luis sobre la rectitud de sus intenciones, porque Pacheco le echaba en cara su carácter de contrabandista francés, digno de que le hubiesen ahorcado en la antena de su propio navío, y concluyó por ordenarle que saliese al punto de la hacienda y no intentase nunca volver por allí; luego hizo entrar a su hija, tratándola con

aspereza y jurando enviarla, antes de que el mes finalizase, al Convento de Agustinas Descalzas de Quito.

"Por algunos días no volvimos a ver a don Luis, hasta que una noche fue a despertarme, mientras yo dormía en mi rancho. Después de hacerme algunas preguntas y de convencerse por mis contestaciones de que no tenía mucho cariño por don Pedro, me propuso que le llevara una carta a mi amita, servicio que ofreció pagarme con largueza, y luego me dijo que a la otra noche iría por la respuesta. Al principio me vi algo perplejo para entregar la carta, pero al fin se me ocurrió confiarla a la negra de doña Eleuteria, que siempre iba a mi rancho en busca de plátanos, cuando don Pedro andaba a caballo por la hacienda, y así logré una contestación que puse aquella misma noche en manos de don Luis, el cual desbordó de alegría al recibirla y me regaló un doblón diciéndome que volvería a la noche siguiente, cuando la familia se hubiese ya recogido, y que contaba con mis servicios para algo más interesante que la simple entrega de una carta. Adiviné que se preparaba una fuga y resolví no solo favorecerla por todos los medios a mi alcance, sino acompañarlos a ellos a donde quiera que fuesen, pues comprendiendo que se largarían muy lejos de mi amo para ponerse a salvo, creí llegada la oportuna y por tanto tiempo anhelada ocasión de escapar a su tiranía.

"La noche siguiente me mantuve despierto en espera de don Luis, quien llegó a eso de las doce, acompañado de un peón con traje de montañés quiteño que conducía una mula de silla y un *macho* de carga. Arrendamos las bestias entre las matas de plátano y todos tres seguimos con cautela hacia la casa, llevando una escalera que yo guardaba en mi rancho para la recolección de la fruta y la cual arrimamos a la ventana de doña Eleuteria. Ella estaba lista y llamó a don Luis, quien subió la escalera con rapidez y habiendo recibido de sus manos el mismo baúl que ustedes acaban de ver, lo entregó al peón, que lo condujo al sitio donde había dejado las mulas. Don Luis bajó luego con mi amita envuelta

en un *capote* que había traído para ella y se dirigieron presto hacia el rancho, a donde los seguí con la escalera para que su fuga permaneciese oculta tanto tiempo como fuese posible.

"Mientras el peón ataba el baúl en el *macho*, doña Eleuteria se retiró a mi choza con un lío que había traído mi nuevo amo y volvió a los pocos momentos disfrazada de *mozo de mulas*. Montó luego la mula ensillada, y don Luis, abrazándome de alegría, estaba a punto de hacerme un buen presente, cuando le dije que no deseaba otro premio que la licencia para seguirlos a él y a mi amita; le aseguré que hacía tiempo que deseaba huir de don Pedro Pacheco y le ofrecí seguirlo por todo el mundo sin salario ni recompensa, antes que continuar viviendo en la hacienda. No había tiempo que perder en deliberaciones ni argumentos, por lo cual convino en llevarme y partimos a paso rápido por las montañas, hacia el este de Cuenca.

"Viajamos toda la noche por entre barrancos abiertos dentro del bosque por los torrentes de invierno, y donde apenas había espacio para caminar las mulas. Por la mañana temprano llegamos a la cumbre de la primera fila de montañas, donde desensillamos los animales en un paraje abierto, cerca de un manantial. Don Luis propuso pasar allí el día y envió el peón a una choza cercana para que buscara comestibles, pues no había pensado antes en ellos, con el afán de salir bien de su empresa. El *cerrano* regresó pronto con carne de venado seca y un ave que yo asé sobre unas brasas para los fugitivos. En aquel sitio pudieron hablar de sus planes futuros y opinaron que siendo probable que hasta aquel instante apenas hubiesen tenido tiempo para darse cuenta de la fuga, corrían poco riesgo de que los detuvieran, porque a don Pedro le sería difícil descubrir la dirección que llevaban por falta de caminos en aquellas montañas, ya que el mismo peón, bien retribuido para que los acompañase, nada sabía del país situado en la otra vertiente, si no era según le habían dicho, que las cabeceras del Amazonas se hallaban en

uno de los valles. Por fortuna, don Luis poseía un mapa del territorio, porque el Gobernador de Guayaquil tuvo la generosidad de devolverle sus pertenencias privadas, cuando lo llevaron preso en el guardacosta; también llevaba dinero y una escopeta.

"Después de una nueva jornada nocturna habíamos penetrado ya bastante en las montañas para desechar todo temor de persecución; por lo cual continuamos de día a través de una tierra salvaje, acaso nunca transitada hasta allí sino por indios errantes, y solo vivíamos de la caza hecha por el amo. Pasamos a la vista de Rucu-Pichinca, y después de cruzar por las faldas del *volcán de Cotopaxi* (?), entonces en erupción, comenzamos a descender al valle de Borja, desde donde vimos serpeando al Morona, profundo y rápido río, alimentado siempre por numerosos torrentes montañeros que vierten sus aguas en él.

"Al día siguiente, después de penetrar en el valle, nos vimos en una aldehuela de pescadores, a orillas de un río donde había varias canoas. Los indios se mostraron hospitalarios como de costumbre, y nos recibieron con su acostumbrada indiferencia, sin manifestar la menor sorpresa al vernos ni averiguar de dónde veníamos ni a dónde íbamos. Ni el peón ni yo pudimos entender palabra de su dialecto, pero don Luis se las compuso para hacerse entender de un viejo que parecía ejercer alguna autoridad sobre ellos y que hablaba un poco de portugués, pues ya estábamos en los límites del Brasil. Allí despedimos a nuestro peón, y después de un día de descanso regresó a Quito, lugar donde don Luis lo había contratado a él junto con las mulas, y nosotros nos embarcamos en el río Morona en una piragua remada por cuatro indígenas.

"Nuestros canoeros remaron con rapidez y corriente abajo hasta *Fortalexa*, estación de los misioneros portugueses en el río Amazonas, donde desembarcamos con gran sorpresa de los frailes. Se escandalizaron mucho al ver una joven viajando con el disfraz que llevaba mi ama y

cuando supieron que aún no estaba casada con don Luis se empeñaron en separarlos hasta la celebración de la ceremonia; pero negándose al propio tiempo a solemnizarla mientras no hubiesen transcurrido tres domingos o al menos tres fiestas a fin de que las amonestaciones pudieran ser publicadas de modo regular, porque los *Padres* consideran de la mayor importancia para los indios bajo su dirección el ser escrupulosos en la observancia de todos los preceptos de la Iglesia.

"Los frailes tenían a empeño ganar tiempo para poder anunciarle la llegada de los extranjeros al Gobernador de Curupa, de quien dependían las misiones, y recibir instrucciones que permitieran o vedaran su permanencia en tal región del país.

"Pero a todas estas, don Luis intimó tanto con el Intendente de las misiones que enseguida del matrimonio, efectuado antes de que llegara respuesta de Curupa, aquel le llamó aparte y le aconsejó encarecidamente que sin pérdida de tiempo contratase una canoa para que lo condujera por *Río Negro* a la *Laguna de Parima,* desde donde podría llegar al Orinoco y refugiarse en una de las colonias españolas. El *Padre* le aseguró que el gobierno portugués era tan opuesto a que se explorase el interior del Brasil, abriéndose comunicaciones con las vecinas colonias, que a cualquiera a quien se sorprendiese viajando sin pasaporte se le enviaría de modo inevitable a Pernambuco, donde tal vez lo encerrarían por toda la vida en las *casamatas del castillo.* Mi amo se alarmó tanto con semejante advertencia que a esa misma hora contrató una piragua que nos llevase a la laguna, donde encontramos la gran canoa en que vinimos hasta aquí, después de lograr con muchas precauciones y algunos regalitos que los pescadores de Río Negro se aventurasen tan lejos con nosotros. Pero creo que doña Eleuteria apenas llegue viva a Caicara, porque el rigor del clima y el no acostumbrado ejercicio la han rendido del todo.

"A esta sazón el negro había asado ya medio animal, y lo condujo a bordo; nosotros nos embarcamos también con nuestra olla y nos desprendimos de la isla. Cuando bogábamos río abajo, el forastero se sentó cerca de mí, en popa, donde yo gobernaba la canoa; sacó una pequeña flauta y tocó un aire melancólico francés según dijo, que parecía gustarle mucho a la señora, la cual dando tregua a su fatiga, se mantuvo oyéndolo bajo el toldo, hasta que la densa niebla nocturna surgió de los pantanos y comenzó a vagar sobre las aguas. La corriente era tan rápida en el Orinoco, no obstante un receso temporal de las lluvias, que al otro día nos vimos en *Los Capuchinos* y por la noche anclamos con toda felicidad en Caicara.

"Antes del desembarco de su esposa, nuestro pasajero quiso visitar al alcalde, que en un principio se mostró reacio a permitirle permanecer allí, porque temía que lo reprendiese el Gobernador de Angostura; pero en el pueblo se murmuró que el recién llegado había ocurrido al medio usual y corriente para vencer sus escrúpulos, y así o asao, es lo cierto que el alcalde le dispensó singulares atenciones, jamás prodigadas a otro, ofreciéndole alojamiento en su propia casa y enviando una silla de manos para transportar a la señora. Don Luis nos recompensó a todos espléndidamente, por lo cual, amén de nuestra abundante pesca, aquella fue una de las mejores expediciones que hice con la piragua. Nunca volví a ver a la señora, pero el negro me informó que se había repuesto de sus quebrantos, aunque apenas se dejaba ver por las calles.

"Casi un año después, regresaba yo de Angostura, adonde había ido con un cargamento de pescado, y lo primero que supe al poner los pies en Caicara fue la muerte de doña Eleuteria, ocurrida al día siguiente de dar a luz un niño. Sucedió que Jacinta, mi esposa, había perdido un hijo poco antes, y el alcalde, por recomendaciones del *Padre Cura,* le entregó el recién nacido en vista de que a don Luis no le era posible

atender a nada, embargado como se hallaba de tan profunda pena, que se hizo necesario arrancarlo por la fuerza del ataúd, para que el cadáver de la pobre señora pudiera ser conducido de la casa del *alcalde* al *camposanto*. Por algún tiempo se mantuvo como loco, sin querer ver ni oír a nadie, incluso al mismo *Cura*; luego comenzó a sosegarse grado a grado, aunque rehuía toda sociedad, pasando días enteros en los bosques, de donde regresaba por la noche para echarse sobre la sepultura, su único sitio de reposo, pues nunca pudo lograrse que entrara en casa alguna de la población, excepto la nuestra; sus visitas aterrorizaban a Jacinta, hasta que al fin se acostumbró a verlo y se convenció de que era inofensivo. Por lo común iba a la choza antes de rayar el día y se sentaba sin decir palabra ni fijarse absolutamente en nadie. Jacinta, sin embargo, comprendía el motivo de sus visitas y siempre le entregaba el niño, que él con mucha calma sostenía en brazos, hasta que se iba al monte con las primeras luces del alba.

"Ya convencidos el alcalde y el Cura de que no lograrían inducirlo a vivir bajo techo, desistieron de importunarlo, contentándose con hacer que el negro llevase viandas todas las noches para depositarlas sobre la tumba; alimentos que si en efecto probaba don Luis, era con tanta frugalidad, según el negro, que apenas podía advertirse, por donde todos creían que solo se alimentaba de frutas silvestres y huevos de tortuga, cogidos entre las arenas de la playa. Cosa después de un año de la muerte de doña Eleuteria suspendió del todo las visitas a su hijo, y aunque Jacinta y yo solíamos ir a medianoche para saber si visitaba la tumba, no le volvimos a ver. Al propio tiempo desapareció del embarcadero una pequeña canoa, por lo cual se supuso que habría huido de Caicara en un rapto de locura y que con toda probabilidad se hubiera ahogado en la Boca del Infierno, más abajo de las Piedras. El negro que había venido con él desde Cuenca, registró leguas y más leguas los bosques circunve-

cinos, pero todo fue en vano; además continuó al servicio del alcalde e iba todos los días a nuestro rancho para ver a su amito, a quien el Cura, en memoria del padre, bautizó con el nombre de Luis.

"Llegado que hubo el chico a la edad de aprender, el *Padre Cura* cuidó de darle educación, y aunque Luisito pasaba a diario algunas horas casa de su maestro, este no pudo decidirlo nunca a abandonar la cabaña de su nodriza Jacinta, como tampoco hubiera sido fácil persuadida a ella para que se desprendiese del muchacho, porque lo amaba con tanta ternura como si fuese hijo suyo.

"Cierto verano, cuando el chico había cumplido ya los cinco años, estuve ausente por una semana con mis compañeros de piragua, pescando en la boca del Cabullare, donde había un paraje excelente para coger *robalos*. Regresé temprano a Caicara un domingo por la mañana, con regular cargamento de pescado y me asaltó la sospecha de que ocurriera algo al no ver a Luisito en la roca del pan de azúcar, cerca del embarcadero, donde siempre acostumbraba situarse para espiar la vuelta de la piragua, con el objeto de llevarle el mejor pescado a su maestro el Cura, si podía con la carga. Cuando salté a tierra fui recibido por un grupo de picoteros de aldea que pugnaban por decidir quién sería el primero en darme la noticia de la desaparición del muchacho, ocurrida la noche antes. Afirmaban algunos que el espectro de don Luis *(¡Ave María!)* se le había aparecido a mi esposa; otros, que los duendes cargaron con el chico porque sabía más de lo conveniente para una persona que no poseyese las sagradas órdenes, y no pocos imaginaban que hubiese caído en el Orinoco, desde lo alto de los peñascos, donde solía jugar cuando yo andaba de pesca; pero todos coincidían en el hecho de la desaparición.

"Abandoné piragua y pescado para correr al rancho, donde me encontré con Jacinta deshecha en lágrimas y en compañía del *Padre Cura,* que acudió al primer rumor de la pérdida del chico, para cerciorarse de la

verdad. Me refirió ella que hacia medianoche, acostada pero despierta, escuchaba el viento que batía con furia en el río, hasta convertirse en huracán, abultado por su medrosa imaginación. Ya iba a levantarse para ponerle una luz, en nombre mío a San Antonio, cuando sintió abrirse la puerta y creyó al primer instante que yo estaba de regreso; salió aprisa del *aposento* para recibirme, muy creída de que era yo, pero quedó estupefacta al ver la corpulenta figura de un hombre, en parte vestido de piel de venado, y en quien a pesar de su espanto pudo reconocer a don Luis, a la luz de la luna que por la puerta abierta penetraba tan clara como la del día.

"Aunque felizmente Jacinta no es timorata, se alarmó tanto que no tuvo ánimo para pedir socorro, bien que ello hubiera sido de poca eficacia, porque Caicara es una aldea desparramada y nuestro rancho se halla en el centro de un *conuco* que yo labro con mis propias manos, como a una milla del río y siembro con diversos frutos y hortalizas. Díjome que el extranjero parecía, mucho más pálido que cuando estuvo allí la última vez, antes de huir, y que aún llevaba bigotes negros, con el aditamento de una espesa barba que contribuyó a aumentar sus temores. Preguntó con voz áspera por Luisito, y ella no tuvo presencia de ánimo para negarle que estuviese en el rancho, sino que le mostró el lugar donde dormía en una chinchorro; don Luis lo cogió en brazos, arropado como estaba en una manta, para preservarlo de los mosquitos y se lanzó a la puerta, cuando Jacinta había recobrado ya suficiente valor para tratar de detenerlo, rogándole por *María Santísima* que no le quitara el niño. El extranjero se desprendió de ella con violencia y desapareció al instante en el bosque que mediaba entre el *conuco* y un caño del Orinoco.

"Mi pobre mujer fue presa del pánico por un momento, viendo huir a don Luis y creyéndose víctima de una pesadilla, pero ya recobrados los

sentidos, corrió hacia la aldea, medio vestida como estaba, para darles la voz de alarma a los vecinos. Casi todos dormían tan profundamente que no era fácil despertarlos y cuando logró conseguirlo y explicarles la ocurrencia no pudo hallar quien la ayudase a recorrer las orillas de la ensenada. La mayor parte de los hombres andaban de pesca y los que permanecían en casa, creyeron muy por lo serio que ella había visto el alma de don Luis Philibert, por lo cual, así como hubieran temido encontrarse con el extraño francés en persona, menos se hubieran determinado a correr el riesgo de enfrentársele cuando ya era un espectro errabundo. Con todo, Jacinta, que posee un corazón atrevido, como ya lo he dicho, no temía ni ánimas ni *duendes* en aquel momento, de modo que corrió hacia las peñas con la esperanza de alcanzar a ver mi *piragua* y conseguir medios de explorar la ensenada. Apenas había llegado al desembarcadero, cuando oyó el ruido de un remo y pudo columbrar una pequeña canoa que se deslizaba tranquila, corriente abajo, guiada por un hombre sentado en la popa, pero la cual atravesó con tanta rapidez por los rompimientos de la punta de Caicara, que pronto la perdió de vista.

"Ya nos hallábamos convencidos de que don Luis vivía oculto en algún sitio de los contornos, pero aunque examiné en diversas ocasiones todas las ensenadas y caños entre Caicara y Angostura e hice averiguaciones con todos los indios que encontraba en mis excursiones, transcurrieron cinco años completos antes que se reflejase la última luz sobre el misterioso acontecimiento. Por ese tiempo comenzaron a propalarse muchas versiones acerca de un *espanto* que decían habérsele aparecido a varios pescadores y a otras personas en la gran isla roqueña que forma un flanco con la Boca del Infierno. Se habían visto luces en los matorrales de la isla y se oyeron rumores nocturnos que algunos comparaban con la música. Finalmente, el vado donde siempre se había dicho que espantaban, se vio entonces más rehuido que nunca y nadie, fuera de los

indios del río, que están demasiado hechos a las apariciones espectrales para temerles, se atrevían a acercarse allí después del crepúsculo y aun a cualquiera hora, con tal que hubiese bastante agua en el Canal del Caimán para dar paso a una canoa. "Cuanto a mí, aunque entonces me cuidaba poco de cosas tales como aparecidos, nunca quería aventurar la *piragua* por entre los remolinos y escollos de la Boca si de algún modo me era dado evitarla, porque tenía tres chicos pequeños y tanto ellos como la madre no contaban sino conmigo y con la vieja *piragua,* amén del *conuco,* que producía poco fuera de maíz.

"Había ido a Angostura, como de costumbre, con un cargamento de pescado, y regresaba con todo género de provisiones, tanto para mí como para muchos de mis vecinos, de modo que con el peso de las mercancías y de cuatro amigos que regresaban conmigo, después de vender una canoa nueva en Guayana, la piragua venía rebosante. Era a mediados del verano y en llegando a la entrada del Canal del Caimán observamos que no había agua suficiente para flotar sobre los arrecifes y bajíos, por lo que me vi en el caso de dirigirme a la Boca del Infierno.

"La tarde vino cuando atravesábamos la extensa bahía formada por una vuelta circular del Orinoco, frente al terrible paso, y las dos rocas gigantescas que se inclinan a una y otra mano de la entrada del raudal proyectaban sus largas sombras siniestras sobre la tranquila superficie de las aguas. Hubiéramos deseado pasar la Boca antes de anochecer, pero inútil intentarlo antes de que se levantase la brisa de la mañana, porque reinaba una calma chicha, como siempre ocurre allí por verano, a la puesta del sol, y nos hallábamos tan rendidos, después de todo un día de mover el remo en la pesada piragua, que no era ni presumible afrontar el torrente sin una sola racha que nos ayudase a subirlo. Atracamos al tronco de un árbol que crecía al borde de la roca, más abajo del raudal, y como éramos diez nos reíamos ante la idea de un *espanto*, llegando alguno de nosotros a manifestar el deseo de que pudiéramos

verlo. Después de decidir a la suerte nuestros turnos para vigilar durante la noche, nos acostamos todos a dormir, excepto uno a quien le tocaba hacer la guardia y que acertó a ser del número de los que se jactaban de su incredulidad en la existencia de las apariciones.

"No pasó mucho tiempo, después que me hube dormido a popa, donde me encontraba hecho un ovillo, cuando me despertó nuestro compañero el vigía, temblando de pies a cabeza y casi sin poder hablar. Por fin exclamó: '¡Ave María purísima! Acabo de oír al *espanto* con tanta claridad como oigo siempre la campana de la Iglesia de Caicara tocando a vísperas'.

"Debo confesar que me sentí algo asustado por la fama que tenía el sitio en materia de aparecidos. Además, como habíamos amarrado bajo la roca saliente, estábamos en completa oscuridad y no podíamos ver cosa alguna a menos que hubiera entrado la piragua, a pesar de que había una brillante noche estrellada. Después de escuchar un momento, percibí las melodías de una flauta, confusamente al principio, pero a intervalos, cuando la brisa soplaba de la isla, pude reconstruir claramente las notas de un aire que yo no había oído por muchos años, pero que reconocí en el acto como el mismo que tocó don Luis la noche en que lo embarcamos con su mujer a bordo de nuestra piragua. Así tenía yo una clave para descifrar el misterio del paso del espanto, lo mismo que para la súbita desaparición del niño, y me convencí más que nunca de que estaba con su padre en aquella isla; sin embargo, guardé en secreto mis sospechas, resuelto a comunicárselas al Padre Cura en llegando a Caicara.

"La música cesó poco tiempo después y yo pretendí despreocupar a mi aterrorizado compañero, pero cuando me alejaba para acostarme de nuevo, lo oí despertando a otro *piragüero*, a quien comunicaba su reciente causa de alarma con grandes exageraciones y le ofrecía tabaco y un trago

de aguardiente para que lo acompañase por el resto de su guardia. Cuando desperté a la mañana siguiente, encontré a nuestro valeroso camarada entreteniéndolos a todos con una relación de la música oída durante la noche y presentándome a mí como testigo de la veracidad de su narración. Sin embargo, como yo opinara que la sola causa de aquello era alguna tribu de caribes vagabundos que bailaban en la selva al son de sus rústicos *churumbelas*, y como el peón despertado por el narrador no había oído nada, los demás tripulantes no dieron crédito a sus palabras. Mi propósito al contradecir toda idea que pudiese conducirlos a conjeturar lo cierto, se fundaba en el temor de que la indiscreta curiosidad de mis compañeros los tentase a desembarcar en la isla y a molestar con ello a don Luis, porque yo tenía muchos motivos para creer que si penetrábamos en su refugio se retirase a cualquier otro sitio que acaso yo no tendría nunca la buena suerte de descubrir.

"Al verme en Caicara fui a casa del *Cura* y le di cuenta del descubrimiento que había hecho, pidiéndole consejo acerca de cómo debería proceder para avistarme con don Luis y tratar de que me devolviese el niño, pues aunque tenía hijos propios profesaba siempre el más vivo afecto por Luisito y no podía soportar con paciencia la idea de que hiciese una vida salvaje en aquella isla solitaria, sin otra compañía que la de un padre maniático cual lo era don Luis a mi parecer. El *Padre* aplaudió la cautela que tuve en no comunicárselo a nadie más que a él y me aconsejó que me embarcara en una pequeña canoa y visitara la isla, a pretexto de buscar *iguanas* o huevos de tortuga, con lo cual se evadiría toda sospecha; sin embargo, resolví no mantener a Jacinta ignorante de mi descubrimiento, y ella se alegró mucho, como yo lo preví, ante la idea de que pudiese abrazar de nuevo a su hijo de leche, a quien recordaba con cariño maternal; me exhortó a no perder tiempo en tratar de recuperarlo, y yo salí en una canoa a la mañana siguiente, antes de nacer el día rumbo a la Boca del Infierno.

"Lo enhiesto de las rocas que se levantan en el borde de la isla hacia la parte superior del río donde comienza el raudal, me obligó a seguir corriente abajo antes que me fuese posible el desembarco. Semejante maniobra era algo peligrosa a causa de los violentos remolinos que hacían girar la pequeña canoa, no obstante todos mis esfuerzos para afianzarla con el remo, pero al fin logré penetrar en una angosta caleta por entre dos rocas unidas en arco, tras de las cuales se formaba una bahía de escasas dimensiones, oculta completamente a la vista de todos los botes que pasaran en cualquier dirección porque siempre se mantienen hacia tierra firme en la orilla opuesta del canal, con el objeto de atar sus espías a los árboles de la ribera. Una canoa varada al abrigo de una caverna abierta en la roca vino a comprobarme el fundamento de mis conjeturas y en desembarcando vi al objeto de mis pesquisas, sentado junto con su hijo bajo un algarrobo.

"Ambos vestían con pieles de venado sin adobo y gorras de piel de *nutria*, animal que se cría en la isla; el hijo se entretenía en tejer una cuerda de fibras para pescar, y el padre en atar plumas de loro a los cabos de unas flechas cuyas puntas había construido con astillas de bambú. El muchacho pareció sorprenderse y aun asustarse con mi presencia, pero don Luis no dio señales de inquietud al ver que iba solo; me reconoció en el acto y me tendió la mano en silencio, continuando su tarea por algún rato, sin preocuparse de mi presencia. Al fin alzó los ojos y me preguntó de repente qué me había llevado a la isla y si su refugio era conocido por alguna otra persona; le aseguré que nadie más, excepto su antiguo amigo el Cura y Jacinta, mi esposa, sabía siquiera que él viviese, y comencé a emplear todos los argumentos que pude para inducirlo a volver conmigo a Caicara, o al menos para que me permitiera llevarme al chico, pero todo en vano. Apenas contestaba a mis observaciones, sino para repetir que había resuelto apartarse por siempre de la sociedad, y concluyó por asegurarme que si yo insistía en oponerme a su propósito, se

vería forzado a buscar otro refugio tan distante de los parajes frecuentados por el hombre que no corriese riesgo de ser nuevamente molestado. Me vi, pues, en el caso de ceder a sus caprichos, aunque a pesar mío, y le prometí que nunca volvería a hablarle de aquello; se satisfizo con esta seguridad y me manifestó el deseo de verme de cuando en cuando, con tal que me comprometiera a ir solo.

"Luego me condujo a la choza que había construido con guaduas y techado tan bien con pieles de venado que se hallaba a prueba de lluvias. Todos los veranos visitan aquella isla venados que cruzan nadando el Canal del Caimán para librarse de los mosquitos que por entonces pululan en las sabanas, y así mismo para huir de los tigres que infestan los bosques del continente. En la estación de los calores, don Luis secaba carne de venado en cantidad suficiente para toda la época de las lluvias, y como acertó a encontrar anzuelos y cordeles en la canoa que había llevado de Caicara, cogía muchos peces en los remansos situados entre las rocas. Me dijo que hiciese saber al alcalde el lugar de su retiro y que le rogase pagar en nombre suyo al dueño de la canoa, utilizando para ello el dinero que había dejado en poder del primero; también deseaba que este le remitiese por órgano mío algunos objetos menudos, guardados en su baúl. Cuando me despedí, reiteró su propósito de escapar a las profundidades más recónditas de la selva si cualquier visitante, que no fuese yo, interrumpía su soledad, y me expresó el deseo de que manifestase al *Cura* y al *Alcalde* aquella determinación.

"Cumplí con puntualidad el encargo, pero el alcalde no convino en el parecer del *Cura*, según el cual debía dejarse tranquilo a don Luis en su isla; se empeñó en que le correspondía obligarlo a vivir en sociedad, por bien de su hijo si no por el propio, y dispuso que en el acto se reuniese una partida de pescadores, con quienes salió para la Boca del Infierno en una piragua, llevándome también a mí contra mi voluntad, para que los guiase al desembarcadero que yo había descubierto.

"Con grandes riesgos e inconvenientes logramos llegar a tierra antes de amanecer, a fin de que don Luis no pudiese descubrirnos y escapase; rodeada la choza él y su hijo fueron sorprendidos mientras dormían y se les condujo atados a la piragua, tras desesperada resistencia, especialmente de parte del padre, que al fin hubo de someterse abrumado por el número, aunque desde aquel instante se negó a tomar alimento alguno, sumido en profundo silencio. No había manera de hacerle despegar los labios y *Luisito* demostraba igual obstinación, pues ambos parecían haber adquirido el carácter inflexible de los indios salvajes durante su oculta residencia en la isla. Al cabo se comprendió que si el alcalde persistía en detenerlos contra su voluntad, perecerían primero que probar los alimentos, por lo cual ordenó dejarlos en libertad y permitirles regresar a la isla en su canoa, a cuyo bordo iban también el baúl de don Luis y algunas provisiones. Ellos remaron rápidamente río abajo, y aunque a menudo he vuelto a la isla con la esperanza de encontrarlos nunca he sabido más del extranjero ni de su hijo desde aquel día".[37]

—Muchas gracias, *señor piloto* —dijo Páez, quien agregó luego dirigiéndose al comerciante:

—Dígame, amigo Bonjean, ¿cuándo piensa regresar a su piragua?

—*Al amanecer, mi general.*

—Yo le acompañaré para que me pase por el Orinoco hasta *Los Capuchinos,* porque deseo tener una entrevista con Bolívar. ¡Abur! Hasta mañana".

Capítulo XII

El Orinoco. Bolívar. El huracán

Un caudillo en viaje hacia las montañas, grita: "¡Barquero, no tardes y te daré una libra de plata para que me lleves al puerto!". El barco ha zarpado de una ribera borrascosa y tiene por delante una mar también borrascosa, donde, más fuerte que el brazo del hombre, la tempestad se condensa sobre él.

Eilighie Gheall Chiun

Aún faltaban algunas horas para amanecer cuando Páez montó en su corcel rucio favorito, poniéndose a la cabeza de una reducida escolta, destacada de su guardia y lista para acompañarle a Playa Arenosa, donde anclaba el barco de Bonjean. Las tropas yacían en silencio con toda la quietud del reposo profundo, dándole al extenso vivac la apariencia de un campo de batalla, como suele verse por la noche después que se ha librado un bien reñido combate. En los contornos del campamento ardían aún algunas hogueras, junto a las cuales dormitaban los centinelas, envueltos en sus ponchos[38] y ateridos por las heladas brisas matutinas que soplaban sobre los pantanos de Cunaviche.

Así como Páez y sus acompañantes se acercaban a los piquetes avanzados, eran recibidos con el ¡Alto! ¿Quién vive?, contestando, como de costumbre con el ¡América libre! Densa y blanca neblina se posaba sobre el suelo en muchas partes de la sabana, especialmente en los esteros que circundan la laguna, y arropaba todo el bosque, refugio de los emigrados, excepto la elevada copa de los *congrios*. Miríadas de estrellas cintilaban aún en el azul oscuro del cielo, donde no se veía ni una nube,

salvo la tenue claridad del alba ya perceptible por el oriente. Los *garzones,* o grullas gigantescas, caminaban majestuosa y cautelosamente en silencio por las orillas de la laguna y de árbol en árbol era contestado el canto breve y agudo del gallo montés.

Desechado el terreno fangoso, a través de atajos solo conocidos de los *llaneros,* la partida apresuró la marcha por la llanura que se dilata entre Cunaviche y la boca del Arauca, y llegó a *Playa Arenosa* al tiempo que el sol se levantaba tras un grupo de bajas islas que se ven distantes hacia el Este, en el centro del Orinoco. Aunque el barco mercante era una de esas grandes y toscas *lanchas* que solo se encuentran en este río, parecía diminuto en la majestuosa extensión de las aguas. Un grito de la escolta, que resonó por todo el bosque, hizo levantarse a los *lancheros,* que habiendo anclado a cierta distancia de la orilla, según costumbre habitual, para precaverse contra el *mosquito,* plaga de todos los ríos tropicales, yacían indolentemente echados en el fondo del barco. Páez ordenó a la gente de su escolta que desensillasen y esperasen su regreso bajo la arboleda, y en acercándose la lancha a la orilla se embarcó en compañía de *monsieur* Bonjean, el viejo piloto y el joven porta-lanza, que le servía siempre de asistente.

Como la aldea de *Los Capuchinos* se alzaba en todo el frente de *Playa Arenosa* fue necesario subir gran trecho agua arriba por el remanso que el flujo y el reflujo produce cerca de la orilla, antes de que la lancha pudiera atravesar el grueso de la corriente por aquel sitio, donde el río mide cuatro o cinco millas de anchura. La brisa había comenzado a batir y los *lancheros* izaron una gran vela latina que impelía al bote con firmeza sobre la tranquila superficie, mientras uno de los indios, que iba de pie en la proa, de cuando en cuando practicaba sondeos con una larga vara de guadua, diciéndole siempre al piloto, con una especie de monótona recitación, cuál era la profundidad del río. Así como la lancha hubo llegado a la altura de un punto de la costa que el piloto consideraba a suficiente altura

sobre el desembarcadero adonde se dirigían, dio la voz de *"¡A la boga, muchachos!",* y habiendo cogido un remo cada *lanchero,* él gobernó el barco como para cruzar el Orinoco en dirección oblicua. Ya en el centro del río, el punto de la costa que les sirvió de referencia parecía perderse en lontananza, y la corriente los arrastraba con violencia, no obstante los esfuerzos de seis robustos indios, ayudados por la brisa que arreciaba a medida que el sol ascendía en el horizonte.

Cuando la lancha iba acercándose a la margen meridional, comenzaron a destacarse la iglesita de Los Capuchinos —rodeada de altos moriches, cuyas palmas caían sobre la baja techumbre— y la extensa fila de barracas construidas para las tropas de Bolívar; también se oían con claridad y por intervalos las notas de las cornetas que sonaban en los bosques cercanos a la aldea. Muchedumbre de curiosos, procedentes del campamento, se apiñaban en el desembarcadero, ávidos por averiguar a quién conducía la lancha para el cuartel general y de inquirir noticias sobre el ejército de los *Llanos.* En cuanto se reconoció a *Páez,* un piquete de oficiales estacionado en el desembarcadero acudió a recibirlo, saliendo de un cobertizo para canoas, que entonces se utilizaba como apostadero. Acto seguido dos soldados se adelantaron hasta la piragua para conducir a tierra al *Jefe de los Llanos* y cuando este avanzó por la playa la multitud le abrió campo con mayores demostraciones de respeto que las recibidas habitualmente por él en su propio campamento, pues aunque sus tropas le adoraban eran tan poco dadas a las fórmulas de cortesanía que Páez solía decir con frecuencia que para buscar *zalameros* era indispensable acudir a la infantería, bien que no podía desear mejores secuaces que sus rudos llaneros. Se vio, pues, rodeado de los oficiales presentes, para todos los cuales tuvo alguna frase cariñosa, y en compañía de ellos, conversando y riendo como acostumbraba hacerlo con entera sencillez, se trasladó al cuartel general de Bolívar[39].

El Libertador, envuelto en un capote azul y tocado con la simple montera ribeteada de rojo, propia de un artillero raso, paseábase a pasos presurosos por un departamento sin muebles, a cuya puerta se agrupaban edecanes y ayudantes, en espera de órdenes. Le dictaba a su secretario Pérez que, sentado a una mesita de pino, escribía una proclama[40] dirigida a los habitantes de Tunja en Nueva Granada, y de la cual, una vez terminada, sacaron copia los oficiales del ejército que tenían buena letra, pues para entonces solo existía en Venezuela una imprenta, llevada a Angostura por un criollo de Martinica que se propuso enseñar el arte tipográfico a algunos jóvenes guayaneses, pero de quien no pudo lograrse que siguiera al ejército con su taller, como lo deseaba Bolívar.[41]

Don Simón se volvió vivamente hacia Páez al verlo entrar en el cuarto e indagó con afán qué noticias traía de las llanuras, mostrándose contrariado y aun disgustado cuando supo que el único objeto que se proponía Páez con aquella entrevista consistía en persuadirlo para que regresase a los Llanos con el ejército y, frustrando así el avance de Morillo, poner cese a la destrucción de los hatos que los españoles habían emprendido con ahínco desde el instante en que pisaron las sabanas. El jefe llanero pintó a lo vivo la miseria de los habitantes, obligados a refugiarse allende los remotos esteros de Cunaviche, y concluyó por exigir de Bolívar fijase un día para volver a las llanuras con su infantería y artillería o que le permitiese a él acometer la empresa de expulsar al enemigo, con su sola caballería, en la primera ocasión propicia de combatir que se le presentase.

Páez era el único general patriota que se aventuraba a discutir con Bolívar, o a contradecir sus opiniones; pero también el único a quien el Libertador hubiera consentido explicarle sus planes; por consiguiente Bolívar le mostró los partes que acababa de recibir, enviados por Santander, que había penetrado en Nueva Granada por las llanuras de Casanare; ellos contenían informes de una insurrección que había estallado a favor de *La Patria* en las provincias de Tunja y Socorro, cuyos habitantes aprovecharon el retiro

de tropas realistas, hecho por Morillo, cuando concentró sus fuerzas para la incursión a los *Llanos;* aquellas provincias habían enviado comisiones a Santander para asegurarle que estaban dispuestas a ofrecer amplio auxilio, así de hombres como de dinero, tan pronto como Bolívar atravesara la Cordillera y apareciera en el *Entre-Andes* a la cabeza de un ejército respetable.

El Libertador manifestó a Páez que necesariamente Morillo debía recibir pronta noticia de aquel movimiento popular, por vía de Trujillo, y que sin duda se vería obligado a destacar alguna de sus divisiones con el objeto de oponerse a Santander; además le aseguró que tan luego como llegaran a Los Capuchinos los refuerzos que esperaban a diario de Barcelona, atravesaría de modo inmediato el Orinoco y reuniría su ejército con el de las pampas. Al propio tiempo le encareció que se ajustara al plan que ya le había recomendado para aprovechar todas las ocasiones de mantener en jaque a las tropas de Morillo sin exponer su propia gente a las dudosas contingencias de un combate general, y por fin pudo apaciguar un poco al fogoso llanero, aunque no logró convencerlo.

Bolívar le invitó luego a presenciar una revista del ejército próxima a efectuarse, pero Páez se negó porque estaba resuelto a regresar inmediatamente a Cunaviche. Una *flechera* o canoa larga y liviana, provista de doce remos, hallábase lista en el embarcadero para conducir al jefe de las *sabanas* y a su *porta-lanza,* y cuando atravesaban a remo, con tanta rapidez que apenas se desviaban de un rumbo en línea recta, los indios cantaron el maremare o canto de las canoas del Orinoco, que era por lo general una efusión extemporánea, provocada por cualquier acontecimiento que les hería la imaginación:

"¡Maremare! Pachocos (sic) hermanos
Rompan canaletes con brío;
Pues llevamos la flor de los Llanos,
Páez, el guapo invencido Caudillo.

Sus lanceros le están atisbando
En la playa de donde salió;
Pues al llegar el jefe a su mando
Los llenará de gloria y valor.

¡No desmayen al soplar el viento!
¡Los chubascos no hay que temer!
Boguemos llenos de contento,
Desde el alba hasta el anochecer".[42]

Páez, que yacía tendido a todo lo largo bajo el toldo de la flechera, prestaba poca atención al canto de los canoeros pues su espíritu vagaba por otras regiones, lamentando los instantes de inactividad que necesariamente deberían transcurrir antes de que él pudiese hallarse en condiciones de vengar en los invasores las penalidades que infligían a su país. Sin embargo, Panchito su paje había oído y comprendido muy bien el vago anuncio hecho por los indios de la aproximación de un *chubasco,* uno de esos huracanes menos intensos que suelen arrostrarse en el Orinoco, especialmente en el solsticio de verano.

Aunque el chico, a caballo o en el combate, poseía completa impavidez, no estaba exento de las supersticiones de sus compatriotas los *llaneros,* quienes consideran el canto, mientras se navega, como un reto a la providencia; además se sentía fuera de su elemento en el ancho Orinoco, donde el saber nadar no podría salvarlos a él ni a su jefe, caso de ocurrirle a la *flechera* cualquier accidente imprevisto, pero como Páez no parecía darse cuenta alguna del aspecto nebuloso del cielo, ni de las repentinas y violentas ráfagas que habían sucedido a las bonancibles brisas de la mañana, el paje se creyó en el deber de guardar silencio, prefiriendo desechar cualquier aprensión que pudiese asaltarle, antes que correr el riesgo de incurrir en un regaño si turbaba las meditaciones de su jefe.

A medida que la *flechera* se alejaba de la margen iba en aumento la violencia del temporal que batía con el curso de la corriente; un oleaje repentino comenzó a levantarse a tanta altura que a veces bañaba la cubierta, mientras el empuje del viento contra el toldo constituía gran estorbo para el trabajo de los canoeros, que con mucha dificultad lograban mantener firme en su rumbo la liviana embarcación. El temor y la ira de Panchito ante la impericia o descuido de los indios, como él lo juzgaba, se sobrepusieron entonces a su calma habitual y estalló en un *"¡Malhaya la Flechera y los perros que la bogan!"*.

—¿Qué pasa, niño Panchito? —preguntó Páez, interrumpido en sus divagaciones por aquella maldición—, ¿qué le ocurre a los indios o la canoa?

—¿Pues no los oyó cantando *os* (sic) *merced*? Anunciaron un huracán y ya lo tenemos encima. ¡San Antonio! No deseo sino que nos veamos a caballo. Usted puede nadar a sus anchas en el Arauca, ¡mi jefe!, y tal vez en el Apure, pero dudo que logre llegar a la otra orilla si se vuelca esta batea. Estoy seguro de que yo no podría hacerlo y su lanza se perdería.

Páez abarcó el espacio con la vista y pudo comprender que en efecto había seguros indicios de próximo huracán, porque durante el breve tiempo transcurrido desde que abandonaron el desembarcadero de Los Capuchinos los cielos se habían cubierto de espeso dosel, negro como tinta, que se levantó simultáneamente de todos los puntos del horizonte, bajo el cual y a muy poca altura se entrecruzaban con rapidez fulgentes jirones de nubes que aproximándose poco a poco al cénit parecían girar cerca de él como en torno de una vorágine. Al fin se oyó el sordo rugir del *chubasco* procedente de las montañas situadas algunas millas más abajo y cuyo efecto sobre el agua se descubría muy bien por la franja de espuma que acompañaba su impetuoso avance.

No había momento que perder porque si el vendaval azotaba la *flechera* con el toldo aún puesto, la habría volcado de modo inevitable e

instantáneo. Páez sacó en el acto el largo y afilado *cuchillo cachi-blanco* que siempre llevaba al cinto y cortó las correas que sostenían el toldo, cayendo este al agua en el momento preciso en que el *chubasco* llegaba a aquella parte del río. El indio que gobernaba la *flechera* tuvo la precaución de volver la proa hacia el huracán, pero los canaletes no sirvieron ya sino para mantener el barco en aquella posición, mientras bogaba contra la corriente. Ola tras ola azotaba la canoa en rápida sucesión inundándola de tal modo que dos de los *canoeros* se consagraron solo a achicar el agua con grandes totumas. Los demás indios permanecían arrodillados en el fondo de la *flechera,* con su largo pelo hirsuto chorreándoles agua por la espalda, mientras vigilaban con atención cada movimiento del liviano bajel contrarrestando su tendencia a irse de costado con la fuerza del vendaval, mediante uno o dos golpes de sus *canaletes.* El hecho de mantenerse arrodillados con el rostro hacia la proa les permitía estar ojo alerta, y es por ello que semejante posición se conserva siempre a bordo de las canoas en vez de mirar hacia la popa, como se acostumbra en los barcos de remo.

Relativamente el peligro había sido aún insignificante pero el chubasco comenzaba a arreciar, soplando con implacable furia; el agua combatía la flechera por todos los flancos y ya no era posible mantenerse contra el viento; el piloto, silencioso hasta entonces, observó que por fortuna para todos ellos el *Jefe* estaba en la canoa, pues la guardia apostada en el desembarcadero de Los Capuchinos no dejaría de enviar la lancha del comerciante francés para que los ayudara, mientras que si el riesgo solo amenazase a unos pobres indios nadie creería que valiese la pena mover un remo para librarlos de perecer ahogados. A los pocos instantes una ola de dimensiones extraordinarias saltó por una banda y llenó la piragua, que se hundió bajo el peso que soportaba; pero los indios, hechos a semejantes accidentes, se lanzaron al agua por uno y otro flanco y la mantuvieron a flote con una mano, mientras nadaban

con la otra. Tras algunos minutos de penosa indecisión se vio a la *lancha* deslizándose por el río, bajo una vela muy cortada, mediante la cual logró en breve interponérsele a la *flechera* que iba a merced de la corriente, porque se había sumergido tanto que ya no obedecía al viento. Los *lancheros* arriaron entonces su vela y arrimándose a la canoa se efectuó el trasbordo de Páez y de su paje Panchito, quien mantenía firmemente asido el gran objeto de sus solicitudes: la lanza de su jefe.

El viejo piloto que había salido en la lancha desde el primer instante en que vio el peligro de la flechera, hubiera abandonado a los indios a su propia suerte, sin el menor escrúpulo, a no ser por la orden terminante de Páez, quien instó para que los recibiera a bordo. El patrón accedió, aunque de mala gana y murmurando al propio tiempo que los *"perros salvajes"* merecían un baño más grande, por haberse aventurado a cruzar el Orinoco en aquella oportunidad y con tan valiosa carga.

Cuando la lancha se acercó a la orilla, Páez pudo advertir que su escolta había estado en la mayor ansiedad por causa suya; uno de los lanceros que se subió a un caujaro para ver si regresaba el jefe, había observado el riesgo que lo amenazaba y comunicó sus temores a los demás compañeros, todos los cuales montaron a caballo, con cierta vaga idea de que así eran más aptos para socorrerlo, y avanzaron río adentro hasta donde podían hacerlo sin echarse a nado; su regocijo fue inmenso al verlo a salvo y se apretujaron en torno suyo al desembarcar, afanándose cada uno en hacerle ver la imprudencia de atravesar un río demasiado ancho para nadar un caballo. El piloto fue enseguida objeto de sus atenciones y agradecimientos; todos le abrazaron, asegurándole la eterna gratitud de la Guardia de Honor, por lo cual nunca le faltarían un buen caballo o un novillo gordo, cuando visitara los Llanos.

Páez se despidió entonces de su viejo amigo y tomó el camino de Cunaviche, seguido de su escolta.

Capítulo XIII

Los maromeros. La caria. Deserción

Julieta. —¡Mi único amor nació de mi único odio! ¡Harto temprano visto sin conocerlo y harto tarde conocido! Monstruoso amor que me condena a amar un enemigo aborrecible.

Romeo y Julieta[43]

Un maromero o saltimbanqui ambulante había llegado a los ranchos de los fugitivos, con su familia y sus compañeros de oficio, y en torno suyo se reunió una multitud de mujeres y chicos, mezclados con ociosos del campamento, ávidos todos por ver los preparativos que estaban haciendo para exhibir sus habilidades de bailarines y sus suertes acrobáticas. Pertenecía a la clase de mestizos que en diversas regiones de Suramérica llaman *gitanos* y *chinganeros,* acaso por alusión al errante y vagabundo modo de vivir que han adoptado, pues no parece que haya motivo para creer que en realidad pertenezcan a esa peregrina raza de aventureros de quienes derivan su nombre y a los cuales se les supone confinados aún a las comarcas levantinas del globo.

Tales gentes son vistas con el mayor desdén y aborrecimiento por todos los indios genuinos, de modo que ni las tribus más insignificantes entre ellos quieren llevar relaciones con los *chinganeros,* a quienes consideran rebajados por sus bufonerías al nivel de los monos; sin embargo, su habilidad y gracejo hacen que sus eventuales visitas sean siempre bien acogidas por los alegres *criollos,* y aun los orgullosos españoles se

dignan a veces deponer su altiva gravedad para sonreír ante sus burdas piruetas. En los períodos más crueles de la *guerra a muerte,* se consideraba a los chinganeros como excepciones privilegiadas a la regla general que no admitía ninguna especie de neutralidad en la pugna sanguinaria, permitiéndoseles visitar libremente los campamentos de patriotas y realistas para diversión de la soldadesca. No perteneciendo a bando alguno, apenas hubiesen podido ser considerados como espías, y aunque sin el más leve escrúpulo llevaban las noticias que podían recoger en su camino, al propio tiempo que solían convertirse en conductores de mensajes privados para uno y otro campo, sin embargo atenuaban semejante conducta o más bien neutralizaban sus efectos con la absoluta imparcialidad de sus relatos. En suma, se les consideraba como una raza harto despreciable e insignificante para enfadarse con ella o siquiera prestarle alguna atención.

Páez llamó a solas al maromero principal, que se acercó a él con todas las *zalamerías* y visajes de su oficio e interrogándolo, supo que acababa de llegar del campamento de Morillo, donde había trabajado. El *chinganero,* que bajo su apariencia superficial ocultaba mucha malicia, le informó que los españoles habían avanzado hasta situarse a dos días de marcha del refugio de los emigrados, pero que no parecían dispuestos a internarse en los ignotos médanos de Cunaviche. También dio las primeras noticias relativas a la suerte fatal que cupo a los soldados heridos, que quedaron en el campo después de la escaramuza nocturna en las cercanías de Cañafístola. Al fin, obtenido el permiso para comenzar sus *maromas,* reunió a sus compañeros, que eran como treinta, vestidos y pintarrajeados abigarradamente y ceñida la cabeza con una corona de plumas multicolores, a usanza de los antiguos aborígenes.

Principiaron por ejecutar diversos y complicados bailes al son de tres o cuatro *vihuelas* que tocaban las mujeres de la farándula, acompañadas

con sonajeras hechas de calabazos[44] llenos de granos de maíz, y por el bronco sonido de un gran tambor, formado de un trozo de madera hueco y cubierto en cada extremo con piel de venado; las mujeres cantaban, a intervalos, algunas melodías de los indios salvajes, después de lo cual cada *maromero* ejecutaba sus suertes en turno.

Por último su director plantó en tierra una vara de bambú como de doce pies de alto, a cuyo tope se ataron veinte largas hiladillas de algodón, semejantes a anchas cintas, y teñidas con los diversos y vivos colores que pueden confeccionar los indios por el profundo conocimiento que tienen de las propiedades de raíces y cortezas. Cada *maromero* cogió la punta de una cinta y colocándose todos en círculo alrededor de la vara, uno frente a otro, comenzaron luego a dar vueltas en torno de ella, lentamente al compás de unos versos que cantaban las mujeres; y a medida que se cruzaban unos a otros en aquel baile, las cintas iban entretejiéndose, poco a poco, hasta ofrecer alguna semejanza con un inmenso quitasol.

Mientras los espectadores observaban con interés el ingenioso espectáculo, el *maromero* principal aprovechó la coyuntura para pasearse por entre la concurrencia llevando en las manos una cesta tejida con hojas de palmera y en la cual recogía las contribuciones de los que se mostraban dispuestos a premiar las habilidades de los acróbatas; cuando pasó por el grupo de damas que rodeaban un alto asiento, preparado aprisa por los *llaneros* para comodidad de doña Rosaura, alcanzó a ver a Juanita Gómez, sentada junto a su madre, y mientras dirigía algunos de sus aplaudidos chistes a los que se encontraban cerca de ella pudo dejar caer una carta a sus pies, inadvertido de todos, y siguió caminando sin preocuparse de nada.

Cuando se reincorporó a sus compañeros, estos habían completado la hábil maniobra, siempre aplaudida en los Llanos aunque por la frecuencia con que la ejecutaban allí hacía mucho que ya no constituía

una novedad; luego se volvieron hacia los espectadores y cantando en coro les dieron las gracias por su liberalidad; hecho esto destejieron el abigarrado dosel, bailando el baile a la inversa, y concluyó la función.

Juanita Gómez no perdió ni un instante en retirarse de la concurrencia hacia lo más tupido del bosque para leer el pliego que de modo tan inesperado acababa de recibir, y se encontró con que procedía de su primo Andrés Castro, el realista, como lo había conjeturado.

El autor de la carta lamentaba profundamente la desventura que le había cabido con pertenecer a un servicio por el cual veíase obligado, a pesar de los propósitos que tuvo cuando entró en él, a guerrear contra su país nativo y contra los seres que más amaba, agregando que circunstancias ocurridas últimamente lo habían disgustado en exceso por la conducta de aquellos a quienes ahora tenía que obedecer. Concluía implorándole que le contestara por órgano del propio mensajero, a quien había prometido una buena recompensa para que volviera a la vecindad del campamento español. También le manifestaba el deseo de que ella fijase algún sitio de la sabana, a prudente distancia de uno y otro campo, como punto de cita, donde pudiese volver a verla, tras una ausencia de tantos años, asegurándole que ello podría efectuarse sin el más ligero peligro, porque él conocía el país por donde ambos habían errado juntos a menudo en épocas más felices.

Juanita había recibido varias cartas de su primo desde que este llegó de Europa y todas ellas las mostró sin reserva a su madre, que no encontró motivo para desaprobar el afecto de Castro, considerando que su permanencia en el ejército realista era el único obstáculo para el matrimonio con su hija; pero como el *billete* hablaba de la posibilidad de verse ambos en una cita, aunque fuese solo por un momento y en las condiciones menos propicias, la joven *llanera* no se atrevió a mostrarlo, temerosa de que Paulita Gómez le prohibiese intentar la realización de

la entrevista, acontecimiento por ella tanto tiempo y tan ardientemente deseado que había previsto del todo las contingencias a que podría exponerse.

Andrés Castro aludía en su carta a circunstancias que le disgustaban en su presente servicio, pero Juanita ignoraba que ello se refería al bárbaro sistema de *guerra a muerte* adoptado en el ejército español, y especialmente a la conducta de Morillo respecto al hermano de ella, pues todo el ejército suponía que Felipe había muerto en el combate, por lo cual sus parientes se consolaron en cierto modo de su muerte, pensando que había caído en defensa de sus llanuras natales. Caso de saber Juanita Gómez que su hermano, herido y prisionero, había sido sacrificado a sangre fría, ello le habría comunicado nuevo estímulo para el esfuerzo que se proponía hacer a fin de que el objeto de sus primeros amores se desligara de una causa culpable de semejantes atrocidades. ¿No sería ella capaz, pensaba, de persuadir a su primo para que renunciase al servicio de la tiranía y se uniese a la causa de la libertad? ¿Y no sería luego satisfactorio el haber contribuido a devolver un hijo de Venezuela al seno de la patria? En realidad comprendía que el paso que pensaba dar era imprudente, por decir lo menos, pero lo justificaba en su propio concepto por la importancia del propósito. Además, ¿cómo decepcionar a su primo?, ¿cómo decepcionarse a sí misma? Reflexionaba que nada le era tan hacedero como ausentarse sin inspirar sospechas, porque generalmente pasaba la noche al aire libre, como se acostumbra en las sabanas, cerca del *rancho* de sus primas las Gamarra, de modo que si salía a caballo cualquier noche, cuando los emigrados estuviesen reunidos alrededor de la cabaña de doña Rosaura, tendría tiempo de ir a considerable distancia y de regresar antes de amanecer.

Decidida a aventurarse se procuró papel y lápiz con las sobrinas del *Cura*, bajo pretexto de copiar una de las canciones de los *maromeros,* y

escribió de prisa unas cuantas líneas, fijando el *Estero del Chigüire,* distante de Cunaviche cerca de cuatro horas de recio viaje a caballo, como punto de cita, y fijó también la oportunidad para la tercera noche a contar de la fecha. Entregó la carta al *chinganero,* que vagaba por entre las cabañas con el propósito de que se presentara ocasión de recibir respuesta para su comitente: luego buscó a su prima Petra (sic) Gamarra y le pidió consejo y ayuda para llevar a cabo la ejecución de su proyecto; su confidente convino al punto en ocultar su ausencia mediante toda clase de estratagemas, y además le ofreció proporcionarle un caballo para el viaje, con lo cual una y otra, con casi idéntica ansiedad, esperaron la noche de la cita.

A medida que el tiempo avanzaba temieron en más de una ocasión que cualquier movimiento imprevisto de las tropas de Páez o del ejército español pudiera servir de obstáculo para la entrevista, pero al fin llegó la noche fijada y con reprimida alegría ambas primas vieron reunirse la habitual concurrencia en torno al rancho de doña Rosaura; a las calladas y con paso presuroso fuéronse a orillas de la laguna, donde Petra, fiel a su ofrecimiento, había ocultado un caballo de silla en el cual, envuelta en una *manta* y disimulando su larga cabellera bajo un *sombrero,* montó Juanita llena de emoción, y después de recomendar a su prima que rezara un doble rosario por su seguridad y buen éxito, emprendió camino al *Estero del Chigüire.*

La suerte de Felipe Gómez había producido honda y perdurable impresión en el ánimo de Castro, pues detestaba la crueldad que pudo autorizar aquel acto inhumano y sentía la humillación que se le impuso cuando el comandante en jefe español rechazó con escarnio sus gestiones por la vida del pariente. Cada hecho del ejército invasor, desde que penetraron en las llanuras, había contribuido a abrir sus ojos respecto a la evidente injusticia de una causa para cuyo sostenimiento lo trajeron inesperadamente de España a su país nativo. Había presenciado, avergonzándose de contribuir aun con su sola presencia a semejante

atentado, el incendio de aldeas y granjas, y el sacrificio de aquellos indefensos campesinos que habían tenido la desgracia de caer en manos de los realistas, por todo lo cual comprendía muy bien que los jefes de las tropas en cuyas filas estaba alistado contra su voluntad, obedecían más bien a la sed de venganza y a su ingénita propensión a los actos de crueldad que al honroso deseo de servir a la causa de su soberano.

En efecto, la lucha no era ni lo había sido desde el principio de la revolución, entre el rey de España y sus colonias, sino entre una horda de bárbaros por una parte, encabezados por unos cuantos déspotas militares, cuyo primero si no único fin consistía en enriquecerse mediante las insólitas y rigurosas extorsiones; y por la otra parte un pueblo perseguido, instigado a la resistencia por las injurias padecidas y al fin obligado a recurrir a las armas como un amparo contra la opresión.

Amén de estas consideraciones de orden público que de modo necesario atraían su atención, Castro, en diversas oportunidades, se vio últimamente herido, muy a lo hondo, en sus sentimientos personales, pues Morillo había aprovechado todas las ocasiones, desde la infructuosa mediación a favor de su primo, para proferir despiadados sarcasmos contra todos los criollos, sin ninguna excepción; cierta vez, como Castro se aventurara a replicar contra lo que juzgaba una injustificable indignidad, el comandante en jefe, ofendido por su actitud, lo tuvo en arresto por algunos días. Su amigo La Torre, participaba a lo vivo de sus resentimientos, llegando a declarar repetidas veces con su acostumbrada violencia, que si él hubiese recibido un trato semejante no habría continuado ni un momento más en una situación que lo obligaba a soportarlo.

Aunque tales razonamientos no llegaban hasta inducirlo a dar un paso tan definitivo como el de irse al campo de los patriotas, las ideas de su amigo ejercían influencia en el ánimo de Castro y ocurrió una circunstancia justamente después de enviar el *billete* a Juanita Gómez, que lo determinó por completo a abandonar el ejército realista, en la única forma posible para él: es

decir, uniéndose en el acto a sus compatriotas y justificándose, mediante sus futuros servicios, del delito de haber combatido tanto tiempo contra sus libertades.

La circunstancia aludida fue la siguiente: las guardias y piquetes, destinadas al servicio del campamento, habían sido llamadas y formadas, como de costumbre, frente al ejército; el oficial de campo las había revistado y estaba a punto de darles la contraseña, cuando llegó Morillo, a caballo junto con sus edecanes; acertó a observar a Castro entre los oficiales elegidos para hacer guardia y averiguó para qué apostadero lo habían designado; al saber que se le destinaba a un piquete avanzado, dispuso que lo trasladaran a alguna guardia dentro del campamento, diciendo que el ejército realista se encontraba harto cerca de los insurgentes para que se confiase a un *criollo* un destacamento apartado del grueso de las tropas.

Castro consideró el insulto que se le irrogaba ante todo el ejército como causa suficiente para eximirlo de continuar sirviendo bajo las banderas españolas, y desde entonces esperaba con impaciencia la oportunidad en que pudiera vengarse de un jefe, a quien por todos los motivos debía considerar tanto personal como patrióticamente, su más encarnizado enemigo; lo alentó en su resolución, si es que necesitaba que se la confirmasen, la respuesta a su *billete,* recibida por órgano del fiel *maromero,* de suerte que ya solo le preocupaba que su turno de guardia no coincidiese con la noche fijada pues, aunque resuelto a dejar el servicio, repugnábale la idea de unir a la deserción el delito aún más grave de abandonar un puesto que le hubiesen confiado solemnemente. Sin embargo, este era un caso muy improbable porque a consecuencia de la desconfianza con que lo veía el general por sus opiniones, expresada en forma tan pública, ya no se le designaba sino para los piquetes de campamento.

Cuando tocaron retreta la noche de su proyectada deserción presenció con profundo abatimiento la última revista pasada a su gente a que iba a

asistir en toda la vida. Aunque convencido en absoluto de la necesidad del paso que premeditaba, y satisfecho de que su honor le aconsejaba unirse a las filas de sus compatriotas antes que seguir al servicio de los opresores, sin embargo, no podía desechar la idea de que todo el que se dirigía a él había penetrado sus intenciones. Mandó ensillar su caballo, sin que despertara la menor sospecha, porque su asistente supuso que le habrían ordenado hacer servicio de patrulla, y cuando todo estuvo listo, porque desde luego no llevaba nada consigo fuera de su maleta militar, entró en la tienda del joven La Torre con el objeto de ver, acaso por la última vez, al único amigo cuya separación tenía motivos de lamentar, entre todos los camaradas cuya compañía estaba a punto de abandonar.

Encontró a su buen camarada, sentado en su cama de campaña y junto con otros oficiales que se entretenían en fumar cigarros, único lujo que restaba aún de los acopios que habían traído de Caracas, porque al ejército no se lograba traer provisión alguna desde los almacenes de San Fernando, a causa de las correrías del destacamento a las órdenes de Rangel. Castro entregó la lista de su gente como de costumbre y se despidió pretextando una indisposición con el objeto de evadir el ruego insistente de La Torre para que se quedase; luego montó el caballo, que el asistente tenía ya listo, y cabalgó despacio hasta los límites del campamento, después de lo cual le soltó las riendas y en breve perdió de vista las hogueras de vigilancia.

Capítulo XIV

Un jefe patriota. Emboscada

Estridente como el chilar del chorlito resonó la señal de peñasco en peñasco, y al momento surgieron de arboledas y matorrales morriones y espadas y arcos en tensión. A diestra, a siniestra, por lo alto, por lo bajo, brotaron a un tiempo los enemigos en acecho y aquel silbido atrajo al punto quinientos soldados que guarnecieron el valle.

La Dama del Lago

El coronel Esteban Rangel[45] quien, como ya queda dicho, había sido destacado por Páez desde el campamento de Cañafístola con la orden de cortar las comunicaciones entre la retaguardia española, mandada por López (jefe que se había fortificado entre las ruinas de San Fernando), y el ejército de Morillo, que acampaba en las sabanas, era oriundo de la comarca montañosa, comprendida en jurisdicción de Mérida. Su padre, el europeo don Cipriano Rangel, había sido gobernador de Mérida y adquirió grandes propiedades en las inmediaciones de la ciudad. Fue miembro de la Junta Suprema al año de 1809 (sic), cuando Venezuela resolvió poner en práctica para asegurarse la tranquilidad, medidas semejantes a las ya adoptadas por diversas provincias de la propia España.

Don Cipriano fue también uno de los miembros del Congreso de Caracas que firmaron la primera declaración de Independencia Colonial el memorable 5 de julio de 1811. Así, por este acto, como por haber servido en calidad de segundo jefe con el valiente aunque desgraciado Marqués del Toro, durante la frustrada expedición contra el departamento hostil de Maracaibo, se había distinguido entre los primeros partidarios de la revolución

y era en consecuencia uno de aquellos a quienes el Gobierno español tenía señalados para aniquilarlos en la primera oportunidad.

No transcurrió mucho tiempo antes de que cayese en poder de los enemigos. Figuraba en la lista de las primeras víctimas sacrificadas a la venganza del sanguinario Monteverde, y fue herido de tanta gravedad en el combate que precedió a su rendición, que hubo de ser conducido en una carreta de bueyes, junto con varios otros desventurados prisioneros en análoga circunstancia, a la *plaza* escogida para las diarias ejecuciones. Como agravante al castigo en el caso de aquellos que habían sido miembros del Congreso o que de algún modo se señalaron en calidad de corifeos durante la lucha por la libertad, fueron condenados a expiar en el cadalso la traición de que se les acusaba, recibiendo la muerte de manos del verdugo ordinario pues se les negaba con estudiada malignidad el privilegio de morir como soldados, no obstante sus encarecidos ruegos.

Don Esteban, que para entonces apenas contaba diecisiete años de edad, había acompañado a su padre durante aquellas primeras campañas y compartido sus prisiones, cuando Monteverde violó el solemne pacto bajo el cual había capitulado él; pero a causa de su juventud le otorgó la única misericordia que podía esperarse del general español: fue públicamente flagelado en las cuatro esquinas de la *plaza,* junto con varios otros jóvenes y distinguidos patriotas de su propia edad que además de padecer esta bárbara pena, fueron obligados a presenciar la ejecución de parientes y amigos, efectuada inmediatamente después.

Con refinada crueldad don Esteban fue colocado bajo la misma horca en que iba a morir su valiente progenitor. Rodeados como estaban de guardias, solo pudieron decirse adiós con mudos ademanes, pero el joven juró entonces de modo solemne vengar la muerte de su padre y su propia afrenta, o perecer en la pugna.

Terminadas las ejecuciones, los prisioneros sobrevivientes fueron conducidos de nuevo a la mazmorra y de allí enviados a trabajar en las fortificaciones de Mompox. La ruda labor que se les imponía como a esclavos, la escasa alimentación que les concedían las autoridades y la insalubre humedad de las *casamatas* en que se apiñaban por la noche, sin poseer siquiera un poco de paja con qué proteger sus escuálidos miembros contra el gélido pavimento, en breve libertaron de la esclavitud a la mayor parte de ellos.

Sin embargo, tantos males no ejercieron influencia en el ánimo de don Esteban, porque el espectáculo que había presenciado en la plaza de Caracas se mantenía fijo ante sus ojos y él se sostenía entre todo género de fatigas, privaciones y enfermedades por la esperanza de vengarse. Nunca se le vio conversando con sus compañeros de prisión y ejecutada su diaria labor sin una protesta y aun con aparente alegría, por lo cual se granjeó poco a poco la benevolencia del carcelero, quien terminó por creer que los azotes recibidos habían domeñado su espíritu y que el terror causado por la muerte de su padre le había reducido a la docilidad y la obediencia. En consecuencia se dieron buenos informes de él al gobernador militar de Mompox en una de las visitas de inspección que practicaba todos los meses en la penitenciaria y ello le valió que le librasen de los grillos con la promesa de que si su conducta continuaba siendo durante seis meses a partir de entonces tan satisfactoria para su cómitre como lo era hasta allí, se le eximiría del trabajo cotidiano en las fortificaciones y quedaría como simple prisionero hasta que expirase el término de su condena.

Tan pronto como lo despojaron de los hierros huyó a las montañas de Mérida, escondiéndose por el día en los bosques y viajando por la noche hasta que hubo llegado a la heredad de su padre. Allí se encontró con que las tierras habían sido confiscadas y vendidas por el Gobierno

colonial, en cumplimiento de un decreto dictado por la Regencia española de Cádiz, pero cuando se dio a conocer a algunos de los antiguos colonos de su padre fue muy bien recibido por ellos, con todos los miramientos que entonces podían prodigarle; y lo ocultaron, libre de toda probabilidad de ser descubierto, entre chozas que aquellos construían para sí mismos en las más remotas *quebradas* o gargantas de la montaña que podían encontrarse en la región habitable de la *Cordillera.*

Halló a los *paisanos* unánimemente descontentos con la conducta de su nuevo señor, el cual, convencido como estaba de la precaria índole de su tenencia, nula y vana tan pronto como los patriotas recuperasen el dominio del país, se apresuraba a recoger el mayor provecho posible mientras podía conservar la posesión. A este fin elevó las rentas, práctica por demás insólita en Suramérica, e insistió en que todos los atrasos fuesen inmediatamente satisfechos, amenazando, caso de no hacerlo así, con denunciar a los morosos como insurgentes solapados y con pedir apoyo a la guarnición española de Trujillo (sic) para lograr el pago o secuestrar ganados en compensación.

La ira de los colonos provocada tanto por la ignominiosa ejecución de su antiguo señor, don Cipriano, como por el cruel trato que se daba a su hijo, a quien consideraban lo más injustamente despojado de la propiedad paterna, no tuvo límite alguno, de suerte que resolvieron levantarse en *masse* todos los que podían llevar armas, en número como de quinientos, por lo general pertenecientes al vecindario inmediato.

Simón Bolívar, que acababa de regresar de Santo Domingo (sic), con armamento y voluntarios, encontrábase formando un ejército en el valle de Sogamozo, con autorización del Gobierno independiente de Cundinamarca y se preparaba a cruzar la *Cordillera* con el propósito de acudir una vez más en auxilio de su país natal. El contingente que le llevó el joven Rangel era oportuno y admisible, aunque solo consistía

en una muchedumbre desarmada e indisciplinada. Bolívar penetró en la provincia de Cumaná (sic), al frente de su expedición de reclutas, que en breve halló medio de suplir todas sus deficiencias de armas, municiones y vestuarios, sorprendiendo y derrotando a Monteverde en Vigirima y Araure[46].

Las bajas padecidas por los patriotas en estos y en posteriores combates fueron necesariamente grandes, de modo que cuando Morillo penetró en las pampas, Rangel, que había obtenido el grado de coronel, no podía pasar revista ni a quinientos de sus partidarios procedentes de Mérida, los cuales formaban escuadrones de lanceros no inferiores a ninguno otro en los ejércitos de Venezuela; cada soldado manejaba también una carabina y así el regimiento se veían en actitud de luchar eventualmente como cuerpo de infantería, cuando lo requería la naturaleza del terreno. Las flámulas de las lanzas eran de tela de algodón blanco con un hierro de lanza pintado de rojo en el centro, y la tropa había jurado no dar ni recibir cuartel en ninguna ocasión ni en circunstancia alguna.

Tal el jefe y tal la tropa destacados para hostigar la retaguardia del ejército español. El regimiento esguazó el Arauca por el paso de Caujaral y se detuvo en la arruinada aldea de San Juan de Payara, que había sido una de las más bellas y populosas de los Llanos antes de la última invasión de los realistas, cuando sus habitantes la abandonaron al acercarse Morillo, para huir a Cunaviche. El general español ordenó destruirla en castigo de aquella defección, mandato que sus tropas no lograron ejecutar sino en parte, aunque estaban lejos de esquivarlo, a causa de que las macizas tapias de los edificios burlaron sus esfuerzos durante la breve estación que hicieron allí; sin embargo, la mayor parte de los techos, construidos con pencas de palma, fueron reducidos a ceniza y los restos carbonizados de las vigas comunicaban al sitio aspecto de desolación. Las escasas puertas que existían aún, pues la mayor parte fueron rotas

para hacer leña, veíanse quemadas por el fuego que consumió el interior de las casas. Por las calles rodaban fragmentos de muebles, despedazados sin necesidad, junto con canastas de toda forma y tamaño, llenas de vestidos y de ropas de cama, arrojados de las habitaciones, durante la pesquisa que se había practicado en busca de más valioso botín.

En el centro de la *plaza* y en diversos lugares de los alrededores, donde habían estacionado piquetes, podían verse aún los tizones de las hogueras de vigilancia, que sin duda fueron alimentadas con madera procedente de las antiguas arcas de cedro esculpido, de las sólidas mesas de caoba y de las pesados *escanos,* extraídos con tal propósito de las casas más próximas. La casa parroquial, contigua a la iglesia, padeció también las consecuencias comunes de la devastación; sus muebles, de estilo más moderno y de mejor material que el moblaje de los feligreses, habían sido amontonados y quemados contra la encalada pared, como el medio más rápido de desfigurarla; los libros que constituían la biblioteca y que el párroco no pudo llevarse consigo aunque eran de incalculable valor para el solitario Cura de una remota aldea campesina, yacían rotos y desparramados por la plaza, frente a las ventanas.

La propia iglesia escapó probablemente a las llamas porque el techo era de tejas, pero las puertas se hallaban desvencijadas y en astillas a causa de los disparos que se le hicieron con mano impía, mientras las imágenes de los santos que antes decoraban los muros y a los cuales se contemplaba con supersticiosa veneración, fueron arrojadas de sus nichos y yacían por el suelo. El sagrado recinto fue convertido en barraca por un pelotón de caballería, del cual restaban huellas inequívocas, y ahora servía de refugio durante el bochorno del día al ganado cerril de la vecindad. Unos cuantos perros famélicos que parecían esperar el regreso de sus dueños, aullaban a las puertas de las cabañas abandonadas, o escarbaban en busca de huesos las extinguidas hogueras del campamento español.

Rangel decidió convertir esta plaza en centro de operaciones de su destacamento y colocó dos reducidos piquetes en los dos únicos caminos que van de San Francisco a la llanura, a través de la selva que se dilata entre San Juan y aquella población; les dio orden de regresar y traerle noticia si veían que algún destacamento enemigo se acercaba rumbo a la sabana. No permanecieron muchos días en aquella posición, cuando un carabinero, perteneciente a uno de los piquetes avanzados, llegó corriendo a la aldea, un poco antes de amanecer, con la noticia de que un convoy de mulas que se suponía cargado de vituallas y pertrechos para el ejército de Morillo, había salido de San Femando la noche anterior, deteniéndose como a medianoche junto a un caño de escasas dimensiones, cerca del punto donde acampaba el piquete a que pertenecía el mensajero. También comunicó que una partida de infantería española, como de quinientos hombres, escoltaba el convoy y que el piquete, al descubrir su aproximación había retrocedido, sin que lo observaran, a dos leguas de San Juan de Payara, donde se situó en emboscada. Rangel ordenó en el acto a su tropa de flor, consistente en unos sesenta hombres escogidos entre sus mejores soldados, que ensillaran y lo siguieran.

El bosque situado en el camino de San Fernando está completamente libre de matorrales y no presenta más obstáculo a la marcha de la caballería que las nudosas ramas de los congrios que de cuando en cuando suelen inclinarse más que de costumbre, o las gigantescas plantas trepadoras llamadas *bejucos,* que se enredan de árbol a árbol en espirales semejantes a los anillos de una boa. A través de esta selva las tropas siguieron el camino más corto para llegar al paraje donde sus compañeros se habían emboscado, celebrando de antemano —mientras marchaban detrás de su jefe, en fila de uno en fondo y en silencio— la próxima escaramuza y el pillaje del convoy enemigo, objetos ambos que regocijan a toda *guerrilla*. Encontraron a sus camaradas pie en tierra, carabina en

mano, y con las bestias arrendadas a los árboles y a cierta distancia del presunto campo de lucha, como precaución indispensable contra los fuegos de la escolta que venía acercándose.

El lugar escogido para tender la emboscada hallábase en una parte espesa del bosque, donde el camino penetraba en un sabaneta cuya longitud mediría como un tiro de ballesta, pues conjeturaron que los muleteros del convoy iban a detenerse allí con el propósito de apretar las cinchas y acomodar las cargas que se hubieran desarreglado por el roce contra los árboles en el angosto pasaje; además, la escolta, que dividida en dos grupos precedía y seguía al arreo de mulas, se reconcentraría en aquel sitio, de modo indudable, y era posible que también se entremezclase con los animales de carga y sus conductores, por todo lo cual sería más fácil rodearla que cuando estuviera dividida en dos trozos de vanguardia y retaguardia, ocupando considerable trecho en la línea de marcha.

Rangel hizo desmontar a su gente y la estacionó junto al piquete. A poco se comenzaron a oír el tintineo de la mula campanera y el alegre canto de los *arrieros:* los troncos de los árboles eran bastante gruesos para proteger a cada uno de los soldados de la emboscada ocultos tras ellos, y como en San Fernando no se sospechaba siquiera que partida alguna de insurgentes se aventurase a desprenderse del núcleo del ejército, mientras Morillo estuviese en las pampas, la escolta avanzaba con toda confianza y creyéndose muy segura. Cuando la vanguardia llegó al límite extremo de la sabaneta, el oficial que la mandaba dio orden de hacer alto y habiéndose sentado al pie de un árbol, sus soldados imitaron el ejemplo; las mulas se dispersaban por aquel estrecho paño de sabana, a medida que iban llegando, y unas se echaban con la carga mientras otras pacían. Luego llegó la retaguardia, confundiéndose poco a poco entre las acémilas, como Rangel lo había previsto, con el desorden que suele acompañar a un descanso de tropa, cuando no existen probabilidades de riesgo.

Rangel escogió aquel momento para dar la señal del combate, consistente en el vibrante toque de una corneta mediana que siempre llevaba consigo, y los fuegos rompieron en el acto sobre los desprevenidos enemigos. Varios de la escolta cayeron sin vida o heridos mortalmente a la primera descarga, contribuyendo las mulas a aumentar la confusión, mientras huían a la loca, heridas algunas y todas espantadas con el estrépito de la tirería y los gritos entusiastas de la emboscada. Los carabineros cargaron de nuevo sus armas con la rapidez y facilidad que les permitían las cortas dimensiones de ellas, y antes que los españoles hubiesen tenido tiempo de desabrochar los cubrellaves, les dispararon otra descarga.

Los sargentos que habían asumido el mando por muerte de todos los oficiales, reorganizaron ambos pelotones, y estos comenzaron a hacer fuego con la seguridad y rapidez que distingue a las tropas disciplinadas, aunque lo denso del humo que discurría en blancas nubes por entre los árboles, les impedía tomar una puntería fija. En tanto los carabineros, cada uno detrás de un tronco, continuaban su fuego terrible, siempre que la brisa, arrastrando la humareda, les permitía distinguir al enemigo, hasta que los pocos individuos de la escolta que aún quedaban en pie, o heridos levemente, emprendieran de nuevo la marcha, tratando de abrirse paso en dirección de San Fernando.

Habían oído los gritos de "¡Viva Rangel!", lanzados desde la emboscada al comienzo del ataque y comprendieron que era vana la esperanza de recibir cuartel; por lo cual no intentaron entrar en tratos sino que iniciaron la retirada con entera resolución y cruzándose disparos ocasionales en la selva, aunque en posición muy desventajosa, con sus casi invisibles enemigos, que los persiguieron mortal e implacablemente hasta que cayó el último de los fugitivos.

Mientras se cumplía aquella obra de muerte el nombre de don Cipriano Rangel, padre del jefe de la tropa, oíase repetidas veces, mezclado a

los gritos de: *"¡Mueran los godos!"*, y no se disparó el último tiro mientras continuó respirando uno solo de los derrotados, aunque fuese un herido. Por orden de Rangel recogieron luego las armas y equipos de los muertos, cargándolos en las mulas que no estaban heridas, en las cuales distribuyeron también el cargamento de las acémilas muertas o moribundas. Y regresaron a San Juan de Payara con el capturado convoy.

Capítulo XV

La cita

Sin duda en una noche como esta, Troilo enviaba su alma en un suspiro, hacia la tienda de los griegos donde reposaba Créssida. En noche como esta, Tisbe hollaba el rocío con paso tímido y huyó asustada al percibir la sombra imaginaria del león.

El Moro de Venecia[47]

El Estero de Chigüire, punto fijado para la entrevista de Andrés Castro y la hermosa *llanera,* estaba mucho más cerca de la laguna de Cunaviche que del campamento español, por lo cual, Juanita Gómez, que pudo ponerse en marcha antes que su primo, llegó primero que él al lugar de la cita. Descabalgó y se sentó a esperar bajo solitario moriche que se inclinaba sobre el desembarcadero del paso, poniendo oído atento por si escuchaba el trote del caballo, que debía oírse a través de la silenciosa pampa, mucho antes de que llegase su primo.

La noche era clara y tranquila; las luciérnagas volaban como radiantes chispas de fuego por entre las ramas de la añosa palmera y las esbeltas cañas que pueblan las orillas del estero; rebaños de tímidos chigüires, de los cuales deriva su nombre el tremedal, y que estaban paciendo por la sabana a favor de la noche se sumergieron a escape entre los juncos al mismo acercarse la *llanera,* pero viendo que todo quedaba en calma abandonaron el agua otra vez, contemplándoseles confusamente a la tenue luz de las estrellas, mientras se deslizaban en nutridos rebaños para buscar alimento. Las ranas, interrumpidas en la misma forma, reanudaron también su

lúgubre coro, combinando todos los tonos posibles, desde el agudo chirrido de la *rana verde,* que vive en arbustos y matorrales, hasta la bronca voz del sapo que, semejante a la de un bajo profundo, surgía de entre los nenúfares de médano con su ruidoso y descompasado clamoreo.

Sin duda que tal concierto hubiera mortificado los oídos de toda persona ajena a la vida del Llano, aunque no carecía de encanto para la joven *llanera,* a quien recordaba sus pacíficos días del hato de Merecure, cuando aún no se había siquiera hablado de guerra en las pampas, haciéndola reflexionar con el asombro que solo puede experimentar la juventud, sobre las numerosas y graves transformaciones ocurridas desde entonces en aquel centro que ella, con la confianza propia de sus años, creyó a salvo de toda alteración.

Mientras tanto sucedíanse las horas, y Juanita, acostumbrada a medir el tiempo por el curso de los astros, como se usa en las pampas, vio con impaciencia que ya era la alta medianoche; temió que alguna circunstancia imprevista hubiese impedido a su primo concurrir a la cita y comenzaba a pensar en volverse a Cunaviche para reunirse a punto con los primeros ordeñadores, cuando la súbita fuga de los chigüires hacia el agua, donde se precipitaron en tropel, anunció la aproximación de algún ser viviente, cuyos pasos habían sido escuchados a lo lejos por los cautelosos animales. El coro de los pantanos cesó también al propio tiempo y poco después la misma Juanita pudo oír claramente la carrera de un caballo que parecía acercarse al *estero.*

Era Castro, que al salir del campamento realista se había propuesto disipar, mediante una galopada frenética, todas las ideas mortificantes que lo asaltaran desde que dio el paso irrevocable, pues en vano evocaba los males que su país había soportado tan largo tiempo, ni los insultos que se le irrogaron a él mismo hacía poco, porque si su razón estaba en realidad satisfecha, su orgullo se sentía hondamente herido al reflexionar que fuese

cual fuese la causa que abandonaba, él era siempre un desertor; pero ya no había tiempo para retractarse, caso de haber sido aconsejable o siquiera practicable semejante medida.

Cuando llegó al paso, apenas se detuvo se lanzó dentro de la ciénaga, que le daba al caballo por el pecho, y a poco andar se paró junto a la palmera; paseó la vista en torno con ansiedad, pero al primer momento no advirtió vestigio alguno de aquella a quien esperaba encontrar allí, porque *Juanita,* dudosa de que fuera o no su primo, y aterrada ante la idea de encontrarse en aquel sitio con un desconocido, a tales horas y en medio de tan completa soledad, se había ocultado detrás de un árbol. Con una exclamación de desengaño se preparaba ya a proseguir la marcha en su tembloroso corcel, cuando *Juanita,* que al punto le había reconocido por la voz, salió de su escondrijo y se detuvo ante él; el teniente saltó de su caballo y la estrechó entre sus brazos, antes de que ella pensara evitar el apretón, sin embargo, al reponerse de la emoción, se desprendió de él en el acto y ambos primos se contemplaron en silencio por algunos instantes.

Las facciones de uno y de otro habían padecido escasa alteración, pero Castro observó con regocijo y admiración la mejora que unos pocos años lograron efectuar en la no bien desarrollada aún, pero interesante compañera de su niñez, que se le aparecía convertida en una floreciente trigueña de dieciocho primaveras. Juanita contemplaba asimismo con cariñoso orgullo el semblante varonilmente hermoso y la gallarda figura de su primo, a quien recordaba como un joven airoso pero agreste, dado como nadie a las diversiones, pero más bien tímido que audaz en compañía de personas extrañas. Cuando por fin pudieron hablarse se hicieron tantas y tan rápidas preguntas que no era posible contestarlas. Juanita fue la primera en pensar que el tiempo huía y que estaban expuestos a que se les descubriese si no se marchaban inmediatamente,

pero tuvo sin embargo la agradable sorpresa de saber que su primo se proponía seguirla al campamento patriota.

"¿Será posible, querido Andrés, que en realidad hayas resuelto abandonar la compañía de los opresores y asoladores de tu patria? Páez te recibirá con regocijo, y mi padre, que siempre ha lamentado profundamente tu ausencia y tu incorporación a nuestros enemigos, verá en ti un sustituto de nuestro pobre Felipe. ¿Sabes que lo hemos perdido? Murió combatiendo valientemente contra los invasores, entre los cuales, ¡alabado sea Dios!, ya no se te podrá contar".

"¡Harto bien sé que ya no existe, Juanita! La forma de su muerte y la indigna acogida que dio Morillo a mis gestiones para salvarlo, no son los menores motivos que me determinaron a dejar de improviso las filas de los españoles. En otra oportunidad te lo referiré todo, pero ahora vayamos ligero hacia Cunaviche, para que llegues a la cabaña de tu madre antes de que se descubra tu ausencia. Quiero presentarme a Páez por mí mismo, sin que me acompañe ninguna persona de quien pueda suponerse que haya influido en mi decisión. Comprendo que el paso que he dado hará que por algún tiempo me miren con recelo, aun aquellos en cuyo favor he sacrificado jerarquía militar y cuanto es más caro a un soldado, pero que no puedan decir que alguna causa más poderosa que el deseo de vengar las ofensas irrogadas a mi país, haya influido en la resolución de desertar de mis banderas".

"¡No digas así, Andrés! Piensa que al fin le das a tu patria la única reparación a tu alcance, porque ella posee el derecho único e indiscutible de reclamar tus servicios; no llames, pues, deserción a tal acto de justicia. ¡Pero partamos, primo! Tenemos muchas leguas por delante y no pocos y hondos esteros que pasar, antes de que lleguemos a Cunaviche, cuya laguna no visitamos juntos desde la cacería de tigres hecha por nuestra familia y los Gamarras, según debes recordar".

Entonces Juanita, alzada a la silla por su primo, comenzó a dirigir la marcha por la sabana, seguida de cerca por aquel. Cuando llegaron a la selva de Cunaviche, se separaron temporalmente; Juanita para acercarse a los ranchos de los emigrados, con tan poco ruido como fuera posible, y Castro para reunirse al ejército, que vivaqueaba al aire libre. Antes de haber avanzado mucho fue detenido por el alerta de una patrulla que iba de ronda por los apostaderos de los piquetes, y en contestación al *"¿Quién vive?",* respondió por primera vez: *"¡América libre!".*

En el acto se vio rodeado por la partida, que se mostró muy asombrada al ver tan cerca del campamento un oficial de uniforme español; pero él explicó sus circunstancias en breves palabras al sargento de la patrulla, que destacó dos lanceros para conducirlo al piquete más próximo. El oficial de guardia lo recibió con la ruda cortesía de un *llanero,* pero en respuesta a su solicitud para que se le permitiese ver a Páez sin pérdida de tiempo, le informó que era necesario esperar con paciencia hasta que el *jefe de día* hubiese visitado los piquetes.

Cuando terminó de hablar, los clarines de la *Guardia de Honor* comenzaron a tocar ese alegre "reveilles" que se conoce en los ejércitos venezolanos con el nombre de *"La Diana",* y fueron correspondidos por las cornetas de otros cuerpos de caballería en diversas partes de la sabana, cada uno con el aire favorito de su regimiento. Oíase la bulliciosa baraúnda que los soldados formaban en el vivac, levantándose de la alta yerba en que se habían tendido con las sillas por cabecera, para ir en busca de sus caballos, los cuales pacían dispersos frente al campamento. Cuando rayó el alba pudieron verse de modo confuso las filas de caballería, a través de la niebla matutina, y sus voces resonaban alegremente cuando respondían en turno a la revista de las tropas. Entre tanto el *jefe de día,* seguido de un solo ordenanza del cuerpo de dragones, visitaba a caballo las avanzadas y recogía de cada una el informe de guardia.

Acertó a estar de servicio el coronel Carvajal y cuando visitó el piquete en que esperaba Castro, reconoció a este en el acto, porque lo había visto muchas veces en Merecure y en San Fernando. Le dio una cordial bienvenida, felicitándolo por su cambio de servicio y especialmente por haberse incorporado primero a la caballería, en vez de presentarse a Bolívar, quien según le observó, lo hubiera detenido en Los Capuchinos para que lo ayudase a disciplinar los reclutas. Recibido el parte del oficial que mandaba el piquete, Carvajal le dijo a Castro que lo siguiese y lo condujo hacia una arboleda a corta distancia del vivac, donde dormía Páez, según acostumbraba, custodiado por su cuerpo de guardia.

Mientras pasaban junto a las filas de caballería, aun en espera de órdenes que cumplir, Castro no podía menos que observar la sorpresa producida por su presencia; todas las miradas fijábanse en él y varios de los más íntimos amigos de Carvajal interrogaban a este por lo bajo con el objeto de obtener alguna explicación, pero él seguía cabalgando sin satisfacer la ajena curiosidad. Páez se preparaba a montar con el objeto de inspeccionar la caballería, acompañado de Zaraza y los ayudantes de ambos generales; pero se detuvo en espera de Carvajal, viéndolo acercarse con un desconocido, y se contentó en extremo al saber que se había incorporado al ejército un sobrino de Silvestre Gómez, por quien tenía grandes miramientos. *"¡Nora buena, señor de Castro!",* le dijo; "usted no podría haber escogido mejor oportunidad para unirse a nosotros, pues me propongo marchar dentro de pocos días para atacar a los *godos* y como casi no dudo del éxito, creo que será mejor para usted haberlos dejado antes que después de una derrota. Carvajal lo recibirá a usted como *agregado* a la *Guardia de Honor,* en que su tío manda un escuadrón".

Luego salió a caballo para practicar la inspección, acto que constituía una de sus predilectas recreaciones, mientras estaba en el campamento,

y Carvajal condujo al joven voluntario hacia su regimiento, donde lo presentó a sus nuevos camaradas, encomendándolo de modo más especial a su tío Silvestre, a cuya gente lo incorporó. Gómez recibió a su sobrino con la más íntima satisfacción y después que hubo concluido la diaria inspección le propuso un paseo por la sabana, antes de ir casa de los suyos, con quienes por lo regular almorzaba en *los ranchos.* Inquirió especial y minuciosamente los motivos más inmediatos que lo habían inducido a abandonar el servicio español, dándole como razón de sus preguntas el interés que tenía porque el buen concepto de un miembro de su familia, como lo era él, se confirmase entre sus nuevos camaradas, haciéndoles saber que había dado aquel paso tan definitivo, tras de madura deliberación y en absoluto convencido de su oportunidad y conveniencia.

"No es que nadie tenga motivos para reprocharte en lo más mínimo tu determinación, querido Andrés, le dijo, y menos yo ni ninguno de tus parientes de Barinas, porque tu madre fue una *llanera* y tú mismo, aunque en realidad no naciste en las sabanas, te criaste en ellas. Nunca aprobé del todo que entraras al servicio de los españoles y debo confesarte que tu deber habría sido renunciar a tu puesto en cuanto tu regimiento recibió órdenes para expedicionar contra tu país nativo; sin embargo, quiero verme en capacidad de contradecir cualquier observación maligna que pueda hacerse sobre el asunto, aunque creo que pocos se aventuren en mi presencia a insinuar algo deprimente para mi sobrino".

Al saber las circunstancias que precedieron al abandono del ejército realista por el teniente Castro, Gómez se declaró completamente satisfecho de su conducta y abrazó a su sobrino felicitándose a sí propio por haber recuperado un pariente perdido para él por tan largo tiempo. No reveló sorpresa al referirle la forma en que había muerto su hijo porque Páez, que la supo por el *maromero,* la hizo conocer de todo el ejército en

una de las arengas más extensas que le dirigiera alguna vez y en la cual excitaba a todos los soldados, pero muy especialmente a los de la Guardia de Honor, para que vengasen a su camarada, asesinado a sangre fría.

"Y ahora, querido sobrino, díjole Gómez: como tú debes estar naturalmente ansioso por distinguirte en tu nuevo servicio, puedo asegurarte que no podrías figurar en ningún cuerpo del ejército patriota más favorable que este para alcanzar ese propósito. Por mi parte, procuraré que no te falten oportunidades por mucho tiempo; solo debemos rogar que pronto nos veamos con el enemigo, porque sin duda serás tan intrépido en defensa de *la Patria* como creo lo hayas sido luchando contra ella. Por el momento encaminémonos al rancho donde deben estar esperándote Paulita y tus primos, pues ya les habrá llegado la noticia de tu incorporación al ejército".

El *rancho* estaba lleno con los parientes y conocidos de Castro que se habían reunido para ver a su compatriota, pues su llegada produjo honda curiosidad entre emigrados y tropas. Al desmontarse fue recibido entre los abrazos de numerosa concurrencia, a través de la cual apenas podía abrirse paso hasta la cabaña. Paulita Gómez le dio cariñosamente la bienvenida, suspirando profundamente al propio tiempo, porque el sorprendente parecido de Andrés con Felipe la recordaba el desgraciado fin de su hijo. La primera pregunta de Castro fue por Juanita, cuya ausencia notaba entre el jubiloso grupo que lo circuía, pero Paulita Gómez le informó que aún no había llegado del *corral,* donde, como de costumbre, se ocupaba con sus primas las Gamarras, en ordeñar las vacas lecheras.

Juanita se presentó a poco, acompañada de sus hermanos menores, cada uno de los cuales portaba dos totumas de leche, sostenidas en una red de *cabuya,* a fin de conducirlas con mayor seguridad. Juanita disculpó su retardo, diciéndole a su padre que un animal salvaje, que se suponía ser un tigre, había penetrado en el corral aquella noche y muerto

varios becerros, lo cual puso tan ariscas a las vacas que hubo que atarlas al *horcón* antes de poderlas ordeñar; en la recepción que hizo a su primo Andrés, sentíase perpleja por el recuerdo de la excursión nocturna, y su padre la consideró tan tibia que la reprendió seriamente por una indiferencia que ella estaba distante de experimentar.

Estaba listo un sustancioso desayuno *llanero,* consistente en leche, arepas, pescado de varias clases, huevos frescos de tortuga recogidos en el Orinoco, amén de la abundante provisión ordinaria de carne asada en *costillas, rayas y cecinas.* Los comensales eran numerosos, pero todos habían contribuido con algo al convite, conforme al uso establecido en las llanuras y entre vecinos, de modo que se hizo una gran ostentación de platos sobre el césped, que servía de mesa. Tan acosado a preguntas se veía Castro por todos lados que Silvestre Gómez tuvo al fin que interponer su autoridad patriarcal para recordarles que a aquel pariente debía considerársele aún como un huésped, a quien las leyes de hospitalidad que se observan en los *Llanos* no permiten molestarle mientras esté comiendo.

En tanto, Páez se había desayunado en el rancho de doña Rosaura, donde recibió noticias del considerable estrago que entre los becerros pertenecientes a los emigrados habían producido los tigres, los cuales no limitaron sus depredaciones al *corral de Paulita Gómez,* sino que habían hecho daños en diversas partes de la *ranchería.* La pérdida de un becerro era de graves consecuencias para los emigrados, porque los privaba de una vaca de leche, en razón de que siendo cerriles los rebaños solo podía lograrse que se reuniesen en el corral mediante la presencia de sus hijos, pues ninguna vaca salvaje da leche, a menos que se le ate el becerro a la pierna.

Páez, en consecuencia, dispuso una gran cacería con el objeto de que el bosque de Cunaviche quedase limpio de fieras, antes que la partida

del ejército dejara sin protección a los emigrados. Semejantes excursiones eran a menudo necesarias en las cercanías de los *hatos,* siempre que se comenzaba a padecer pérdidas de ganado a causa de los tigres, porque estos animales, aunque bastante tímidos cuando se les caza con frecuencia, se hacen tan temibles, si se les permite continuar impunemente sus fechorías, que pronto se atreven hasta con el hombre mismo, y cuando consiguen hacer presa de alguno se convierten en *cebados,* como los llaman los llaneros; entonces desafían impávidos cualquier peligro, por grande que sea, para conseguir su bocado favorito, perdiendo solo con la vida su propensión a comer carne humana.

Uno de los ayudantes de Páez fue al rancho de Paulita Gómez, donde aún estaba reunida la concurrencia, para anunciar la proyectada expedición, a cuya noticia, todos los hombres, viejos y jóvenes, saltaron afanosos y corrieron a ensillar sus caballos con la mayor alegría. Silvestre se mostraba tan listo para la empresa como en la primavera de la vida. Proporcionó nuevo caballo a su sobrino y un fuerte *lazo* tejido con sus propias manos, diciéndole al mismo tiempo que confiaba en que no hubiera olvidado el modo de usarlo.

"Tú, agregó, lanzabas el lazo casi tan bien como yo mismo, porque te enseñé a ti y a Felipe, pero entiendo que los españoles ignoran el arte de enlazar; cosa que no merece mucha censura porque no habrían podido aprender sino en las sabanas, adonde ningún europeo ha llegado en son de paz, desde que tengo uso de razón".

Capítulo XVI

Cacería de tigres y jabalíes[48]

Porque ella sabe ya que no es una caza inofensiva, sino de torvos jabalíes, rudos osos y leones soberbios, pues la gritería se mantiene en un lugar donde los perros temerosos ladran con violencia: viendo que el enemigo es tan bravío, todos se disputan valientemente el honor de enfrentársele primero.

Venus y Adonis

La caza de tigres, como se practica en los Llanos de Barinas, constituye uno de los espectáculos más interesantes, no solo para quienes toman participación en ella y la emprenden con el objeto de proteger sus rebaños y para seguridad de sus mujeres e hijos, expuestos al ataque de tales fieras cuando están ordeñando, sino también para los espectadores que acuden por simple curiosidad y entretenimiento.

Los dueños de *hatos* acostumbran darse con anticipación una cita, a la que concurrían como punto de honor, con cuantos parientes y peones pudiesen reunir, todos en caballos de freno[49] y armados de lanzas (porque antes de la revolución no se permitía generalmente a los criollos el uso de armas de fuego), excepto aquellos que se distinguían por su agilidad y destreza en arrojar el *lazo,* el cual se utilizaba con el propósito de coger a los animales feroces cuando salían de sus cubiles y mantenerlos asidos para que los demás cazadores los mataran sin peligro. Por consiguiente, se consideraba honrosa distinción el figurar entre los *enlazadores,* puesto reclamado habitualmente por los principales ganaderos, sus hijos mayores y sus *mayordomos,* los cuales procuraban ir a la

cacería en caballos seguros, hechos al ruido y alboroto, lo mismo que a la vista de las fieras, porque la menor rebeldía o timidez del caballo, en el momento de arrojar el *lazo,* podía tener fatales consecuencias para el jinete o para el compañero a quien había convenido en prestarle ayuda.

Los *enlazadores se* dividían en parejas y cada uno de ellos seguía los movimientos del otro, con el objeto de enlazar simultáneamente una misma fiera, de modo que, separándose luego para templar el lazo, el animal no pudiese arrojarse sobre ninguno de los dos, como lo haría inevitablemente, trabajando uno solo de los lazos. Esto constituía una precaución necesaria, sobre todo entre la alta yerba de la sabana, donde un caballo no tendría posibilidad de moverse con suficiente rapidez para evadir el salto de un tigre, animal en modo alguno despreciable en los Llanos de Barinas, donde según afirman los naturales se le ha visto con frecuencia sacar un potro de un año y aun una novilla de dos años por sobre la cerca de un *corral,* que mide seis pies de altura y arrastrarlos media legua y más todavía a través de la llanura hasta el bosque donde tiene su guarida[50].

En la presente ocasión se reunieron cerca de mil jinetes, a las órdenes de sus respectivos oficiales, con mayor regularidad que la usada en tales cacerías, pues como semejante excursión era realmente de positivo interés para la comunidad y por tanto revestía carácter militar, Páez dispuso que asistieran todos los oficiales y soldados que no estaban de facción o custodiando las *madrinas* de caballos en depósito para los diversos regimientos. Huelga decir que no fue menester dictar muchas órdenes para ella, porque los llaneros distaban tanto de querer eximirse, que aquellos que no podían asistir por causa del servicio, veían con envidia la partida de sus camaradas y hubieran abandonado gustosos sus puestos a fin de acompañarlos, caso de haber podido efectuarlo sin hacerse culpables de una imperdonable infracción de la disciplina.

Después de recibir órdenes de Páez, los comandantes de los diversos cuerpos marcharon con su gente a trote largo dispersándose luego a fin de cerrar tan de cerca como lo permitiera su número, un espeso bosque, como a una legua de los ranchos de los emigrados, que se suponía ser el refugio de los tigres cuyos estragos se lamentaban. El propio Páez iba al frente de los *cazadores,* cada uno de los cuales, a semejanza del valiente Pentapolín descrito por el Caballero de la Mancha, tenía el brazo derecho desnudo hasta el hombro, para que las anchas mangas de las camisas llaneras no sirvieran de estorbo al manejo del *lazo.*

Llevaban consigo cerca de veinte de los altos y robustos perros tigreros de Cumaná, según dicen pertenecientes a la estirpe de aquellos feroces mastines, en otra época utilizados por los primeros descendientes, con el propósito de mermar la superabundante población de las islas caribes y de la adyacente tierra firme, de modo que hubiese campo para introducir los beneficios de una civilización que ellos dispensaban con celo a los sobrevivientes, en compensación por la pérdida de parientes y amigos y también de su libertad. Y las numerosas tribus aborígenes fueron exterminadas por modo tan efectivo, mediante este y otros sistemas de carnicería en masa, que las fieras se propagaron rápidamente en los bosques, ya extinguida la raza de cazadores nativos, por lo cual los colonizadores españoles juzgaron oportuno conservar con esmero la cría de mastines, mudando solo el objeto de su guerra selvática, que no sería ya la caza de sus rojos hermanos, sino la de aquellos animales dañinos que habían ocupado el puesto de los indígenas[51].

Muchos de tales perros habían seguido a los emigrados cuando salieron de los hatos y al principio hubo entre ellos terribles combates, hasta que en cierto modo se acostumbraron gradualmente a estar en compañía. Sus ojos negros y sanguinolentos, anchas orejas, belfos colgantes que dejaban ver una hilera de afilados colmillos tan blancos como el

marfil, junto con su andar torpe y gacho y su torvo y pérfido mirar, recordaban la fiereza de su índole salvaje y muy auténtico origen. Cuerpo a cuerpo cada uno de ellos casi hubiera podido igualarse con un tigre y les era fácil dominar una pantera, pero no demostraban en absoluto la alegría y excitación tan evidente en la generalidad de los mastines, cuando se les lleva de caza, pues seguían a sus dueños con disgusto y visible repugnancia.

Cuando llegaron los cazadores, la caballería estaba ya distribuida a orillas del bosque, cada jinete a unas cuantas yardas del otro, con el objeto de ocupar tanto espacio como fuera posible, para impedir la fuga de cualquier fiera. Un recodo abierto, como de media milla de ancho, se dejó desguarnecido a fin de que las bestias salvajes tuvieran por dónde salir del bosque, y Páez y Zaraza, con los demás *enlazadores,* protegidos por algunos lanceros, se apostaron allí para contener a los fugitivos. A los perros tigreros se les condujo a la parte opuesta del bosque, donde se les hizo penetrar para que echaran fuera las piezas; a poco tiempo comenzaron a oírse sus profundos aullidos repercutiendo entre la espesura, y luego se trocaron en continuo y furioso latir, que se acercaba gradualmente. Los cazadores, ya elegidos sus compañeros, se separaron a suficiente distancia uno de otro, a fin de ganar terreno para hacer girar los *lazos* sobre sus cabezas, sin tropiezo, y esperaron atentos y mudos la aparición del primer tigre. Las voces de los soldados resonaban por diversas partes de la selva, en torno de la cual se les había estacionado, mientras algunos oficiales galopando con rapidez fueron a decirle a Páez que dos o tres fieras se habían dejado ver ya a la orilla de la sabana, pero que los jinetes les habían impedido escaparse, y las hicieron retroceder al bosque.

Hablaban todavía cuando un enorme tigre que salió disparado de entre los árboles fronteros a los *enlazadores,* rugiendo de ira y dando saltos

por sobre la crecida yerba, quiso ganar la sabana abriéndose paso por medio de Páez y su compañero de cacería, el general Zaraza; pero ambos arrojaron sus lazos con tanta precisión que cogieron el animal por los lomos mientras daba un brinco, y templando los *lazos,* cuyos extremos pendían firmemente de las largas colas de sus caballos lo redujeron así a tal extremo que no le era posible causar daño alguno; la rabia y sorpresa del tigre al verse enlazado fueron excesivas; rugía con furia impotente y, echando espuma por la boca, trataba de despedazar los *lazos* a dentelladas, objeto que no podía lograr por la dureza del cuero de toro con que estaba hecha la soga y por el estremecimiento de terror que se apoderara de la fiera al verse tan de improviso en poder de los cazadores.

Páez llamó entonces a su paje Panchito, que se hallaba cerca de él, y el chico se aproximó al tigre, hiriéndolo repetidas veces con la lanza de su amo; a cada nuevo golpe la bestia herida cogía tan fuertemente el asta de la lanza con uñas y dientes, que casi no podía arrancársele de las garras; pero al fin murió sin un gañido. Panchito se apeó luego, desató los lazos y atando la cola del tigre a la de su caballo volvió a montar, y lo arrastró por algún trecho hasta la retaguardia. Los demás *enlazadores* no habían permanecido ociosos, pues ya tenían muertas cuatro fieras de diversos tamaños en varias partes de la línea. Frente al punto donde se estacionaron Silvestre Gómez y su sobrino Andrés Castro, salieron juntos una pantera y un tigre, corriendo tan cerca una de otro para huir de los lazos que veían dando vueltas a cada lado y por los cuales tienen las fieras un miedo instintivo, como se ha podido observar. Ambos fueron enlazados a un mismo tiempo, enredándose las sogas. Al instante las fieras descargaron su rabia una contra otra y emprendieron un combate desesperado, mientras se revolcaban juntas sobre la yerba sin poder librarse de su enredijo. La fuerza superior, tanto como los colmillos y garras más grandes del tigre diéronle pronto una ventaja decisiva en tan

terrible conflicto, sobre su más ágil y también más feroz antagonista. La pantera estaba ya muerta cuando llegó el asistente de los cazadores, y después de uno o dos botes de lanza el tigre se tendió largo a lo largo, y sin vida, según todas las apariencias.

Pero tan pronto como se apeó el jinete y desató a ambas fieras, el tigre, que se había fingido muerto, como suelen hacerlo esos animales cuando reciben una herida grave, saltó y arremetió contra él con toda la rabia de la desesperación. El soldado cayó por tierra, dominado por lo repentino del ataque, pero conservó su presencia de ánimo a tal extremo que pudo desenvainar el largo cuchillo de dos filos que todo llanero lleva al cinto y asestarle a su imprevisto asaltante una puñalada que le partió el corazón. El tigre soltó la presa y rodó a un lado del jinete lancero, que escapó vivo, pero herido de tanta gravedad que necesitó la asistencia de un camarada para volver al campamento.

Mientras la atención de los *enlazadores* más próximos estaba distraída por el riesgo del compañero, dos panteras se escaparon a la sabana rompiendo la línea de cazadores y huían rápidamente a saltos para ganar el bosque inmediato, cuando Páez y Zaraza se lanzaron en su persecución. Como al primer momento se creyó que ellos pensaban obrar de concierto, enlazando y matando una pantera simultáneamente, no fueron seguidos por sus peones de caza, hasta que se les vio separarse y perseguir diferentes animales; sus asistentes corrieron entonces para unírseles, pero antes de que pudieran alcanzarlos, ya ambos generales habían arrojado sus *lazos* y cada uno estaba bregando con una pantera, aunque con vario éxito. El *lazo* de Páez había cogido al animal por el cuello y el hombro, templándose al instante, de modo que las patas delanteras quedaron enlazadas también, imposibilitando a la fiera para la defensa o el ataque. Páez se apeó de su bien adiestrado rucio pavón, tan hecho a este modo de cazar que mantuvo la soga tirante, moviéndose a medida

que la fiera forcejeaba por desprenderse, mientras Páez se acercaba a la pantera y la mataba con repetidas cuchilladas. A la inversa, el *lazo* de Zaraza no fue arrojado con bastante destreza para enredar las piernas del animal, de modo que lo ciñó por los lomos, dejándole el libre uso de sus miembros; la fiera, pues, se volvió en el acto contra su perseguidor y antes que este pudiese abrirse a suficiente distancia para ponerse lejos de su alcance, aquella saltó por encima de las altas macollas de paja sabanera, y se afianzó *en croupe,* detrás del atónito cazador. Para fortuna de este último los desesperados corcoveos que daba el caballo en medio de su espanto no permitieron que la pantera atacara al jinete; sin embargo, la situación de Zaraza era en extremo incómoda, por encontrarse tan cerca del enemigo que el menor receso en los *caracols* y *boutades* del caballo le hubieran permitido al furioso animal coger al jinete entre las garras. Ni siquiera se atrevía a lanzarse de la silla, por temor de que el intruso huésped abandonase también la grupa, pero por suerte Carvajal llegó a tiempo de prestarle auxilio al viejo general y arrojando el lazo con su acostumbrada maestría, espoleó su caballo y derribó la pantera con tan violento tirón que aquella quedó aturdida por algunos momentos y del todo impotente para hacer nuevos daños. El muchacho de Páez, que había seguido de cerca a su general, puso pronto a la fiera *hors de combat.*

Zaraza recibió inmediatamente un nuevo caballo de manos de uno de sus ayudantes, porque el suyo había quedado muy maltrecho por las uñas de la pantera; pero cuando sus compañeros de cacería se convencieron de que no había recibido ningún daño personal, lo abrumaron a chanzas por el apurado trance en que se había visto. El veterano, picado por el regocijo y fingida lástima de sus camaradas más jóvenes, resolvió ocurrir al expediente usual en semejantes circunstancias, es decir, el de señalarse por alguna atrevida proeza que borrara el recuerdo de su cómica aventura. Y observando que ya no salían fieras de ninguna especie,

pero que los mastines se mantenían aún latiendo de modo incesante en diversos puntos del bosque, dedujo que tendrían acosado a uno o más de sus feroces enemigos. Se apeó, pues, del caballo y cogiendo una lanza de manos de uno de sus asistentes se volvió con mirar iracundo hacia los que habían sido más tenaces en darle raya y retó a cualquiera de ellos para que lo siguiera al bosque. En realidad aquello constituía una empresa tan arriesgada que casi todos vacilaron en aceptar el desafío y permanecieron silenciosos, mirándose unos a otros, como en duda de si hablaba o no en serio; pero al ver que en efecto iba avanzando solo hacia la espesura, Páez saltó de su caballo, diciendo que *Taita Cordillera* no correría nunca un peligro, sin tener quien lo auxiliara, mientras él pudiese manejar una lanza, y su ejemplo fue emulado por todos los de su guardia que estaban junto a él, aunque no permitió que lo acompañase nadie, excepto Carvajal, Silvestre Gómez y a muchos ruegos, Andrés Castro, el sobrino de Gómez.

Entregaron sus caballos a los asistentes y provistos de cortas y sólidas lanzas, por ser más fáciles de manejar entre los árboles, siguieron a Zaraza, a quien ya habían perdido de vista. La maleza no era tan tupida que les vedara abarcar con la vista el terreno en torno de ellos, pues la única vegetación que allí crecía era la que suele brotar de las raíces de los árboles caídos. Los guiaba en la búsqueda del viejo general el recio latir de los perros más próximos, y en breve comprendieron la causa por qué los mastines no se habían lanzado de una vez sobre el objeto de su persecución.

Una tigre con dos cachorros, casi en pleno desarrollo, se amparaba en el fondo de un espeso breñal, donde dos árboles secos yacían atravesados en el suelo, uno sobre otro, formando un refugio casi impenetrable constituido por cuatro grandes fragmentos de sus despedazados troncos, que se entrelazaban mediante una especie de fortísima red forjada

por los *bejucos* trepadores. Semejante cubil solo ofrecía un angosto acceso, donde la fiera se mantenía en guardia para recibir al primer intruso, respaldada por los cachorros, cuya presencia enardecía su furor y desesperación, y los cuales, en realidad, no eran niños de pecho.

Zaraza había avanzado hasta allí, pero parecía algo perplejo cuanto al modo de proceder. Bien que los mastines estuviesen exasperados, casi hasta la locura por la resistencia que ya les había opuesto —varios de ellos se desangrában copiosamente por los profundos desgarrones con que la enfurecida madre castigara a sus más osados asaltantes— y por la presencia y los gritos de los cazadores que los azuzaban, no era posible obligarlos, mediante ningún estímulo ni amenaza, a penetrar dentro de la estrecha boca del antro.

Andrés Castro, que era el más joven de la impertérrita partida, asió uno de los largos *bejucos* que colgaban de un árbol cercano y trepó rápidamente por él hasta situarse encima de la guarida; luego, sosteniéndose con una sola mano, manejó su lanza con la otra de modo tan eficaz que los aullidos de los cachorros se pudieron oír, aun en medio del alboroto formado por los mastines y cazadores. Al punto la madre dio frente para proteger o vengar a sus hijos y entonces los perros más delanteros aprovecharon la ocasión de precipitarse por la entrada en abandono, seguidos de tantos otros como encontraron campo para hacerlo, y pronto redujeron a pedazos la manada de fieras.

Los excursionistas buscaron luego la restante, y al parecer por sus ladridos, más numerosa muta de perros, con la cual dieron reunida en torno a un *caujaro,* en cuya proximidad no existía breña alguna. En las ramas inferiores, pero fuera del alcance de los sabuesos, se hallaban sentados un tigre y una tigre que al verse ante los perros buscaron semejante asilo, donde hubieran permanecido seguros, a no ser por la llegada de sus más formidables enemigos, los cazadores. La partida encontró allí

nuevo obstáculo, porque era un riesgo harto imprudente acercarse hasta donde pudiera hacerse uso de la lanza, como que las fieras al ser heridas habrían saltado de modo inevitable sobre sus agresores, probablemente hiriéndolos de gravedad antes que se lograra exterminarlas.

Castro ideó entonces otro expediente que tuvo buen éxito y le mereció la aprobación de Páez, con gran contento de su tío; salió del bosque por unos instantes, y regresó con dos *lazos,* que le proporcionaron sus compañeros en la sabana; con ellos colgados a los hombros se trepó a un árbol vecino al que ocupaban los tigres y ganando las guías situadas inmediatamente sobre ellos los enlazó con facilidad uno tras otro; luego arrojó los cabos de los *lazos* a su tío y a Carvajal, pasando las sogas por sendas ramas en horqueta; los cazadores en tierra arrancaron a los jaguares de sus asientos, a pesar de obstinada resistencia, y después de lancearlos los dejaron caer entre los perros que en breve pusieron término a su brega. Los cazadores abandonaron luego el bosque y volvieron a montar a caballo, muy satisfechos con haber destruido una horda que amenazaba hacerse tan temible para las emigradas. Se encontró con que los muertos en el bosque y por cuyo exterminio le cupo a Castro la mayor alabanza, los trofeos de la cacería fueron cinco tigres y ocho panteras.

Como el día no estaba aún muy avanzado, Páez escogió cierto número de oficiales y asistentes, para que lo acompañasen a una sabana distante pocas leguas de allí y que por su abundancia en raíces de *junco* dulce era muy frecuentada por piaras de jabalíes, que tenían sus madrigueras en los bosques vecinos. Al propio tiempo dio orden a las tropas, cuyos servicios no eran ya necesarios, para regresar al campamento, a donde se había arreado ya la diaria provisión de novillos que debían matarse para racionarlas.

Cuando los cazadores llegaron a la indicada sabana, dieron con numerosos animales de cerda, comiendo en medio de un prado. Al sentir la aproximación de los jinetes, las marranas huyeron aprisa con sus camadas de

lechones hacia la guarida más próxima, mientras los verracos perseguidos de cerca, arremetieron furiosamente contra las lanzas, que resultaron insuficientes para repeler el ataque, porque sus duros astiles se doblegaban como flexibles cañas contra los membrudos lomos y paletas de los animales, en tanto que los propios hierros, por ser mucho más frágiles, quedaban reducidos a astillas. Requeríase gran serenidad y destreza en el manejo de las riendas, de modo que aumentando así la ligereza del caballo, se evadiesen las mortales dentelladas dirigidas contra sus flancos; porque el verraco de los Llanos, aunque pesado en apariencia, posee considerable agilidad y es bastante alto para morder un caballo, por corpulento que sea.

Mientras este agradable ejercicio absorbía la atención de Páez y de sus inmediatos acompañantes, Zaraza, cuyos años y numerosas heridas habían apocado sus energías y en gran parte extinguido su entusiasmo por las pruebas y peligros infructuosos, se reunió con los cazadores veteranos que de acuerdo con él juzgaron más útil llevarse al campamento un jabalí nuevo y gordo que no aparecerse allí con el vano orgullo de haber roto una lanza contra un viejo verraco. Junto con ellos siguió la pista de la piara fugitiva, lanceando tantos puercos como él y sus compañeros lograron alcanzar y dejándolos muertos para recogerlos cuando la partida hubiese terminado.

Finalmente los cazadores, presididos por Páez, dejaron ir a sus tercos antagonistas, sin causarles nuevas molestias, con el objeto de ahorrar a sus caballos tantas fatigas estériles; pero cuando cobraron las piezas y se preparaban al regreso echaron de menos al anciano general, y mientras andaban buscándolo por los contornos alcanzaron a ver su caballo, que salía del bosque sin el jinete, rotas las bridas y el flanco levemente herido y cubierto de espuma por obra de los colmillos de un verraco.

"¡Santa María y José!", exclamó Páez, temo que *Taita Cordillera* haya padecido un nuevo percance peor que el primero; daría mi mejor

caballo[52] porque nada grave le haya sucedido. ¡Carvajal! ¡Gómez! ¡Al monte, muchachos!

Descabalgó en el acto y lo siguieron al bosque las personas a quienes llamó y otras muchas, cuyo interés por la seguridad del veterano no les permitía quedarse inactivas. Pronto encontraron el objeto de sus diligencias y temores, el cual había seguido una manada de jabalíes dentro de la selva, donde apeándose, arrendó su caballo a un árbol y continuó a pie por entre las breñas; no había avanzado mucho cuando se encontró en presencia de un enorme verraco que al punto le salió al encuentro, obligándolo a refugiarse en las ramas inferiores de un guayabo que felizmente estaba cerca. El jabalí mordió levemente al caballo, que huyó a la sabana y sirvió de anuncio para que los camaradas del jinete se dieran cuenta de su situación, pues de otro modo se hubiera quedado allí hasta que el verraco resolviera alejarse, pues por una parte el animal se había echado al pie del árbol y, por otra, el general se abstenía de pedir auxilio tanto por vergüenza como por el recuerdo de su reciente percance con la pantera.

Cuando los compañeros de Zaraza se aproximaron, el animal se lanzó furiosamente contra ellos, pero como estaban sobre guardia, evadieron la arremetida, abriéndose a un lado, al propio tiempo que lo herían a lanzadas, después de lo cual lo remataron a sus anchas. Zaraza, al descender del árbol se acercó en silencio a su caballo, completamente mohíno a consecuencia de sus dos ridículas aunque peligrosas aventuras. Los cazadores convinieron luego en suspender su deporte por aquel día y regresaron a Cunaviche.

Capítulo XVII

La fiesta. Cantos nacionales

> Sir Toby. —*¿Pero en realidad beberemos hasta que el mundo dé vueltas alrededor de nosotros? ¿Despertaremos al mochuelo con un rondel que saque tres almas del cuerpo de un tejedor? ¿Estamos?*
>
> La Duodécima Noche [53]

Antes de que Páez llegase al campamento se le presentó un ordenanza con la grata noticia de que el destacamento de Rangel, apostado en la otra margen del Arauca, había remitido un arreo de mulas cargadas. Apretó la marcha al recibir semejante nueva y encontró en el campamento a un oficial que mandaba la escolta recién venida, quien puso en sus manos una carta del jefe de la guerrilla y un paquete de comunicaciones, que se le hallaron a uno de los oficiales españoles muertos en la emboscada de San Juan de Payara. El único documento importante entre todos aquellos era uno de Bogotá, emanado del Virrey y dirigido a Morillo, en el cual Sámano ordenaba al segundo que destacase al general Calzada hacia Nueva Granada con una división del ejército realista, encareciendo, para que la medida se ejecutase con rapidez, la actitud amenazante de las fuerzas rebeldes al mando de Santander, las cuales habían avanzado más allá de Casanare; también anunciaba las reuniones y proclamas sediciosas de los habitantes desafectos de Tunja, Socorro y otras provincias del Entre-Andes.

Esta noticia no hacía sino confirmar el informe de que Bolívar estaba ya en posesión, pero tendía asimismo a probar que los realistas de

Venezuela lo conocían igualmente, por lo cual Páez se regocijó ante la idea de que Morillo se viese pronto en el caso de abandonar las pampas, o de permitir que Santander revolucionara Cundinamarca sin oposición alguna.

"Sin embargo, dijo Páez, desearía que este paquete llegara a manos de Morillo, porque así se apresurarían los movimientos del *godo.*

—*Oiga, niño Panchito,* ¿tendría usted bastante inteligencia —porque audacia sé bien que la tiene— para acercarse a un piquete español de modo que pueda echar este pliego en su camino, sin correr más riesgo del necesario al logro de la empresa?

—¿Cómo no, mi jefe? Déjeme escoger un buen caballo de la manada; déme el paquete y respondo que lo entrego con seguridad.

—¿Pero cómo te propones manejar el asunto, *amiguito*? Si los *godos* te cogen en la tentativa: ¡Abur!, de seguro te colgarán como espía, por pequeño que seas.

—¡Dejadme no más! Por la noche me meteré a caballo en sus manadas de bestias de remonta y ataré el paquete a las crines o a la cola de uno de los más mansos.

—¡Vive Dios!, que tu invención es de primer orden. Vamos allá en el acto y coge cualquier caballo en la *madrina;* pero sin tocar mi rucio *pavón*.

El encargo venía como de perlas al espíritu inquieto y temerario del chico, que lo aceptó con la misma despreocupación que habría animado a un niño europeo de su misma edad, a punto de salir en busca de nidos.

Páez se puso a examinar las mulas cargadas y despachó las municiones, bajo escolta, para Playa Arenosa, a orillas del Orinoco, a fin de que fuesen remitidas al campamento de Bolívar, en Los Capuchinos; y luego distribuyó las ropas entre los jinetes que lo necesitaban. Había dos mulas cargadas con cuñetes de vino, destinados probablemente a los generales españoles y a su Estado Mayor, sobre los cuales ordenó Páez que

se reservaran para uso de las familias emigradas. Cuanto a los pellejos de aguardiente, que eran numerosos, los distribuyó entre la tropa, que por consiguiente se dispuso a celebrar un *festejo,* como lo acostumbraban siempre al recibir tan deleitoso regalo.

La *Guardia de Honor* se reunió, como lo había hecho en otra oportunidad y en el propio campamento, formando un alegre ruedo en torno a su Jefe.

Bien sabían que estaban una vez más a punto de salir en campaña bajo sus órdenes y la idea de los próximos combates, lejos de entibiar su regocijo, comunicaba mayor júbilo a su diversión. Después que Páez hubo hecho el *brindis* habitual: "¡Por Simón Bolívar y Venezuela Libre!", se cantaron los siguientes versos en alabanza del *Libertador,* que era más popular en el ejército de los Llanos y sobre todo entre los soldados de la *Guardia* que en cualquier otra parte de la República:

"¡Gloria! ¡Gloria! Bolívar,
¡Gloria Libertador!
De Ceballos espanto,
De Araure vencedor.

A tu patria triunfante
Tres veces has entrado;
Y treinta derrotado
Al bárbaro español.

El pabellón de España
Pues a tus pies lo visteis,
Cuando en el campo hicisteis
Fixar el Tricolor.

Granada y Venezuela
Juraron bella unión;
Rompieron las cadenas
De la dura opresión.

¡Gloria! ¡Gloria! Bolívar,
¡Gloria Libertador!
De Ceballos espanto,
De Araure vencedor".

Después de una pausa, Zaraza alzó su "totuma" a la salud de *"¡Mi General Páez con su Guardia de Honor!"*. Fue acogido con entusiasmo y los lanceros contestaron inmediatamente con el Canto de la Guardia, a todo coro:

"El que quiera ser libre que aprenda
Que en la Guardia tenemos por ley,
Aborrecer a todo tirano
Y detestar el nombre del rey.

Avanzad, avanzad ¡oh! guerreros,
Al feroz español atacad;
Y, a pesar de sus vanos esfuerzos,
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

¿Qué esperamos de un rey que ha violado
Las contratas (sic) que hizo a su nación?
Esperemos los males más graves
Igualmente nuestra destrucción.

Avanzad, avanzad ¡oh! guerreros,
Al feroz español atacad;
Y, a pesar de sus vanos esfuerzos,
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

A poco se recibió un recado de *doña Rosaura,* quien invitaba a Páez y a sus oficiales para un *fandango* que las emigradas preparaban cerca de los ranchos con el objeto de despedir a sus protectores. Se limpió una buena extensión de terreno, apaisada, bajo los congrios, cuyas ramas inferiores fueron podadas como a veinte pies del suelo, rodeando aquel espacio con una cerca de varas de guadua, tendidas de tronco a tronco, y una compacta palizada, hecha con la brillante caña amarilla que llaman *culegüí,* cerraba del todo este rústico salón de baile, cuyo piso había sido regado con arena recogida en las márgenes de la laguna. A lo largo de la palizada y a cortos intervalos, colocáronse unas lámparas que consistían en conchas de caracol rosado que se encuentra en las sabanas, y las cuales, atadas en torno de aros de bejucos, hacían también las veces de arañas, colgando de las ramas que se dilataban a través del salón. Música no escaseaba, porque guitarras y vihuelas eran tan comunes entre las emigradas como en el ejército; además de tales instrumentos, dos arpas, traídas por unos músicos que al parecer tuvieron más desahogo que sus vecinas al huir de sus casas, brindaban asimismo sus alegres arpegios.

Después de un constante ejercicio de algunas horas en que se bailaron *El Bambuco, La Solita y La Chaperona* (pues gracias a la costumbre que permite cambiar repetidas veces de pareja, se puede prolongar el baile indefinidamente y sin receso), se sirvió un obsequio que si no elegante, tenía al menos la ventaja de ser sustancioso. Como se consideraba que aquella era una fiesta de despedida, que con toda probabilidad sería la última en que todos se viesen reunidos, se convino por modo unánime en prolongarla hasta hora tardía. Se propuso que se cantara y las llaneras, muchas de las cuales habían

oído *(de tapaditas)* los cantos del campamento vecino, rindieron también de buen grado su tributo de alabanzas al Libertador:

¡Mi General Bolívar! por Dios te pido,
Que de tus oficiales me deis marido:
¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! me deis marido.
Mi General Bolívar tiene en la boca
Un clavel encarnado que me provoca:
¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! que me provoca

Mi General Bolívar tiene un caballo
Que entre la pelea parece un rayo:
¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! parece un rayo.
Mi General Bolívar tiene en la espada
Un refrán engravado: ¡Muera la España!
¡Vaya! ¡Vaya! Vaya! ¡Muera la España!

Con las balas que tiran los chapetones
Se peinan los patriotas los canelones:
¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! los canelones.
A las armas van nuestros Libertadores;
¡El cielo les conserve a sus amores!
¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! ¡a sus amores!

Mientras doña Rosaura, acompañada de algunas de sus amigas, estaba cantando esta *despedida,* muchos de los jóvenes *llaneros* "abstraídos aparte requebraban a las damas de sus pensamientos, a quienes no cortejaban en vano pues aunque sus corazones hubiesen sido de piedra no podían ver marchar para los combates a un amante verdadero que acaso les daba el último adiós, sin compartir también sus penas".

"¡Oigan caballeros!", dijo Páez; a ustedes les toca contestar. ¿Nuestro nuevo compañero Castro, no nos ha traído nada de España, o al menos de Caracas? Cántenos algo, *amigo* Andrés, aunque sea un canto realista, pues usted ha vivido todavía muy poco entre nosotros para que sepa canciones patrióticas".

"¡Con gusto, *mi Jefe!* El mío será un canto neutral, como cuadra a un ejército en vísperas de marcha".

"Las cajas y cornetas me anuncian el marchar,
Y de mi amada dueña me voy a separar;
Yo viviré penando, pues ya tu amor perdí,
Y tú, quizás, ¡bien mío!, te olvidarás de mí.

En el segundo toque empiezo a suspirar,
Al ver que sin recurso te tengo que dexar;
Ascensos ni victorias podrán interesar (sic),
Si de mi amada dueña la vista he de perder.

Ya salen las banderas, las que he de seguir,
Y de ella a quien adoro me he de despedir;
Yo viviré penando, pues ya tu amor perdí,
Y tú, quizás, ¡bien mío!, te olvidarás se mí.

El canto de los bandos contendores cesó por mutuo acuerdo y todos se entregaron otra vez a los más intensos regocijos del baile, que se prolongó hasta que las cornetas tocaron la diana en el campamento, hora en que los llaneros, muy a pesar suyo, dijeron adiós a sus parientes y amigos emigrados, y marcharon con premura al vivac con el objeto de incorporarse cada uno a su respectiva tropa. No se requerían muchos preparativos para que pudiese salir en campaña un ejército tan escaso de

equipos como el de los Llanos, por lo cual, luego de que se pasó la lista, desfiló la Guardia de Honor, a través de los intrincados senderos de los pantanos, seguida por los demás cuerpos, en el orden de marcha que se le había fijado, y pronto llegaron a sabana abierta.

Adelante, a corta distancia, cabalgaban Páez y Zaraza con sus Estados Mayores y poco a poco se les iba incorporando la mayor parte de los oficiales *llaneros,* quienes se prevalían de la confianza con su jefe para abandonar la línea de marcha, atraídos por las frecuentes risotadas que lanzaban los inmediatos acompañantes de Páez. Semejante júbilo era tan característico de la Guardia de Páez, sobre todo yendo en busca del enemigo, que cuando Bolívar se encontraba en los Llanos con el ejército, nunca perdía la ocasión de pasar una o más horas cuando iba hacia el frente, a fin de divertirse con los libres pero siempre jocosos chistes de los *llaneros* y de sus jefes.

La risa era provocada en la presente ocasión por la rusticidad y simpleza de un asistente, a quien Páez había hecho su portalanza en ausencia de Panchito, y que formaba tan extraordinario ridículo contraste con el muchacho, como si lo hubieran escogido a propósito. Perucho Godomar era un zambo de no común estatura y de toscas ficciones, que en realidad habría sido gigantesco si el tamaño de su cuerpo hubiese guardado alguna proporción con la extravagante longitud de sus miembros; pero a pesar de aquel exterior formidable, lejos de compartir la ferocidad e índole cruel que distinguen especialmente el *zambo* de los demás hombres de color, era notable por su buen carácter y jovialidad. Turno a turno era el favorito y el hazmerreír de la Guardia, puesto poco envidiable, para el cual estaba muy bien calificado por su falta de aprehensiones y rareza de carácter, pues por lo común no caía en la cuenta de que era objeto de las burlas de sus camaradas, y cuando por fin lo advertía, sus torpes tentativas para responder con prontitud y agudeza, resultaban irresistiblemente cómicas. Bajo su gran estolidez aparente,

Perucho ocultaba en realidad mucha astucia, y había sido promovido de soldado raso a alférez, en recompensa de numerosas pruebas de intrepidez en el combate y de modo especialísimo por el sereno valor con que por dos veces había salvado la vida de su jefe, en circunstancias en que este se veía circuido de enemigos, por entre los cuales se había abierto paso, pero de quienes no le era dable defenderse, a causa de esas convulsiones que tanto padecía Páez.

Perucho, antes de la revolución, había sido *mayordomo* en un hato, cerca de la ciudad de El Sombrero; sus padres eran esclavos, pero él fue manumiso en premio a su fidelidad con el amo y por su honradez en todas las transacciones relativas a la compra y venta de ganados, operaciones ambas confiadas de modo exclusivo a su manejo en los potreros más próximos a las regiones montañosas, siempre llenos de novillos traídos de las sabanas, los cuales, una vez cebados, eran conducidos a Caracas y a los puertos marítimos para venderlos.

Carvajal lo había conocido cuando practicaba esta pacífica ocupación y entonces oyó referir muchos ejemplos de intrepidez suya y de minucioso cuidado por los intereses del amo, pero ahora fingía dudar de que Perucho hubiera pastoreado alguna vez un rebaño de reses, por lo cual lo comprometió, en defensa de sus habilidades de pastor, a entretener a los generales con una anécdota referente a sus hazañas en ese carácter.

Capítulo XVIII

Narración del mayordomo

> Bandido. —*Detenéos, Señor, y arrojadnos lo que llevéis encima; si no, os haremos sentar y os desvalijaremos.*
> Alígero. —*¡Señor, estamos perdidos! Son los bandidos a quienes tanto temen los viajeros.*
>
> Los dos Hidalgos de Verona [54]

"Pocos años antes de estallar los disturbios que han obligado a muchos mayordomos, entre los cuales me cuento yo, a cambiar la picana[55] por la lanza, estuve dedicado largo tiempo, y en todos los veranos, a conducir tres rebaños de novillos desde los *Llanos* hasta el hato que tenía mi patrón en El Sombrero, y de allí a las tierras altas de Caracas. También solían enviarme con algunos toros cuando de la capital o de cualquiera otra parte los encargaban para lidiarlos. Así, pues, andando los días y gracias a mi constante viajar, yendo y viniendo por aquellos lugares, me hice muy conocido en todos los pueblos situados entre El Sombrero y Cocuiza. Por otra parte conocí a casi todos los ladrones que merodeaban entre las llanuras y Caracas, los cuales me tenían tanto respeto que a pesar de tropezarme a menudo con ellos, nunca me causaron el menor trastorno, circunstancia feliz para mi *patrón,* porque los caminos eran notoriamente peligrosos para cuantos viajaban conduciendo dinero, como me ocurría siempre a mí, cuando regresaba después de haber vendido el ganado.

"Además, yo era compadre del famoso *salteador* Vicentico Hurtado, quien capitaneó una cuadrilla por muchos años en el palmar de Ortiz,

de modo que generalmente pasaba una alegre noche con él y sus secuaces, cuando iba subiendo con el ganado; yo era el único *mayordomo* que se atrevía, entre los muchos que frecuentaban el camino, a apacentar un rebaño de novillos en las inmediaciones de su guarida, bien que al regreso procuraba siempre no encontrarme con él, si podía evitarlo de algún modo, pues, aunque en su carácter de compadre mío nunca hubiera tocado un solo *real* del dinero a mi cargo, podía no obstante ocurrir que sus *mozos* tuviesen menos escrúpulos.

"Cierto año (precisamente antes de la festividad de Pascua Florida, cuando todas las principales poblaciones de Venezuela preparaban un *toreo* para tal ocasión), conducía yo una punta de veinte toros de primer orden, destinados a la *villa de Parapara,* y como eran extraordinariamente bravíos y mi *patrón* me hizo especial encargo de no disgustar en modo alguno al alcalde de aquella población, quien más de un mes antes había pagado estrenas por los bichos, tomé la precaución de encerrarlos todas las noches en un corral seguro, cerca de algún pueblo, para no correr el riesgo de perderlos. Así los había arreado sin inconveniente alguno hasta la ciudad de Ortiz y solo tenía por delante una corta jornada de cinco leguas, cuando por mi mala suerte, el *Chambeco*[56]*,* que posee a todos los muchachos sin excepción, y especialmente a los de Ortiz; según creo, indujo a todos los chicos vagos de la población a reunirse junto al *corral* para cometer sus travesuras cuando yo y mis peones dormíamos la siesta, después de nuestra fatigante marcha. Como era de esperarse, los muchachos hostigaron los toros, que a no ser así se habrían echado tranquilamente en el corral, pero los chicos fueron tan tenaces que uno de los bichos saltó por encima de la cerca y escapó al monte, seguido de todos los demás.

"Me sacó de mi profundo sueño el rebullicio de la calle y en cuanto llegué a la puerta de la posada pude ver que los toros atravesaban la plaza en tropel, precisamente cuando había en ella mayor concurrencia,

que salía de la iglesia después de la *Oración del Rosario.* Por fortuna, los fieros animales huían tan a escape, que hicieron poco o ningún daño, derribando apenas en la fuga a los que tenían la mala suerte de hallarse en su camino, pero sin detenerse a cornear a ninguno. Monté en el acto y corriendo tras ellos, observé que habían dado la vuelta hacia la derecha de El Cerrito y cogido el camino de El Palmar.

"Bien sabía yo que si al punto no eran rodeados y guiados por jinetes conocedores de los vericuetos de El Palmar, huirían a las sabanas que están cerca de Rincón de los Toros y no los volveríamos a ver. Mis peones no conocían el terreno y además sus caballos hallábanse reunidos y en la incapacidad de hacer el trabajo necesario. En vista de esto acudí al *alcalde* de Ortiz para que me ayudara con parte de su gente, arguyendo que como los chicos de su pueblo habían hecho el daño, a él le correspondía repararlo; pero me contestó que tenía una cuestión pendiente con el *alcalde* de Parapara, a causa de una disputa relativa a la reparación del camino entre ambas poblaciones y que si los toros hubieran sido para cualquier otro me habría acompañado él mismo con mucho gusto. Comprendí que el verdadero motivo de su negativa era el temor de aventurarse en El Palmar, él o sus peones, a causa de Vicentico Hurtado y su pandilla, a quienes el pueblo de Ortiz habían ofendido mortalmente, negándoles la pacífica entrada en la ciudad, durante las fiestas de la *Pascua de la Natividad,* solicitud hecha por ellos con el propósito de confesarse y oír misa.

"En tal conflicto resolví solicitar a mi propio *compadre* para pedirle ayuda y recoger el ganado. Como ya estaba oscureciendo, supuse que podría encontrarlo a él o a cualquiera de los suyos cerca del camino real y, en efecto, no había andado mucho cuando me detuvieron dos de sus espías, apostados a la orilla del monte en acecho de viajantes. Al darme a conocer y explicarles el asunto que me llevaba allí, uno de ellos me condujo a presencia de Hurtado, quien se ocupaba en poner una emboscada con el resto de la cuadrilla. Mi *compadre,* al saber el percance que me ocurría, ordenó en el

acto llamar a todos los centinelas, y también que me trajeran otro caballo, después de lo cual salió al frente de nosotros en busca de los toros.

"Como Vicentico era gran conocedor de todas las *quebradas* y picas del bosque, destacó pequeñas partidas en diversas direcciones, con toda la habilidad necesaria para reunir el ganado bravío; y poco después de rayar el día, todo el rebaño estaba ya encerrado en el propio *corral* de mi compadre, en el *rendezvous* principal, oculto en el centro de El Palmar. Fue necesario dejar los toros allí todo aquel día y toda la noche para que se repusieran poco a poco de su *alboroto,* porque no era prudente arrearlos antes por el camino público. Como mi compadre parecía no querer que mis *peones* supieran dónde estaba situado su escondrijo, les mandé recado con uno de la cuadrilla, disfrazado de paisano, para que me esperaran temprano, a la mañana siguiente, en un punto determinado del camino que va de Ortiz a Parapara.

"Hurtado me trató a cuerpo de Rey en su *rancho,* cuya mesa estaba bien provista de carne y de plátanos, pues sus hombres mataron dos venados, mientras recogían los bichos, y además los campesinos del vecindario acostumbraban suministrarle frutas y legumbres, a cambio de su protección. Después de entregar los toros en Parapara, debía seguir a Caracas con el objeto de hacerle algunas compras a mi amo y atender a su hermana doña Teresa y a su cuñado don Francisco Cárdenas, cuya visita se esperaba en El Sombrero para la Pascua Florida; por consiguiente, tuve el cuidado de preguntarle a mi compadre si él o su gente deseaban que les trajera alguna cosa de la capital, en recompensa de la buena voluntad con que me ayudaron tan a tiempo. Ocurrió que por entonces estuvieran muy necesitados de tabaco y aguardiente, porque se veían privados de sus provisiones ordinarias, a causa del entredicho con los habitantes de Ortiz, viéndose reducidos a depender del acaso, pues solo conseguían estos artículos cuando acertaba a pasar por aquel camino algún cargamento ocasional. Convinimos en que yo me llevaría

dos mulas de carga, procedentes de El Palmar, en cada una de las cuales debía traer dos pellejos de aguardiente y una pequeña paca de tabaco, que yo compraría como si fuera para uso del amo; con mucho gusto hubiera pagado yo mismo el precio de estos artículos, pero Hurtado se empeñó en darme el dinero necesario, tomándolo del haber común de la cuadrilla.

"A la mañana siguiente, ya bastante tranquilos los toros, mi *compadre* y sus hombres me ayudaron a arrearlos hacia el *Tambo del Espinal,* sitio que yo había indicado a los *peones* para que me esperasen; y allí nos separamos con recíprocas manifestaciones de cariño y buen éxito. Entregué todos los bichos al *alcalde* de Parapara, quien me pagó el resto del dinero debido, además de darme *albricias* por haberlos traído tan descansados y en tan buenas condiciones. Entonces escogí dos peones para que me acompañaran y cuidaran de las mulas de Vicentico; los otros *mozos* los hice regresar al hato, antes de salir para la capital.

"Cuando llegué a Caracas encontré ya a don Francisco y a su mujer listos para el viaje, y habiendo hecho mis compras, sin olvidar la encomienda de mi *compadre,* salimos de la ciudad por el camino de La Victoria. Éramos siete por todos, incluyendo dos arrieros caraqueños, uno de los cuales atendía al señor y a la señora, que iban delante, y el otro, que conducía el macho con los baúles de aquellos, se agregó a mí y a mis peones. Dormimos en Ortiz a la tercera noche de haber salido de la capital y temprano a la mañana siguiente, mientras cargábamos las mulas para continuar viaje, don Francisco y su mujer partieron acompañados del *peón,* con el propósito de llegar a El Sombrero a la hora en que mi amo acostumbraba comer.

"Yo les había aconsejado con empeño, antes de salir de Caracas, que marchasen junto con las mulas de carga, para que yo y los tres peones pudiésemos defenderlos caso de ser atacados en el camino por *salteadores;* pero don Francisco, que a igual de su peón iba armado de una

carabina, se burló de mi advertencia y aun la recibió como un ultraje a su valentía, por consiguiente no hablé más del asunto, contentándome con acuciar las mulas más de lo que hubiera hecho en otras circunstancias, a fin de mantenerme tan cerca como fuese posible, en atención a la hermana de mi amo; sin embargo, como aquella mañana salieron primero que yo, les ocurrió el percance que yo había querido evitarles.

"Poco después de salir de la ciudad oí tres o cuatro disparos de arma de fuego y cuando llegué al angosto pasaje, situado entre el Cerrito y el bosque, reconocí la mula de don Francisco, tendida a través del camino; uno de los muchachos de Hurtado le quitaba el freno y la silla, pero al verme, me dio la bienvenida y me preguntó si había traído el tabaco y aguardiente que les prometí. Le contesté indicándole las mulas, y con el convencimiento de que había ocurrido algo serio, le dije que deseaba ver a mi *compadre*. El *salteador* me informó que había ido al *rendezvous* con tres prisioneros que acababan de coger, por haberse negado a pagarle tributo; luego me dijo que en cuanto hubiese ocultado la mula herida, a fin de que no se propagara alarma alguna, me acompañaría a la *ranchería;* pero que mis compañeros debían esperarme cerca del camino. Mandé a mis *peones* que lo ayudasen a arrastrar la mula hasta un barranco cercano y que me esperasen allí mientras volvía, y hecho esto, después de apartar las dos mulas pertenecientes a Hurtado, marché hacia el *rendezvous* con mi guía.

"Por el camino me refirió que aquella mañana mientras la gente se hallaba emboscada como de costumbre, vieron acercarse a los viajeros y que Vicentico se adelantó a encontrarlos, con la sola compañía de su teniente, por consideración a la señora, a quien no querían asustar movilizando más tropa de la que fuera en absoluto necesaria. Le advirtieron a don Francisco que era vano oponer resistencia y que entregara la bolsa pacíficamente, pero él y su peón les respondieron con dos disparos que hirieron levemente a Hurtado y a su segundo. Al ver esto la partida oculta

en el bosque se lanzó fuera y disparó varias carabinas contra los viajeros, antes de que su jefe pudiera apaciguarlos. Por fortuna no causaron más daños que el de rozar apenas la frente de la señora y el de herir mortalmente la mula de don Francisco.

"En contestación a las preguntas que le hice acerca de la suerte que a su parecer correrían los cautivos, díjome que con toda seguridad la señora sería puesta a rescate, con tal que hubiese alguien que se interesara por ella, especialmente por la circunstancia de que Vicentico se había encolerizado tanto al verla herida, que habría hecho cuartos al que disparó el arma, caso de poder descubrirlo; creía más que probable que dieran muerte a don Francisco, porque todos los asaltantes iban pidiendo venganza contra él cuando se alejaban a caballo; en cuanto al peón, lo más seguro era que se salvase, en consideración por haber procedido por orden de su señor.

"Cuando llegamos a los ranchos me recibió con grande alborozo la cuadrilla de *salteadores,* todos los cuales habían echado pie a tierra y formaban ruedo a la cabeza de sus caballos, como en grave consulta. Don Francisco y el *peón,* ambos con vendas en los ojos, hallábanse atados a sendos árboles; y como vi la mula perteneciente a doña Teresa a la puerta del rancho de las mujeres, deduje que la señora se hallaba algo segura junto con ellas. Entregadas las mulas, que los bandidos descargaron en el acto, depositando la carga en la vivienda de Vicentico, pedí permiso para hablar unas cuantas palabras a solas con mi *compadre.* En primer término le informé que la señora era hermana de mi amo, y por consiguiente tan digna de mis servicios y cuidados como mi propio patrón, en virtud de lo cual le rogué, como *compadre,* que los protegiese a ella y a su marido, por quien solo me preocupaba en atención a su esposa.

"Vicentico me aseguró que la señora no corría peligro y me dijo que si solo dependiese de su voluntad no pediría rescate por ella, porque le había contrariado en extremo la herida que recibió la señora en la escaramuza,

pero que el señor era responsable de todo por su propia obstinación. En cuanto a don Francisco, no estaba seguro de poder salvarlo, porque los muchachos de la pandilla y en especial el teniente, herido por él, pedían a gritos su muerte; sin embargo, como yo demostraba desearlo con tanto interés, convino en tratar de conseguir que su gente se conformase con un buen rescate, asegurándome que haría cuanto pudiera para complacerme, aunque no debía dejar de observarme que el *caballero* merecía en realidad cualquier tratamiento que se le aplicara, por severo que fuera.

Se fue, pues, hacia sus compañeros, y les informó que por estar su *compadre Perucho* especialmente interesado en la salvación de la señora y del esposo de esta, él deseaba que el último fuese puesto a rescate lo mismo que la señora. Semejante declaración produjo violento altercado en que el segundo jefe y sus partidarios sobresalieron en la cuadrilla por bulliciosos y turbulentos, reclamando a gritos que se hiciese correr sangre. Por fin, el teniente, cuyas heridas habían exasperado su ferocidad natural, acusó sin ambages a mi compadre Vicentico, diciendo que se dejaba sobornar con el objeto de salvar la vida de sus prisioneros, defraudando así el haber común y privándolos a todos de su justa venganza; llegó hasta declarar que se creía tan merecedor del mando como cualquier otro y propuso que se sometiese a votación quién sería el *jefe del Partido.*

"Vicentico contestó al instante desnudando el sable y diciéndole a su teniente que se defendiese para probar si era tan digno de ser jefe como lo presumía. Los *salteadores* formaron círculo alrededor de ambos rivales, quienes se atacaron uno a otro con el mutuo encono que inspiraban por una parte el sentimiento de la autoridad ofendida y el deseo de castigar la insubordinación, y por la otra el rencor mortal y la ambición de obtener el mando de la pandilla. La agilidad y superior destreza de Hurtado en el manejo de su arma decidieron en breve el combate;

su rebelde subalterno se retiró vencido, después de recibir una grave estocada transversal en el rostro, a la primera acometida, y de ser desarmado cuando trató de parar un golpe. Nada hay semejante al heroísmo personal, ya se trate de mantener en orden una *guerrilla* o una *tropa de bandidos,* las cuales, dicho sea sin ofensa de mi *general Zaraza,* se parecen notablemente una a otra bajo muchos aspectos. Toda la cuadrilla gritó a un tiempo '¡Viva nuestro jefe *Vicentico!',* y el asunto pendiente fue sometido a su decisión por unánime consentimiento[57].

"Mi compadre les propuso que aceptasen quinientos pesos como rescate por los dos prisioneros principales, en lo cual se convino, bajo la promesa que hice de hacerme personalmente responsable del pago puntual de aquella suma; además, por intercesión mía, y en calidad de *llapa*, como decían ellos, libertaron al *peón*, que casi estaba muerto de miedo".

"Tuvieron también la consideración de prestarme una mula para don Francisco, la cual les prometí devolverles cuando regresara con el rescate.

"Arregladas ya amistosamente las cosas, a satisfacción de todos, salvo el teniente rebelde, yo fui el primero que anunció a doña Teresa que podía partir cuando quisiera; y esta garantía de seguridad la libró de la consternación que la agobiaba desde el instante de su captura. Superfluo sería describir el contento y gratitud de don Francisco al verse nuevamente libre con su mujer en el camino de El Sombrero. Y para decir lo cierto, yo me sentí tan asombrado como ellos con la feliz solución de aquel ingrato suceso, pues nunca esperé un triunfo tan fácil ni en realidad lo hubiera logrado, a no ser por la intercesión de mi *compadre*, a quien poco después hube de pagar el rescate, como se lo había prometido, amén de un buen regalo don Francisco, además de la suma pactada".

"Al volver al hato mi *patrón* me manumitió en el acto y me dio un *conuco* en propiedad; sin embargo, preferí continuar sirviéndole como

mayordomo, hasta que Boves llegó a El Sombrero, asesinó a mi amo con toda su familia y quemó el hato. Entonces dejé la *picana*, como ya he dicho, y empuñé la lanza en una de las *guerrillas* de Cedeño; pero cuando aquel fue despedazado y dispersado en Los Urreales, me incorporé a mi actual *jefe*, don José Antonio".

—¡Mil gracias, amigo *Perucbo!* —dijo Páez—: usted tiene ahora el derecho de pedir a cualquiera de los que ve junto a mí que imiten su ejemplo.

—Mi general Zaraza —replicó Godomar— ha sido uno de los que han escuchado el relato con más atención, y por consiguiente prefiero elegirlo a él.

El viejo general asintió de buen grado a cumplir con su turno y refirió la siguiente anécdota de los indios de Cumaná.

Capítulo XIX

Narración del jefe de guerrilla

> Davy. —*Concedo a su señoría que él sea un pícaro; pero el pícaro es mi mejor amigo, señor.*
>
> El Rey Enrique IV [58]

Durante los pacíficos tiempos que gozamos en Venezuela, antes del comienzo de las hostilidades, época en que mi sola y única ocupación se limitaba a cultivar cacao y caña de azúcar en la hacienda de Peñuelas, cosa que nuestro amigo Carvajal, aquí presente, recuerda tan bien como yo, una de las tribus errantes de indios de Cumaná acostumbraba pasar los meses de lluvias en los ranchos de la hacienda, regresando siempre a las selvas del Orinoco en cuanto levantaba la estación. La tribu observaba muy buena conducta, por lo menos en lo concerniente a mi propiedad, de modo que yo no les impedía que se refugiasen allí por dos o tres meses del año ni nunca me dieron motivos para arrepentirme de haberles hecho tan inusitada concesión.

"Su cacique, indio viejo y alto, conocido generalmente por el nombre de Neculpichuy *el tuerto*, porque le faltaba un ojo, los mantenía a todos bajo una estricta subordinación, y como era sabido que más de una vez había puesto en práctica su derecho hereditario de vida y muerte entre los de su tribu, todos ellos le rendían implícita obediencia. A las veces solía hacer que me prestaran utilísimos servicios, pero sin menoscabo

de sus libres hábitos andariegos, pues en cuanto a trabajar de fijo un indio genuino, ya pertenezca a las tribus selváticas o a las fluviales, preferiría perecer de hambre primero que degradarse sometiéndose a ello. Ahora bien, si las panteras y los tigres empezaban a causar daños o si los perros salvajes mataban algunos becerros, Neculpichuy se ponía al punto en actividad, seguido de su gente, y raras veces dejaba de traer media docena de pieles, cuando lograba que sus hombres se decidieran a emprender una caza regular. También se informaba del día preciso fijado por mí para trillar el café y asistía puntualmente con sus indios con el objeto de guiar los caballos en torno de la *trilla*. Concluida esta operación, que lejos de constituir un trabajo serio daba más bien motivo para una temporada de fiestas y bailes, él y sus hombres me eran de grandísima utilidad en el *rodeo*, porque ayudaban a mis *peones* a traer el ganado y los caballos para la hierra desde las regiones montañosas de *El Bergantín*, casi inaccesible a cualquiera con excepción de los indios. En tales ocasiones siempre les regalaba un novillo, además de tabaco y *aguardiente* en abundancia, de modo que nos despedíamos mutuamente satisfechos.

Cuando estalló la guerra fui uno de los primeros en seguir la bandera de la *Patria*, a las órdenes de Miranda; tenía muchas y profundas ofensas personales que vengar de los *godos*, además de los males que padecía el país, y conduje conmigo numerosa guerrilla, toda formada con los colonos y *peones* de mi hacienda de Peñuelas. Aunque en aquel período de guerra los indios intervenían raras veces en pro de uno u otro partido, aun para comunicar noticias, en lo cual es justo reconocer que ahora son regularmente duchos —me sorprendía ver a Neculpichuy siempre alrededor del ejército, dondequiera que parábamos, ya solo o con varios de los indios más jóvenes y activos pertenecientes a la tribu. Más tarde observé que cuando me enviaban con mi guerrilla a alguna comisión, siempre me iban siguiendo a poca distancia y con frecuencia se me

ponía por delante, como para dejarse ver. Por lo común recibía noticias de mi mujer y de la situación de mi familia mediante mensajeros de su propia gente, aunque jamás me comunicaba informe alguno, a menos que yo le preguntase expresamente.

No alcanzaba a explicarme este proceder porque era claro que no seguía al ejército, impulsado por el deseo de robar, desde luego que ni su tribu ni nadie que yo supiera se atrevía a apoderarse de los despojos de los cadáveres; ni tampoco llegó a ocurrírseme que un indio pudiese profesarle a un hombre blanco algo parecido al afecto, pues ellos mismos acostumbran decir que sus "afectos están sepultados en las huacas que contienen los huesos de sus inmolados antecesores". Sin embargo, la opinión que me había formado resultó injustificada en este caso, bien que nunca llegué a imaginar que una raza que los españoles nos habían enseñado a tener en menos como a seres abyectos y egoístas, incapaces de interesarse por nada fuera de los simples goces animales, se mostrara tan agradecida por la insignificante protección o simple abrigo contra la intemperie que yo solía prestarle a la tribu, pues cuanto a las otras ventajas que se les concedían, las compensaban muy bien con los servicios espontáneos que me prestaban, como ya lo he observado.

Un accidente algo grave que me ocurrió en mi primera campaña contra los realistas en el departamento de Coro, me convenció del interés que Neculpichuy tomaba por mí, interés patente en una serie de servicios más importantes de los que a mi juicio era posible que pudiese prestar un indio. Mientras cargaba contra un cuerpo de caballería española, a orillas de la *Laguna de Maracaibo,* recibí en la frente un profundo sablazo, que me obligó a apartarme algo de la confusa *melée* para vendarme la herida, cuya copiosa efusión de sangre me impedía ver para manejar la lanza. No había andado mucho cuando un disparo hecho por una de las piezas de campaña del enemigo hirió en un flanco a mi caballo, el cual cayó muerto cogiéndome debajo enredado en los

estribos. Me hallaba tan abrumado por la caída y aún débil con la pérdida de sangre, que por cierto tiempo no me fue posible hacer esfuerzo alguno para salir de aquella situación, y cuando al fin pude apoyarme en un brazo y trataba de sacar las piernas, aprisionadas bajo el muerto animal, vi a corta distancia a dos jinetes españoles, pertenecientes al cuerpo con que había peleado mi guerrilla; el movimiento que hice les llamó la atención y uno de ellos, acercándose a mí, me hirió dos o tres veces en la cabeza con su sable, del cual me defendí en la única forma que podía emplear, oponiéndole el brazo desnudo. El otro *godo*, observando que su camarada no lograba ponerme *fuera de camino* tan fácilmente como lo había esperado, se aproximó también y blandiendo la lanza me dio en el pecho dos tremendos pinchazos que me tendieron otra vez junto al caballo, mortalmente herido como los españoles y yo mismo lo suponíamos.

No puedo decir cuánto tiempo permanecí postrado, pero al abrir los ojos, única acción que mi flaqueza me permitía ejecutar, vime bajo una noche estrellada, en la arenosa orilla y sostenido en los brazos de Neculpichuy, quien me lavaba la frente y las sienes con agua fría de la laguna; traté de hablar, pero no pude proferir ni una palabra, porque tenía seca la garganta, casi hasta la sofocación. Visto esto por el *cacique* cogió una *tapara* que pendía en su cintura, vertió un poco de *aguardiente* en una totuma, y después de mezclarlo con agua, lo llevó a mis labios; aunque al primer instante apenas podía tragarlo, unas cuantas gotas me revivieron lo suficiente para preguntar, haciendo considerable esfuerzo, dónde estaba mi *guerrilla*. Neculpichuy movió la cabeza y señaló con el dedo una línea de hogueras de vivac no distantes de allí, diciendo en voz baja: *"¡El cachupín ganó!"*.

"Comprendí por su respuesta que la jornada se había perdido para la *Patria*, pero en la extenuación del momento sentí una indiferencia tan absoluta por todo, que hubiera preferido morir donde yacía a ser

trasladado a otra parte. Caí en un profundo marasmo del que salí al ser alzado en brazos de dos o tres indios que me condujeron a una canoa varada en las arenas de la orilla y en la cual me acostaron con suavidad sobre una estera de mimbre tendida en el fondo, abrigándome cuidadosamente para protegerme de la brisa nocturna con sus mantas, las cuales se quitaron con ese propósito; luego, lanzando la embarcación con el menor ruido posible, remaron con ímpetu a través de la laguna.

"Neculpichuy, que iba gobernando a popa, colocaba mi cabeza sobre sus rodillas y de cuando en cuando humedecía mis labios con algunos limones que llevaba en la canoa, moviendo la cabeza en señal de disgusto siempre que yo trataba de hablarle para inquirir a dónde me conducía. Hacia el centro de la laguna atravesamos unos rompientes formados por una poderosa corriente al pasar sobre un fondo de rocas y la brusca sacudida de la canoa me produjo tan aguda pena, al remover los vendajes de mis enconadas heridas, que me sacó por completo de la especie de letargo en que de nuevo me había sumergido.

"El cacique guió la canoa hacia una angosta caleta, oscurecida del todo por la sombra de los caobos que extendían sus ramas por encima. Siguiendo sus curvas hasta que perdimos por completo la vista del lago, los tres indios que remaban la canoa saltaron a tierra y cortaron la maleza con sus machetes, en una extensión de terreno de algunas yardas de circunferencia; después me sacaron con cuidado de la canoa, depositándome en tierra, tras lo cual cortaron ramas de los árboles y cañas de la orilla de la caleta y dieron comienzo a la construcción de un cobertizo sobre el lugar en que yo estaba, con las dimensiones indispensables para abrigar una persona acostada.

El día apuntó cuando terminaban la construcción de aquel rancho, que en sus hábiles manos solo tardó cosa de un cuarto de hora antes de quedar listo para darme refugio; y entonces, Neculpichuy, que se había ocupado con diligencia en buscar yerbas y raíces entre los árboles de la playa, se

acercó a mi cabecera y comenzó a examinarme las heridas. La cortada de sable que tenía en la frente, aunque profunda, era de poca importancia, lo mismo que las del brazo y mano izquierda, en comparación con los dos lanzazos del pecho, que felizmente no interesaron ningún órgano vital. Después de lavarme con una mezcla de aguardiente y agua, un cirujano indígena machacó en una laja algunas hojas recogidas en el bosque y me las aplicó a las heridas, rasgando su propia camisa y las de sus compañeros (a todos los cuales reconocí entonces como pertenecientes a su tribu), con el objeto de hacer vendas. Neculpichuy sacó luego de la canoa una *olla* de barro y dio ciertas instrucciones a los demás indios en su propia lengua, recibidas las cuales se embarcaron de nuevo y salieron de la caleta remando con su acostumbrado silencio y celeridad.

El *cacique* sacó de su ancha faja verde un mechero de pedernal y hierro y encendió una hoguera junto al rancho, a fin de poder observarme mientras estaba sentado cerca, para acudir en mi auxilio a cualquier signo que yo hiciese. Después de medio llenar la *olla* con agua de la caleta la puso al fuego y echó en ella varias raíces que había molido previamente; luego arrancó algunas cortezas del tallo de unos arbustos que crecían bajo los caobos, cuyas hojas eran oscuras y lustrosas, y habiéndolas agregado a la mixtura de la *olla* quitó esta del fuego y la dejó enfriar, murmurando sobre ella y en su propio dialecto algo semejante a conjuros. Cuando ya estuvo fría, me llevó un poco de aquel brebaje en una totuma y continuó administrándomelo a intervalos durante el día.

Por la noche regresó la canoa, y los indios que venían en ella trajeron un canasto de limones, limas, *guanábanas* y algunas aves para mi consumo, a lo que me dijo Neculpichuy; también traían un mazo de pescado seco, plátanos y raíces de *aracacha* para el *cacique*, sin haberse olvidado de conseguir sábanas y utensilios de cocina. Cuando vi aquellos preparativos, empecé a inquietarme ante la idea de permanecer por más tiempo en semejante situación, por lo cual pregunté a mi médico

si no sería posible llevarme en la canoa a alguna aldea de las márgenes de la laguna, donde pudiera ocultarme, hasta que estuviese bastante restablecido para reincorporarme al ejército patriota de Miranda; pero me contestó que en ninguna parte podía hallarme tan seguro como allí; porque Monteverde había destacado partidas en todas direcciones con el propósito de prender a los que habían escapado a la derrota del día anterior. Por consiguiente tuve que convenir en ello y poner en práctica toda la paciencia posible, consolado un tanto porque Neculpichuy me informó que ya había despachado a uno de sus indios, a través de las montañas, para que les anunciase a mi mujer y a toda mi familia que yo estaba a salvo bajo sus cuidados y que él trataría de hacerme llegar a la hacienda en cuanto mis fuerzas me permitiesen viajar.

"Esta oportuna precaución tomada por el viejo *cacique*, hubo de sosegar mi espíritu y junto con aquellas medicinas que le permitía confeccionar su conocimiento de raíces y yerbas, tuvo el rápido efecto de aliviarme de todos los síntomas febriles y finalmente de curar mis heridas. Aún me sentía demasiado débil para viajar solo, pero anhelaba tanto el regreso a Peñuelas, a donde debía haberse refugiado mi *guerrilla* después de la dispersión, que insté con impaciencia a Perucho[59] para que cumpliera la promesa que me había hecho, conduciéndome sin más retardo a mi propia provincia. Al fin cedió a mis indicaciones y fijó la noche de la próxima luna llena para comenzar el viaje.

"Cuando llegó el día previsto, entraron en la caleta dos canoas, tripuladas por cinco indios cada una. Trajeron un chinchorro que colgaron de una gruesa vara de guadua y tres hombres de cada canoa se dispusieron a conducirme a través de la región montañosa, situada entre Maracaibo y Barcelona. Neculpichuy abría la marcha, seguido de mis conductores, los cuales se relevaban entre sí a cortos intervalos y proseguían viajando con rapidez durante toda la noche, sin darse el menor punto de reposo, excepto una media hora a medianoche. Por el día nos ocultábamos en

las espesuras, guardando igual precaución mientras corrimos el riesgo de caer en manos de las tropas de Monteverde, pero cuando llegamos a los Valles de Aragua, el cacique ya no la tuvo por necesaria. Entonces viajaba a pleno día, cuidando solo de evadir el camino real y de hacer alto por la noche en las haciendas pertenecientes a amigos de la *Patria*; pero cuando consideraba sospechosas las opiniones de los vecinos, buscaba refugio en los montes o en los secos álveos de los torrentes. En el transcurso de diez días fui devuelto a mi hacienda, en Peñuelas, donde supe, como lo imaginé de antemano, que casi todos los hombres de mi guerrilla habían regresado a sus respectivas casas, pues muy pocos perecieron en la derrota de Maracaibo, porque se dispersaron inmediatamente al faltarles yo y se retiraron por diversos caminos.

"Tan pronto como pude montar otra vez a caballo, reuní a mi gente y salí a incorporarme con Miranda, a quien encontré disciplinando su ejército para oponerse a un ataque de Monteverde, jefe enemigo que había sido reforzado con nuevas tropas de Cartagena, después de la última batalla campal. Todos ustedes saben el infausto suceso de aquella campaña, en que yo y muchos otros patriotas caímos en poder de los españoles, que nos encerraron en las tenebrosas *casamatas* de La Guaira. Debo confesar que me entregué a la desesperación ante aquel inesperado revés de la fortuna, pues cuando oí el agrio rechinar de la pesada puerta de hierro que se cerraba tras de nosotros, tuve el hondo presentimiento de que la mazmorra no se abriría más nunca, al menos para mí, hasta el día fijado para conducirme al *banquillo* fatal.

"El calabozo en que yo estaba recluido, junto con casi cerca de cien compañeros de desgracia, consistía en una pieza abovedada, que no medía más de quince pies de longitud por doce de anchura, situada debajo de uno de los bastiones que formaban la fortificación de la rada. El piso estaba pavimentado con grandes piedras redondas que, duras como eran, nos servían, cuando nos acostábamos, para preservar nuestros cuerpos

contra la humedad del suelo, empapado perpetuamente por la helada llovizna que rezumaba del combo techo. Por el número de prisioneros, muchos de ellos heridos, pero que en vano imploraban que los enviasen a un hospital y por el muy reducido espacio en que estaban amontonados, sin que se prestase la más mínima atención a sus padecimientos, ustedes podrán suponer con facilidad que tendríamos poco trecho para acostarnos a todo lo largo simultáneamente. Durante el día la mitad de ellos veíase forzada a acurrucarse en los rincones, mientras los demás ejecutaban aquellos ejercicios que les podía permitir su situación, dando saltos y tratando de bailar con sus grillos. Nada de asientos ni de camas, y como los captores les habían robado todo cuanto poseían digno de apropiárselo, incluso ropas o abrigos, aquellos que aún contaban con *ponchos* o sábanas, las prestaban, después de dormir lo suficiente, a sus menos afortunados compañeros.

"Cuanto a la luz y ventilación solo existía un ventanillo como de dos pies cuadrados a donde se les permitía acercarse por algunos momentos a las personas de afuera que lograban ganarse con dádivas el oficial de guardia, para ver a sus amigos del calabozo y conversar con ellos; pero al propio tiempo debe observarse que constantemente había un centinela junto al ventanillo, por la parte exterior, encargado de oír cuanto se dijera y de no permitir que se diese nada a los prisioneros, salvo ropas y provisiones. En este portillo había también dos rejas, separadas una de otra por todo el espesor del muro, de modo que cualquier cosa que nos llevasen nuestros amigos, con tal que fuese bastante pequeña para caber por entre los macizos barrotes de hierro, tenía que ser lanzada por aquellos hasta nuestro alcance, porque nos era imposible tocarles las manos con las nuestras.

"A los infelices prisioneros que carecían de amigos que les suministrasen alimentos, se les servía una vez por día una escasa ración de cazabe, con agua salobre a discreción. Así ocurrió conmigo por algún tiempo, cuando aún no habían llegado a Peñuelas noticias de mi situación.

"Pero una tarde oí al centinela de la ventana llamándome por mi nombre, y cuando me asomé por la reja me produjo mucho contento ver la grave fisonomía de mi fiel *cacique*, que por acaso oyó decir que yo estaba encerrado en aquellas casamatas y fue a cerciorarse de la verdad. Viendo que yo no tenía *capote*, porque los *godos* que me capturaron me habían despojado de casi todas mis prendas de vestir, se quitó en el acto su *poncho* y me lo pasó a través de los barrotes, alejándose luego sin proferir una palabra.

"Toda la noche estuve intranquilo, haciendo conjeturas acerca de las probables consecuencias de la reaparición de Neculpichuy, porque no podía abrigar dudas respecto a su adhesión para conmigo, aunque al mismo tiempo tenía el convencimiento de que era imposible alcanzar mi libertad por cualquier otro medio que no consistiese en sobornar al jefe de la fortaleza, a quien siempre le era posible fingir una fuga, pues a causa de la multitud de prisioneros siempre a cargo suyo, podía acomodar a su antojo las listas que enviaba a Monteverde con el número de ejecuciones efectuadas o de las muertes ocurridas en las casamatas por bajas o enfermedades. Yo sabía que este no era un procedimiento desusado, porque siendo muy numerosos los atrasos en el pago de las raciones al ejército español, el soborno se ejercía a vista de todos con la oficialidad.

"Varios patriotas que al principio fueron encerrados conmigo en la propia mazmorra, habían recibido dinero de sus amigos, oculto con mucho disimulo en las provisiones, para eludir la vigilancia del centinela, quien nunca dejaba de apropiarse cualquier cosa de valor que pudiera descubrir. Poco a poco adquirieron una suma suficiente para conseguir del oficial de guardia que los trasladaran a una prisión más cómoda, donde se les permitía recibir visitas, sin estar sujetos a estricta vigilancia y por fin lograron obtener la libertad, mediante la omnímoda influencia del oro. Cuanto a mí, no sabía, por desgracia, cómo reunir la suma indispensable aun para aquel paso preliminar, porque había

gastado mis haberes en el equipo de la *guerrilla* que saqué a campaña. Además mis cosechas se habían perdido a causa de que todos mis peones siguieron al ejército y por idéntica razón mis colonos no habían podido pagar renta alguna por sus *conucos*. En una palabra, me veía completamente desprovisto de recursos, porque para entonces era tan difícil conseguir un solo peso con garantía de tierras, como lo sería hoy mismo. A pesar de todo esperaba con cierta duda imprecisa, semejante a la esperanza, que se abrieran las puertas del calabozo, porque no podía dejar de creer, por improbable que pareciera, que así como el *cacique* me había salvado en otra ocasión, también podría sacarme de las *casamatas* por cualquier medio inesperado.

"Neculpichuy reapareció por último y en la expresión de sus negros ojos, mientras dirigía miradas furtivas e intermitentes al centinela, comprendí que deseaba comunicarme algo, pero que lo impedía la presencia del soldado. Trajo consigo una pequeña *olla* de barro llena de *mazamorra de maíz*, que el centinela, como de costumbre, examinó con la punta de la bayoneta, antes de permitir que pasase, con el objeto de inquirir si había algún dinero oculto en el fondo. *Perucho* dijo simplemente en voz baja, mientras me entregaba la *olla* a través de las barras: *'¡Hay sal al fondo!'*.

"Al instante adiviné el sentido de aquellas palabras desprovistas de importancia, al parecer, y cuando mi buen indio advirtió por mi mirada que lo había comprendido, se alejó de la ventana. Me retiré a un rincón del calabozo, donde devoré con velocidad la *mazamorra*, pues era la sola comida sustanciosa que había hecho desde que entré en las *casamatas*. Luego dejé caer la *olla* sobre las piedras como por casualidad y encontré que el fondo, mucho más macizo que de ordinario, contenía tres de esos terrones de oro virgen que los mineros llaman pepitas y cada uno de los cuales pesaba casi dos onzas. *Perucho*, como lo supe más tarde, hizo la *olla* la noche anterior con el objeto de ocultar el oro y en efecto no habría sido fácil descubrirlo a menos que el centinela hubiese roto la vasija de barro.

"Guardé el oro en mi cinturón y resolví esperar pacientemente hasta que hubiese recibido una nueva remesa, antes de hacer una tentativa para que el carcelero consintiese en que yo cambiase de calabozo; también tuve el cuidado en reducir los pedazos de *olla* a fragmentos tan pequeños como era posible, para esparcirlos por diversos lugares del pavimento, donde quedaran ocultos entre las grandes piedras. Podría suponerse que semejante precaución era superflua, porque siendo regularmente relevados los centinelas de la ventana era improbable que se fijasen en que la *olla* fuese o no devuelta, aun cuando tal treta hubiera sido capaz de inspirarles recelo, pero debe tenerse en cuenta que la vigilancia de nuestros guardianes, o más bien su sed de robo, era tan grande, que la más insignificante circunstancia que se saliese del orden acostumbrado los inducía siempre a registrar los prisioneros.

"A la mañana siguiente Neculpichuy fue con puntualidad a la ventana, llevando una olla como antes y entonces me encontré en posesión de seis pepitas de oro, que valdrían en conjunto cerca de doscientos pesos, los cuales supuse, con razón, muy suficientes para asegurarme el primer paso hacia la libertad, mediante el cambio de calabozo. A la hora reglamentaria, el sargento de guardia entró por la mañana en nuestra mazmorra, junto con el sargento de relevo, a quien entregó los presos en debida forma, y yo aproveché la oportunidad para rogarle al saliente que pusiera en conocimiento del oficial que yo tenía una información secreta que comunicarle, deslizando al propio tiempo y a escondidas una de mis pepitas de oro en manos del sargento, que regresó en breve con orden de seguirlo a presencia de su comandante. Encontré al *godo* sentado a la sombra de los árboles del terraplén y fumando un tabaco; el sargento se retiró en el acto, bien seguro de cuál debía ser mi asunto y ofrecí el oro al oficial, sin rodeo alguno, porque ya lo creía superfluo, pidiéndole en cambio que se me concediese el favor de salir de las casamatas. Recibió las pepitas[60] sin la más ligera observación o signo

de reconocimiento y llamando al sargento le ordenó conducirme a la *Guardia de Prevención*, contigua al campo de parada de la fortaleza, diciendo que merecía aquel privilegio por haber sido oficial.

Allí me encontré con muchos de mis antiguos compañeros de calabozo que disfrutaban de infinita comodidad, en comparación a los que yacían en las mazmorras. *Perucho* no se vio ya obligado a emplear la treta de la *olla* con el objeto de hacerme llegar los fondos necesarios para obtener la libertad, pues entonces se me permitía hablar con él a solas diariamente, en el *Cuarto de Bandera*, contiguo a la prevención. En una de estas entrevistas me informó, recomendándome el mayor secreto, que su padre, cacique de la tribu antes que él, le había indicado la existencia de una *huaca*[61]. Aunque los tesoros ocultos en esos monumentos se consideran como depósitos sagrados para beneficio de los descendientes de los incas, cuando quiera que ocupen el trono de sus antepasados (suceso cuya realización esperan confiados todos los indios), sin embargo él juzgó que el peligro inminente a que yo estaba expuesto era una emergencia extraordinaria que justificaría completamente el empleo de parte del tesoro sepulto, porque yo había demostrado ser amigo de su tribu[62]. Yo estaba preparado ya para oír este relato, desde que vi las *pepitas,* y por consiguiente no experimenté el menor escrúpulo en aprovecharme de la generosa ayuda del indio, que se vio en capacidad de traerme al punto una suma considerable, de suerte que pronto me hallé en posesión de oro suficiente para mi rescate, como podríamos decir.

"En esta gestión tropecé con mayores obstáculos que en la primera, no porque en realidad hubiese motivo alguno para suponer que el comandante de la fortaleza fuera más escrupuloso que los oficiales a sus órdenes, para recibir dádivas de soborno, sino porque había gran número de agentes subalternos a quienes conciliar (cada uno de los cuales valuaba su lealtad a alto precio), antes que fuese posible acordarse con el jefe, pues como en el castillo se suponía que cuantos lograban el

privilegio de pasar a la *Guardia de Prevención* poseían dinero o medios de procurárselo, se nos vigilaba muy de cerca, a causa de que nuestros carceleros se proponían sacar el mejor partido de nosotros.

"Mis compañeros me informaron que desde Caracas, donde había establecido su cuartel general, Monteverde enviaba de cuando en cuando órdenes para la ejecución de algunos prisioneros; que en tales ocasiones el comandante tenía por costumbre llamar ante sí a los que se hallaban en nuestra situación y que si no veía probabilidades de que pudiesen efectuar en breve su propio rescate los agregaba a la lista, para lo cual su arbitrio y antojo constituían autoridad suficiente. Así, pues, convinimos en esperar la ocasión porque temíamos que si intentábamos acercarnos a él en otra circunstancia, se agotarían nuestros fondos por la avaricia de los subalternos, a quienes debíamos dirigirnos en primer término, sin que por último obtuviésemos ventaja alguna con nuestros sacrificios, como les había ocurrido más de una vez a infelices prisioneros, robados así bajo diversos pretextos, hasta caer por fin entre otras víctimas del bárbaro sistema de la *Guerra a Muerte.*

"A los pocos días llegó la orden fatal que condenaba doce patriotas a la última pena, cuatro de las cuales figuraban en el número de los recluidos en la *Guardia de Prevención*, mientras los restantes estaban en diversas celdas de las casamatas. El ayudante de la fortaleza entró en la sala de guardia, seguido de varias hileras de soldados y haciéndonos arrodillar a todos, leyó en alta voz la sentencia de la corte marcial de Caracas. Concluida la ceremonia, nuestros cuatro compañeros, cuyos nombres estaban inscritos en el fallo, fueron conducidos a una pequeña celda, llamada *capilla*, que contenía un altar con un gran crucifijo, alumbrado con cirios; la celda estaba bien resguardada con barrotes y centinelas. Cuatro frailes de la Orden de la *Merced* los recibían a la puerta, con el fin de confesarlos y prepararlos para la ejecución de la sentencia, que debía efectuarse aquella tarde a la puesta del sol.

"Poco después recibimos orden de presentarnos al comandante y se nos condujo a su residencia, en una esquina del campo de parada, bajo fuerte escolta, aunque solo éramos ocho por todos y además llevábamos pesados y dobles *grillos*. Se nos introdujo en un patio detrás de la casa, de donde se nos llamó uno por uno a intervalos de pocos minutos; a mí me tocó ser el último de la lista y cuando hubo llegado mi turno me condujeron a un cuarto, donde el comandante (gallego viejo que se había levantado de las filas a su actual situación, tras largo servicio en un regimiento condenado a las colonias) estaba sentado con un solo secretario, que tenía uniforme y *presillas* de sargento.

"El interrogatorio mío, si pudiera llamarse así, duró muy poco tiempo. Después que dije mi nombre, el secretario pronunció lo que sin duda consideraba él una elegantísima arenga, sintetizada en elogios a su católica majestad y rudas invectivas contra los insurgentes, a quienes estigmatizaba como traidores y herejes. Concluyó por advertirme que debía prepararme a una muerte inmediata, a menos que tuviese muy *poderosos argumentos* que presentar en favor mío, asegurándome que *Su Excelencia* el comandante estaba a punto de inscribir mi nombre en una sentencia de muerte en blanco, que le habían enviado para llenarlo, desde el cuartel general.

"En cualquier otro momento y bajo cualesquiera otras circunstancias que no fuesen aquellas, me habría sido difícil oír con la seriedad conveniente tan descarada insinuación, pero habiendo apoyado el comandante con un enfático movimiento de cabeza lo dicho por su secretario, me pareció muy oportuno sacar mis *pepitas* y ofrecerlas a *Su Excelencia*, cuidando de guardar dos para el secretario, las cuales pude darle con facilidad porque yo estaba cerca del escritorio. El comandante recibió el oro con la mayor indiferencia, a guisa de cosa corriente, e hizo un signo a su subalterno, quien le puso una marca particular a mi nombre, en la lista que reposaba frente a él sobre el escritorio.

"Luego llamaron un ordenanza y fui conducido a otro departamento, donde encontré a todos los demás compañeros que estaban presos conmigo en la *Guardia de Prevención*, excepto dos puestos en *capilla* por no haber podido suministrar aquellos *poderosos argumentos* mencionados por el secretario del comandante. Un herrero de la fortaleza nos quitaba los *grillos* y como algunos de los presos habían sido libertados antes que nosotros, se nos ordenó permanecer tranquilos allí hasta que fuese de noche.

"Algo antes de la puesta del sol oímos las cornetas tocando *llamada* en el campo de parada, a lo cual siguió luego lúgubre redoble de un solo tambor a la sordina, que tocaba la marcha fúnebre, señal, como bien sabíamos, para la muerte de los infelices compañeros, que en aquel momento marchaban lentamente, desde la *capilla* hacia el *banquillo* fatal. Una descarga de fusilería anunció pronto su fin, pero, aunque los compadecíamos de modo sincero, la idea de la muerte se había hecho tan familiar entre nosotros que ya nos preocupaba muy poco, bien fuera respecto de nosotros o respecto de los demás.

A medianoche apareció el secretario con una linterna sorda y nos ordenó seguirle; le obedecimos con tanta prontitud como nos permitían nuestros miembros, entumecidos por la prolongada y continua presión de los *grillos*, y nos condujo por entre la casa del comandante y la capilla a una parte del muro donde no había más que un centinela, a cuyo lado pasó con la contraseña nocturna. Llegado que hubimos a un ángulo de las fortificaciones, a suficiente distancia de la recorrida del centinela, para evitar el peligro de que *vigilase* nuestros pasos, el secretario sacó un grueso cordel, provisto de varios nudos hechos a igual distancia, y lo ató a la boca de un largo cañón de veinticuatro libras, que salía fuera de la plataforma del castillo; nos dio el ejemplo bajando por la cuerda, y guiándonos a una parte vadeable del foso nos indicó una esquina de la estacada, a la cual subimos con facilidad, encontrándonos libres en la rampa, fuera de la ciudad.

"Al partir, el secretario nos hizo la advertencia de que no nos dejáramos ver en parte alguna por las inmediaciones de La Guaira o Caracas, si teníamos la vida en algo, consejo en el fondo superfluo, pero que nosotros seguimos a la letra, separándonos al punto y cogiendo diferentes direcciones, según nos parecía más oportuno, para ponernos en seguridad. Pronto llegué a la provincia de Barcelona, donde me reuní con Monagas y a poco estuve al frente de numerosa *guerrilla*, compuesta en parte de mis propias tropas y en parte de reclutas.

"Después de esta escapatoria, que debo agradecer a mi amigo Neculpichuy, no he vuelto a caer preso, aunque he recibido heridas, además de perder mujer, familia y hacienda por la causa de la *Patria*; pero, como dice el proverbio: *'Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano*[63]*."*

"¡Así es, *Taita Cordillera*!, díjole Páez; y muchas gracias por el buen rato que nos ha dado".

Apenas había concluido Zaraza su narración, cuando Panchito, el muchacho, se incorporó a la partida, y refirió el buen suceso que tuvo encaminando el paquete como se lo había propuesto; agregó también, que ya ejecutada su comisión, esperó en las cercanías del campamento español hasta que fuera completamente de día y que no vio signos de que el enemigo tratara de abandonar su posición, pues las tropas habían construido ranchos, como si intentaran permanecer allí.

"¡Cuerpo de mi padre!", exclamó Páez; ¿pensarán los *capuchines* colonizar los llanos tranquilamente? Ya es tiempo de convencer a estos *godos* de que no son sino intrusos en nuestra tierra. Coge otra vez la lanza, *niño Panchito*; y tú, Godomar, cruza al Arauca por Caujaral para que le digas a Rangel que venga con sus carabineros; y que recoja todo el ganado que encuentre en la sabana y lo arree con su gente. Me hallará acampado frente a Morillo, a quien pienso cortarle todas las provisiones de novillos para lo futuro".

Capítulo XX

El refuerzo. La partida

Resuelto… parten… Propicia noche guía con su luminaria la fuga entre las sombras. Ya contemplan los suaves rayos de la luna dormidos en la superficie del río limítrofe; ya columbran la remota, orilla. ¡Atrás! Cúbrenla numerosos batallones enemigos.

Lara[64]

El tan esperado refuerzo llegó por fin a Los Capuchinos en una diminuta flota de canoas que por la tarde ancló algunas leguas más abajo, entre las islas, mientras una rápida flechera, en que venía uno de los ayudantes del general Urdaneta, llevaba a Bolívar la noticia de la aproximación del ejército que había sido acuartelado en Guayana.

Por la mañana temprano, todo el río apareció empavesado con las blancas velas de lanchas y piraguas, todas llenas de tropas, según podía verse por el brillo de las armas a la luz del sol matutino. Cuando las cañoneras, en número de veinte, entraron por la amplia ensenada fronteriza a la aldea, desamarraron los cables con que remolcaban lentamente los pesados veleros de transporte y adelantándose con rapidez formaron línea frente a su comodoro, el notable Padilla,[65] desplegando sus banderas y haciendo una salva en homenaje al Libertador.

Como Bolívar había retardado su avance a Los Llanos únicamente porque le era indispensable esperar la llegada del ejército de Urdaneta[66], ordenó que los barcos continuaran en seguida hacia la orilla septentrional del Orinoco para desembarcar las tropas en Playa Arenosa. El propio Bolívar

embarcó en una *flechera* y atravesó el río con el objeto de dirigir personalmente el desembarque e informarse mejor de la importancia y condiciones efectivas del refuerzo. Cuando lo reconocieron al desfilar ante la línea de cañoneras, fue vitoreado repetidas veces por la tropa y saludado por las bandas de música que acompañaban el ejército. Ya en tierra, la gente formó en la playa arenosa que da nombre al desembarcadero y desde allí marchó a la sabana por entre la selva que cubre las márgenes del río. Los bongos regresaron luego en busca de las fuerzas acuarteladas en Los Capuchinos, y antes de anochecer todo el ejército estaba ya reunido y acampado una vez más en los Llanos[67].

Acto seguido Bolívar envió un posta a Páez con el objeto de anunciarle que había atravesado otra vez el Orinoco, resuelto a avanzar, rumbo a las haciendas próximas a Achaguas, donde estaría bien seguro contra cualquier ataque imprevisto de las tropas de Morillo, cuya bien disciplinada infantería y artillería le inspiraban temores; mientras al propio tiempo se pondría en comunicación directa con Santander por su acercamiento a las llanuras de Casanare. El oficial a quien se había encargado de este mensaje, se encontró con que Páez había cumplido su amenaza al pie de la letra, cortando todas las provisiones de ganado para el enemigo, cuyo campamento rodeó mediante un cordón de caballería ligera que de hecho les impedía a los españoles salir en busca de forrajes o alimentos.

Habiendo sido estériles los esfuerzos de Morillo para lograr que su contendor aventurase la suerte de la campaña a una batalla campal, y ya en cuenta de la peligrosa situación de Nueva Granada, se vio en el caso de abandonar las pampas, sin que su mal aconsejada expedición le produjera otra ventaja que los perjuicios transitorios causados a aquellas personas cuyos hatos fueron reducidos a cenizas y que por consiguiente tornáronse más adversos que nunca a la causa realista, y más firmes en sus principios revolucionarios. Se encontró en la absoluta incapacidad de mantener la guerra en el corazón de un país cuyos habitantes estaban unidos de modo

tan íntimo y donde había visto muy a las claras que no tenía un solo adicto a la causa defendida por él; las comunicaciones entre el grueso de su ejército y su cuerpo de reserva habían sido interrumpidas, de modo que no recibía provisiones desde que pasó el Arauca, al extremo que últimamente sus tropas tenían que alimentarse con la áspera carne de los chigüires que habitan en los esteros y a veces con los caballos y mulos que podían sacarse de los cuerpos de caballería y artillería; no ignoraba que aquellos mismos animales le faltarían pronto, pero no se resolvía a emprender una rápida retirada ante tropas colecticias y jefes insurgentes cuya estrategia militar ridiculizó y desdeñó primero con tanto ahínco; sin embargo, decidió retirarse a la ciudad de Achaguas, construida en una isla que forma la confluencia de algunos pequeños ríos, cuyas aguas se unen antes de caer en el Orinoco.[68] Allí acamparían sus tropas en barracas y en caso necesario podrían invernar, porque constantemente recibirían provisiones de las tierras montañosas, gracias a un sistema expedito de comunicaciones, establecido con López, que estaba en San Fernando, a través del canal natural del Apurito.

En marcha hacia el paso de Caujaral, el ejército de Morillo se vio expuesto a continuas molestias y fatigantes asaltos por parte de la caballería patriota que mantuvo día y noche en alarma a los piquetes españoles. Los caballos y mulos traídos de las regiones montañosas por el ejército invasor y que siempre habían acostumbrado comer avena, maíz y yerba picada, perdieron día por día sus carnes y fuerzas, cuando todo su pienso se limitaba a la dura yerba de los Llanos; al fin no eran ya capaces de arrastrar la artillería, de modo que cada uno de los cañones requería por lo menos treinta soldados para sacarlo del terreno fangoso en que sin cesar se enterraban sus ruedas. Especialmente las acémilas, tan útiles en malos caminos y en terrenos montañosos, hiciéronse del todo ineficaces en los esteros de las sabanas y cuando solían atascarse no luchaban por salir, echándose con la carga, la cual, en un principio, era

transferida a los soldados, hasta que la extenuación de estos últimos fue tan evidente por falta de alimentos que se hizo menester destruir todas las municiones y bagajes para cuyo transporte no había bestias de carga.

En la retaguardia aumentaba todos los días la impedimenta con la muchedumbre de escuálidos rezagados que no podían continuar en la línea de marcha y que por miedo a la rigurosa disciplina imperante en el ejército español, no se habían atrevido a arrojar sus armas o los bultos de municiones que se les distribuyeron, aunque casi se rendían bajo su peso. De tiempo en tiempo escuchábanse los terribles ¡vivas! de algún pelotón de lanceros que venía avanzando, y la retaguardia tenía que darse prisa para alcanzar el grueso del ejército, abandonando sus rendidos camaradas a la justa venganza de los irritados *llaneros*. El movimiento retrógrado asumía por grados el aspecto de una desbandada, no obstante los continuos esfuerzos de los oficiales realistas, y las consecuencias pudieron haber sido más desastrosas si el río Arauca no hubiese detenido a los fugitivos. Morillo apostó una fuerte guardia a la entrada del monte, que conducía hacia el paso y ordenó que se hiciesen preparativos con el objeto de vadear el río tan pronto como fuera posible[69].

Por fortuna habían conservado la canoa que tan buenos servicios prestara en Merecure, y la cual transportaron con el ejército, de campamento en campamento, mediante un carro hecho al propósito y provisto de dos ruedas que procedían de un cañón desmontado. Allí se presentó una causa imprevista de retardo por la escasez de madera para construir almadías, pues una súbita creciente del río provocada por los deshielos de la *Cordillera*, había arrastrado los leños secos de las márgenes, de modo que los exploradores tuvieron que derribar árboles con aquel fin, operación incómoda e incierta a un mismo tiempo, porque a menudo ocurría que la madera verde así cortada, lejos de mantenerse a flote, hundíase por su propio peso en cuanto era lanzada. También ocurrieron varios accidentes graves durante el esguazo, a causa de la rapidez con

que la corriente impelía las balsas río abajo, pues su fuerza era tanta que resistía los esfuerzos de los que en la canoa trataban de remolcarlas hacia el desembarcadero; por lo cual algunos viéronse arrastrados con los trozos de madera y cayeron al agua, perdiéndose vidas, armas y municiones.

Entretanto la retaguardia, apoyada por dos piezas de artillería, se sostenía impávidamente contra el asalto de los jinetes sin tratar de retirarse hasta que las demás tropas hubieran atravesado el río; el oficial que la mandaba comenzó entonces a retirar a poco su gente, pero los asaltantes advirtieron pronto la merma de su número y la consiguiente disminución de sus fuegos, de modo que echando pie a tierra y penetrando en el bosque un piquete de los carabineros de Rangel, la posición fue ya insostenible. Se profirió el fatídico ¡Huya quien pueda!, y todos se precipitaron a la orilla, presas del pánico, para coger puesto en las balsas; era inútil que los oficiales empeñasen en reunirlos con exhortaciones o amenazas, porque el clamoreo y el tumulto habían llegado a tal extremo, que apagaban sus voces.

En aquel instante oyéronse en el bosque los clarines de la Guardia de Honor y Páez avanzó a la cabeza de sus lanceros con el bien conocido y espantoso grito de ¡Mueran los Godos! Ya no hubo lugar a vacilaciones; los soldados en retirada que se mantenían más cerca del río, se lanzaron al agua o el apretamiento de la muchedumbre los precipitó por las escarpadas orillas, pereciendo la mayor parte de ellos en la corriente. Los restantes o fueron lanceados, mientras estaban en montón, o trataron en vano de salvarse dispersándose en el bosque, donde cayeron uno a uno, bajo las carabinas de la gente de Rangel. Los jinetes de Páez atropellábanse en torno de su jefe, ávidos porque se les permitiera atravesar el río para perseguir la retaguardia española, pero aquel estaba ya satisfecho con la ventaja adquirida en la jornada, relativamente a mínimo costo, y ordenó que la caballería se retirase del bosque para vivaquear por la noche en la sabana. Luego llamó a Andrés Castro, quien se había

ensayado aquel día a las órdenes de su tío Silvestre y con tanto ímpetu, que atrajo la atención del jefe, nunca remiso en observar y elogiar el valor distinguido de sus subalternos. Después de aplaudir con entusiasmo la conducta de Andrés, le ordenó, a guisa de nueva recompensa, que llevase a los emigrados de Cunaviche la primera noticia de la retirada de los invasores.

A todas estas el ejército español continuaba su marcha por la orilla septentrional del río, rumbo a la ciudad de Achaguas, donde Morillo decidió fortificarse contra cualesquiera otros ataques repentinos de la caballería insurgente. En cuanto hubo llegado allí, destacó al general Calzada con una fuerza de cinco mil hombres[70], a fin de que penetrase en Nueva Granada por la Cordillera de Casanare, en cumplimiento de órdenes dictadas por el virrey Sámano. Como su ejército había mermado en número por la distribución de tropas y debilitándose al propio tiempo en razón de las fatigas y escasez de vituallas, Morillo mandó abrir trincheras en las principales entradas de la ciudad y a derribar árboles sobre los senderos de los bosques circundantes, para prevenirse contra toda sorpresa. Una cañonera, que López había hecho construir en San Fernando, fue enviada desde el Apure con provisiones para el ejército y como también se recibieron refuerzos procedentes de las reservas, el general español y sus colegas acariciaban ya la creencia de que podrían invernar en Achaguas, privando con ello a Bolívar y a Páez de los únicos acuartelamientos cómodos que fuera dable encontrar en la Barinas inferior durante la estación de las lluvias.

El Libertador, que ya poseía datos más directos y precisos sobre las fuerzas que pudieran aprontar los patriotas de Nueva Granada, y sobre el sentimiento general favorable a ellos, manifestado por los ciudadanos, vio con íntimo placer la resolución adoptada por su antiguo y constante enemigo; su propio ejército, acampado en chozas, a la vera de las haciendas que se extienden entre las ciudades de Achaguas y el Arauca, gozaba

de abrigo y seguridad, amén de contar con abundantes provisiones. Así, pues, aguardaba con tranquilidad las primeras noticias del encuentro entre Santander y Calzada, que él suponía a punto de efectuarse.

A Páez, quien había establecido un campo volante en la sabana, se le disuadió con dificultad del propósito de ejecutar un ataque inmediato contra las líneas enemigas. Muy especialmente consideraba Achaguas como su propia ciudad y lo mortificaba a lo vivo la ocupación de ella, aunque fuese transitoria, por las tropas realistas; pero como aún restaban varios meses de verano, se consolaba reflexionando que habría tiempo suficiente para reinstalar en sus hogares a los emigrados antes de iniciarse la estación de las lluvias.

Capítulo XXI

Los emigrados. Amor contrariado

He aquí a la pobre doncella burlada por la ambición de su padre; contemplad cómo ruedan por sus pálidas mejillas las lágrimas que dicen su pena. He aquí al bien amado que invoca al cielo como testigo de su sinceridad.

El puente del Diablo

La llegada de Andrés Castro a los *ranchos* de los emigrados produjo unánime movimiento de curiosidad por saber noticias del ejército. Se apeó primero en la vivienda de doña Rosaura, a quien comunicó la grata nueva de que las tropas españolas habían comenzado a retirarse, hecho que le inspiraba a Páez bien fundadas esperanzas de que los fugitivos pudieran regresar no muy tarde a sus hatos y haciendas. La nueva se propagó con rapidez por todos los *ranchos*, felicitándose cordialmente las familias emigradas, a las cuales colmaba de alegría la idea de que sus calamidades concluyeran en breve.

Antes de desprenderse del ejército en Caujaral, Andrés Castro se aventuró a hablar con Silvestre Gómez sobre el asunto que le tocaba más de cerca: el enlace con su prima Juanita. Encontró a su tío bien inclinado a favorecer sus pretensiones, seducido por las alabanzas que públicamente le prodigó Páez al joven patriota, por lo cual no quiso perder la coyuntura que se le ofrecía, como conductor de tan felices nuevas, para granjearse la voluntad de su tía Paulita; y tuvo la fortuna de lograr un consentimiento inmediato, por supuesto, siempre que pudiese obtener

el de la parte más directamente interesada. También se convino en que el matrimonio fuese diferido para cuando el ejército español hubiese abandonado del todo las comarcas inferiores de Barinas y los emigrados hubieran vuelto a sus aldeas y hatos. Castro tuvo que someterse a esta decisión, y ello constituía un nuevo motivo para desear la pronta y favorable terminación de la campaña.

La noticia que había llevado era tan importante que todas las *comadres* de Cunaviche se reunieron para comentarla y echar cálculos sobre el tiempo que podría transcurrir antes que se vieran en condiciones de volver a sus hatos y haciendas. Semejantes conjeturas interesaban de modo especial a aquellas cuyas casas habían sido quemadas, porque era imprescindible que sus maridos tuviesen espacio para reconstruirlas antes del invierno; todas lamentaban la contingencia casi segura de verse obligadas a residir en aquel retiro hasta que ya fuese demasiado tarde para recoger un rebaño de vacas antes de la primavera.

Llegó la hora habitual de reunión en el rancho de doña Rosaura y una concurrencia mayor que nunca se agolpó a la puerta de la choza; nadie pensaba sino en las noticias acabadas de recibir y la plática se contrajo a la opresión que invariablemente ejercieron sobre los criollos los altivos amos europeos; cada uno de los contertulios tenía algún relato de injusticias que referir y, entre los demás, doña Rosaura narró el siguiente:

La novia de San Carlos

"Mi ciudad natal, la Villa de San Carlos[71], era no hace muchos años uno de los lugares más agradables en el centro de Venezuela. El violento espíritu de partido, obra subsecuente de la revolución, no había alzado aún las barreras artificiales que separan a las familias de opiniones políticas antagónicas y que más tarde produjeron tantas disidencias y desgracias. Las únicas manifestaciones de pugna o rivalidad que pudieran

observarse entonces, ocurrían de cuando en cuando a consecuencia de nimias infracciones a las reglas de precedencia en misa mayor, procesiones o lidias de toros.

Una de mis primeras compañeras y amigas en aquella época venturosa fue *Carmelita Ibáñez*, hija de un viudo rico que por su falta de instrucción, origen oscuro y convencimiento de su propia inferioridad ansiaba mucho darle una buena educación a su hija y amistarla con la *hidalguía* de la ciudad. Ambas ingresamos al mismo tiempo en el convento de *Las Monjas Agustinas*, donde ocupamos celdas contiguas y se nos colocó al cuidado y atención de una misma Hermana. Nuestra intimidad fue tanta que nos hicimos compañeras inseparables a las horas de asueto y cuando recibíamos las visitas de nuestras familias en la reja del *locutorio*. Como una y otra estábamos en cuenta de que nuestros padres no nos destinaban para el velo negro, sabíamos que nuestra residencia en el claustro era temporal y nos hallábamos tan distantes de experimentar impaciencia alguna por el fin de nuestra reclusión, que considerábamos la hora de volver a nuestros respectivos hogares, muy convencidas como estábamos de que la relativa libertad que disfrutaríamos entonces no compensaría la necesaria interrupción de nuestro trato íntimo y familiar.

Pocos meses antes del día fijado para nuestra salida del convento, mi único hermano, Mariano, regresó del colegio de la Compañía, en Popayán, donde había permanecido algunos años estudiando leyes, y a diario esperaba recibir licencia del Virrey, procedente de Bogotá para practicar su profesión en Venezuela. Con frecuencia acompañaba a mi madre en sus visitas al locutorio del convento, dejando pocas veces de ver a Carmelita Ibáñez junto conmigo; ya estaba acostumbrado a oírme hablar de ella como mi amiga predilecta, mientras ella se hallaba predispuesta en favor suyo por lo que yo le había dicho de él a menudo y por la lectura de sus cartas para mí; todo lo cual, como cuanto pertenecía a cualquiera de nosotros dos, era de mutuo interés. Así, pues, no habría

por qué sorprenderse si desde su primer encuentro experimentaron ambos una recíproca inclinación.

Tal vez fui la primera en darme cuenta de su mutuo afecto y desde luego me presté a servirles de confidente. A mi cuidado y gestión, como yo estaba a salvo de toda sospecha, se encomendó la empresa de recibir y entregar los *billetes* que se dirigían los enamorados, negocio en realidad difícil dentro de un claustro donde, por ser la misma fuente de la suspicacia, las monjas espían toda mirada y además con celosísima vigilancia. Yo sabía muy bien que el padre de *Carmelita*, don Bernardo Ibáñez, consideraba a nuestra familia en el número de aquellas cuya amistad quería granjearse con especial empeño, por lo cual habría apetecido mucho una alianza con nosotros. En virtud de esto no dudaba ver pronto a mi hermano unido con mi *comadrita*, pues también abrigaba el convencimiento de que el amor de mi padre por su único hijo varón lo induciría en el acto a consentir en el matrimonio.

El tiempo transcurrió aprisa para nosotras, mientras acariciábamos tan risueñas esperanzas y en breve llegó el día que libertándonos de las cortapisas del claustro, nos conduciría al alegre mundo exterior. Después de la misa de la mañana, nos despedimos cariñosamente de nuestra bondadosa *Madre Abadesa* y de todas las Hermanas, abrazando a nuestras jóvenes compañeras, que no podían ocultar su envidia y pena por nuestra partida. Luego se nos llamó al *locutorio*, donde hallamos a mi madre y a mi hermano junto con don Bernardo y numerosa concurrencia de nuestros parientes y amigos, que se habían reunido, como es de uso en tales ocasiones, para felicitarnos por nuestra recién adquirida libertad y acompañamos al hogar. Observé que Mariano, naturalmente deseoso de la armonía de ambas familias, había logrado congraciarse con don Bernardo, en lo cual no tuvo dificultad, pero también consiguió que mi padre lo invitase a pasar con nosotros el resto del día, a fin de que Carmelita y yo no fuésemos separadas bruscamente, como lo temíamos. Mi hermano tuvo

entonces oportunidad de ver a mi compañera más de cerca que cuando los separaba la reja del *locutorio*, y ella aparecía medio disfrazada con los hábitos monásticos llevados por las pensionistas. Y si ya estaba encantado por lo agradable de su conversación y buenos modales, ahora su belleza y cualidades lo fascinaban en extremo.

No perdió tiempo Mariano en hacer que sus sentimientos fueran conocidos de nuestro padre, quien, aunque no aprobaba en modo alguno tan estrecha alianza con don Bernardo, sin embargo cedió en obsequio de los deseos de mi hermano y propuso en debida forma la unión de ambas familias, a lo cual accedió Ibáñez en el acto y con mucho gusto. Se convino en que el matrimonio fuese diferido hasta que mi hermano recibiera la licencia para ejercer como *Abogado*, carrera considerada entonces como uno de los honores más altos a que podía aspirar un *criollo*, porque requería grandes vínculos con el Gobierno, y pruebas muy limpias de descendencia española y de pertenecer a una familia conocida, por sus indiscutibles principios realistas. Los amigos de mi padre, residentes en Bogotá, habíanle prometido ya procurar del Virrey aquel importante documento, y como Mariano no abrigaba la menor duda respecto al pronto recibo de su título, todos lo tenían por el *novio* reconocido de mi amiga Carmelita. Pero ¡ay!

"Vino un Usía
Y se llevó la flor que más quería".[72]

Uno de los Oidores de la Audiencia de Caracas fue a pasar una semana en San Carlos en visita al gobernador. Era una de esas buenas piezas que solían enviarnos de España para interpretar las leyes y decidir todas las causas importantes en este desventurado país; pobres diablos cuya avaricia, concupiscencia e injusticia se hizo merecidamente proverbial

entre nosotros. Por lo común eran escogidos entre las clases ínfimas de *Abogados* españoles, por haber logrado alcanzar bastante influencia con algún *grande*, perteneciente a la corte de Madrid, para que los destinasen a la magistratura en las colonias. Como la mayor parte de ellos eran hombres paupérrimos, venían con el decidido propósito de acumular fortuna, *sea como fuere*, lo cual nunca dejaban de conseguir mediante la más nefaria rapacidad y descarada corrupción.

Este Oidor, don Sancho Barragán, era un gallego rechoncho, que trataba de compensar lo mezquino de su figura con los humos de su pavoneo y cierta solemnidad de modales que creía menester asumir por la distinguida posición que ocupaba. Si ha de darse crédito al adagio que dice:

Siempre en la traza
se ve la nobleza,

también creo cierto que es difícil ocultar la bajeza de principios y educación. Por lo que respecta a don Sancho, mientras más se empeñaba en disimular sus hábitos vulgares, más resaltantes se hacían aun para nosotros mismos que nos hallábamos acostumbrados a tributar implícito respeto a todos cuantos llevaban el altivo gentilicio de españoles y a verlos cual modelos de conducta exquisita. Sin embargo en atención a su categoría se le invitaba con gran deferencia a todas las fiestas dadas en San Carlos; sus observaciones, por triviales que fuesen, eran escuchadas con respetuosa atención y sus tentativas epigramáticas, pues ni siquiera podía presumir de ingenioso, eran recibidas con unánime aplauso.

Si bajo cualquier aspecto resultaba más desgraciado que en otro, era sin duda en sus ridículos y torpes alardes de galantería, pues sobre todo ambicionaba señalarse por su apego a la porción femenina de toda sociedad en que acertaba ser introducido. Era evidente que sus

cumplimientos se dirigían con predilección a Carmelita Ibáñez, con el único efecto de constituir al principio un motivo de franca diversión, tanto para ella como para mí, pues ninguna de las dos concebía la más ligera sospecha de que se propusiera otra cosa que halagar su propia vanidad, atrayendo la atención de la muchacha más bonita de la concurrencia. Carmelita se hallaba tan distante de creer que procediera con formalidad que la insistente compañía de su Escudero Sancho, como la llamábamos en alusión al escudero del famosísimo Caballero de la Mancha, nos proporcionaba a ambas, cuando a solas, materia de constante mofa. Sin embargo, como su actitud para con ella se hacía marcadamente más obsequiosa cada vez que se encontraban, Carmelita decidió solicitar la intervención de su padre para que la librase de lo que comenzaba a considerar como un verdadero fastidio; más, para su inexpresable sorpresa y desconsuelo, don Bernardo ridiculizó aquella solicitud, diciéndole que era en extremo improbable que un Oidor, tan avezado al mundo como don Sancho de Barragán, pudiese dejarse cautivar por una muchacha *criolla*, educada en un convento, sin roce social fuera del que le ofrecía un poblacho de provincia; a todo esto agregó que si en efecto la cosa era así, podría considerarse dichosa y que esperaba que no fuese tan idiota para vacilar por un instante entre un *Abogado* en ciernes y un Oidor hecho y derecho.

Cuando volvimos a vernos, Carmelita, que temía el carácter violento de su padre, me refirió aquella conversación, pidiéndome que le guardase el secreto, pues aún acariciaba la esperanza de que aquello fuese un temor infundado y la asustaban las consecuencias de una disputa entre *Mariano* y el *gallego*, porque la privanza de la Audiencia con el Gobierno colonial era absoluta. Por desgracia fue imposible continuar ocultando la verdad de las cosas a mi hermano, a quien disgustaba la persistencia con que su rival se instalaba siempre junto a Carmelita, a pesar de todos los desaires que se atrevía a hacerle en presencia de su padre y de su marcado desdén y disgusto en ausencia de don Bernardo.

Al fin supe por mi desgraciada amiga, que don Sancho la había pedido a su padre, siendo aceptado como novio con tal de que el matrimonio concertado ya con Mariano pudiera ser desecho en cualquier forma, empresa que asumió don Sancho poniendo en juego la intriga cuyos efectos veremos en breve.

Habiendo ocurrido una disputa entre él y mi hermano, a quien el mismo don Sancho había tratado con grosería en una *tertulia* muy numerosa, Mariano, aún ajeno a la verdad de las cosas, se sintió impelido por sus burlas y más todavía por los grandes humos de superioridad que se daba el Oidor, a contestarle con tan oportuno sarcasmo que el maligno *gallego* montó en cólera, lanzándole la amenaza de que el Gobierno recibiría informe de la falta cometida contra un miembro de la Audiencia por un sujeto que aspiraba a la honrosa distinción de ser inscrito entre los *Abogados*. En breve se participó a mi padre el sesgo que iba tomando el asunto y acto seguido pidió explicaciones a don Bernardo, cuya condición, como ya he dicho, nunca había sido muy de su agrado.

Barragán[73] aprovechó el acaloramiento provocado por la disputa como pretexto para romper el compromiso, y mi padre, indignado por su duplicidad, ordenó a Mariano so pena de incurrir en su desaprobación, que no pensase más en Carmelita Ibáñez.

No intentaré describir el paroxismo de dolor y rabia que se apoderara de mi hermano ante el inmerecido tratamiento que se le daba; intentó hacer llegar billetes a mi desventurada amiga, a quien se prohibió toda comunicación conmigo, pero aquellos fueron interceptados y devueltos sin abrirlos siquiera. Excediendo en su indignación los límites de la prudencia, buscó a su rival y lo desafió públicamente con no muy comedido lenguaje, para que se cruzaran las espadas, último recurso que estaba lejos de ser desfavorable para el Oidor, pues el reto le daba todo género de ventajas sobre mi hermano. En consecuencia hizo formal y exageradísima información ante el Gobernador militar de la provincia,

respecto al insulto que alegaba haber sido irrogado en su persona a toda la *Sala de Audiencia,* además de exhibirse en peligro inminente de ser asesinado, por lo cual pedía castigo ejemplar contra el osado despreciador de todas las autoridades constituidas. Por fortuna el gobernador, sujeto honorable, que conocía bien el carácter y principios de mi padre, se tomó la molestia de averiguar lo ocurrido, hasta convencerse de que en realidad el Oidor era el agresor; pero con todo no pudo aventurarse a desechar por completo la queja presentada, solo que en vez de sentenciar a Mariano a prisión o de enviarlo a Caracas para que le siguieran juicio, como todos temíamos, lo ordenó regresar a Popayán, de donde había venido pocos meses antes.

Mi hermano tuvo que someterse a su suerte y para complemento de mortificaciones, poco después llegó de Bogotá una nota oficial en que el secretario privado del Virrey declaraba que a consecuencia de haberse recibido informes de que el *estudiante Mariano Palmar*[74] se había conducido de modo insolente con un *Oidor de la Real Audiencia*, se consideraba oportuno negar el *diploma* que aquel solicitara, hasta recibir testimonio más favorable respecto de su conducta hacia sus mayores y superiores en leyes. Semejante anuncio colmó la medida de los infortunios de mi hermano; vio con claridad que no existía forma de obtener nunca aquella posición que había sido el único objeto de sus largos y penosos estudios y su reciente y más amargo desengaño le embargó profundamente el espíritu. Regresó a Popayán con la terrible incertidumbre de su porvenir y algunos meses después murió de melancolía.

"Carmelita Ibáñez fue sacrificada a la ambición de su padre por una alianza espléndida; nunca la volví a ver, porque inmediatamente después de la celebración del matrimonio con don Sancho Barragán, salió con este para Caracas y de allí a España".

El auditorio de doña Rosaura, especialmente los jóvenes, pagaron el usual tributo de aplausos a su melancólica narración, que todos

elogiaban a unanimidad, aunque diferían en su apreciación de la comparativa desdicha de los dos infelices amantes. El *Padre Cura* de Guasdualito les recomendó que aplazasen sus juicios hasta el otro día, porque el enfermo convaleciente, Mariano Tupiza (el soldado llanero que había perdido un brazo en la escaramuza del paso de Merecure), había convenido con él en relatar una narración de las misiones jesuíticas del Orinoco. Habiéndose hecho silencio, el inválido, a quien se le había preparado un chinchorro bajo los árboles, en consideración de su debilidad, comenzó como sigue:

Capítulo XXII

Chanbilu y Ancafila, o Los Jesuitas del Orinoco

Una banda de hombres rapaces, vestidos de cota de malla, surge en la quietud del repuesto valle, gritando "¡Muerte!", y blandiendo en alto sus espadas, que brillan terríficas a la luz de la luna: precipítanse… apodéranse de su inerme presa y sin piedad raptan al tímido infante. "¡Salvad, exclama ella, loca de angustia, salvad a mi hijo inocente y desamparado!".

W. L. Bowles

Entre la punta de La Encaramada, en la ribera meridional del Orinoco, a las montañas de Carrípano, de donde deriva su nombre la antigua nación de los Carripes, a quienes los españoles llaman caribes, se extiende la dilatada llanura de Tepru-pano, o *Campo de las rocas*[75], que según nos lo enseñan remotas tradiciones constituyó el centro de reunión para las muchas y poderosas tribus aborígenes que antes de la conquista española habitaban aquellas extensas regiones, ahora convertidas en vastos desiertos, situadas entre los ríos Orinoco y Marañón. Inmensas rocas cilíndricas de granito negro, que suelen medir de cincuenta a ochenta pies de altura, se destacan en diversos puntos de las sabanas; ellas han dado nombre a la llanura y los errantes indios tamanacos las ven con admiración, como prueba del gran poderío de sus antepasados, los antiguos dueños de la tierra, a quienes atribuyen la erección de aquellas enormes columnas.

Grandes en verdad deben haber sido las transformaciones morales y físicas que han ocurrido desde aquellos días en esta porción del mundo, porque el viajero es guiado ahora por un tímido y huraño salvaje, apenas por encima del nivel de los brutos, y ajeno del todo a las artes

más comunes de la vida civilizada, a través de la serie de laberintos, llamados cavernas de zarra-huaca, y a las próximas Tepumereme o *rocas pintadas*[76], que se yerguen en la misma llanura remota. En el interior de las primeras y en las caras de las segundas, los antecesores de estos indios montaraces, más inteligentes que sus herederos, grabaron en el duro y duradero granito imágenes jeroglíficas del sol, de la luna, de las estrellas, junto con tigres y caimanes, etc., a tanta altura del suelo que el explorador tiene que darle cierto crédito a la tradición que le refiere su guía, según la cual aquellos escultores trabajaban a bordo de canoas cuando las aguas cubrían toda aquella vasta llanura, probablemente antes de que el Orinoco se hubiese abierto un *desaguadero* más rápido y capaz por el paso de *Los Raudales*.

La antigua misión llamada *La Fortaleza de San Francisco Javier* se encuentra a pocas leguas del estupendo prisma de granito conocido por el nombre de *Mogote de Cocuiza*, el cual erige sus escuetos flancos verticales doscientos pies justos sobre la selvática llanura, coronado con una diadema de majestuosos árboles que semejan ligeras plumas ondulantes en la frente de un cacique. Los jesuitas[77], que al parecer juzgaban demasiado engorrosos e inciertos para su ardiente y entusiasta fantasía los métodos ordinarios de conversión a la fe, construyeron aquella fortaleza, contraviniendo abiertamente los edictos promulgados sobre la materia por el Gobierno español y con el propósito manifiesto de *"conquistar las almas"*. Sus establecimientos de esta naturaleza, antaño numerosos, fueron tolerados por muchos de los gobernadores civiles de las colonias, quienes suministraban a los frailes aquellos destacamentos de tropas españolas, chusma procedente de regimientos penados, que solían tener a la orden de cuando en cuando. También proporcionaban armas a esas guarniciones, para la milicia nativa que los jesuitas habían alistado bajo sus banderas, y las municiones de guerra indispensables no solo para las cruzadas contra el fetichismo de las tribus indígenas vecinas, sino

también para las incursiones que los misioneros creían conveniente autorizar muy a menudo, si no las dirigían personalmente, con el fin de recoger una buena provisión de neófitos".[78]

"¿Entonces queréis decir, *hijo Mariano*, —interrumpió el Cura de Guasdualito—, que los reverendos Jesuitas solían cometer el delito del plagio? ¿No es verdad?".

"Como su *paternidad* quiera llamarlo, contestó Tupiza; salvo que no era un recurso ocasional, sino más bien efectivo que poseían para llenar sus iglesias con el objeto de poder presentar al *señor Obispo* una buena matrícula trimestral de indios cristianizados. No se preocupaban en modo alguno por disimular este sistema de reclutar almas, como lo calificaban, y los superiores de la Compañía se lisonjeaban del apoyo suministrado por el brazo secular, significando con ello las bayonetas de la guarnición, como altamente beneficioso a los intereses de la *Madre Iglesia* y al desarrollo de las misiones en general.

También es cierto que los vecinos criollos no estaban muy de acuerdo con aquella práctica, por las diversas y frecuentes molestias y pérdidas que les producían, llegando hasta el extremo de dar a la línea de fuertes establecida en las misiones el nombre irreverente de *La Trinchera del Despotismo Monacal*, porque siempre los mantenía a la greña con las tribus indígenas, las cuales, cuando desaparecía algún chico, acostumbraba ejercer represalia contra los colonos, por no serles fácil vengarse de sus enemigos monásticos.

"La tribu de los indios tamanacos, por estar próxima, era la que había padecido con más frecuencia y rigor los efectos de aquel sistema, pero felizmente, para los frailes hallábase tan mermada y debilitada por sucesivas epidemias de la asoladora peste de *viruela,* que se veía en la absoluta incapacidad de medir sus fuerzas con la milicia de *La Trinchera*. Pocos años antes de que se extinguiesen en estas colonias los establecimientos de la Compañía de Jesuitas, que se encontraban por todas

partes en el país, como un pequeño reino dentro de otro, ocurrió el caso que he prometido referir".

"De modo que no has hecho sino comenzar en todo este tiempo, *amigo Tupiza*", observó el Cura. "Estoy temiendo que tu promesa de brevedad no sea más que una vana lisonja; pero sigue, *hijo mío*, con tu cuento".

"Chanabilú, joven cacique de los indios tamanacos, era reconocido por la época de que hablo, en todas las aldeas de pescadores y asientos de misiones situados en la ribera meridional del Orinoco, como el guerrero más valiente y el cazador más hábil de la tribu; su heroísmo personal en los combates y su destreza en poner emboscadas, lo mismo que en dirigir esas súbitas y mortales sorpresas que constituyen la parte esencial de la táctica guerrera entre los indígenas, lo había convertido en el terror de las vecinas y rivales naciones de Guayana, caribes y guagives, cuyos formidables campamentos había reducido muchas veces a cenizas y cuyos hijos y mujeres se había llevado a menudo cautivos.

Los Padres Jesuitas españoles que gobernaban las misiones y puestos militares situados frente a la boca del Cabullare, y donde Chanabilú acostumbra presentarse con frecuencia para vender pieles de tigre y paujiles, habían estado por mucho tiempo tratando con afán de atraerlo al aprisco de la Iglesia; se sentían animados a procurar su conversión no solo por los móviles religiosos comunes a la orden que profesaban, sino también por el laudable deseo de conseguir el apoyo y cooperación de un cacique tan poderoso e influyente, como aliado a sus prósperas y pequeñas comunidades; pero al fin comprendieron, con no disimulado pesar, que todas sus admoniciones y exhortaciones resultaban estériles al objeto que se proponían, porque Chanabilú persistía terca y ardientemente en seguir la religión de sus abuelos, adorando la luna nueva, reverenciada por él en su primer salida con todas las ceremonias supersticiosas y conforme al bárbaro ritual de la nación tamanaca.

"Después de la tribu que mandaba, el objeto en que el cacique ponía mayor cariño era su joven consorte Ancáfila, con quien había casado hacía cosa de un año y que últimamente le había dado un hijo varón. Con ello tenía ya un nuevo y más poderoso motivo para esforzarse en la caza, ejercicio en que nunca tuvo tanto éxito como entonces, ni cuando su más alta ambición consistía en presentarse en el campamento con los ímprobos trofeos de su actividad y perseverancia, consistentes en rarísimas pieles y plumajes para ponerlos a los pies de su prometida, su ventura era en verdad tan grande que a menudo surgían temibles presagios para anunciarle que tan completa felicidad no podía durar demasiado.

"Viendo los misioneros que en vano esperarían la incorporación de Chanabilú como miembro de su comunidad, o mejor dicho, como vasallo de su fundación, determinaron apoderarse por lo menos del niño, para sacarlo de las sombras de la idolatría y adquirir mediante él, cuando ya fuese hombre, la influencia sobre la tribu tamanaca, que se habían propuesto alcanzar por medio del padre. Por consiguiente ordenaron la salida de un fuerte destacamento de la milicia perteneciente a *La Trinchera del Despotismo,* y el Superior de la Compañía en la misión de San Francisco Xavier, Fray Fulgencio Bedoyo, resolvió, dada la capital importancia del objeto en vista, ir personalmente a la cabeza de sus fieles partidarios para mejor estimularlos.

Era a mediados de la época de caza entre las selvas que orillan el Orinoco y también la estación en que sazonaban los maíces, de modo que cuando llegó la partida a las inmediaciones del campamento tamanaco, todos los indios guerreros se hallaban ausentes en las selvas, demasiado distantes de sus viviendas para tener noticia del ardid que se tramaba contra la felicidad doméstica de su cacique. Cuanto a las mujeres, hallábanse dispersas entre los pequeños *conucos*, recogiendo con afán las mazorcas de maíz con el propósito de preparar depósitos de *chicha*, como de costumbre, para el regreso de sus maridos y hermanos.

Fray Fulgencio ordenó al cuerpo principal de la milicia que hiciese alto en un morichal, cerca del campo de los indios, mientras él al frente de una pequeña pero escogida escolta de soldados españoles, bajo la guía de un indio conquistado de la misión, avanzó por entre las *quebradas*, cubiertas de bambúes, hasta la cerca que rodeaba la *chacra* del *cacique* Chanabilú. Ancáfila, muy entretenida en coger maíz para la fiesta con que se iba a celebrar el regreso de su héroe, y ajena a toda idea de peligro acababa de depositar a su hijo, llamado Califián, a la sombra de un plátano, mientras conducía al bohío un pesado canasto de mazorcas. Los merodeadores, que espiaban sus movimientos detrás de la palisada, temerosos de provocar cualquier alarma que pudiera causarles algún trastorno, aprovecharon la oportunidad de su ausencia para apoderarse del niño y correr hacia el palmar, donde reincorporándose a la demás gente emprendieron una veloz retirada en dirección al cercano río Paruasi; se embarcaron allí en las *piraguas* que habían llevado y regresaron a la misión de San Francisco Xavier.

Las madres únicamente podrían juzgar de la angustia de Ancáfila cuando al volver en busca de otro canasto de maíz, quiso darle una mirada al dormido chiquitín; su pena contenida fue acaso más intensa por no haber estallado, pues aun entre las tribus salvajes, las mujeres olvidan raras veces lo que deben al honor de sus maridos y de su tribu, por lo cual las esposas y madres luchan en silencio contra las calamidades más terríficas, antes que humillarse con lamentos y lágrimas.

Ella reflexionaba que el niño era demasiado tierno para haberse escapado al bosque… tampoco había manchas de sangre en los algodones en que lo acostara, de modo que no se lo había robado ningún tigre en acecho ni ninguna *camondi*... todo esto pasaba por la imaginación de la madre con la prontitud con que cruzan las conjeturas por la mente de un indio, hasta que súbito comprendió que debía haber sido secuestrado por alguna banda de merodeadores, procedente de las misiones del

Orinoco, convicción, que por terrible que fuese, alivió en cierto modo su espíritu de la abrumante incertidumbre que la embargaba al principio. Estaba segura de que su hijo vivía y no vaciló un instante en seguir las huellas de los ladrones... sola, porque creía que los ojos de una madre no podían engañarse ni ser burlado su juicio en semejante búsqueda; descalza, porque no había momento que perder en ir al bohío para requerir las sandalias y sin preocuparse de la silvestre cerca de chumberas que rodea las orillas de las selvas orinoquenses.

A los pocos momentos descubrió el portillo de la palisada por donde Fray Fulgencio y sus acompañantes habían penetrado en el conuco y siguió sus huellas mediante vagos y al parecer insignificantes indicios, tales como la posición de unas cuantas hojas que evidentemente han acabado de ser removidas de aquella en que cayeron al principio; o el rocío que no ha mucho hicieron caer de los carrizales, indicios que pocas personas fuera de los indios, podrían acaso observar o que, observándolos, no podrían interpretarlos bien.

Observó bajo el *morichal* que la yerba había sido muy hollada durante el día. Y como también hubiese esparcidas muchas cortezas de moriches recién cogidos, se convenció de que el cuerpo principal de merodeadores estuvo acampado allí. Reconoció de nuevo las huellas, entonces más perceptibles y en llegando al embarcadero situado a orillas del Paruasi sus dudas se convirtieron de pronto en certeza, porque se encontró un pequeño pero muy conocido juguete que Chanabilú había hecho de un colmillo de caimán, a punta de cuchillo, y que ella colgó al cuello del chiquitín, mediante un cordón tejido con su propio pelo. Este descubrimiento, por nimio que fuese, le dio nuevo aliento para perseguir a los secuestradores, porque imaginó que algún genio propicio había puesto en su camino aquel recuerdo del pequeño Califián, a fin de estimularla en aquella empresa, que de otro modo no habría tenido rumbo ni esperanzas.

Las selvas que cubren las márgenes de los afluentes del Orinoco se hallan tan tupidas de malezas y manglares que son impenetrables para todo ser viviente, excepto las enormes serpientes de agua y los caimanes en acecho, pues apenas existen allí las angostas veredas del ganado, que solo van de las sabanas a la orilla de los ríos. En consecuencia, Ancáfila se vio pronto en la absoluta necesidad de conseguir algún medio de bajar por el agua y felizmente hizo memoria de que su marido había terminado una liviana canoa de corteza, a propósito para ella, y que él guardaba en la próxima caverna de Zaraguaca, donde solía entretenerse pintándola con *onoto* y adornándola con esculturas.

Corrió allí, a través de la sabana, con la velocidad de un antílope espantado, y en breve llegó a la oscura boca de la cueva que bajo cualesquiera otras circunstancias le habría inspirado temores supersticiosos; sin embargo penetró, aunque con paso inseguro y corazón palpitante, porque comúnmente se dice que tales cavernas son las moradas de genios malignos y de almas en pena; y ya casi había llegado al sitio donde últimamente viera la canoa colocada entre dos grandes estalactitas de espato, cuando llegó a sus aterrados oídos una profunda queja, que parecía proceder de un ser humano, abrumado de dolor y desfallecimiento. Al primer instante, quiso retroceder y huir, pero recordó a su hijo y esta idea le comunicó aliento para afrontar lo peor que pudiera ocurrirle, antes que desistir de su empresa; ya podía distinguir la diminuta canoa medio envuelta en la penumbra de la caverna, cuando, al tender las manos para alcanzarla, tropezó con un hombre tendido en tierra y oyó su nombre débilmente pronunciado por la bien conocida voz del cacique Chanabilú.

Aunque al principio apenas podía hablar, poco a poco recobró suficiente fuerza para explicarle que una de sus propias flechas, untada con el mortal veneno *urali* se había desprendido de la herida de un *tucán*, mientras este revoloteaba sobre su cabeza entre las ramas de un congrio,

rozándole un tobillo levemente, pero lo bastante para comunicarle a la sangre una porción muy activa del tóxico. Como en aquel momento se hallaba distante de los demás cazadores, persiguiendo un venado, habíase arrastrado hasta la caverna con la esperanza de poder echar la canoa al río, antes que el letargo fatal, precursor de la muerte, se apoderara de él y le faltasen las fuerzas.

No bien hubo conocido el origen del dolor y desfallecimiento del cacique, Ancáfila aplicó sus labios al rasguño abierto por la flecha y pronto logró atenuar la violencia de los síntomas; luego buscó unas yerbas medicinales que crecían en la sabana cerca de la boca de la caverna y machacándolas en una piedra, las aplicó al herido, a quien refirió en breves palabras la desgracia que les había ocurrido a ambos y su resolución de perseguir a los merodeadores, aún en camino con el chiquitín. Chanabilú la instó para que marchase en el acto, y ella salió hacia el río Paruasi, conduciendo la liviana canoa, pero no sin colocar primero al lado de su esposo una buena provisión de frutas silvestres y una calabaza llena de agua fresca y límpida, cogida en el manantial subterráneo que atraviesa parte de la cueva de Zaraguaca, para perderse luego bajo un lecho de rocas fracturadas y disyuntas a un extremo de aquella.

Ancáfila echó la canoa en el Paruasi y navegó río abajo toda la noche y siempre remando. A las primeras luces del alba columbró las blancas torres de la *Fortaleza de San Francisco Xavier*, que surgía de la niebla matutina entre los bosques espesos que la embozaban; y ocultando la canoa bajo los manglares avanzó hacia la puerta, sin muestras de intranquilidad o miedo. Cuando pidió que la dejasen ver al *Padre Superior* se la condujo ante Fray Fulgencio, a quien informó sin rodeos que era la madre del niño traído últimamente de los bosques al convento, y que había venido a ofrecerse como espontáneo converso a condición de que la hiciesen nodriza del bebé. El fraile no volvía de la sorpresa y por la vacilación al responder, ella comprendió al punto que su hijo estaba allí

bajo el propio techo que ella, por lo cual redobló sus instancias en términos tan conmovedores, que el severo *conquistador de almas* no pudo menos que acceder a su solicitud. El fraile dio orden para que el indiecito fuese confiado a las atenciones de la madre, pero también le advirtió a ella que a la mañana siguiente, sin falta, a la hora de misa mayor, debía prepararse a abjurar por siempre del culto idolátrico que profesaban ella y su marido, bajo pena de expulsarla de la misión, privándola del privilegio de cuidar el niño, que desde entonces sería tenido como vasallo del establecimiento. Ancáfila convino de pronto en cuanto él le decía, sin darse buena cuenta de ello, por el afán de ver nuevamente a su hijo, y abrazándolo luego contra su pecho en un rapto de amor maternal, fue conducida por un hermano lego a una celda que Fray Fulgencio mandó prepararle y que daba al huerto de la misión.

Cuando se vio sola, y no expuesta ya a la mirada inquisitiva de aquellos que no podían comprender sus sentimientos, dio libre curso a su ternura maternal con tanta energía, que toda otra idea se borró de su mente. Olvidó por algunos felices instantes que tanto ella como su hijo estaban cautivos en poder de aquellos que consideraban como un crimen la religión de sus mayores, que su natural protector desfallecía en el húmedo ambiente de una caverna, atormentado por profunda pena física y moral. No fue sino cuando tocó a vísperas la campana de la torrecilla de *La Fortaleza*, que Ancáfila saltó de la cama de pieles de venado en que se echara al llegar, y en el acto recobró la energía y resolución que raras veces dejan de animar aún a los más débiles individuos de la raza india en la hora de riesgo y dolor.

Desde la ventana a que se había asomado, veía muy bien los negros hábitos de los *Padres*, mientras estos iban con lentitud a la capilla de la misión, y al desaparecer de su vista el último de aquellos a quienes consideraba como sus perseguidores, cerrando la puerta tras él así como entró en el templo, echóse a Califián a la espalda, bien asegurado con su

manta, y bajó suavemente de la ventana mediante un bejuco de flores escarlatas que trepaba por la parte del edificio frontero al jardín. Cortado el aliento por el temor y estremeciéndose a cada ráfaga de aire que movía las hojas de los granados, atravesaba a prisa el espacioso parque, rodeado de un muro muy alto como necesaria precaución contra las incursiones de los venados y de los más dañinos y activos ladrones de la selva, los rojos *araguatos*. En un rincón próximo al río, que corría a la vera del muro, alzábase un guanábano, al cual logró subir Ancáfila, aunque con algún trabajo; luego trepó a una de las ramas inferiores, que sobresalían de la cerca y se dejó caer sin miedo y felizmente sin recibir daño alguno, sobre una macolla de mangle que medraba debajo, junto con un carrizal, y que amortiguó en efecto el golpe de la caída.

Mi señora Rosaura puede imaginar fácilmente con cuánta premura y empeño manejaba Ancáfila el *canalete*, mientras iba río arriba con su liviana canoa. Sin embargo, la fuga se descubrió poco después que ella hubo salido de *La Fortaleza* y la *piragua* comenzó a perseguirla, llena de gente armada con orden de traerlos a ella y a su hijo, vivos o muertos. Ya al cabo de su forzado viaje, a la madrugada siguiente, los perseguidores estaban tan cerca que ella podía oír a veces los gritos de aquellos resonando en los bosques, mientras alentaban o amenazaban a los indios vasallos tripulantes de la *piragua*. En el momento preciso en que ganaba el desembarcadero y estaba saltando a tierra, vio la *piragua* avanzando, mientras rodeaba con rapidez una vuelta del río, a menos de un tiro de ballesta, y al propio tiempo oyó los gritos de triunfo de los soldados, que ya habían logrado descubrirla. La desesperación le dio nuevas energías, y corrió a través de la sabana rumbo a la caverna de Zaraguaca, donde penetró pocos minutos antes de llegar sus perseguidores. Mientras estos se detenían por un momento a la boca de la cueva, porque al principio no les era posible penetrar la espesa tiniebla que reinaba dentro. Ancáfila corría hacia el interior pronunciando el nombre de su cacique; pero

su frenético llamamiento quedó sin respuesta, porque el mortal curare había triunfado y Chanabilú no existía ya.

"Los inmisericordes satélites de la *Trinchera del Despotismo Monacal* se precipitaron por fin en pos de la desventurada Ancáfila. Escapar no parecía posible, pero ella estaba armada a todo evento, aun con el arrebato de la desesperación. Dirigió una última mirada de angustia al cuerpo inanimado de su esposo y luego, apretando al niño contra su pecho, lanzóse al torrente subterráneo en el propio sitio en que se sumerge por entre las grietas de las despedazadas rocas; y desapareció para siempre".

Capítulo XXIII

El puente del brujo. La derrota

Hay un profundo barranco que aún se abre sombrío en el camino de los tiranos; paraje propicio para escarmentar a los invasores, haciéndolos caer en gran número ante un puñado de adversarios. Las cataratas que bajaban del cielo aquella mañana, llenaron el angosto precipicio, hasta la altura del pecho y a una y otra orilla amontonábanse, erguidos y escuetos, enormes peñascos y escabrosos riscos, guardianes con que la naciente libertad protegía los senderos que conducen a sus santuarios de la montaña.

Los Adoradores del Fuego

La división enviada por Morillo, bajo las órdenes de Calzada, con el objeto de atacar el ejército patriota que mandaba Santander, atravesó las pampas de Casanare y llegó al pie de la *Cordillera* sin el menor inconveniente. Los habitantes de las aldehuelas de Betolles, Tamen, etc., situadas al pie de las montañas, habían huido al acercarse el ejército español, por lo cual encontró Calzada grandes dificultades para conseguir un guía que condujese las tropas a través de los intrincados desiertos de la Serranía. Tras muchas y diligentes pesquisas por los contornos, una de las partidas exploradoras se presentó al campamento con el *maromero* y con la familia de este, quienes habían estado exhibiendo sus habilidades entre los *serranos* y ya venían de regreso hacia las llanuras.

Tras riguroso interrogatorio, el general descubrió que el chinganero conocía muy bien los diferentes pasos de la montaña y las veredas que guiaban a ellos por entre la selva, aunque por innata aversión a toda especie de obligaciones o por miedo a indisponerse con los patriotas manifestaba evidente repugnancia a ejercer el oficio de baquiano. Sin embargo, Calzada lo puso bajo estrecha custodia de la vanguardia con

orden de fusilarlo en el acto si trataba de escaparse o desempeñaba de mala fe la misión que se le había impuesto; su familia y demás compañeros quedaron en libertad de proseguir viaje, y el ejército penetró en los escabrosos desfiladeros de la baja cordillera.

El avance de las tropas por aquellos apartados parajes fue necesariamente lento, aunque no interrumpido por obstáculo alguno que detuviese la marcha; pero a medida que la trocha ascendía, siguiendo el curso de los torrentes, los soldados no eran ya capaces de mantener la regularidad de sus columnas. Semejante situación se presentaba de fijo en los vados que había que atravesar con frecuencia, porque parte de la tropa se amontonaba en cada paso, mientras aquellos que ya habían ganado la otra orilla dábanse prisa por alcanzar a sus camaradas. A causa de esto era necesario hacer repetidos altos durante el día, para impedir la dispersión de la gente; con este objeto solían comunicarse órdenes mediante cornetas estacionados a intervalos en toda la extensión de la línea, pues resultaba imposible en muchos puntos del camino trasmitir un mensaje por cualquier otro medio. En la noche, las tropas vivaqueaban por pelotones, tendidas en la ruta alrededor de las hogueras, para alimentar las cuales podían recoger en el bosque abundante provisión de leña seca.

Los españoles marcharon así durante dos días, sin que sus partidas de batidores comunicasen alarma alguna ni se viesen enemigos por las cercanías; pero la tarde del tercer día, el oficial que conducía la vanguardia envió un mensajero para anunciarle al general que el ejército insurgente ocupaba una altura que dominaba el camino por donde, según el baquiano, era necesario pasar. Al recibir este parte, Calzada se adelantó con su Estado Mayor hasta el frente del ejército con el fin de reconocer las posiciones del enemigo y hacer los aprestos requeridos para un ataque.

Encontró su vanguardia detenida ante un puente natural, formado por dos bloques de rocas que, minadas por las lluvias o precipitadas

de su asiento por algún terremoto habían caído una contra otra y se mantenían firmemente unidas entre las dos orillas del abismo. Aún no se podía ver sino un reducido piquete de las fuerzas enemigas, pero el oficial del frente aseguró a Calzada que del otro lado había oído cornetas y las guaruras de los belicosos indios de Socorro, en diferentes partes del bosque, lo cual no permitía poner en duda que los insurgentes se proponían enfrentárseles allí.

Como el puente, situado a cierta profundidad dentro del abismo, era angosto y de difícil acceso, de modo que solo unos cuantos soldados podían pasarlo a un mismo tiempo, las tropas se veían expuestas inevitablemente a padecer grandes bajas, antes que pudiesen pasar en número suficiente para emprender el ataque de la posición a menos que se ejecutase alguna diversión. En consecuencia, Calzada reconoció con detenimiento el barranco, tanto por la parte de arriba como por la parte inferior del paso, y así logró descubrir dos puntos distantes por donde creyó posible que soldados ágiles e intrépidos bajasen de árbol en árbol y que después de vadear el torrente ganasen la margen opuesta con la ayuda de raíces y maleza. A dos compañías de los *Cazadores de la Reina* se ordenó ejecutar aquel arriesgado e importante servicio, y habiendo conducido hasta los sitios escogidos a los oficiales que mandaban la una y la otra, Calzada hizo que estudiasen el camino que debían seguir, mientras había luz suficiente para observar el terreno. Tan pronto como cerrase bien la noche, a fin de ocultar la aproximación, debían pasar con sus respectivas compañías, con todo el silencio posible, y acercarse a los flancos del enemigo cuanto pudiesen sin peligro de ser descubiertos.

El taimado chinganero se mostraba solícito por el buen suceso de la empresa y habiéndose ofrecido para guiar una de las compañías, se le destinó para conducir la que debía pasar el abismo por la parte de arriba. Hacia medianoche, hora en que Calzada suponía que ambos

destacamentos habrían llegado ya al lado opuesto, se dispararía un cañoncito como señal para emprender el ataque por diferentes puntos contra el enemigo; la vanguardia, seguida de todo el ejército, debía entonces desfilar por el puente e ir al asalto de la posición, confiando en que los insurgentes sorprendidos al verse atacados por tres lados de modo simultáneo, no podrían oponer sino muy débil resistencia.

Cuando Calzada hubo regresado a su puesto en el centro, dictó las órdenes preparatorias del caso, y las tropas examinaron con cuidado las llaves de sus fusiles, los cuales cargaron en previsión de que ocurriese un serio encuentro antes de amanecer. Cumplida aquella obligación encendieron hogueras a cortos intervalos y se afanaron en preparar el rancho vespertino, pues la inminencia del peligro no tiene en modo alguno el efecto de quitar el apetito a los soldados, como podría imaginárselo un ciudadano pacífico.

Las sombras nocturnas caían rápidamente sobre las profundas hondonadas de la montaña, más tenebrosas aun por contraste con un pico solitario de Los Andes, que lejos, al norte, reflejaba aún los últimos rayos del sol poniente, desde su nevada cumbre, semejante a una pequeña nube cónica de color rojo vivo. Las blancas y tupidas nieblas otoñales comenzaban a ascender de todos los escuálidos arroyos de la profunda garganta, por donde el torrente de invierno precipita su impetuoso curso cuando baja de las profundidades de la selva donde nace. Así como se iban alzando lenta y majestuosamente, las nieblas ocultaban a la vista de los españoles el *Puente del Brujo* y los bosques opuestos, donde el ejército patriota se mantenía a la expectativa y listo del todo para afrontar el ataque de medianoche. Terminado el rancho, las tropas se acostaron a descansar durante el breve tiempo que faltaba aún para entrar en acción y se entregaron al reposo con tanta quietud como si hubiesen estado en cuarteles de invierno, seguros contra toda

clase de molestias, hasta el toque de diana. Gradualmente apagábase el sordo zumbido de la multitud junto con la frecuente

loud laugh, that spoke the cavant mind

a los cuales se sucedía el silencio, como si los adversarios que dentro de algunas horas iban a chocarse en lucha mortal, estuviesen ya sepultados en la quietud de la tumba. No se oía ni un rumor, fuera del eventual y vivo alerta de los centinelas, cuando las patrullas pasaban en ronda; y de tiempo en tiempo el lúgubre graznido de la lechuza, semejante a la risa incoherente de un loco, resonaba a través del barranco.

Cuando llegó la hora convenida, el propio Calzada condujo las dos compañías que se destinaban a atacar por los flancos la posición enemiga, y después de repetir sus órdenes y advertencias a los jefes y de verlos descender al barranco tupido de bosque, volvió a la vanguardia, donde se mantuvo listo para dirigir el avance.

El oficial que mandaba la partida que el chinganero quiso guiar de propio grado, desconfió un poco al principio de la fidelidad del baquiano, pero a causa de la aspereza y pendiente de la cuesta era imposible continuar aplicando la precaución adoptada por la vanguardia consistente en llevarlo atado en uno de los cuerpos delanteros. Al fin se desecharon todas las sospechas, gracias al empeño que manifestaba el guía para que se evitase en lo posible todo ruido, y a la actividad con que se lanzaba de árbol en árbol, ayudando en veces a los soldados y oficiales, cuando cualquier paso peligroso parecía requerir su asistencia. La partida bajó sin accidente alguno hasta el lecho del torrente, que apenas daba más arriba de la rodilla, y comenzó a escalar el opuesto declive con lentitud y silencio. En esta forma habían llegado ya a una pequeña plataforma roqueña, que apenas les ofrecía espacio para mantenerse y

desde la cual el único medio de salir al terreno donde acampaba el ejército patriota, consistía en trepar por el flanco de un abrupto precipicio, con el auxilio de un grueso y solitario *bejuco* que descendía de la selva.

El *chinganero* subió por este con la agilidad adquirida en el ejercicio de su profesión y tendió la mano cuando el oficial estuvo al alcance de los matorrales que crecían en la orilla, como si tratara de ayudarlo a ganarla; pero apenas había llegado el español al borde del barranco y procuraba asirse a las raíces salientes de un árbol, cuando el indio, sacándole en un santiamén la espada de la funda, le dio un tremendo corte en las manos, haciéndolo soltar su sostén y rodar al precipicio. En la caída el oficial derribó a varios de los soldados, por la posición insegura en que se hallaban y mientras estos rodaban de cabeza, *quebrada* abajo, se les fueron del seguro dos fusiles que alarmaron el campamento patriota con sus disparos, repetidos por los ecos de la montaña.

La patrulla más próxima corrió al sitio de donde se oyeran salir los tiros y encontró al *chinganero*, conocido de la mayor parte del ejército, blandiendo la espada del oficial español y proclamando su bien ejecutada traición. En breves palabras explicó al sargento de la patrulla el riesgo de que había librado a los patriotas y le advirtió el que los amenazaba aún si no acudían pronto a repeler el ataque correspondiente, que debía esperarse por el otro flanco. El sargento lo encaminó en el acto a Santander y abrió un fuego mortífero sobre la indefensa partida de asaltantes que estaban dentro de la quebrada y que se veía claramente a la luz de las estrellas. Muchos de estos cayeron heridos de muerte o de gravedad, mientras su desventurado jefe, aunque casi impedido por el sablazo y las magulladuras de la caída, empeñaba en sacar a su gente de aquella crítica situación, ya que se había perdido toda esperanza de ejecutar la empresa que se le confiara.

Entre tanto la otra compañía de cazadores que logró atravesar la quebrada y ganar la altura sin ser vista, se ocultaba en la maleza esperando la señal convenida para emprender el ataque, y al oír los disparos supuso

que sus compañeros hubieran sido descubiertos antes de tiempo. Pronto se vio obligada a disputar el terreno que se había aventurado a ocupar, pues Santander, ya instruido por el chinganero del punto por donde probablemente amenazarían su posición, destacó dos compañías de *Pardos de Barlovento* para interceptarla y desalojarla. Y aunque estos soldados mulatos avanzaban con el cauteloso andar de los indios cazadores y no se veían entorpecidos por zapatos ni cotizas, su proximidad fue revelada a los *Cazadores* por el crujir de las hojas secas y el roce de las ramas, mientras ellos avanzaban con rapidez en dos columnas cerradas. Ya a veinte pasos de los matorrales, donde los realistas se mantenían silentes e inmóviles como estatuas, los Pardos se detuvieron a escuchar por un instante, y el oficial español aprovechó la coyuntura para gritar: "¡Apunten! ¡Fuego!".

La orden fue seguida de un vívido relámpago que surgió de la boca de los fusiles y de una estrepitosa descarga que resonó como un trueno a través de la selva; produciendo no pocos estragos entre las cerradas columnas, a las cuales se la dirigió con toda la serenidad y cálculo de la disciplina.

Los patriotas se confundieron por un momento ante la sorpresa de encuentro tan imprevisto, pero concentrados en breve por sus oficiales se desplegaron en líneas y abrieron un nutrido aunque irregular fuego contra sus contendores. Calzada había tomado asiento en el tronco de un árbol caído cerca de la hoguera de la vanguardia, escuchando con ansiedad todo ruido distante y mirando con no disimulada impaciencia ora su reloj, ora las estrellas que brillaban con su habitual resplandor en el girón de cielo azul profundo visible sobre la hondonada. Sus ojos avizores percibieron el fogonazo de las armas disparadas accidentalmente por la caída de los soldados y las explosiones que se siguieron, le arrancaron la impaciente exclamación de *"¡Malaya la suerte!"*. Sin embargo tomó una pronta resolución al oír los fuegos de la patrulla y el rápido redoble de los tambores mezclado con las penetrantes notas de los clarines que resonaban por todo el campamento patriota. Despachó un ayudante con la

orden para que el cañón de señales fuese disparado en el acto, y sin más retardo mandó avanzar la vanguardia hacia el puente.

Antes de que el ayudante de campo pudiese llegar al sitio donde estaba colocado el pequeño *pedrero*, comenzaron los fuegos entre los *mulatos* y los *cazadores*, golpe que no produjo el efecto que se había prometido Calzada, porque dio poca molestia a Santander, ya en cuenta por el *chinganero* de la fuerza efectiva de los asaltantes.

La vanguardia española siguió a su oficialidad, a través del puente roqueño, armas en balanza, y con tanta rapidez como lo permitía el escabroso terreno. El reducido piquete apostado allí por los patriotas, más con el propósito de observar que de combatir, disparó al acercarse los realistas, retirándose en el acto hacia el grueso del ejército, en cumplimiento de las órdenes de Santander, cuyo plan consistía en empeñar una acción decisiva con Calzada, si era posible, para lo cual determinó permitir que la mayor parte del ejército enemigo cruzara el puente, antes de trabar la pelea. A este fin retiró sus tropas y las situó tras las altas rocas que dominan el desfiladero que conduce al *Puente del Brujo*, donde permanecieron ocultas hasta que hubo pasado todo un regimiento y el puente se veía lleno con las fuerzas de los demás cuerpos que corrían al ataque. Los patriotas aparecieron entonces de modo simultáneo, y abrieron un fuego nutrido contra los realistas, quienes no se mostraron remisos en corresponderles. La superior disciplina y actividad de los últimos, les permitió hacer obstinadísima resistencia, procurando, siempre que se los permitía el terreno, trabarse con los insurgentes y desalojarlos de su posición a punta de bayoneta; pero solo unos cuantos pudieron trepar por los escarpados peñascos, viéndose invariablemente rechazados por los criollos, que eran más ágiles y también más diestros en el manejo de toda clase de arma *blanca*.

El general español, que había avanzado en persona con el centro del ejército, se vio detenido a mitad del puente por el tropel que forcejeaba

en vano por llegar al teatro del conflicto. El desorden del amontonamiento llegó a tanto que muchos fueron precipitados al abismo y nadie podía avanzar, excepto los que pasaban por encima de los cadáveres y de los moribundos para caer a su turno en una desesperada tentativa por llegar a terreno limpio. Calzada juzgó oportuno emprender la retirada con el objeto de salvar el resto de su ejército, pero para ello tuvo que darse a conocer de los soldados que lo rodeaban más de cerca, porque no lo habían reconocido a causa de la oscuridad y confusión. Toda tentativa para abrirle campo resultó completamente inútil, por lo cual los soldados lo alzaron en hombros y lo pasaron así de fila en fila hasta que llegó a la retaguardia, donde expuso a los oficiales, a quienes halló ávidos de avanzar e impacientes por el retardo, la difícil y peligrosa situación de los regimientos de vanguardia; luego les ordenó que hicieran retroceder a los soldados y los condujesen al valle en busca de algún paso más accesible.

Los *Cazadores* realistas en lucha con los *Pardos de Barlovento*, casi dos veces más numerosos que ellos, habían mantenido por largo tiempo un combate desigual y al fin tuvieron que retirarse precipitadamente dentro de la *quebrada*, dejando tres cuartas partes de sus compañeros en el terreno disputado con tanto brío. Por consiguiente, los fuegos cesaron en aquella dirección y los ¡vivas! de los triunfantes *mulatos* que corrían al combate, alentaban a los patriotas en la misma proporción en que afligían a los realistas.

Una retirada nunca deja de producir desaliento, pero especialmente ocurría así con el ejército de Calzada, por la situación en que se encontraba. Los españoles habían avanzado al ataque con la seguridad inspirada por la supremacía en disciplina y número, y además con la esperanza de cambiar las fatigas y privaciones que de modo tan tremendo experimentaron en los Llanos por el descanso y abundancia de los acuartelamientos en Nueva Granada. En vez de esto habíanse visto

derrotados por los desdeñados insurgentes y peor que todo, tenían que abandonar a sus camaradas aun comprometidos en un combate sin esperanza de triunfo. Los gritos de victoria entre los cuales se oían aún a las claras los disparos graneados de mosquetería, semejaban acusar de traición y cobardía al ejército en retirada.

Santander, como era costumbre entre los jefes patriotas, había sido uno de los primeros en el combate, y ahora se adelantaba hacia el puente para prohibir todo nuevo avance de sus tropas hasta que la luz del día permitiese descubrir y evitar cualquier emboscada que les hubieran tendido. A las primeras luces del alba destacó *Pardos de Barlovento*, apoyados por los indios de Socorro, y con la orden de seguir el curso del barranco por el lado que ocupaban entonces, a fin de oponerse a cualquier tentativa que hicieran los realistas para atravesarlo.

Calzada, por su parte, y con el objeto de proteger la retaguardia del ejército, tuvo la precaución de apostar numeroso cuerpo de tropas, que aún no habían combatido, en el terreno que ocupara primero la vanguardia; así, los que estaban en el *Puente del Brujo* desfilaron de modo gradual, en pos de aquellos que ya iban en retirada. El desfiladero donde se libró la batalla hallábase repleto de cadáveres, sobre los cuales los supervivientes, con toda la implacable animosidad de la *guerra al cuchillo*, luchaban con sus adversarios, que al fin se habían lanzado por las empinadas laderas, impacientes con el aburrido sistema de exterminio puesto en práctica durante el prolongado combate. El grito de guerra español de ¡Santiago por el Rey! se hizo más débil y menos frecuente, hasta que ya no volvió a levantarse ni una voz en respuesta al vibrante grito de ¡Viva la Patria! Santander se puso entonces a la cabeza de sus tropas y salió tras el ejército fugitivo, pero como los españoles le llevaban algunas horas de ventaja no pudo alcanzarlos sino cuando el sol estaba ya muy alto. La retaguardia enemiga maniobró entonces con tanta habilidad y sangre fría, haciendo frente en cada paraje propicio

para cubrir la retirada de sus compañeros, que el general patriota vio burlados sus esfuerzos en el sentido de comprometerlo a un segundo combate; sin embargo, continuó persiguiéndoles de cerca, con el resultado de que Calzada desistiese de intentar otra vez el paso de la quebrada, especialmente porque las cornetas de los *mulatos* de Cumaná y la todavía más disonante música guerrera de los indios, que sonaba por intervalos, parecía indicar la presencia de un ejército formidable en el bosque de enfrente.

En consecuencia Calzada se retiró hasta la aldea de Betolles, desde donde despachó un posta para comunicarle a Morillo, en Achaguas, el fracaso padecido en la tentativa de pasar la Cordillera, y pedirle el pronto envío de refuerzos.

Capítulo XXIV

El consejo de guerra. Cuartel general español

¡Patricios! Henos aquí reunidos otra vez en consejo, a causa de la aproximación de César. ¿Cómo habremos de tratar a este hombre ambicioso? Patricios, declarad vuestras intenciones: ¿estáis aún resueltos a resistirle y combatirle hasta lo último?

Catón

Morillo recibió la noticia de la derrota de Calzada en momentos muy pocos propicios para socorrerlo, porque su misma situación era más grave cada día.

El Apurito, río mucho más ancho que el Arauca en el tablazo que forma cerca de Achaguas, es tan llano a consecuencia de su latitud y tiene tantos bancos de arena en aquel paraje, durante la estación veraniega, que solo en canoa puede llegarse a la población, de modo que todas las lanchas y cañoneras se ven forzadas a anclar y descargar entre los altos peñascos de El Barrancal, cosa de media milla más arriba. Una de las mencionadas embarcaciones, despachada de San Fernando con gran cargamento de municiones para el ejército realista, encalló en un bajío, mientras se dirigía al desembarcadero, siendo observada en semejante aprieto por uno de los campos volantes de la caballería de Páez, que sin cesar exploraban la tierra en todas las direcciones. Sin vacilar un momento, los llaneros se lanzaron a caballo y a nado hasta la orilla en que yacía la lancha, cuya tripulación, y el reducido destacamento que la custodiaba, resolvieron abandonarla y huir, convencidos de que toda

resistencia era inútil; tras lo cual, los llaneros quemaron el barco y regresaron otra vez a nado. La explosión fue claramente oída en el campo de Morillo y pronto se supo su causa con la llegada de los fugitivos, que apenas lograron salvar la vida.

Al propio tiempo, una partida exploradora de los realistas, que se había aventurado a esguazar el Apurito, y a acercarse al campamento de Bolívar, cuanto lo aconsejaba la prudencia, informó haber descubierto las banderas *tricolores* de tres o cuatro cañoneras venezolanas, ancladas más abajo de Achaguas, cerca del *Trapiche de Gamarra.* Morillo sabía muy bien que estos barcos constituirían grave molestia para su ejército en cuanto las crecientes periódicas del río les permitiesen aproximarse a tiro de cañón, sobre todo porque su parque de artillería estaba muy mermado a causa del hundimiento de una balsa en el Arauca, además de la pérdida de dos cañones, abandonados últimamente en los bosques de Cunaviche, y de los inutilizados al quemarse sus cureñas, cuando Páez incendió la sabana de Merecure. Así, pues, reunió un consejo de guerra, compuesto de sus generales y primeros oficiales, para deliberar sobre el mejor partido asumible en aquellas circunstancias. El ayudante de Calzada llegó con sus despachos mientras el consejo discutía si era mejor conservar la posición de Achaguas hasta el próximo verano o retirarse a Caracas durante la estación de las lluvias.

El fogoso y caballeresco general La Torre habló de la retirada con grandísimo escarnio, apoyado enérgicamente por el veterano Brigadier Jiménez, a quien se conocía mejor en ambos ejércitos por el sobrenombre de *El Caricortado*, a causa de una herida de sable que había desfigurado sus genuinas facciones marciales. Estos veteranos manifestaron el borrón que echaría sobre el ejército de su Majestad Católica, Fernando VII, una retirada ante los rebeldes, y predijeron que la audacia de los insurgentes subiría de punto si por un solo instante se les daba a entender que habían logrado expulsar a los realistas de las

sabanas. También recordaron al consejo que el virrey de Nueva Granada se veía entonces en trance muy difícil, por lo cual era de capital importancia prevenir que el archirrebelde Simón Bolívar se reuniese con Santander, cosa que no podría impedírselo sino manteniendo la posesión de Achaguas. En particular, Jiménez dijo y redijo que tolerar la entrada de Bolívar en el *Entre-Andes* sería tan peligroso como echar *una chispa en la Santa Bárbara*[79].

Al contrario, el cauteloso gallego Morales, junto con el calculador y tímido Joaquín Navarrete, aconsejó la retirada, por lo menos hasta Calabozo o El Sombrero, burlándose de que Bolívar pudiese marchar con su ejército a Nueva Granada, pues la estación era ya muy cruda para que le fuese posible acometer semejante empresa con sus tropas, todas naturales de las tierras calientes de Guayana, Cumaná y Barcelona. Los dos generales aseguraban que el solo deshielo retardaría tanto la marcha que les sería imposible atravesar el Páramo de Pisba, o les impondría tan tremendo esfuerzo a sus tropas que los sobrevivientes serían derrotados con facilidad por el general realista Barreiro, que estaba en camino de Bogotá a Tunja, según las últimas noticias, y pronto recibiría el refuerzo de la división de Calzada.

En aquel momento se anunció la llegada del ayudante, a quien, introducido en el acto por orden de Morillo, expuso el desastroso desenlace de la expedición a la Cordillera y se retiró luego, quedando los del consejo sumidos por algún tiempo en profundo silencio, el cual por último interrumpió Morales, con la observación de que la mala noticia le confirmaba aún más en su primera opinión. Encareció la absoluta necesidad de volver a Caracas para proteger la costa, advirtiendo a sus colegas que cualquiera insurrección de importancia que ocurriese en aquella zona, durante la ausencia del ejército, apoyada como lo sería por la escuadrilla del insurgente almirante Brión, interceptaría las comunicaciones con España, único centro de donde entonces les era dado esperar refuerzos y abastos.

Como semejante argumento no fue contradicho y Morillo se inclinaba a la misma opinión, se convino en desocupar la provincia de Barinas para conducir el ejército a los cuarteles de Valencia, La Victoria y demás poblaciones de los Valles de Aragua. Al propio se le llamó de nuevo y se le ordenó prepararse para que regresara inmediatamente a Betolles, con despachos dirigidos a Calzada, a quien se le mandaba atravesar el Apure por Nutrias y seguir a San Carlos, a través de Obispos en la alta Barinas.

Los jefes abandonaron luego el Consejo, y se trasladaron a sus cuarteles para dictar las usuales órdenes de marcha a sus respectivas divisiones. Divulgada rápidamente la noticia, tanto la plaza como el campo de revista, a orillas del Apurito, se vieron invadidos por grupos de oficiales que censuraban la medida con la libertad que suele usarse en un campamento. El joven La Torre, bien informado de la opinión de su padre cuanto a la conveniencia de que el ejército invernase en Achaguas, opinión a que él compartía cordialmente, no pudo contener su indignación.

"¡Bonito cuento vamos a contar cuando regresemos de nuestra campaña a Caracas! ¡Realmente las armas de Su Majestad Católica han adquirido nuevo brillo durante su visita a los Llanos! Es cierto que Sancho Panza, el más sentencioso de los escuderos, dice: "Do quieren los Reyes van las leyes", pero yo creo que a nosotros no nos queda otro camino sino ensillar o coger las de Villadiego. ¡Voto a tal! que si yo hubiera tenido voz en el asunto nos mantendríamos aquí por lo menos hasta la primavera. También parece que a Calzada lo rechazaron en esa maldita Cordillera de que tanto se habla, pues así lo pongo en claro por la cara de su ayudante el andaluz Ortega, aunque él se muestra tan impenetrable como un *Padre Confesor".*

En esto La Torre fue interrumpido por su sargento, quien le presentó el libro de órdenes para que lo pasase por la vista.

"¡Bien puede llevarse su libro, Rodríguez! Adivino lo que dice. Salimos mañana para el norte, ¿no es eso?".

El sargento inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero hizo hincapié en que allí había una orden especial que concernía muy de cerca a "su merced don Pedro".

"Veamos, pues… ¡aquí está! 'El primer escuadrón de Lanceros del Infante ocupará la plaza de Achaguas durante dos horas después que haya salido la retaguardia de la infantería'. Podría jurar, sin temor de condenarme, que mi digno *taita* ha dictado esta orden. Desea ofrecerme coyuntura, hasta en el último instante, para ganar ascenso o dejar el puesto libre; pero temo que ya sea muy tarde para que yo pueda abrigar la esperanza de cambiar mis charreteras por galones[80] en esta campaña. Puede leer la orden a las tropas, Rodríguez, y dígale a mi asistente que me cuide bien el caballo esta noche".

El sargento encontró desmontados a los jinetes, cerca de la iglesita aldeana que les servía de cuartel, y con la meticulosidad que es de uso en el servicio español, llamó primero a los otros sargentos y cabos para comunicarles la nueva, ya sabida o sospechada por la mayoría de ellos, pues nada se divulga tan presto en un campamento como la noticia de un cambio de acantonamiento, porque ello es siempre grato para el trashumante soldado, aunque se le vaya a mudar de un sitio bien acondicionado para otro que carezca de semejante ventaja. Unánime regocijo produjo entre ellos la confirmación oficial del rumorado abandono de los Llanos (que detestaban con sobrada razón) por la serranía, cuyo nombre mismo les sugería recuerdos de buenos cuarteles y abundantes raciones.

Rodríguez se volvió hacia las tropas para leerles la orden del día con la sonora voz que por tanto tiempo estaban acostumbradas a obedecer, y cuando hubieron oído la parte referente al servicio de la mañana, que les interesaba más de cerca, porque pertenecían al primer escuadrón,

algunos de los *bigotones* más viejos, después de manifestar su aquiescencia, prorrumpieron en gritos de "¡Viva Morillo!...". "¡Viva nuestro capitán La Torre!".

Rodríguez los escuchó un momento con el semblante placentero que serenó sus adustas facciones gallegas, y en seguida, "apagando su sonrisa familiar con una austera mirada imperiosa", al estilo de Malvolio[81], ordenó silencio con la mano y todos callaron al punto. Avanzado que hubo tres pasos al frente la primera fila, el sargento comenzó a recitar la *Oración* a la Virgen, de acuerdo con la plausible costumbre española que impone al sargento mayor de cada compañía el deber de presidir la Oración a la virgen: *Salud* (sic.) *María, Reina eres del cielo*, etc., mientras, a cada pausa, resonaba en los oídos la respuesta de los soldados en la majestuosa lengua de Castilla.

Luego comenzó la retreta ante la residencia de Morillo y prosiguió recorriendo la población, precedido como de costumbre por el gran farol de ronda, conducido en una vara. Las cajas pífanos alternaban con una banda militar, ejecutando esa combinación de vivos y quejumbrosos aires españoles, que parecen muy adaptables a la monotonía de un campamento y que tanto armonizan con la asendereada vida del soldado. Las tropas regresaron después a sus respectivas barracas, donde, a la luz de la luna, se acostaron en los corredores, olvidándose en breve de la marcha que emprenderían por la mañana.

Los oficiales, no sujetos a recogerse tan temprano, se reunieron en sus diversos corredores, que eran las *salas* en las casas de los principales emigrados, amuebladas para el regocijado empleo que se les daba al presente, mediante una rara mezcla de utensilios de campamento, sillones con forros de guadamecí y antiguos sofás, cuyos cojines de lucientes bordados habían recibido mucho estrago de las botas y espuelas de los nuevos ocupante**s**. Tales asientos se hallaban colocados en torno a grandes

mesas macizas de negra caoba, cubiertas parte con el contenido de las cantinas y parte con fuentes, copas, etc., recogidas por los ordenanzas en las desiertas moradas. Muchos artículos de plata, por las cuales solía celebrarse en otro tiempo a las Colonias, habían sido allegados en una u otra forma durante la campaña y ahora brillaban sobre las mesas, junto con humildísimos vasos de coco y totuma.

En los propios clavos que sostenían en las paredes las enmarcadas imágenes de los santos, revestidas con los mismos colores y doraduras espléndidas de Bogotá y Quito, colgaban sillas y frenos y atavíos de todo género. Las veneradas imágenes, por lo común colocadas sobre repisas en rincones y nichos, especialmente las del severo San Antonio de Padua y de sus más adustos compañeros San Francisco de Paula, se veían ataviadas de cascos o morriones. Detrás de las puertas yacían los fusiles o carabinas y sables de los asistentes, y junto a las ventanas y en los corredores los caballos, atados en hileras, comían su pienso y descansaban sobre el muelle lecho de pasto que los forrajeros habían traído de los cercanos plantíos.

La mesa de los oficiales había vuelto a servirse con alguna abundancia desde que se reanudaron las comunicaciones con San Femando, y las risas y canciones resonaban con el júbilo característico de una noche de despedida en cuarteles de provincia.

Capítulo XXV

La marcha. El ataque. La rota

El combate ha concluido... un mismo sol ha visto ganarse y perderse la batalla: el campo está cubierto de cadáveres y moribundos; allí el valiente que se mantuvo firme y el cobarde que huyó, y suena el saludo marcial de los clarines cuando se congregan los guerreros victoriosos.

El Trovador

La mañana sorprendió a muchos de los jaraneros aún en torno de las mesas, y los alegres sones de la diana les anunciaron que ya era tiempo de cumplir con las graves atenciones y deberes del servicio. Mientras atravesaban aprisa las solitarias calles, a la tenue luz de una aurora otoñal, surgían de cada barraca enjambres de soldados, como abejas del colmenar, con todo el aliento y vivacidad producidos por una noche de completo reposo, y por la consideración de que aquel era el día fijado para la marcha, pues todo campamento, escenario bullente en toda ocasión y en cualesquiera circunstancias, lo es más aún en una mañana como esta; cada corazón late más de prisa ante la perspectiva de un cambio de plaza, y entonces comienzan las chanzas que el consentimiento lícito de los soldados suele permitir durante el relajamiento temporal que se produce en las filas.

Luego que se pasó revista, tocaron a *generala* los tambores de todo el ejército, reunido en la *plaza*. Los regimientos, que avanzaron por diversas direcciones al mismo lugar de concentración, se formaron alrededor de la plaza. Y los abanderados, con escoltas de piquetes de granaderos, conducían las banderas pertenecientes a cada cuerpo, las cuales fueron recibidas con

presentación de armas y redobles de tambor. Por fin apareció Morillo, a caballo, en medio de la plaza, rodeado de su Estado Mayor; dio la orden de partida y las tropas abrieron marcha hacia San Fernando; cada banda, al pasar junto al jefe, ejecutaba el alegre *paso redoblado.*

La caballería fue la primera que se puso en camino, al galope con el objeto de pasar el Apure antes que nadie, para obviar así el retardo y el riesgo a que se habría expuesto yendo a la zaga de la gente de a pie, y cuando hubo desaparecido el último rezagado, penetró en la plaza un escuadrón de lanceros, a las órdenes de La Torre, que mandaba el destacamento como capitán de la primera compañía. Ya formados sus jinetes ante la iglesia, le llamó Morillo, aún allí en espera suya; el general le hizo observar que como el ejército debía atravesar el Apure en cuanto llegase a San Fernando, era necesario protegerlo contra cualquier molestia que pudieran causarle los campos volantes de caballería insurgente que a su parecer no dejarían de entrar en Achaguas así como se diesen cuenta de la retirada, y de hostigar la retaguardia, si no se trataba de impedirlo. En consecuencia ordenó a don Pedro que permaneciese en la plaza durante cuatro horas, en vez de las dos fijadas en la orden general, y que luego se retirase con lentitud, parándose aquí y allá en cualquier terreno despejado a fin de que el ejército tuviese bastante espacio para pasar el río.

Morillo emprendió entonces la marcha, y La Torre, después de ordenar que se apostase un centinela en la entrada de un angosto sendero que conducía por el corral a los plantíos, dispuso que el escuadrón se desmontase. Los oficiales entregaron sus bestias a los asistentes y avanzando hacia el centro de la plaza, se dieron a fumar cigarros.

Entre el grupo de fumadores se destacaba el capitán de la segunda compañía, pastuso de atezadas y duras facciones llamado don Ramón Bamóndez, a quien se había admitido en el regimiento por recomendaciones del virrey Sámano, especialmente por ser natural de Pasto[82],

ciudad leal *por excelencia*, que durante la guerra suministró más voluntarios a la causa realista que cualquiera otra comarca de Colombia o tal vez que toda Suramérica. Aunque obligados a tolerar como camaradas a estos criollos realistas, los oficiales españoles no podían fraternizar con ellos, pues aun los más liberales de sus camaradas europeos los herían en lo más íntimo con su franca hostilidad respecto a los americanos, ya que los *godos hidalgos* consideraban como desmedida pretensión de los *trigueños* (calificativo que daban a estos habitantes de las Indias) el querer alternar de quien a quien con los blancos.

Los criollos realistas, convencidos de que se les "repudiaba por su color", proponíanse encubrir a los ojos de los demás, y aun a los propios, aquel sentimiento de inferioridad, afectando íntima camaradería con los europeos de igual graduación en las filas del Rey, quienes los trataban siempre con reserva y guardando la distancia, pues aun cuando tenían por costumbre tutearse[83], o llamarse *camaradas*, ponían cuidado especial en dirigirse con el puntilloso título de "señor don Fulano o Perencejo, etc.", a todos los criollos que alardeaban de familiaridad.

Grande fue el disgusto de La Torre cuando Bamóndez se dirigió a él, con el dictado familiar de *amigo*, para averiguar si Morillo le había comunicado alguna nueva orden relativa al escuadrón, durante la breve conversación que acababan de tener; don Pedro le respondió lacónicamente y volviéndose hacia un joven teniente europeo, recién promovido para llenar la vacante dejada por Castro, comenzó a discutir los méritos relativos de los animales de su caballería, o algún otro punto de análogo interés. En esto se entretuvo hasta que regresó de su recorrida el oficial encargado del relevo de los centinelas, quien informó que el lancero apostado en el corral había visto algunos jinetes enemigos explorando la orilla del bosque. El propio La Torre interrogó al centinela acabado de reemplazar y supo que unos diez jinetes que pertenecían a la Guardia de

Honor de Páez, según lo demostraban las negras flámulas de sus lanzas, habían avanzado hasta el morichal a tiro de fusil del corral, donde se mantuvieron un rato y luego se internaron despacio en el bosque.

"¡Señores oficiales, a sus puestos!" dijo La Torre. ¡Lanceros, prepárense a montar! ¡Monten!".

Apenas se había sucedido al ajetreo de los preparativos la rigidez y quietud de un cuerpo bien disciplinado, en espera de un ataque, cuando se oyó un disparo de pistola, seguido del retumbo de los cascos de un caballo que se acercaba a todo correr.

"¡Han corrido a nuestro centinela!, murmuró Rodríguez, el sargento veterano, apostado a derecha de la línea, detrás de su capitán. Me atrevería a apostar por el ruido de las *herraduras* que no es un caballo llanero".

El lancero entró en la plaza a todo escape, pero refrenó acercándose al escuadrón y cuando pasó cerca de La Torre, camino a la retaguardia, solo dijo en voz baja con verdadero laconismo y serenidad castellanos: "¡ya vienen!".

"¡Firmes, muchachos! ¡Calen lanzas!", fue la única respuesta, y a esta voz "se tendieron las lanzas al punto, como cañas que se inclinan ante la tempestad".

Se oyó avanzar el tropel de una fuerte columna de caballería, la cual se dividió en llegando al terreno despejado cerca del corral. Un destacamento torció a la izquierda con el propósito de penetrar en la plaza por la esquina cercana a la casa parroquial, mientras el otro avanzaba hacia la iglesia. Ambas partidas aparecieron a un tiempo, dando ruidosos y entusiastas ¡vivas! que redoblaron al ver a los españoles aguardándolos en formación.

Antes que hubiesen tenido tiempo de formar, La Torre ordenó a Bamóndez que atacase el pelotón de caballería rebelde más próximo a él, y moviendo su propia gente hacia la derecha la condujo a *rienda suelta* contra el enemigo por el otro flanco de la plaza. Siempre que lucha caballería

con caballería, el cuerpo estacionario lleva la peor parte y en el presente caso el empuje de la carga dada por La Torre, casi desbarató la línea contraria. La mayoría de los realistas, impulsados por el ímpetu de sus corceles, penetró por los espacios abiertos en las filas patriotas para facilitar el continuo juego de las lanzas, y entremezclados así ambos contendores, prescindieron de las lanzas, como por mutuo acuerdo, y desnudando los sables, emprendieron terrible melé.

A todas estas el segundo cuerpo, mandado por Bamóndez, no había atacado la derecha de la línea patriota con la prontitud requerida, de modo que el pastuso se encontró a medio camino con el pelotón enemigo, constituido por la élite de la Guardia de Honor y guiado por el propio Páez. El choque se decidió a favor de los patriotas. Don Ramón, junto con otros realistas, fue derribado de la silla por un bote de lanza, y sus jinetes, tras inútil tentativa para reorganizarse, huyeron por el camino de San Fernando, activamente perseguidos por gran número de lanceros pertenecientes a la guardia.

Páez, cuyo ejemplo fue imitado por Carvajal y algunos de sus acompañantes, puso a un lado la lanza y avanzó, sable en mano, hacia el lado opuesto de la plaza, donde la lucha proseguía con encarnizamiento. Ocurrió que la gente de Silvestre Gómez peleaba en este flanco, por lo cual los dos viejos amigos, Castro y La Torre, se encontraban con frecuencia en la confusión de la lucha; uno y otro se habían reconocido e invariablemente se apartaban al cruzarse los sables, en solicitud de otros contendores. A la llegada del refuerzo conducido por Páez, la balanza se inclinó pronto contra los realistas, quienes, aunque extenuados por los anteriores esfuerzos y circuidos por todas partes, combatieron sin tregua, convencidos de que no se les daría cuartel. Aquellos soldados llaneros que tenían más ofensas que vengar, se apresuraban a tomar participación en la matanza, contemplada con júbilo y aplauso aún por los que no contribuían a ella… tal era la índole inmisericorde de la Guerra a Muerte.

Andrés Castro observaba con pena la heroica resistencia sostenida aún por su antiguo amigo y camarada La Torre, quien ayudado por su espaldero el sargento Rodríguez, se había abierto paso por entre la multitud de adversarios que lo rodeaban y respaldándose en la iglesia, donde ambos se veían en cierto modo protegidos por dos estribos del muro, avanzaban de cuando en cuando para descargar uno o dos golpes sobre los atacantes más cercanos, bien que, incapaces de proseguir por la extenuación de sus caballos, cuyas hondas heridas vertían torrentes de sangre, se retiraban de nuevo a su abrigo. Castro no pudo resignarse a contemplar aquella triste escena, sin poner algo de su parte para salvar a aquellos valientes realistas. Giró la vista en torno en busca de Páez, a quien descubrió dictando al ayudante un despacho para Bolívar, y le manifestó el interés que sentía por el oficial español y por su sargento, únicos sobrevivientes. Páez le oyó con deferencia y en el acto se dirigió hacia el sitio del combate, donde solo quedaba La Torre, porque Rodríguez había sucumbido. Mandó a sus llaneros que retrocediesen, con un tono tal que fue obedecido al instante, y avanzando solo ofreció cuartel al español, si convenía en rendirse. La Torre se detuvo un instante como reflexionando y cobrando nuevo aliento clavó las espuelas en los ijares de su trémulo corcel y volvió a levantar el sable con su acostumbrado grito de ¡Santiago por el Rey! Pero todo fue en vano, porque el animal, extenuado por la pérdida de sangre, no estaba en aptitud de secundarlo y tropezando con el cadáver del sargento, rodó de cabeza por el suelo. Perucho Gómez fue uno de los que suspendieron el ataque a la voz del jefe, cerca del cual se mantuvo por curiosidad, de modo que descabalgó en un santiamén y hundió su machete en el cuerpo del oficial caído, antes que pudieran contenerlo.

Achaguas volvió de nuevo a poder de los llaneros, quienes, tras breve descanso de las fatigas de la mañana, abrieron una gran zanja en el cementerio, situado detrás de la iglesia, y depositaron en la fosa común a

los que habían perecido en una y otra línea. Luego se dedicaron a borrar toda huella de la ocupación del enemigo y a preparar alojamiento para Bolívar y todos los jefes cuya pronta llegada era de esperarse. Para la Oración estaban ya barridas la plaza y las calles principales con el esmero que singulariza a la mayor parte de los pueblos del interior del país, y las manchas del reciente combate fueron borradas con mucho cuidado de los muros del templo.

Un pelotón de la Guardia, destacado para seguir la retaguardia del ejército enemigo, regresó entonces con la noticia de que todos los españoles habían atravesado el Apure, por lo cual Páez envió una reducida escolta, a las órdenes de Silvestre Gómez, para que fuese a Cunaviche y trajese el mayor número de familias emigradas que pudiesen venir con ellos. La presencia de don Manuel Cuadras, Cura de Guasdualito, era tanto más anhelada, cuanto a consecuencia de la excomunión que pesaba sobre todos los rebeldes no se había promovido ningún cura para Achaguas, desde la muerte del último párroco.

Los llaneros se trasladaron luego a la sabana, donde vivaquearon esa noche, prefiriendo, como de costumbre, el aire libre y fresco, lejos de todo abrigo, a cuantas comodidades pudieran hallarse bajo techo.

Capítulo XXVI

Mi pluma llega al fin de una página, conque el cuento concluye también; cosa que bien pudo ocurrir más pronto, si no fuera porque los cuentos suelen dilatarse una vez comenzados.

Beppo

La noticia de que los españoles habían desocupado a Achaguas y retirado definitivamente de las Sabanas de Barinas, llegó a los acantonamientos de la infantería patriota la tarde del día en que la retaguardia de la caballería realista fue destrozada en aquella población. En medio de su regocijo por el favorable desenlace de la campaña, Bolívar no echó en olvido las penalidades y privaciones que por tanto tiempo y con tanta frecuencia habían sufrido los emigrados en Cunaviche, por lo cual, en respuesta a la invitación de Páez para que él y su ejército acuartelasen en la capital de los Llanos, manifestó que no quería incomodar a los habitantes de Achaguas con la presencia de tropas no bien conocidas de ellos. Así, expresó el propósito de invernar entre las casi desiertas aldehuelas del Alto Apure, cuyos escasos pobladores tendrían más bien a dicha que se estacionaran las tropas allí.

Al recibir la grata nueva de que al fin les era permitido regresar a sus respectivos hogares, los emigrados decidieron de común acuerdo no separarse hasta que todos ellos hubiesen visitado a Achaguas y dado personalmente las gracias al Jefe de los Llanos por la solicitud con que los protegiera y por su caballeresca defensa del suelo nativo. Cuando Páez se

impuso de aquel intento, concedió licencia para que un llanero perteneciente a cada familia, como lo había hecho en anterior oportunidad, prestase ayuda a sus parientes y amigos, mientras salían de su confinamiento temporal. Los que permanecieron en Achaguas se daban a la afanosa tarea de preparar las casas por tanto tiempo abandonadas, para recibirlas, y en construir ranchos a orillas del río y en el bosque vecino para alojamiento de las familias que no poseyeran otro refugio. A la entrada de la población, y en el camino que conduce a la pampa, se erigió una especie de arco triunfal, formado de guadua y bejuco, y cubierto con pencas de moriche y festones de ramas de limón dulce.

Como la caravana de emigrados era numerosa y Páez había dado órdenes estrictas a la escolta para que no los apremiase en el viaje, transcurrió una semana antes de que hubiesen pasado el Arauca por Caujaral; a una legua de Achaguas fueron recibidos por toda la caballería, que los condujo en triunfo a la ciudad; los carabineros de Rangel disparaban sus *arcabuses* por el camino a medida que hacían caracolear sus caballos en torno de la jubilosa caravana, y las casi olvidadas campanas volvieron a repicar alegremente en el *campanario*, donde se reinstaló el antiguo sacristán con toda la pompa y orgullo de un funcionario de aldea.

Un grito general y de regocijo brotó de la multitud reunida en la plaza, viendo aparecer el venerable cura en la misma ventana desde donde les había hablado a menudo su recordado antecesor. Cuando se hizo silencio, el sacerdote felicitó a los emigrados por su vuelta del desierto a la vida civilizada y los invitó a reunirse aquella tarde en la misma plaza para que le acompañasen a rezar el rosario de la Virgen en acción de gracias. Páez, que estaba al lado de don Manuel Cuadras, fue asimismo saludado con frenéticas aclamaciones, las cuales se repitieron cuando les dijo que en el corral hallarían novillos en cantidad suficiente para todos, beneficiados para ellos por orden suya.

Los habitantes de la ciudad se dispersaron luego en dirección a sus respectivos hogares, llevándose consigo a sus compañeros de emigración, a todos los cuales se les proporcionó alojamiento. No obstante la alegría por el regreso, resultó del todo imposible evitar las lamentaciones de las *dueñas de casa, en vista* del mal empleo que los realistas habían dado a sus viviendas, y la completa desaparición de muchos muebles familiares y valiosos, lo cual no se opuso a que disfrutasen del convite que les había hecho preparar Páez; y por la tarde se congregó para la oración una muchedumbre tan numerosa como nunca se había visto antes en la plaza de Achaguas.

Páez, por uno de los íntimos amigos, que estaba en el secreto, tenía alguna idea sobre el proyectado matrimonio de su joven voluntario Castro, y como siempre se complacía en promover la felicidad de las personas a quienes amaba, interpuso su omnímoda influencia con Silvestre Gómez para que la boda fuese celebrada antes de dispersarse los emigrados, ofreciéndose al propio tiempo como *padrino* de la novia, honor que desde luego fue admitido con muestras de reconocimiento, y como la voluntad de los padres y mayores constituía ley para los hijos de familia en el Llano, ni Andrés ni su prima Juanita, manifestaron descontento, por más que pudieran experimentarlo, cuando se les anunció que su enlace se efectuaría al día siguiente al terminar la *Misa de Gracias.*

Poco después Páez reintegró al novio la posesión de las tierras próximas a San Fernando, que habían pertenecido antes a su padre Toribio Castro; Andrés continuó distinguiéndose bajo las banderas del jefe llanero, hasta que la patria se conquistó libertad e independencia en la batalla decisiva de Carabobo. Entonces arrimó la lanza y volvió a disfrutar las bendiciones de la paz en las Sabanas de Barinas.

Notas marginales

[1] Los llaneros de Páez capturaron algunos de estos exploradores españoles en el paso de Nutrias, cerca de Mantecal, en el invierno de 1817, y contra su acostumbrada práctica les perdonaron la vida; Páez les preguntó a sus hombres por qué habían cesado en la guerra a muerte, a lo cual contestaron que su conciencia no les permitía matar frailes capuchinos.

[2] El propio Páez refiere así en su *Autobiografía* el pasaje del Arauca por las tropas de Morillo: "Allí (en el paso Marrereño) tenía yo situado al comandante Fernando Figueredo con un escuadrón de carabineros, a distancia de tres o cuatro leguas de mi cuartel general. Aquel jefe fue atacado vigorosamente con artillería e infantería y resistió con admirable denuedo, pero sin poder impedir que los realistas pasaran el río por otro punto a media milla más abajo del paso Marrereño, en seis canoas que habían sido traídas de San Fernando".

A la versión de la *Autobiografía* puede agregarse la que ofrece el mismo autor de esta narración en sus "Campañas y Cruceros", obra

vertida al castellano por el literato español Luis Terán: "Frente a Caujaral, los patriotas habían hecho fortificaciones, compuestas en parte de toneles de azúcar, sal, etc., que habían sido abandonados por los comerciantes y sobre los que montaron algunos cañones. Como Morillo no tenía artillería, no pudo intentar el atravesar el Arauca por aquel lugar; sin embargo, tras unos días empleados en maniobras, logró pasar por el hato del Merecure, a una jornada de marcha de Caujaral".

Restrepo habla también, con alguna extensión, del esguazo del Arauca por los españoles, en el capítulo X, tomo II de su *Historia de Colombia"*

Los realistas dieron gran importancia a este suceso: "El 1.° de febrero en la tarde (1819) , dice Rodríguez Villa en su estudio biográfico de Morillo, se pusieron las divisiones en marcha hacia San Juan de Payara, llevando siete canoas, conducidas a cola de caballo, para ejecutar el dificultoso y atrevido paso del Arauca".

El biógrafo del Pacificador derrocha mucha tinta en loor de este suceso que no tuvo ninguna consecuencia transcendental (Pág. 369 y siguientes).

Nota del traductor

[3] En 1814 Páez figuraba ya en el ejército patriota, en cuyas filas se alistó en 1810, según consta por su *Autobiografía.* El héroe de Las Queseras asegura asimismo que nunca sirvió a las órdenes de los realistas y en abono de ello aduce buenas pruebas. *El Llanero*, estudio atribuido al doctor Daniel Mendoza, y editado recientemente por la Editorial América, de Madrid, aporta una versión que no carece de positivo interés acerca de los primeros ensayos de Páez como jefe de guerrilla. Parece que por los años de 1809 a 1810 hubo una sublevación en el sitio La Huerfanita

donde residía toda la gleba y parte del peonaje libre del hato Banco Largo, situado en la ribera occidental del río Portuguesa. Pertenecía el hato a Gualberto Rodríguez Montenegro, socio mercantil de otro ganadero, Miguel López, español criado y crecido en las márgenes de aquel río y que llevaba su crueldad con los esclavos hasta ponerles su marca con un hierro candente en la mejilla derecha. Páez había llegado a Banco Largo un día 4 de febrero y pernoctó en La Huerfanita, o tomó *ramada*, para decirlo a estilo llanero, viniendo del hato La Calzada con un rebaño de ganado vacuno que conducía al Guárico. El doctor Mendoza, dice: "Sea que estuviesen oprimidos por el coronel Gonzalo de Orozco, que era el encargado general de Rodríguez, sea por que este apoyaba en todo las trapacerías y atentados contra los intereses y contra el honor de los colindantes, cometidos a diario por Miguel López, es lo cierto que aquella noche estalló el alzamiento. El futuro general Páez que, aun siendo ya caporal en el hato La Calzada, estaba muy a disgusto con sus superiores, hizo causa con los sediciosos, y a la hora que se formó el alboroto fue el primero en levantarse, tomar la lanza y dirigirse al lugar donde la negrada daba gritos y hacía gestos de rebelión". En el motín resultó muerto a manos de un indio el coronel Orozco, y el caporal de La Calzada organizó al día siguiente unos 350 hombres a caballo, primera tropa que le tocaba dirigir y con la cual emprendió una verdadera campaña que, tras muchas peripecias, hizo destacar al *catire Páez,* futuro caudillo de las pampas y "fundador del poder civil en Venezuela".

Nota del traductor.

[4] Chucuto (chocuto en el original inglés) es un término despectivo con que los españoles y en general todos los realistas acostumbraban designar a los insurgentes o patriotas. La palabra significa literalmente desrabotado y por lo común se aplica en este sentido a los caballos;

pero se le empleó en alusión a que la mayor parte de los criollos que componían los primeros cuerpos irregulares independientes se cortaban el pelo al rape. Es una coincidencia notable que los realistas de la época de Cronwell aplicaran el calificativo de *cabezas redondas* a sus adversarios y más tarde aún, el sobrenombre de motilones (croppies) tuvo origen en una moda semejante.

[5] Acto I, escena III. La cita no es del todo fiel, porque se ajusta muy poco al orden de los versos shakespearianos.

Nota del traductor

[6] En la *Autobiografía* del general Páez se refiere así este episodio: "... convoqué a los vecinos de la ciudad de San Fernando a una reunión en la cual les participé la resolución que tenía de abandonar todos los pueblos y dejar al enemigo pasar el río Apure y el Arauca sin oposición para atraerlo a los desiertos ya citados (los de Caribén). Aquellos impertérritos ciudadanos acogieron mi idea con unanimidad y me propusieron reducir la ciudad a cenizas para impedir que sirviese al enemigo de base de operaciones muy importantes, manifestándome además que todos ellos estaban dispuestos a dar fuego a sus casas con sus propias manos cuando llegara el caso y a tomar las armas para incorporarse al ejército libertador. Se ejecutó así aquella sublime resolución al presentarse el ejército realista en la ribera izquierda del río" (el Apure).

Nota del traductor.

[7] El autor suele incurrir en esta clase de errores histórico-geográficos, como lo explicaremos en otros capítulos.

Nota del traductor.

[8] Probablemente la camisa de Páez era de listado, tela que el autor confundiría con los pañuelos de Madrás.

Nota del traductor.

[9] Barbiquexa, en el original inglés.

Nota del traductor.

[10] Acerca del plan que tuviera Morillo para apoderarse de Páez, y del primer contacto de este jefe con las tropas del Pacificador, es oportuno reproducir lo que dice la *Autobiografía*: "Aquel mismo día (cuando llegó Morillo a la ribera izquierda del Arauca), a las tres de la tarde —dice Páez—, se pasó a nosotros un oficial de caballería, llamado Vicente Camero, y antes de presentarse al jefe supremo me informó que Morillo había organizado un plan para hacerme prisionero. Consistía en que si yo volvía a provocar al ejército del modo que lo había hecho el día anterior, atacándolo y fingiendo retirada para volver inmediatamente a la carga, Morillo se movería contra mí con todo el ejército para obligarme a huir sin poder volver cara, y ya en fuga me perseguirían doscientos hombres escogidos de la caballería, montados en caballos de buena carrera y resistencia, para acosarme y hacerme prisionero.

En descargo de este encono que contra mí tenía el jefe español, tengo que referir un hecho ocurrido cuando el ejército comenzó a pasar el Arauca. Aquella mañana muy temprano salí yo con unos diez y nueve compañeros al encuentro de Morillo, y apenas nos divisaron cuando este lanzó sobre mí toda su caballería; yo dividí mi gente en dos pequeñas secciones, hice que Aramendi, encargado de una de ellas, diera frente, avanzara, y se retirara, y sin cesar le hostigase, apoyándolo yo al mismo tiempo con el resto de la gente. En uno de los choques y retiradas, se vieron Aramendi y el comandante Mina en grave conflicto,

pues se internaron tanto en las filas enemigas que si yo no hubiera corrido a darles personalmente auxilio, habrían sido completamente rodeados. Entonces suspendieron los realistas el ataque, con pérdida de algunos jinetes, no habiendo tenido nosotros más desgracia que un caballo herido.

"Bien se comprenderá ahora que el general español no me perdonara aquella mala pasada que yo le había jugado en sus mismas barbas y que estuviera deseoso de hacérmela pagar con usura. No era yo mala presa para él".

Al conocer Páez semejante noticia imaginó y acto seguido puso en práctica el plan de las Queseras del Medio, donde retó con 150 jinetes a "todo el ejército español". Este combate, después de haber constituido el pasmo de toda una generación, hace dibujar hoy cierta sonrisa de desdén en labios del moderno historiógrafo que esculca, pesa y contrapesa los hechos, reduciéndolos a sus justas proporciones; pero sin engolfarnos en razonamientos que acaso fueran demasiado prolijos y aun enfadosos bien puede admitirse que se pode cuanto se quiera en la selva de ditirambos consagrada al culto de Páez, que siempre restará bastante fronda de álamo y laureles con qué ceñir la frente del centauro y festonar los arcos de triunfo. No hay por qué regatear al Caudillo de los Llanos el epíteto de *homérico* que le dan las leyendas del tiempo heroico, si nos ajustamos a la acepción épica e histórica del calificativo. Páez no era Alejandro, ni César, ni Federico, ni Napoleón, es decir, el estratega que mueve grandes masas de ejército y vence en batallas campales, obras maestras del arte militar; pero sí el Aquiles, el héroe *homérico*, cuya eficacia reside en la destreza: en el vigor físico, en el brazo robusto que blande la lanza, rige el caballo, lucha cuerpo a cuerpo, cualidades todas que si no forjan una individualidad napoleónica, al menos crean el guerrero pleno de astucia, de confianza en sí

mismo y de valor personal, tanto más pintoresco cuanto más se aproxima al dominio remoto de la gesta. Los paladines del romancero le tienden la mano en prenda de hermandad, y como ellos y sus hazañas, Páez y el recuerdo de sus proezas poseen la virtud mágica de encender entusiasmos en el alma del pueblo secular y siempre juvenil.

Nota del traductor.

[11] A Andrés el Herrero se le llamaba habitualmente Andrés Ferrara.

[12] Este cantar llanero decía:

"¿De los generales cuál es el valiente?

"Mi general Páez con toda su gente.

"¿De los generales cuál es el mejor?

"Mi general José con su Guardia de Honor".

[13] Refiriéndose a este éxodo dice Restrepo en el capítulo X, tomo II, de su *Historia de Colombia*: La numerosa emigración de cerca de diez mil personas que seguía al ejército, fue trasladada a Araguaquén, terreno aislado e inaccesible a los españoles". La cifra apuntada por Baralt, coincide con esta. Toda la guerra de independencia fue un período de profunda conmoción en que las poblaciones tuvieron que huir en masa ante el espectro de la guerra a muerte, en diversas ocasiones, pero esta retirada ofrece la singularidad de haberse hecho en circunstancias menos azarosas y por consiguiente con cierta cohesión y regularidad. Poco dicen de ella los historiadores patrios, porque a Páez le faltó un O'Leary o un Perú de la Croix que recogiese los datos y documentos para reconstituir el mecanismo íntimo de sus campañas, ni podía ser de otro modo por la naturaleza misma de su sistema

militar y por el medio social y geográfico en que se desenvolvía. El propio caudillo de las pampas apenas alude en su *Autobiografía* a este episodio, por considerarlo tal vez como un incidente ordinario de la campaña, pues siempre llevó consigo numerosa caravana de familias llaneras que se acogían a su protección, prefiriendo las contingencias de la vida nómada al peligro seguro de las lanzas realistas. El autor de este libro suple en parte a la falta de noticias acerca de la concentración de Cunaviche, y decimos en parte porque él se limita a exponer el aspecto pintoresco de la emigración, sin anotar otros pormenores que serían interesantes para deducir qué clase de organización administrativa regía aquella muchedumbre refugiada en el fondo de las selvas. Cuanto al número de los fugitivos y al estorbo inevitable que producían al ejército citaremos los datos siguientes: Páez dice a Bolívar desde el cuartel de Burón, a 26 de febrero de 1819: "A esto se agrega que a numerosa emigración de seis a ocho mil almas ha sido preciso darles caballos para que pudieran salvarse, con cuyo trabajo las caballerías se hallan molestadísimas e inútiles del todo al presente para emprender operaciones sobre el enemigo". Con igual fecha y desde el mismo lugar: "Ya usted puede considerar mis grandes atenciones, las fatigas en que me he hallado, y lo que habré trabajado en estos días. Le aseguro a usted que por mantener el ejército y la gran emigración, me ha costado y me está costando Dios y su ayuda; sin caballos y muy escaso el ganado en estas sabanas, me hacen trabajar infinito".

Trágica romería, análoga a esta, emprendió el pueblo uruguayo en 1811, conducido por Artigas, héroe nacional, a quien el poeta Zorilla de San Martín erige, en su *Epopeya, monumentum aeri perennius,* entre cuyos relieves se destaca magnífico el episodio del éxodo.

A aquellos que cultivan el género histórico no por el atractivo de sus narraciones ni por templar la pluma al cálido vaho de horno que suele

surgir de sus páginas, sobre todo entre nosotros, donde los anales de la República y aun de la colonia continúan siendo combustibles que arden al rescoldo de las pasiones políticas y de las rivalidades lugareñas apuntes como este de la emigración y del papel que le tocara a Páez desempeñar en ella les servirán sin duda para explicarse el fenómeno del encumbramiento político, del caudillaje incontrovertible del "catire", más aún que sus propias hazañas o *patrañas* bélicas, como hay quienes prefieren calificarlas. El que esto escribe no es un *paecista,* ni mucho menos, pero la historia debe hacer justo balance entre los méritos y deméritos, en que por mucho que se reduzca el haber resultaría siempre un saldo favorable al autor de la *Autobiografía*.

El caudillo de los Llanos está lejos de fingir penalidades y fatigas cuando habla de los apuros en que lo ponía la emigración, porque es fama que él en persona, ayudado por sus hombres, se daba la pena de pasar de una a otra orilla de caños y ríos aquellos inútiles personajes que se habían acogido al amparo de su lanza. Solía practicarse semejante operación mediante los botes de cuero, cuya fabricación y manejo explica él mismo en su *Autobiografía:* "Se toma un cuero y pasando una soga por los agujeros que se hacen en sus extremos, se meten dentro de los efectos, y recogiendo la soga hasta cerrar y asegurar lo que queda adentro, se hace un nudo y se echa al agua el bulto, el cual va tirado por un cordel que lleva el hombre en los dientes". Este primitivo sistema de navegación acomodábase también al transporte de personas y ya puede imaginarse la incomodidad y peligro de los que iban adentro; los llaneros de Páez, menos abnegados que su jefe, se desquitaban de tal servicio forzoso echando pestes contra aquellos *lebrilludos* o ventrudos próceres civiles con quienes tenían que cargar en la impedimenta.

No faltará quien recuerde, a propósito de esos ejemplos favorables que también se le achacan a Páez, negligencias reprensibles en

la protección de vidas y haciendas, perdidas por sujetos respetables asilados en su jurisdicción, pero si se observa la clase de soldados con que lidiaba y la libertad de costumbres resultante de la propia guerra puede que se llegue casi a disculparlo. Ante Páez debe uno sentirse en presencia del héroe primitivo, obediente a sus propios instintos en condiciones poco propicias a la evolución moral del individuo, cuales son las que engendra la guerra, la guerra irregular, sobre todo, que se hace en la pampa, donde la noción de la delincuencia y de las penas es tan fugitiva como las uñas de los caballos indómitos que rige cada jinete; Páez mismo, perteneciente a una familia burguesa, está en los Llanos y es el héroe de los Llanos porque se refugió allí evadiendo la acción de la justicia. Por otra parte, la guerra a muerte, que es obra realista o patriota, de la porción más culta de la República y que fue sancionada por el propio Libertador en su famoso Decreto de Trujillo, da rienda suelta a las pasiones del habitante de las pampas, educado en el desprecio de la vida, en la escuela de Boves. Si con todos estos antecedentes se logra descubrir una virtud humana en nuestro héroe, hay que rendirle acatamiento y si no es ya una virtud aislada que se manifiesta al estímulo del ruego o de la apacible vida ciudadana, entonces deben idearse nuevos elogios y encarecimientos para poder recompensarlo. Y téngase en cuenta que la carrera pública de aquel hombre singular representa un constante esfuerzo ascendente que lo conduce, no solo por el imperio de las armas, puesto que el valor era la planta silvestre en toda la República, a ser la encarnación de la autonomía nacional, primero, y más tarde el símbolo político de las altas clases sociales. En el Gobierno de la República alcanza, por muchos años, influencia tan omnímoda como en los Llanos, donde es jefe y patriarca; sin duda, poseyó cualidades y méritos extraordinarios el peón de Manuelote cuando así pudo imponerse a todo el egregio procerato que se le subordinaba o pugnaba

en vano por vencerlo. Los mismos anticivilistas de 1835, que son por lo general los elementos del partido antagónico, los bolivaristas, no se atreven contra el régimen imperante, sino buscando el arrimo de Páez, y cuando este desaira el poder que le ofrecen, el vacío se hace en torno a la rebelión. Existe, pues, en la personalidad de este caudillo un secreto resorte psicológico, no bien estudiado aún, y cuyo conocimiento daría la clave del profundo ascendiente que ejerciera en el ápice de la popularidad.

Nota del traductor.

[14] p. 53. Páez decía a Bolívar, a 5 de enero de 1819, desde Caujaral: "Es ocioso que yo diga que nada invierto en mi beneficio de lo que pertenece al Estado; nada tengo y ni mi *esposa* disfruta de una prenda por pequeño que sea su valor". La mujer del caudillo era doña Dominga Ortiz, a quien cuadra muy bien el retrato moral que el autor de esta obra hace de *doña Rosaura.* En efecto, la humilde esposa se vio abandonada por el jefe llanero en 1820, después de afrontar todos los riesgos y privaciones a que la exponían las andanzas y aventuras del futuro caudillo, con quien había casado en 1809 y cuyas huellas siguió en toda la campaña. Nació en Canaguá y no en San Carlos en 1792. Ya sustituida en el afecto de Páez por la célebre Barbarita Nieves, se retiró a Barinas, donde hizo vida ejemplar. Cuando la desgracia se le opuso al Esclarecido ciudadano en su amplia senda de triunfos y de honores, y fue encerrado en el castillo de San Antonio, en Cumaná, allí acudió la esposa desairada, en compañía de su hija Rosario, a consolar las tribulaciones del héroe. Véase cómo los rasgos que traza el narrador corresponden a los de este ser todo benevolencia, cuya virtud y espíritu piadoso le granjeaban singular simpatía entre las hordas apureñas.

Nota del traductor.

[15] Acerca de esta industria primitiva es oportuno reproducir lo que apunta Codazzi en su *Resumen de la Geografía de Venezuela*: "Aquí (en la Encaramada) el Orinoco es célebre por la famosa y abundante pesca de la tortuga, y por la cantidad de mosquitos que de allí para arriba oscurecen el aire. Anualmente en las playas de Paraguaná, Barraguán y Cucururaparo se reúnen los indios que vienen a recoger los huevos. Los de la Urbana están encargados de custodiarlos, como descendientes de los antiguos atomacos.

El 19 de mayo se abren las playas en aquellas tres islas. Se cogen anualmente 1.000 botijas de manteca de 25 botellas cada una; se necesitan 5.000 huevos para cada botija. Las tortugas ponen de 80 a 120 huevos; pero tomaremos por término medio cien: de este número la cuarta se pierde y se rompe, y otra cuarta parte la comen y secan para llevarlas a sus casas los indios. Resultaría, pues, que para producir las 1000 botijas era preciso que 100.000 tortugas (cuyo peso total es de 50.000 quintales) saliesen a poner 10.000 huevos en solo aquellas tres playas. Si se calcula lo que ponen en otras partes cerca de la boca del Orinoco, en una extensión de 200 leguas depositarían anualmente 20 millones de huevos en las playas del Orinoco...". Tales datos, fundados en estadísticas formadas en la cuarta década del siglo XIX, unos veinte años después de las ocurrencias referidas en la narración inglesa que traducimos, documentan muy bien el pasaje correspondiente del texto.

Nota del traductor.

[16] Todo este relato armoniza con la soberbia descripción del paso de los Andes por el ejército libertador, hecha en el capítulo X de "Campañas y Cruceros", obra del mismo oficial inglés que escribe esta narración. Ninguno de los historiadores de la época logró trazar un cuadro tan perfecto de la naturaleza bravía, cuyos obstáculos arrostrara

el ejército de Bolívar en esta memorable campaña, siendo el autor de estos libros quien esboza mejor y pinta con colores más vivos el campo de acción y la insigne proeza de las huestes patriotas. Cuanto al párroco de Guasdualito, el autor de esta narración había aludido ya en sus *Campañas y Cruceros,* capítulo VII, traducción de Luis de Terán, reproducida por Cultura. Allí se lee, cuando se describe el acuartelamiento en Achaguas: "Entre estos emigrados, los oficiales ingleses habían distinguido al Cura de Guasdualito, D. Manuel Cuadras. Era un hombre de superiores talentos. Se había llevado a su destierro a una hermana y dos sobrinas, que nos cantaban con la mejor gracia del mundo canciones españolas, acompañándose con la guitarra y haciéndose así más breves las veladas del invierno tropical".

[17] Esto de la indisciplina y la insubordinación no era en modo alguno achaque privativo del *Taita Cordillera* pues, Páez, más que ninguno, y en mayor escala aún, dio constantes ejemplos a "sus llaneros" con la serie de desacatos que culminaron en la Cosiata y finalmente en la disgregación de la Gran Colombia. Pero ya que el autor trae como ejemplo a Zaraza, citaremos algunas pruebas que abonan la exactitud del retrato moral del guerrillero.

Bolívar le dice a Zaraza, desde Angostura, con fecha 11 de octubre de 1817: "Solo repito que es indispensable la observación de la disciplina y una vigilancia extraordinaria para evitar sorpresas que pueden ser muy funestas, sin comprometerse nunca decisivamente, sin estar absolutamente seguro del triunfo...".

Después de la derrota de La Hogaza, revés ocurrido el 2 de diciembre del propio año: "Desobedeciendo mis órdenes, U. S., ha sacrificado la División de infantería, que había puesto bajo su mando, porque jamás pudo persuadirme que U. S., dejase de ejecutar su deber. Ahora, pues,

de U. S., depende curar las heridas que le ha inferido a la República, y yo espero que U. S., aprenderá a obedecer, enseñado por la experiencia".

Todavía en Angostura, a 16 de diciembre: "… el suceso de La Hogaza es una lección bien triste del celo que debe U. S., aplicar en saber la dirección que traen (los enemigos), por medio de partidas, espías o vigías que continuamente los observen, sigan y avisen a U. S. para evitar otro encuentro que no sería sino más funesto que el anterior". Desde Paso Caraballero, a 13 de abril de 1819: "… he recibido la propuesta que con fecha 13 de marzo dirigió U. S. al Excmo. Presidente del Congreso, pidiendo el despacho de Teniente-Coronel, Comandante del batallón *Vengador* a favor del Sargento Mayor Pedro Muguerza. Es muy extraño y muy sensible que en una simple propuesta haya U. S. faltado a la vez al orden y disciplina militar, a la justicia y al Gobierno. U. S. pide Comandante para un cuerpo que no existe y aun cuando existiese, U. S., le da nombre, olvidando que solo el Gobierno puede decretar la creación de nuevos cuerpos y darles la denominación que crea conveniente. *El sic de caeteris.*

Nota del traductor.

18 Páez, refiriéndose a Morillo, dice en su *Autobiografía*: "En la batalla del Semen (La Puerta) lo hirió con lanza el entonces capitán Juan Pablo Farfán". El propio Morillo en documento fecho en Valencia a 18 de marzo de 1818, y reproducido por su biógrafo Rodríguez Villa, daba cuenta de este suceso en los términos que siguen:

"Habiendo sido herido gravemente antes de ayer 16 del actual en la batalla de La Puerta, donde fue derrotado completamente el traidor (sic) Simón Bolívar, me hice conducir desde luego a esta ciudad (Valencia) para atender a mi curación, y acabo de llegar a ella con harto trabajo en este día. Me hallo atravesado de un lanzazo, que recibí en el momento crítico de cargar a los enemigos, que acometieron intrépidamente la

división de vanguardia, poniéndome a la cabeza del regimiento de infantería de la Unión y del sexto escuadrón de artillería, con cuyo ataque decidí la victoria. Esta ha sido una de las ocasiones en que necesitaba arriesgarse la persona del General en Jefe, para salvar una desgracia y restablecer el orden...". "Mi herida es sumamente considerable por el estrago espantoso que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y salir, y por el sitio en que la recibí, que es en el costado izquierdo entre la cadera y el ombligo, saliendo por la espalda".

Nota del traductor.

19 Para el lector latinoamericano el lenguaje del Pacificador no requiere comentarios; cuanto a los demás lectores, basta con remitirlos a la nota precedente donde Morillo emplea iguales calificativos en documento oficial.

Nota del traductor.

20 La batalla de Araure, "el Marengo de las que dio Bolívar", como la califica O'Leary, se libró el 5 de diciembre de 1813, no contra Morillo sino contra el general Ceballos. Ese triunfo fue obra exclusiva del arrojo del Libertador, pues ya el combate estaba perdido, cuando él se puso al frente de la reserva y decidió la acción. Como se leerá en otro capítulo de esta narración, en 1819 los llaneros, entusiastas partidarios del héroe, cantaban:

"¡Gloria! ¡Gloria! Bolívar;
¡Gloria, Libertador!
De Ceballos espanto,
De Araure vencedor".

Nota del traductor.

[21] Acto IV, escena IV.

[22] A la acuñación de esta moneda, de la cual, según entendemos, no existe ejemplar alguno en el país, se refiere este párrafo de la *Autobiografía de Páez:* "Di entonces (en El Yagual, 1817) un decreto mandando que se me entregase toda la plata que tuvieran los emigrados para devolvérsela acuñada y sellada, y allí mismo un platero de Barinas, llamado Anzola, hizo un cuño y convirtió en moneda todo el metal que aquellos ciudadanos habían traído consigo cuando se vieron obligados a abandonar sus casas". A 12 de agosto de 1818, y en Angostura, dictó Bolívar un decreto por el cual se disponía que la moneda acuñada en la Provincia de Barinas no circulara en ninguna de las otras provincias porque le faltaba ley, peso y perfección. El Considerando de este Decreto justificaba semejante medida por el hecho de que habían cesado "las críticas y extraordinarias circunstancias en que el señor general Páez, privado de recursos en la Provincia de Barinas, aislado y sin un signo de convención para el comercio, se vio obligado a acuñar moneda por el molde, aunque muy imperfecto, de la macuquina que hizo romper el Gobierno de Venezuela en la segunda época de la Independencia...". Por este mismo decreto se prohibió en toda la República la circulación de otra moneda que la de cordón de oro plata, y cuanto a la de Barinas, se ordenó que correría allí en clase de provincial, mientras la amortizaba el Gobierno.

Aunque ello prolongue esta nota en demasía, creemos oportuno agregar aquí los pormenores que sobre el cuño de Achaguas suministra el autor de *Campañas y Cruceros,* de acuerdo con lo que publica el Dr. Luis Romero Zuloaga en "El General Páez y los Legionarios Británicos", artículo inserto en un diario de Caracas, pues el traductor hispano de aquella obra hizo caso omiso del pasaje correspondiente.

Incluimos toda la referencia del doctor Romero Zuloaga, porque contiene también otros datos interesantes acerca del presunto autor de *Las Sabanas de Barinas*. Hela aquí:

"Entre estos libros de memorias existe uno infinitamente más interesante que todos, por la inmensa copia de datos que contiene sobre la guerra en los llanos y la vida en general en aquella región. Es la obra titulada *Campaigns and Cruises in Venezuela and New Grenada*, publicada anónimamente, en Londres en 1831, —por el capitán Vawell— de la expedición del coronel Donald Mc Donald. La carrera de este legionario fue realmente extraordinaria: llegó a Angostura en los primeros meses de 1818 e inmediatamente salió a incorporarse al ejército, lo que hizo precisamente el día antes de la memorable sorpresa que los lanceros de Páez dieron a los húsares de Morillo a las puertas de Calabozo; siguió luego en la persecución contra aquel hasta el desastre de La Puerta, en que quedó por muerto en el campo de batalla. Después de penalidades sin número se une nuevamente al ejército en San Fernando y sigue con Páez durante todo el rudo guerrear del año 1818 y primeros meses de 1819, en que regresa a Angostura, casi desnudo, a proveerse de ropas. Allí es agregado a la Legión Británica que ha de distinguirse en Boyacá y le toca entrar en triunfo en Santa Fe. Sigue al Sur a las órdenes, primero de Valdez y luego de Sucre, de quien hace un simpático retrato, aunque encuentra que para esa época "nada revelaba en él al futuro vencedor de Ayacucho". Meses más tarde, incapacitado por las enfermedades, obtuvo su retiro, mas ya para salir de estas tierras, llega a Guayaquil la escuadrilla del Almirante Cochrane: despiértase nuevamente el espíritu aventurero del enfermo, se incorpora al marino inglés y a bordo de *La Independencia*, colabora en las últimas hazañas del Lord. Continúan sus andanzas hasta 1829, en que obtiene licencia definitiva en Chile y "después de un viaje muy

feliz de cuatro meses", desembarca en Portsmouth en la primavera de 1830, transcurridos trece años de ausencia.

"La estrecha unión de este legionario con Páez, durante su permanencia en Apure, y su admirable espíritu de observación imparcial, hacen que su libro sea inapreciable para estimar la guerra que el llanero hizo al poderoso ejército de Morillo. Pero decir, aunque solo fuera en extracto, cuanto allí encontramos sobre él y sus tenientes Aramendi, Carvajal, Rondón y demás compañeros, excedería de los límites de este artículo; por ello hemos escogido el siguiente cuadro pintoresco y de índole diversa a los interiormente insertados.

"Páez estableció —dice en la página 113 del tomo primero— una casa de monedas para el uso del ejército y este nuevo establecimiento, por la sencillez de su maquinaria y la economía observada en el número de empleados, no ha tenido rival, sin duda alguna, en ningún otro país. En un cuarto en la plaza, donde algunos de los oficiales ingleses nos hallábamos acuartelados, fue fijado un bloque de madera en el suelo enladrillado, que tenía un pequeño yunque clavado en el tope, y un cuño grabado con la representación de una de las caras de una *peseta* o cuarto de dollar. La otra cara de la moneda hallábase estampada en una pequeña pieza de acero, asegurada convenientemente en un mango de hierro, como para golpear en ella con una mandarria, colocándola sobre una pieza de metal del tamaño y peso apropiado, encima de yunque. Ni la forma ni el peso de esta moneda eran cosa que inspiraban el más mínimo cuidado al jefe del establecimiento; y, realmente, debían de ser de insignificante consecuencia si se considera la clase de metal empleado, y que se quería pasar como plata.

"Páez había recolectado para este una cantidad considerable de plata vieja, de diferentes clases, como estribos, vainas de espadas y otros fragmentos tomados al enemigo por sus compañeros, quienes eran

extraordinariamente expertos en la selección del botín. También compró plata a los particulares y a las iglesias, en gran cantidad, y todo esto fue aleado con una cuarta parte de cobre, cuya mezcla, junto con la liga ya existente en la plata, dio por resultado un metal digno de la casa de monedas descrita.

"Los únicos funcionarios empleados en la acuñación eran un herrero viejo y su hijo, muchacho de quince años. Nada de esto se hacía misteriosamente, ni con el fin de adulterar la moneda corriente: las puertas se dejaban abiertas y ni un centinela siquiera las guardaba. El trabajo era sencillísimo: fundíase el metal en barras; se calentaban estas al rojo en una fragua ordinaria y a golpe de martillo se les daba el grueso apropiado. Luego, con un cincel se cortaban en pedazos, aproximadamente del peso deseado y, finalmente, se hacía el estampado. Terminaba la operación limándose las orillas de cada pieza, hasta dejarlas como una especie de polígono, semejante a lo que en las Antillas se llama "moneda cortada".

"Esta moneda, aunque sin duda de muy ínfima clase, fue utilísima en el servicio del ejército y de toda la región, por la extrema carencia de numerario; y tan grande era la confianza de los habitantes de la provincia en la palabra de Páez, que inmediatamente se hizo de corriente circulación por el valor asignado a ella, porque él aseguró que la recogería cuando se lo permitiera un estado más floreciente de los negocios públicos. Esta promesa fue puntualmente cumplida un año más tarde, cuando Bolívar trajo dinero genuino de Guayana, suficiente para recoger la moneda depreciada. Sin embargo, pocos de los llaneros se tomaron la molestia de cambiarla y continuó en circulación por mucho tiempo en Barinas".

Nota del traductor.

[23] En toda esta parrafada existe un flagrante anacronismo por cuanto Bolívar nunca estuvo en Cumaná sino en agosto de 1814, y eso el tiempo preciso para embarcarse, después de los reveses militares de aquel año. Por lo demás, bien pueden ser muy ciertas las trapacerías del mercachifle y el condigno castigo.

Nota del traductor.

[24] ¿El paso de Vernavel? He aquí un intríngulis geográfico-filológico para encalamocar al autor del *Diccionario de regímenes castellanos*; pero en obsequio de nuestros actuales y futuros filólogos, a quienes por este medio ahorraremos terribles insomnios, nos dimos a la averiguación de este voquible con persona perita en la vida del Llano. El tal paso de "Vernavel" lo que quiere decir es paso de Bernabé, porque los apureños analfabetos adulteran así la pronunciación de este nombre de pila. Y aténgase usted a la historia y… aun a la filología.

Nota del traductor.

[25] La letra del Himno Nacional argentino fue escrita en 1813 por el poeta Vicente López y Planas, a quien se lo encomendó la Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. La música es obra del maestro catalán de capilla don Blas Perera. Las estrofas contenían alusiones a todos los demás países de la América Latina y a ello, sin duda, debieron su gran popularidad en las nacientes Repúblicas. Una de ellas, consagrada a Venezuela, decía:

"¡No lo veis sobre el triste Caracas
Luto y llanto y muerte esparcir!
¡No lo veis devorando cual fiera
Todo pueblo que logra rendir!"

En los últimos tiempos el Himno ha sido despojado de la mayor parte de sus estrofas, por miramientos hacia la Madre Patria, y reducido a estos solos versos:

Oid mortales el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad;
Oid el ruido de rotas cadenas.
Ved en trono la noble igualdad.
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud,
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo argentino: ¡salud!

Coro
Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir.
Coronados de gloria vivamos.
O separamos con gloria morir.

Nota del traductor.

26 El lector puede dar por cierto que Páez dirigía estos coros de centauros, pues la música y el canto eran aficiones suyas favoritas. En 1861, cuando hacía la campaña de los Valles de Aragua, consagraba buenos ratos a lucir sus méritos de barítono cantando en reuniones privadas. O'Leary, que vino a Venezuela en 1826 con motivo de los sucesos que amenazaban entonces la existencia de Colombia, dice en el tomo III, apéndice de sus *Memorias*: "Yo encontré al general Páez en Achaguas, capital del Apure, en casa del coronel Cornelio Muñoz,

sentado en un taburete bajo, tocando violín, y un negro ciego sentado en una silla frente a él. Páez me recordó a Nerón tocando el laúd mientras Roma ardía…".

Nota del traductor.

[27] Muy de dudarse es que las emigradas de Cunaviche fuesen tan aficionadas al mate, bebida que se desconoce del todo en Venezuela.

Nota del traductor.

[28] Los epígrafes de este libro, por lo general, no corresponden con exactitud al texto original, bien porque el autor citaba de memoria, bien porque acomodaba la cita a su propósito. En este caso la frase correcta sería: *"Curtis.* —Te ruego, buen Grumio, que me digas cómo va el mundo", pues líneas adelante, después que ambos interlocutores han hablado del frío que hace y del fuego, es cuando Grumio vuelve a decir: "Ya el fuego está listo; y por consiguiente buen Grumio, vengan las noticias". Respecto al título de la comedia shakesperiana: *Taming of the Shrew,* lo traducimos literalmente; en castellano existen versiones que lo parafrasean.

El narrador inserta su epígrafe así:

Curtis: —I prythee, good Grumio, tell me the news.

Grumio: —Why, Jack boy! Ho boy! And as much news as thout wilt.

En la respuesta de Grumio hay una frase: "Jack boy, ho boy", que corresponde a una antigua balada inglesa.

Nota del traductor

[29] Sieur Bonjean se aleja aquí mucho de la verdad; el mismo Urdaneta, en sus *Memorias,* refiere que Arismendi y el gobernador Francisco Esteban Gómez y los demás empleados militares de la isla opusieron

obstáculos a la recluta. Hubo diversos incidentes, tras los cuales toda la responsabilidad de la insubordinación recayó sobre Arismendi, a quien se procesó y prendió, embarcándolo para Guayana con el sumario respectivo.

Los neoespartanos, como los llaneros, no querían servir fuera de la "Patria Chica" y de ahí esta y las numerosas desobediencias de Páez. Para juzgar la conducta militar de este último es bueno tener en cuenta tales antecedentes, pues de modo general se le censura al jefe de Apure lo que a los otros no se les toma en cuenta. Los procederes de Mariño y otros generales echan por el mismo atajo. A Páez tal vez se le aprieta más duro, así por el predominio político que llegó a adquirir, como por la mayor importancia de su contingente militar, pues la caballería, su arma favorita, era el resorte del triunfo. En este caso, la misma censura implica un homenaje a los méritos de este "hombre extraordinario", como la califica el oficial británico a quien se debe la narración que vertemos.

Nota del traductor.

[30] "El Tío Por supuesto" era un cognomento que acaso mejor que cualquiera otra denominación servía para distinguir a Bolívar en los primeros ejércitos patriotas. Páez fue el primero en llamarle así aludiendo al hábito que había adquirido el Libertador de contestar "por supuesto" a cuanta sugestión se le hiciera, especialmente si no estaba muy acorde con su interlocutor y se proponía zaherirlo.

[31] Todo esto son murmuraciones y falsedades. Contra Piar se dictó primero una orden de arresto y habiendo huido a Maturín, se envió en persecución suya al general Cedeño, quien lo encontró en armas y al fin logró prenderlo y conducirlo a Angostura. Este sieur Bonjean

como que sentía aún, por lo menos bajo el ala de Páez, el aporreo de los puntapiés recibidos en Cumaná.

Nota del traductor.

[32] En la aldea de Chiquinquirá, Nueva Granada, se conserva una imagen milagrosa que representa a la Virgen y que se dice haber sido pintada por San Lucas y traída por él desde el cielo. Tanto en Venezuela como en Cundinamarca la tienen en gran veneración, al igual de las imágenes de Zaragoza y Loreto en sus respectivos centros, de modo que cualquier juramento hecho por Nuestra Señora de la Chiquinquirá se cumple habitualmente con el mayor escrúpulo.

A esta nota, que corresponde al original inglés, debemos agregar que el autor incurre en un error, porque la Chiquinquirá no es la patrona de la isla de Margarita, sino la Virgen de El Valle del Espíritu Santo, de la cual se dice que huía y se refugiaba en una cueva llamada del Piache, cuando los realistas llegaban a la isla.

Nota del traductor.

[33] También incierto. En nota oficial del Ministro del Interior y de Justicia, Diego Bautista Urbaneja, dirigida al Presidente de la República con fecha de 31 de agosto de 1819, consta que al llegar Arismendi se elevó la sumaria a proceso, nombrándose Juez Fiscal el coronel Conde, Jefe del Estado Mayor de la Provincia; que Arismendi negó en su confesión todos los cargos; que trató de echar sobre el Gobernador Gómez toda la responsabilidad del delito, como ya lo había hecho ante Urdaneta; que el Juez Fiscal presentó el proceso al Vicepresidente de la República, pero que por el número de autores y cómplices juzgaba que aquel juicio sería un laberinto peligroso, concluyendo por opinar que mejor era *no menearlo.* Arismendi recusó al Vicepresidente y

solicitó que lo juzgase el mismo Congreso o del modo que se acordase; los autos habían pasado ya al Auditor de la Provincia y la Asamblea los pidió el 12 de agosto, "trató sobre la materia en varias ocasiones y el 23 los devolvió llanamente". El Vicepresidente decretó que volviesen al Auditor, quien no halló forma de seguir adelante por dificultades de sustanciación y procedimiento. El Auditor, lo mismo que el Fiscal, comprendía que la ocasión no era oportuna para ventilar el proceso.

El mercachifle que es sieur Bonjean asoma por todas partes en este relato. No hay que olvidar que se encuentra en presencia de Páez y que Páez, en más de una coyuntura, ha seguido los pasos de Piar y Arismendi; es el jefe todopoderoso de los Llanos, y Bolívar no logra contenerlo sino ejerciendo sobre él una autoridad toda contemplaciones; por consiguiente el astuto buhonero halaga la vanidad y los sentimientos más íntimos de Páez, aventurando especies denigrantes para el Libertador, de cuya mente andaría muy lejos el designio de sacrificar a Arismendi, cuando a los pocos meses, y después que el caudillo insular se había hecho reo de mayores delitos contra la autoridad civil y militar, suplantando al Vicepresidente de la República en el Gobierno y al propio Bolívar en el mando supremo, lo nombra Jefe del Ejército de Oriente. Pero el traficante del Orinoco quiere estar de buena con su amigote de los Llanos y para lisonjearlo a su gusto corta de lo lindo a expensas del vencedor de Boyacá. Es la fortuna de los grandes hombres, tener bastante tela donde cortar. En América ha sido raro el héroe que no se haya vestido con alguna prenda del Libertador o porque él se la diera con su desprendimiento de gran señor, o porque los señores biógrafos se la arrebataran en provecho de sus favoritos. ¿Por qué no citar nombres? El propio Páez se viste con las plumas del pavorreal; Santander va por el mismo camino; Mitre pone cual digan dueñas a don Simón para que resalte la figura del soldado de Chacabuco y el mismo Zorrilla de San Martín hombrea a Artigas

con el Libertador. Es la montaña que sirve para apreciar la eminencia relativa de las demás cumbres; la consagración consciente o involuntaria del gran Caudillo espiritual.

Por de contado que monsieur Bonjean no procura con todo esto sino vender sus pellejos y cintajos:

Come to the peddler;
money's a meddler;
that doth utter all men's ware-a.

Como canturrea el Autólico de "El Cuento de Invierno".
Nota del traductor.

[34] Sieur Bonjean continúa fantaseando a su antojo. Lo cierto es que la formidable empresa del paso de los Andes que tuvo por consecuencia, después de Boyacá, la liberación de Nueva Granada, dio margen a multitud de intrigas que tenían por base la creencia de que el Libertador se perdería en su gloriosa aventura. Estas intrigas adquirieron tanto cuerpo en Angostura que llegó hasta propalarse la aproximación del enemigo a la orilla opuesta del Orinoco para alarmar la población y deshacerse del Gobierno civil de Zea, como incompatible con las circunstancias. El Vicepresidente renunció al fin ante el Congreso, hastiado de aquella situación, y Arismendi, merced a los enredadores, salió de la cárcel para ponerse a la cabeza del Gobierno, el 14 de septiembre de 1818. Arismendi hizo de las suyas; atrocidades administrativas, como la consistente en declarar propiedad de la República todos los cueros del ganado vacuno que se beneficiara en el país, pero también se condujo con mucha solicitud en los asuntos militares. O'Leary, a quien seguimos en esta nota, dice que mientras

el flamante Magistrado se hallaba en todo su apogeo, comenzaron a llegar a Angostura las primeras noticias de las victorias del Libertador; Arismendi, que no las tenía todas consigo, se fue hacia Maturín el 21 de septiembre, y seis semanas después se hallaba ya de regreso en Soledad, margen izquierda del Orinoco, frente a Angostura, cuando llegaron a sus oídos alegres repiques de campanas, salvas de artillería, rumores de fiesta. Creyó que se trataba de recibirlo en triunfo; pidió una flechera para irse a su regocijada capital, pero en vano envió edecanes tras edecanes, que no regresaban más. Ya muy avanzada la tarde resolvió cruzar el río en una canoa, acompañado de su secretario, aun sin imaginar, cuando desembarcó, el chasco que le esperaba; viéndose aislado, y desconocido por los transeúntes, dice O'Leary que preguntó a su secretario: "¿Qué puede ser esto?" Cien voces que clamaban: "¡Viva Bolívar, vencedor en Boyacá!", sirvieron de terrible contestación a aquella pregunta. Un "adiós, mi general", de su secretario, que lo había sido antes de Bolívar, pero que por debilidad se había adherido a Arismendi en los recientes cambios, vino a confirmar una idea que acababa de asaltarle: sus amigos le habían abandonado". El Libertador había llegado aquella mañana a Angostura… y a los pocos días confirió a Arismendi el cargo de Jefe del Ejército de Oriente.

En relación oficial, dirigida a Bolívar por el mismo Zea, se pormenoriza el incidente de Angostura, según puede leerse en el tomo IX de las *Memorias de O'Leary,* páginas 250-53. "En estas circunstancias (la consternación pública provocada por los intrigantes) llega por la tarde el edecán del general Mariño, Luis Alcalá, después de haber alarmado los pueblos que están antes de San Diego, anunciando que llegaba el enemigo, y los que están más acá, diciendo que estaba en San Diego. El general Monagas dio parte, refiriéndose al mismo Alcalá, de estar el ejército español inmediato a su cuartel de San Diego. La emigración

de la Soledad y la que allí se había reunido entra a las oraciones en esta ciudad. Se congrega el Congreso, multitud de gente armada de sables y pistolas asiste a la sesión, grupos de gente también armados se apostan en diversos puntos cerca del palacio, teniendo por jefes al coronel Sánchez, Montes de Oca, el padre Granadillo y qué sé yo qué otros. Estos jefes entran y salen continuamente mientras dura la sesión, en la que fue admitida la segunda renuncia del Vicepresidente, y electo en su lugar al general Arismendi".

En carta de Zea, publicada hace poco en la prensa diaria, y relativa a estos mismos acontecimientos, se habla de Arismendi en términos que permiten explicar la benevolencia con que fue tratado por el Libertador. He aquí los conceptos aludidos:

"Por lo que hace a Arismendi, cualquiera que haya sido la parte que ha tenido en estas cosas, él ha tomado el buen camino y burlado las esperanzas de los perturbadores, luego que logró su designio. Es indisputable que sabe más que todos ellos, y yo espero que las cosas irán bien porque manifiesta buenas intenciones, y lejos de aconsejarse con los facciosos, se aconseja con los que les pusieron las más vivas resistencias, con Urbaneja, que en una sesión tan pública como la de aquella noche, trató a Alzúa de perturbador y de malvado, diciéndole que él era el primo a quien debía degollar el pueblo por su lenguaje y principios demagógicos, y esto dijo a gritos. No trató mejor al mismo Arismendi; pero este ha sentado por principio olvidar todo lo pasado y no atender más que a la Causa pública. Si él está realmente penetrado de estos principios de que hasta ahora no se ha separado, no puede menos de alabarse y aún de admirarse su conducta".

Tanto la citada relación oficial, como esta carta, ponen en claro la activa gestión de Mariño en todo el embrollo. "El aire con que Mariño penetró en la Sala cuando más acalorada estaba la discusión, arrastrando

el sable y sentándose con estrépito, dio bien a entender lo que dejaba dispuesto. Los pocos desatinos que dijo, porque apenas habló, fueron sobre el mismo tono...". El origen de la actitud de Mariño, fuera de sus eternas y fatuas emulaciones al Libertador, consistía en que este último lo despojó del mando del Ejército de Oriente, antes de emprender la campaña de Boyacá, sustituyéndolo con Bermúdez, hasta que le fue restituido el cargo por el transitorio Gobierno de Arismendi. También se colige por la carta de Zea que José Gabriel Pérez era el Secretario de Bolívar que ejercía idénticas funciones al lado del caudillo margariteño, y a quien se refiere la cita de O'Leary copiada en párrafo precedente.

Nota del traductor.

[35] Alude a Mr. Irving, enviado en calidad de agente por el Gobierno de los Estados Unidos, pero cuya acción se limitaba a gestionar ciertas reclamaciones por presas marítimas. Véase Restrepo, *Historia de Colombia*, tomo II, cap. X, pág. 474.

Nota del traductor.

[36] Los historiadores patrios han admitido sin mucho examen este *rasgo* del Libertador, unos por juzgarlo característica genial; otros porque les sirve a maravilla para demostrar la neurosis del *grande hombre.* Es lo cierto que la anécdota ha recorrido toda la América, acomodada a la imaginación o las tendencias de los *historiadores,* por cuanto algunos de ellos la tergiversan para revestirla de mayor teatralería, y otros la dan por repetida en circunstancias aun menos favorables a su protagonista. En *Leyendas Históricas de Venezuela,* segunda serie, tomo II, *Homonimia Singular,* pág. 267, dice nuestro inolvidable historiógrafo don Arístides Rojas:

"… En el convite dado a Irving, comisionado del Gobierno de los Estados Unidos en Angostura, Bolívar, al llegar la hora de los postres, sin preocuparse de sus botas de campaña, sube a la mesa a la que estaban sentados numerosos invitados, y sin darse cuenta de la caída de floreros, jarros, objetos de cristal, todo cuanto había en la mesa, va de uno a otro extremo de ella y retorna. Todo el mundo le juzga loco, cuando dice: "Así iré yo del Atlántico al Pacífico, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos, hasta acabar con el último español". Aquí la versión se aparta un poco de la contenida en *Las Sabanas de Barinas,* aunque es posible que don Arístides se hubiese inspirado en esta novela histórica, a la cual acudió por datos en diversas ocasiones. Pero le estaba reservado a don Bartolomé Mitre acoger una adulteración monstruosa de la asendereada anécdota para exhibir al Libertador, no ya poseído de un frenesí más o menos justificable en un temperamento nervioso, sino atropellando todos los fueros de la sociabilidad y de la política, en contraste con la esmerada educación del Libertador y con los miramientos internacionales, que siempre supo guardarle a la República Argentina, según lo prueban sus actos y documentos. Así, pues, don Bartolo no vacila en dar pábulo a la siguiente especie en el mamotreto que lleva por título *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana,* segunda edición corregida, tomo IV, cap. L: *Apogeo, decadencia y caída de Bolívar,* parágrafo III:

"Al pasar por Arequipa (Bolívar), se encontró allí con el general Alvarado, quien le ofreció un banquete rústico de una ternera asada con cuero a estilo de las pampas argentinas y de los llanos de Colombia, invitación que aceptó, con la condición de que el asado fuera sin sal, pues así se usaba en su país. En la mesa al advertir que los vinos eran de Burdeos, preguntó si no había *Champaña.* El general Alvarado le mostró una fila de botellas con el letrero embriagador formadas a su espalda. 'De ese quiero, repuso, porque este día es muy placentero

para mí'. Y se lanzó a brindar, repitiendo sus libaciones contra su habitual sobriedad. La escena de los banquetes de Quito y Guayaquil se repitió, pero con caracteres más tempestuosos. En uno de los brindis, al hacer alusión a la unificación de Suramérica, dijo que 'en breve pisaría el territorio argentino'. El coronel Dehesa que se hallaba presente, y estaba también acalorado por el vino, le dijo que 'sus compatriotas no aceptaban dictadores en su territorio'. Bolívar, de un salto, trepó delirante a la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella: '¡Así pisotearé la República Argentina!'(*). Este estallido de iras concentradas, se explica por la tenaz oposición que hacía por entonces la prensa de Buenos Aires a sus planes absorbentes y antidemocráticos"(**).

Al más lerdo no se le escapa que la escena de Arequipa está calcada sobre la de Angostura, pero la mala fe o la necedad "se explica" a todos los absurdos cuando se trata de difundir una calumnia o entra en juego la falta de comprensión.

Nota del traductor.

[*]_ Biografía del general "Rudecindo Alvarado" en *Galería Biográfica Argentina*, por A. J. C. (Carranza) y M. A.P. Este episodio es relatado con presencia de unos recuerdos del mismo general Alvarado, escritos poco antes de su muerte, que tienen solemnidad del testamento de un hombre honesto y verídico. Al confiarlos a su compañero el general Espejo, le decía: "Estos recuerdos son para usted solamente, y le suplico no les dé publicidad sino cuando la tierra me cubra… Espero que mis sufrimientos no se prolonguen mucho".

[**]_ En la conferencia diplomática con carácter confidencial que tuvo pocos días después en Potosí con los enviados argentinos, se quejó amargamente de los ataques dela prensa de Buenos Aires, especialmente de *El Argos*, que calificó de periódico oficial y subvencionado por el gobierno argentino, según se verá más adelante. M. S. (Docs. M. S. S. de Arch. de Rel. Ext. de la República Argentina).

[37] Acudiremos a lo que el propio autor de este relato dice en su obra *Campañas y Cruceros,* tantas veces citada en estas notas, para conocer mejor la topografía del paraje en que sitúa su leyenda: "A mitad del camino, entre Angostura y Caicara hay un caz que, a causa del peligro que presenta, ha recibido el nombre de Boca del Infierno. Jamás intentan su entrada las embarcaciones, a menos que se vean obligadas por alguna imperiosa circunstancia. Encuéntrase la entrada de este estrecho entre dos rocas elevadas que sobresalen del agua 1.200 pies aproximadamente. Parece que el río se abriera paso a través de esas rocas en una época remota, ayudado sin duda, por alguna gran convulsión de la naturaleza. Todo el canal está sembrado de escollos y lleno de rodeos que embarazaban la marcha de nuestro barco, a pesar de la fuerte brisa que le favorecía y de los esfuerzos de 16 vigorosos remeros. Por fin los bateleros tuvieron que recurrir a espías, o gruesos calabrotes, que transportaban de una roca a otra.

"Cuando salimos del estrecho peligroso y no tuvimos ya árboles ni rocas a los que los peones pudiesen atar los *espías,* les llamamos a bordo para que nos ayudaran. No se quedó en la orilla más que un hombre encargado de dejar correr la cuerda que debía precipitar la marcha del barco...".

"A cosa de una milla de este estrecho se encuentra el arruinado pueblo de Las Piedras, donde las embarcaciones habían recibido la orden de reunirse, porque se habían separado ante la imposibilidad de que pasara más de una a la vez. Como su nombre lo indica, Las Piedras está edificado en una punta rocosa que avanza en el canal principal, lo que aumenta la rapidez de la corriente y da lugar a una multitud de recodos inmediatamente después del desembarcadero".

El autor, en el párrafo que sigue, alude a un fenómeno acústico en el cual ha debido inspirarse para forjar la leyenda del *espanto* y del melómano y misántropo extranjero".

"Cuando se ha llegado a la bahía, se oye, a intervalos, un ruido que parece salir del interior de la roca. Algunos de los nuestros tuvieron la suerte de oírlo muy claramente, a eso de las nueve de la mañana, cuando la brisa del río empezaba a refrescar. Todos convinieron en compararle con las notas de un arpa eólica oída a lo lejos, a las que se mezclaban de cuando en cuando unos sones bastantes semejantes a los que produjese un manantial que cayese a poca distancia sobre un montón de piedras o de bloques de mármol que se opusieran a su brote...". En estas citas hemos seguido la versión de Luis de Terán.

Nota del traductor.

[38] En los Llanos de Venezuela se le da a este abrigo el nombre de cobija o chamarra, la cual consiste en un cuadro de bayeta, de doble tapa encarnada y azul, con el cuello en el centro. La palabra poncho que aplica siempre el autor inglés, no corresponde a nuestro dialecto popular y como otras muchas fue recogida por el legionario británico en sus andanzas por otros países suramericanos.

Nota del traductor.

[39] Respecto al trato que daban a Páez sus llaneros, es oportuno citar lo que dice otro militar inglés que sirvió bajo sus órdenes y que el mismo jefe de los Llanos copia en su *Autobiografía:* "Era muy común ver a uno de estos bribones acercarse al general Páez, llamarle tío o compadre y pedirle lo que necesitaba, seguro de que el buen corazón de este no se negaría a concederle lo que le pedía. Si estaba ausente cuando ellos querían verle, iban por todo el campo o el pueblo en busca suya, pronunciando aquellos nombres con voz estentórea hasta que él los oía y accedía a la petición que le hacían. Otras veces, encontrándose de servicio, y cuando él estaba comiendo (lo que hacía

regularmente en el campo) se le antojaba a uno de ellos un pedazo de tasajo u otra cosa cualquiera que él iba a comer; con la destreza que le es peculiar el antojadizo iba por detrás y se lo arrebataba de la mano. Entonces él, riéndose le decía: "¡Bien hecho!".

Acumular citas en este capítulo sobre la incivilidad de los "centauros", sería el cuento de nunca acabar; pero no pasaremos inadvertido que tanto el autor de esta narración como el escritor citado por Páez, se muestran muy admiradores del caudillo llanero, a pesar de esos usos y costumbres, que debían chocar con los hábitos sociales y la disciplina militar de cualquier soldado europeo, como repugnaban a los oficiales venezolanos o neogranadinos a quienes tocó figurar por algún tiempo en las filas apureñas. ¿Qué atractivo especial ofrecía Páez a los militares ingleses que tanto en sus opiniones como en otras circunstancias le demostraron preferencia? Sin duda el simple contraste, porque Páez, además de su homérico arrojo, debía parecerles el tipo del guerrero autóctono, semibárbaro y semidesnudo, que prevalece aún en nuestra propia imaginación criolla cuando comparamos el recio conquistador, armado de todas armas, con el indígena que dispara el arco o blande la macana en lucha desigual. Por ahí deben de rastrearse muchas de estas hondas simpatías que se granjeara Páez entre estos oficiales extranjeros, sin regatearle desde luego, la profunda influencia de su ascendiente personal.

Nota del traductor.

[40] Alude a José Gabriel Pérez, entonces secretario del Libertador, el cual parece identificarse con el personaje que ejerció iguales funciones al lado de Arismendi, durante los sucesos de Angostura, a que se refiere el capítulo precedente, pues consta que para entonces se hallaba en aquella ciudad. Zea, en carta dirigida al Libertador el 28 de septiembre de 1819 y a la cual nos hemos referido en otra ocasión, dice

así: "…me olvidé decir que el Srio. Pérez, ahora Audr. Gl. del Ejto. de Mariño, fue uno de los principales agentes de la Conspiración, que no fue otra cosa la que produjo esta mutación de escena; pero lo que yo no puedo creer es que él supiese que era dirigida contra V., como muchos decían, y en el día es cosa averiguada". Sin embargo, Pérez conservó su cargo al lado de Bolívar, figuró como Secretario en la famosa Conferencia de Guayaquil y en el Perú acompañó al Libertador.
Nota del traductor.

[41] La imprenta de Angostura no era en realidad la única existente en Venezuela en 1819. El autor yerra también sobre los orígenes de aquella, pues consta que José Miguel Istúriz fue despachado por el Libertador en 1817 para que trajese de Jamaica elementos de guerra y una imprenta; esta llegó a Angostura en septiembre del propio año y fue instalada en la casa de Luis Cornieles, junto al parque de artillería; costó 2.200 pesos, acerca de cuyo pago decía el Libertador el 31 de octubre a los señores José María Ossa, contador de las Cajas de Angostura, y Vicente Lecuna, tesorero nacional:

"El ciudadano Jph. Miguel Istúriz, ha traído por cuenta del Estado una imprenta cuyo valor, de 2.200 pesos, le es deudor, y a cuenta de esta cantidad se le han franqueado 25 mulas a 45 pesos cada una, que embarca en la Goleta *María,* su capitán Juan (francés). Lo que le aviso a ustedes para que permitan el embarque, y abran cuenta al ciudadano Istúriz". *Archivo de Angostura.* (Noticia extractada de un artículo del señor L. Duarte Level, inserto en *El Cojo Ilustrado,* N.º 529, año XXIII, 1.º de enero de 1914).

El establecimiento tipográfico estuvo a cargo de Andrés Roderick hasta 1821 y allí se editó *El Correo del Orinoco;* la prensa, modelo Washington, figura en el Museo Bolivariano de Caracas.

Nuestro consciente y erudito bibliófilo e historiógrafo Manuel S. Sánchez posee interesantes anotaciones y documentos, recogidos con la mira de escribir la historia de la imprenta en Venezuela; y entre los cuales hay minuciosos pormenores acerca del taller de Angostura. La publicación de obra semejante constituiría magnífica contribución al estudio de un pasado glorioso, cuyos antecedentes yacen ocultos en archivos ignorados y dispersos en libros por su mayor parte desconocidos no solo del público, sino de los propios investigadores.

Nota del traductor.

[42] El maremare es un aire indígena, respecto al cual da los siguientes pormenores el doctor Lisandro Alvarado, en el estudio "Noticias sobre los caribes de los llanos de Barcelona", publicado en el número tercero de la efímera revista. De *Re Indicas*, "No tienen los actuales caribes danzas tan variadas como las de las tribus maipures del alto Orinoco. Puede decirse que solo una bailan en todas sus fiestas, y esta se conoce vulgarmente con el nombre de *maremare,* aunque ellos mismos no le tienen en su lengua tal designación. El señor José B. Gómez asegura que tanto el nombre del *carrizo* como el de la planta que produce las cañas con que hacen ese instrumento se llaman en caribe *mare,* y que de allí viene el nombre del son y el de la danza. Bien puede ser, aunque por nuestra parte no hayamos oído la voz con tales acepciones entre caribes. Tampoco nos pareció terminante lo que nos aseguraba el doctor Bousignac, del Callao, que la voz tenía analogía con la manera graciosa de andar a la *tigana,* ave que nombran maremare los indios Arecunas. Lo cierto es que *maremare* quiere decir "cañafístolo" en caribe y que la voz tiene formas análogas en tamanaco, galibí y calínago, con la propia significación. El carrizo lo llaman los Caribes *berekosi.*

"Sea como quiera existen aires variados para la danza dicha, rítmicamente arreglados al compás binario, y los integran, como en toda música bailable introducida por los españoles, dos partes de ocho compases cada una. Con algunos de los aires del *maremare* han reemplazado las ayas regionales al antiguo y olvidado *Malbruc* o mambrún, traído por los españoles a América y usado aquí para arrullar a los chiquillos.

Cuando a la danza misma, ejecútase en conjunto, enlazados por parejas o en alas, a cuyo efecto, estando a la derecha la pareja, un caballero pasa por la espalda de esta su brazo derecho apoyando la mano sobre el hombro correspondiente de la pareja, mientras que con el brazo izquierdo rodea la cintura de la pareja de la izquierda apoyando la mano sobre el cuadril respectivo de esta. Dispuestos por pares, van estos unos tras otros describiendo círculos y moviendo alternativamente los pies adelante y atrás. Puestos en alas hacen igual movimiento de pies, y apenas cambian de posición. El paso es por consiguiente grave y monótono en extremo, y la misma melodía seríalo también a no estar a veces instrumentada mediante varias zampoñas con acordes invertidos. Los bailarines hacen, además, copiosas y frecuentes libaciones, y en esa faena pueden pasar toda una santa noche".

Nota del traductor.

[43] Acto I, escena V.

Nota del traductor.

[44] Estos sonajeros son las escandalosas maracas de las murgas populares. "La *maraca* se hace con el calabazo, o fruto de *totumo,* las cuales después de asada y extraída la pulpa y horadado convenientemente se le introducen semillas de capacho y un palillo o mango que sirve para agitarla. Es un instrumento usado en ciertos bailes populares.

Hácense asimismo de metal para entretenimiento y solaz de los niños. "En las diversiones llamadas *joropos* imitan con las maracas el empleo de las castañuelas". — Salvador N. Llamozas. *Ensayo sobre el Arte en Venezuela, II.* (Julio Calcaño, *El Castellano en Venezuela,* 1027).

[45] El coronel Antonio (y no Esteban) Rangel, nació el 13 de junio de 1788; los sucesos de 1810 to sorprendieron cuando acababa de concluir estudios y de doctorarse en jurisprudencia; desde entonces se incorporó al movimiento revolucionario y ya por los años de 1812 y 1813 milita en las caballerías de Barinas; sirve más tarde a las órdenes de Páez y se destaca por su bravura en las campañas contra Morillo; asiste a la batalla de Carabobo el 24 de junio de 1821, donde aquilata su justo renombre y muere en Maracaibo el 24 de septiembre del propio año.

Era hijo de Juan José Rangel y de doña Nicolasa Becerra Morillo, ambos criollos; el primero de claro abolengo por los Rangel de Cuéllar, conquistadores y fundadores de ciudades. El don Cipriano Rangel, que le atribuye como padre a nuestro héroe el autor de la narración, carece de identidad.

El Dr. Vicente Dávila, autor de *Próceres merideños*, ha tenido la cortesía de suministrarnos los siguientes datos genealógicos:

"'Los Rangel de Cuéllar. (1). —Antón Esteban Rangel, capitán conquistador y poblador, fue de los compañeros de Pedro de Ursúa en la conquista de los Musos, donde salió herido de flecha enherbolada; del mismo Ursúa y de Ortún Velázquez de Velasco en la fundación de Pamplona en 1549, y de Juan Maldonado en la de San Cristóbal, la cual tuvo efecto el 31 de marzo de 1561; allí fue uno de los primeros alcaldes, junto con Francisco Suárez. Casó con la española Juana de Rangel, y murió a manos de los motilones del río Zulia, siendo su encomendero.

Padres da

(2). -Alonso Esteban Rangel, fundador de Salazar de las Palmas en 1583, donde fue Alcalde por dos vidas, casó con María de Cuéllar.

Padres de

(3). -Sebastián Rangel de Cuéllar, conquistador de los Motilones, casó en Mérida con la viuda de Alonso de Ribas, llamada Isabel de Cerrada, hija del conquistador y de los fundadores de Mérida, Hernando de Cerrada, y Encomendera de indios. Sebastián murió en 1630.

Padres de

(4). -Fernando Rangel de Cuéllar y Cerrada, Alcalde Ordinario de Mérida, en 1658.

Padre de

(5). -Nicolás Rangel de Cuéllar, Alcalde Ordinario en 1693, y fundador de una Capellanía en 1746 con tierras de Zurbarán y llanos de Pedrazar, casó con una Ospina.

Padres de

(6). -El Maestre de Campo Clemente Rangel de Cuéllar y Ospina, Alcalde en los años de 1720, 21 y 26, casó con María Briceño del Toro.

Padres de

(7). -Antonio Rangel de Cuéllar y Briceño, que fue el primer patrón de la Capellanía, que fundó su abuelo, y Alcalde de la Santa Hermandad en 1747, y Ordinario de Mérida en 1758 y 59.

Padres de

(8). - Juan José Rangel de Cuéllar y Briceño, nació en Mérida cerca de 1750 y casó con Nicolasa Becerra Morillo. Fue de los Comuneros de Mérida que siguieron las aguas de los del Socorro en 1781, y tomó parte en los sucesos de 1810, a pesar de su avanzada edad.

Miembro del Ayuntamiento en 1813, contribuyó al esfuerzo del Canónigo merideño Uzcátegui Dávila para la reconstrucción de Mérida, destruida en parte con el terremoto del 26 de marzo de 1812; tuvo que abandonar la ciudad nativa en septiembre de 1814, cuando el éxodo de los patriotas merideños, logrando regresar de San Antonio del Táchira en 1815.

Padres de

(9). -El Dr. y Cnel. Antonio Rangel, Prócer merideño, nació el 13 de junio de 1788 y murió en Maracaibo, de fiebre, el 24 de septiembre de 1821. Casó en Mérida con Rosalía Pacheco, hija del prócer merideño Santos Pacheco, que llegó a Coronel.

Padres de

(10). -Carlos Rangel Pacheco, nacido en Mérida, y hombre público del Táchira, donde casó con Dolores Garbiras. Fue en este estado hombre público por más de medio siglo.

Padres de

(11). -Carlos Rangel Garbiras, médico y jefe de partido de Venezuela, de una actuación de 30 años en la política. Casó en Caracas con Ana Teresa Báez Elizondo. Tienen varios hijos.

Nota del traductor.

[46] Todo este relato es pura fantasía y el autor incurre en errores fundamentales de carácter geográfico, como el de tergiversar el itinerario de Bolívar en la campaña de 1813 conduciéndolo directamente de Nueva Granada a la provincia de Cumaná. Por este y otros lapsus análogos, el narrador parece ignorar la topografía del país, fuera de los Llanos. Los nombres de ciudades y lugares los estropea también a vuelta de hoja; por ejemplo *Vigorima* y *Arauri,* en este capítulo. Es cierto que se trata

de un escritor inglés, y que en el caso presente, relata de oídas porque no vino a Venezuela, sino de 1817 a 1818, pero aun así no se explica que confunda provincias tan distantes entre sí como las de Trujillo y Cumaná; más adelante, hablando de Zaraza, parece suponer que la misma provincia de Cumaná es limítrofe de la de Maracaibo.

Nota del traductor.

[47] Como ya lo hemos observado, el autor de esta narración no se cuida de ser fiel al texto en estos epígrafes. El presente corresponde al acto V, escena I, de *El Mercader de Venecia*, pero aquí se construye una parrafada con frases que Shakespeare pone en boca de diversos personajes. He aquí el orden lógico:

Lorenzo.- La luna resplandece: en noche como esta, cuando la blanda brisa acariciaba suavemente la tranquila arboleda, en noche semejante, sin duda, Troilo escaló las murallas de Troya y envió su alma en suspiros hacia la tienda de los griegos donde Créssida reposaba aquella noche.

Jessica.- En noche semejante, Tisbe hollaba el rocío con paso tímido y viendo la imaginaria sombra del león, huyó espantada.

Nota del traductor.

[48] El autor de la narración habla de panteras, pero propiamente en los Llanos y comarcas del Orinoco los jaguares, o tigres, como se les llama generalmente, son las fieras que abundan en mayor número.

"Hay tigres negros, dice Codazzi en su geografía, con manchas que resaltan del mismo color: son más sanguinarios que los otros y se encuentran solo en las selvas de la Guayana, mientras que la otra clase vive en todos los bosques del resto del país". Respecto a la pantera,

dice el propio geógrafo: "En la parte elevada de las serranías de Nirgua, Aguacaliente y Perijá existe el tigre pantera. Sus manchas son más menudas que las del jaguar y mayor su voracidad.

Cuanto a jabalíes, en Venezuela no se conoce sino la especie de las váquiras, animal que suele andar en grandes manadas y es muy temible cuando acomete. En este género figura también la váquira de collar. Existe además el marrano alzado o cimarrón, cuya índole y colmillos nada tiene que envidiar a los del propio jabalí.

Nota del traductor.

[49] Los caballos *mansos a la rienda* no son muy comunes, por lo cual alcanzaban precios mucho más altos en Barinas y otros lugares del país, que los únicamente mansos al *cabestro.* Se les solicita como caballos de caza y de guerra.

Nota del traductor.

[50] Indudablemente el autor confunde al jaguar o tigre con la pantera, puesto que las señales que da de esta última corresponden con las fechorías que comúnmente se le atribuyen al primero. Codazzi dice que el tigre "puede arrastrar su presa hasta su guarida, aunque sea un buey o un caballo, para satisfacer su hambre sin temor". No hay duda de que si ello no es la regla general, sí suele ocurrir el caso.

Nota del traductor.

[51] A título de curiosidad ampliaremos esta noticia con la que trae la *Historia* de Fray Pedro de Aguado, sobre el castigo de aperreo infligido en Nombre de Dios, a unos negros salteadores, capturados en un combate por los españoles.

"Esta justicia se hizo de esta manera: que poniendo en la plaza pública de esta ciudad una maroma gruesa atada desde el rollo a la más cercana ventana de la plaza y en ella seis colleras de hierro, pusieron los negros desnudos en carnes por los pescuezos en estas colleras y con unas delgadas varillas en las manos.

"Entre estos esclavos así presos estaba uno a quien los demás tenían por su prelado espiritual y lo tenían honrado con el título de Obispo, el cual en cierta supersticiosa y herética forma, los bautizaba y catequizaba, y predicaba y hacía otra manera de ceremonias que ellos llamaban celebrar o decir misa, las cuales cosas y otras que con abominable superstición habían tomado por religión, estaban todos estos negros tan impuestos y arraigados, y las tenían por tan fidedignas y verdaderas, que aunque en el artículo de la muerte muchas veces fueron exhortados a que se redujesen y volviesen a la fe católica, que era el bautismo que habían recibido y protestado, jamás lo quisieron hacer: antes, a imitación de otros luteranos, pretendían dar a entender que aquellas rústicas y vanas ceremonias de que usaban, eran verdadera religión, lo cual muy particularmente sustentaba el negro obispo, porque, siendo exhortado él y los demás a que recibiesen la muerte como cristianos confesándose y recibiendo este sacramento de la confesión y absolución, con el cual y con la contrición que enteramente tuviesen se salvarían mediante los merecimientos de la muerte y pasión del Hijo de Dios, respondió, el bárbaro con señales de ánimo endemoniado, que ya deseaba estar muerto, porque con su muerte y la de sus compañeros pretendía haber entera venganza de la gente de aquel pueblo, porque yendo en espíritu a su tierra traerían copia de gente con que de todo punto destruirían y asolarían la ciudad, por lo cual no pensaba apartarse de la religión, que él y los suyos tenían, sino en ella entendían vivir y morir.

"Los demás negros dieron la misma respuesta que su obispo; y así los verdugos soltaron ciertos mastines, perros de crecidos cuerpos, que a punto tenían para este efecto, los cuales como ya los tuviesen diestros o enseñados en morder carnes de hombres al momento que los soltaron arremetieron a los negros y los comenzaron a morder y hacer pedazos, y como los negros tenían en las manos unas delgadas varillas con las que se defendían, o amenazaban a los perros, sin poder con ellas hacerles ningún daño, érales esto ocasión de encender e indignar más los mastines, y así este animal iracundo más que otro ninguno, con grandísima rabia echaban manos con los dientes y presas de las carnes de estos míseros negros, de los cuales arrancaban grandes pedazos por todas partes, y aunque en estas agonías y trábalos de muerte eran persuadidos los negros que se redujesen a la fe, jamás lo quisieron hacer; y así después de bien desgarrados y mordidos de los perros, fueron quitados de las colleras y llevados a una horca que algo apartada del pueblo tenían hecha y allí los ahorcaron, con que acabaron de pagar la pena que justamente merecían recibir por su alzamiento y traición".

Nota del traductor.

[52] Siendo el caballo el objeto más valioso en concepto del *llanero,* habitualmente lo ofrece a guisa de garantía: "¡Apuesto mi caballo!" o jura por él así: "¡Que se caiga muerto mi mejor caballo si…!", etc.

En apoyo de lo que dice el autor de esta narración acerca del apego que profesa el llanero a su caballo, puede citarse un episodio preliminar del famoso combate de Mata de Miel, cuando Páez se acercó tanto a retar al enemigo que una bala le mató el caballo, penetrándole por un ojo. El caudillo apureño refiere lo que sigue en su *Autobiografía*: "… y tomando entonces el caballo de uno de los dragones, me

reuní con mis tropas, a quienes les dirigí la más estupenda proclama que jamás ocurrió a general alguno. Lleno de pesar por la pérdida de mi caballo: —¡Compañeros, les dije, me han matado mi buen caballo y si ustedes no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo me lanzaré solo a perecer entre las filas enemigas! Todos contestaron: "Sí, la vengaremos". En esta célebre acción el enemigo, según el mismo Páez, tuvo una pérdida de 500 prisioneros, 400 muertos, 3.345 caballos y gran número de lanzas y fusiles, cogidos por los patriotas. La crítica histórica puede pesar y contrapesar en balanzas ultrasensibles lo que Páez califica de batallas, y sus consecuencias militares, pero es lo cierto que el caballo ejerció en la emancipación de nuestra América una acción inapreciable que justifica la presencia del nobel bruto en el emblema de la República. La arenga de Páez era ya un homenaje merecido al compañero de fatigas y sacrificios, más tarde víctima de epizootias que amenazan aun el exterminio de la especie. Bien pudiera el caballo servir de modelo a alguno de nuestros escultores futuros, capaces de comprender y verter en el bronce toda la pujante energía de la tierra venezolana, pues el corcel de batalla no tuvo en lo material menos alcance que el brazo y la inteligencia en la creación de la Patria.

Nota del traductor.

[53] La cita corresponde al acto II, escena II de la comedia *La duodécima noche o Como gustéis*.

Nota del traductor.

[54] Este epígrafe corresponde al Acto IV, escena I de la comedia shakesperiana *Two Gentlemen of Verona*. Hablan el 3th Outlaw (tercer

bandido y Speed (Aligero), nombre que traductores franceses y españoles convierten en Relámpago.

Nota del traductor.

[55] La picana o aguijada que se usa en la América del Sur, es un arma formidable, parecida a la lanza, con una férrea y burda punta, casi de una pulgada de largo.

Nota del traductor.

[56] El *Chambeco* es el alegre, *más* perverso duende de las sabanas, que por algunos respectos corresponde con el "Robin Goodfellow" de nuestros antepasados. Los llaneros de Barinas creen que se divierten haciéndoles malignas travesuras a caballos y ganados vacunos.

Nota del traductor.

[57] Esta lucha cuerpo a cuerpo, esta especie de juicio de Dios, que describe el autor de *Las Sabanas de Barinas*, constituye una escena típica que podría ratificarse con escenas de la vida del propio general Páez, quien no debió la inquebrantable autoridad alcanzada sobre los llaneros, sino a incidentes semejantes a los que aseguraron el predominio de Vicentico Hurtado. El mismo autor anónimo de esta narración identifica la persona del jefe de la cuadrilla de salteadores en su obra *Campañas y Cruceros*, publicada ya por Cultura Venezolana, en cuyas páginas recordará el lector haber leído las peripecias que ocurrieron al oficial inglés que narra estos hechos, después de la derrota de La Puerta, cuando tuvo que huir por un territorio desconocido, hasta dar en el campamento de Vicentico, a quien retrata así: "negro de elevada estatura, con formas musculares, cuyo rostro estaba lleno de cicatrices, y que

no tenía más que tres dedos de la mano derecha. Su traje, aunque no fuese uniforme, estaba en muy buen estado y era, evidentemente, fruto del pillaje".

Nota del traductor.

[58] La cita pertenece a la segunda parte, acto V, escena I, y como ya lo hemos observado, el autor extracta algunas frases de un período completo, para adaptarlas a su propósito.

Nota del traductor.

[59] Aquí el autor confunde el nombre del bonachón mayordomo con el de Neculpichuy.

Nota del traductor.

[60] Siempre escrito *papitas* en el original inglés.

Nota del traductor.

[61] *Huaco,* en el original. Es una de las muchas palabras indígenas que el autor emplea como pertenecientes a los dialectos de nuestras tribus.

Nota del traductor.

[62] En esto de la huaca y del trono de los incas vuela libremente la imaginación del autor por lo menos cuanto a las tribus nuestras, aunque el propio Miranda echó las bases de una constitución incaica, apartándose de toda realidad política y sociológica.

Nota del traductor.

[63] Nuestro eminente amigo el Dr. L. Alvarado, obliga nuestra gratitud suministrándonos la siguiente carta que le escribió una descendiente del general Zaraza, de acuerdo con un cuestionario formulado por nosotros para esclarecer diversos puntos de esta narración, referentes a aquel prócer:

Tucupido: mayo 14 de 1921.

Sr. *D. L. Alvarado*.- Caracas

Mi estimado Dr. y apreciado amigo:

Como verá Ud., he tratado de llenar las respuestas del cuestionario; pero no todas son precisas, porque algunas se refieren a hechos que nunca había oído mencionar, y otras, a otros que si pasaron, o que no se pueden negar, no sé la fecha ni cómo sucedieron.

El Gral. Pedro Zaraza nació en el pueblo de Chaguaramas por los años de 1774 a 1775, porque su sobrino Pedro Zaraza que lo conoció y estuvo con él en Caracas hasta 1825, en que murió, me decía que para esa fecha tendría el Gral, como 50 años.

En La Pascua persisten en creer que nació en su jurisdicción, alegando la opinión de don Benito Escobar, anciano nonagenario, quien dice que fue en La Clemencia; pero la opinión citada de aquel deudo del General debe ser más respetada, quien lo sabía por referencia del mismo prócer y de sus tías las hermanas del General; por otra parte, don Benito Escobar es por lo menos 30 años de menor edad que mi referido deudo, y este que nació antes de la guerra de la Independencia tuvo lugar de conocer posteriormente al mismo General Zaraza, a muchos de los jefes que actuaron con él en aquella lucha y a infinidad de personas de aquel tiempo.

El lugar donde dice Escobar que naciera el General Zaraza, era un hato de don Francisco Zaraza, padre del General, cuyo hato se denominaba

"El Eneal" (hoy La Clemencia), y para la fecha de la independencia tenía una buena casa de tejas, que alegan como residencia de don Francisco Zaraza, sin saber que no era más que un hato suyo y que él tenía otra casa y su familia en el pueblo de Chaguaramas.

El General Pedro Zaraza comenzó a militar en 1812.

No sé si acompañó a Miranda, pero es probable que fuera incorporado a su ejército.

Ignoro, dudo y casi niego que hiciera una campaña por Maracaibo donde salió herido; quizás esto se refiera a su expedición a Maracay en 1818, mandado por el Libertador. Solo se sabe que fuera herido en el combate librado en La Pascua en mayo de 1814 contra fuerzas que lo sitiaron cinco días en aquel pueblo.

Después del triunfo de Monteverde se mantuvo, aunque muy perseguido, en el oriente de la provincia de Caracas y sur de Cumaná, hasta el arribo en 1813 de los patriotas Piar, Mariño y Bermúdez, a quienes se incorporó, y contribuyó con el primero a la derrota de Monteverde en Maturín.

Solo sé que fuera sorprendido en mayo de 1816 en el morichal "Francisco Hermoso" en un lugar denominado "Paso de Butaque", lugar este de la jurisdicción del distrito Infante, en la margen izquierda del río Manapire, hacia los potreros de Santa Rita: el jefe que lo sorprendió fue el posteriormente célebre don Tomás García. También sé que fuera sorprendido por Morales, en una hacienda por los lados de Maracay en la expedición citada; quizás pueda suceder que alguna de estas sorpresas la hayan citado con el nombre de Bergantín, a no ser otro que yo ignore. Nunca he oído mencionar nada referente a su prisión en las bóvedas de La Guaira, ni del indio Neculpichuy, ni de la hacienda Peñuelas. -Amigo y apreciado: *L. A. Zaraza.*

Cerraremos esta nota diciendo que las casamatas de La Guaira a que tanto se alude en este capítulo, son las famosas *bóvedas,* cuyo empleo como prisiones de Estado se prolongó por muchos años durante la República. El autor de *Las Sabanas de Barinas* comete muchos errores en materia de geografía de Venezuela, porque apenas conoció el centro del país en la campaña de 1818, y en circunstancias muy azarosas, cuando asistió a la batalla y rota de La Puerta.

Nota del traductor.

64 Poema de Byron, Canto II, estrofa 12.

Nota del traductor.

65 En *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica*, se lee: "Cuando Bolívar hacía la campaña de Apure, fue destinado Padilla a la escuadrilla republicana que prestó tan buenos servicios en las aguas del Oriente de Venezuela; y luego en 1819, al mismo tiempo que el Libertador emprendía la gigantesca campaña de Casanare para libertar la Nueva Granada, servía Padilla, bajo Brión, en la escuadra que llevaba fuerzas republicanas a las costas granadinas.

Nota delt Traductor.

66 Podría creerse por la frase del autor, que Urdaneta se hubiera incorporado a Bolívar en esta ocasión, pero lo cierto es que el primero de estos generales se encontraba por entonces organizando una expedición que desde Oriente debía invadir la costa de Caracas, en combinación con las operaciones del Llano y la cual nunca llegó a efectuarse. Urdaneta no sube el Orinoco sino más tarde, después del paso de los Andes, y de la liberación de Nueva Granada, cuando fue

ascendido a Comandante General de la Guardia colombiana, por la muerte de Anzoátegui, ocurrida en Pamplona.

Nota del traductor.

67 Según refiere Páez en su *Autobiografía*, y lo ratifican documentos oficiales, el Libertador llegó al cuartel general en el Caujaral de Cunaviche, a fines de marzo de 1819, con la resolución de buscar y atacar a los realistas, habiendo tomado de paso el mando de la infantería que estaba en La Urbana, isla del Orinoco. Después atravesó el río Arauca por San Juan de Payara y marchó hacia Achaguas con el propósito de combatir a Morillo. Durante esta marcha ocurrió el encuentro de La Gamarra, no del todo favorable a los patriotas; a este combate sucedió el de Las Queseras del Medio.

Nota del traductor.

68 La villa de Achaguas, según Codazzi, fue en su origen una misión fundada por fray Alonso, en 1774, y lleva el nombre de los indios que habitaban por entonces la grande isla formada por el Apurito, y limitada por este al Payara, brazo del propio río. Achaguas fue la capital de la provincia de Apure, erigida en 1824, en territorio que pertenecía antes a la provincia de Barinas.

Nota del traductor.

69 El biógrafo de Morillo, señor Rodríguez Villa, da en el siguiente párrafo una idea exacta de las penalidades que padecieran las tropas realistas en las campañas de los Llanos: "Los trabajos, penalidades y sufrimientos de las tropas reales en esta campaña fueron indecibles. Días hubo en que atravesando las llanuras que formaban horizonte,

no encontraban los soldados un mal charco en qué apagar la sed ni templar el calor que les ahogaba. Otras veces, por el contrario, después de marchar siete leguas, de ellas cuatro entre fangales y esteros de mayor altura que la cintura, se vio el soldado en la necesidad de pasar un caño de 70 varas de latitud a volapié, o sea, con el agua hasta la boca, sin haber tomado apenas alimento ni aun quedarle esperanza de poder atajar su hambre. Si a tan tremendas privaciones y trabajos se añaden los continuos peligros que en aquellos países cercaban siempre al hombre de guerra, no se puede menos que confesar que vivían de milagro. Los menores que podían asaltarle eran los de las armas, que despreciaban por haber nacido entre ellos. El biógrafo continúa haciendo una enumeración de plagas, caimanes, rayas, peces caribes, tembladores, ofidios y alacranes, enemigos con que también tenían que habérselas los soldados expedicionarios, y el cuadro que traza de todas estas calamidades, no peca por la crudeza de sus colores. Aun pudo haber agregado la fiebre y la mala alimentación para darles los últimos toques a su pintura, la cual puede comprender asimismo la situación de las huestes patriotas, excepto la gente llanera que por haber nacido y vivido en aquel territorio arrostraba mejor los infortunios de la campaña. En las *Memorias* de O'Leary, tomo XVI de documentos, páginas 319 y 320, insértase una curiosa nota de Bolívar para un archivo, bajo un simbólico borrón de tinta. Era el caso que el oficial en cuestión había pedido pasaporte para Angostura, a causa de las privaciones que padecía y a las cuales no podía acostumbrarse. El Libertador le contestó desde el Paso Caraballero a 17 de abril de 1819, y entre otras cosas le decía: "Me es bien sensible tener que contestar a U., negativamente, para no dar al ejército un ejemplo escandaloso y que sería la ruina y disolución de él. Si todos los que sufren las mismas privaciones que U., solicitasen también su licencia, el ejército desaparecería y no habría quien continuase la campaña". Las citas pudieran

multiplicarse de modo indefinido, pero tratándose de las privaciones y calamidades características de la guerra en los Llanos por la época de la emancipación, huelgan en realidad los alardes eruditos.

Nota del traductor.

[70] Guarismo a todas luces exagerado, pues todo el ejército expedicionario no pasaría de siete mil plazas.

Nota del traductor.

[71] Había nacido en Canaguá, provincia de Barinas, en 1792.

Nota del traductor.

[72] Tomado de una canción popular de Venezuela correspondiente a los primeros tiempos de la revolución, cuando comenzaron a desdeñarse los tratamientos españoles, tales como *Usía* y *Vuecencia.*

Nota del traductor.

[73] Aquí parece que en vez de Barragán, el Oidor, debe nombrarse a Ibáñez, padre de la novia. Ya el autor ha incurrido en lapsus parecido, confundiendo el nombre de Perucho con el del cacique Neculpichuy. Capítulo XX.

Nota del traductor.

[74] Como queda explicado en capítulo precedente el apellido de la mujer de Páez era Ortiz, por donde este de Palmar atribuido a su hermano entra en el orden fantástico que caracteriza parte de esta narración.

Nota del traductor.

[75] Codazzi, en su *Resumen de Geografía de Venezuela*, hace la siguiente descripción de estas formaciones orográficas, y refiriéndose al grupo de montañas de Parima: "No es una cadena continuada sino un agrupamiento irregular de montañas separadas unas de otras por planicies y sabanas. Se ven largas y estrechas hileras con cimas peñascosas y cortadas en prismas informes que van en diferentes direcciones, y que de repente se pierden en las espesas selvas. Cerros altos y unidos en grupos desordenados, con faldas rápidas, con cimas desnudas que parecen dominar las llanuras que los circundan, y en sus bases se ven, como archipiélagos de islas, formados por unas inmensas peñas aisladas y agudas, otras redondas y muchas destrozadas, todas de un color negro y sin vegetación, que se extienden a grandes distancias, dejando en duda, si aquellos son restos debidos a la descomposición lenta de las aguas o más bien alzamientos parciales o generales producidos por las explosiones subterráneas que hayan levantado la superficie de nuestro planeta. Promontorios pequeños asoman sus peñascosas cimas sobre los más altos árboles como monumentos escondidos en los bosques; otros más pequeños aún quedan ocultos bajo espeso follaje. En las sabanas se ven esparcidas peñas enormes quebradas y amontonadas unas sobre otras, que a lo lejos nos parecen reliquias de monumentos. Al considerar las sabanas y bosques de la Guayana, parece que se están mirando las ruinas de una antigua e inmensa ciudad, en la que el tiempo solo ha conservado algunos restos informes, por lo que con dificultad se puede percibir la verdadera estructura y configuración de los destruidos edificios y menos aún la distribución de las diferentes calles".

Nota del traductor.

[76] El mismo Codazzi, dice: "En el cerro del tirano y en la roca Tecoma se encuentran figuras simbólicas toscamente esculpidas, representando el

sol y un animal grande; puede ser el tapir. A algunas leguas de la Encaramada se eleva en las sabanas la peña de Tepumereme (roca pintada) que ofrece figuras de animales y pinturas simbólicas, semejantes a las de Caicara. Los picos del cerro del Barraguán, aislados, y sus cuestas escarpadas, desprovistas de vegetales, le dan un carácter imponente. Estas formas raras eran miradas como los abuelos y antiguos jefes de la tribu de los Otomacos y en las cuevas que existen en este cerro se encuentran muchos esqueletos".

Nota del traductor.

[77] En el citado *Resumen de Geografía de Venezuela*, se lee, hablando de las Misiones del Caroní: "Si en lugar de frailes hubiera habido una sociedad emprendedora con los medios que ellos tenían, estarían en el día (1841) estos lugares bajo otro pie. No se crea que los indios reducidos a las misiones se debieran a los esfuerzos de aquellos misioneros. Fue a los colonos que habitaron el país desde 1576 a 1724, a quienes se debió la reunión de los indígenas, pues en aquella época los misioneros candelarios, observantes, jesuitas y capuchinos, todos habían venido y desocupado el país, como lo especifica Fr. Félix Targa en una relación escrita en 1793. Solo al cabo de un siglo y medio que los colonos militares se mantenían firmes en Santo Tomás, pudieron los capuchinos catalanes fijarse en el Caroní con los indios guayanos, que hacía siglo y medio estaban acostumbrados a tratar con los españoles y a ser protegidos por ellos contra los feroces caribes".

No eran los jesuitas, como dice el autor de la narración que venimos traduciendo, los directores de las misiones, pues estas fueron establecidas allí en 1724 por seis capuchinos catalanes. Codazzi agrega que "en 1734 se fijaron por el gobernador de Cumaná los límites a los capuchinos, desde la mar hasta la angostura del Orinoco; a los padres

observantes, desde Angostura hasta la boca del Cuchivero, y a los jesuitas, desde allí hasta los confines de Nueva Granada".

La observación que hace Codazzi acerca de la influencia de segunda mano que tuvieron los misioneros en la reducción de los aborígenes, puede servir de estímulo para la obra de colonización laica en los extensos y riquísimos territorios nacionales, donde aún vive vida primitiva parte de la población autóctona del país. Al tomar en cuenta la opinión de tan ilustre geógrafo y estadista, la acción de los misioneros no sería tan esencial para el objeto de la reducción, sin que esto equivalga a establecer que deba prescindirse de ella en absoluto, porque no es cosa de ponerse en duda los buenos efectos de la educación religiosa sobre la mentalidad rudimentaria de unas tribus incapaces de adaptación inmediata a los hábitos de la vida civil.

Nota del traductor.

[78] Baralt, en su *Resumen de la Historia de Venezuela,* estudia la acción de las misiones en nuestro territorio, y pone de manifiesto los beneficios y errores del sistema. "Los capuchinos aragoneses de Guayana, dice, más violentos y despiadados que el resto, no solo emplearon estos medios indignos (explotación de los indígenas), sino que en los últimos tiempos renegaron de su ministerio pacífico y se dieron a saltear indios en los montes, para llevarlos a las poblaciones, so pretexto de reducirlos a la vida social. En muchas ocasiones no apresaban sino a los niños, las mujeres y los ancianos, a los cuales retenían para atraer por medio de ellos la parcialidad a que pertenecían. Lográbanlo una vez que otra; mas con frecuencia los indios, por no someterse a la disciplina de las misiones, dejaban en manos de los religiosos las prendas de su cariño, y vueltos fieras con el dolor y el deseo de venganza, hacían guerra atroz a los establecimientos monásticos sin perdonar a

los indígenas convertidos. Por eso no era raro ver llegar a la capital de la provincia diputaciones de indios, pidiendo justicia a las autoridades civiles contra los misioneros; y a estos acusados ante la Audiencia de excesos verdaderamente graves. Por eso, en fin, las Cortes españolas decretaron en 1813 que se entregasen las misiones de Guayana al ordinario eclesiástico, en virtud "de los males que sufren los habitantes, así en lo moral como en lo político". (Cap. XIV, pág. 263 y sig., de. de París, 1 1).

Nota del traductor.

[79] En todo polvorín español, en tierra o a bordo, hay una imagen de Santa Bárbara, porque según se cree la Santa protege a sus devotos contra el rayo y el fuego. El propio sitio toma en lenguaje familiar, el nombre de la Santa, patrona de los artilleros.

Nota del traductor.

[80] En el ejército español usan charreteras los oficiales de menor categoría, incluso los capitanes; los de más alta graduación se distinguen por los galones, o pasamanos de oro que llevan en los puños.

Nota del traductor.

[81] Personaje shakesperiano de *La duodécima noche, o como gustéis.*

Nota del traductor.

[82] Los naturales de Pasto constituyen el tema de muchos cantos suramericanos, en los cuales se alude a sus hostilidades contra la Patria:

El infame indecente pastuso
opuesto a la libertad, etc.

Nota del traductor.

[83] El tuteo indica familiaridad y a veces superioridad. El cambio de *tú* por usted *es* siempre un signo de tibieza, a lo cual alude una tonadilla de Bogotá:

Crecen las amistades
Y el amor sube;
Se acaban los *ustedes,*
Entran los *túes;*
Pero en riñendo
Vuelven como al principio
Los cumplimientos.

Nota del traductor.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Preprensa e impresión
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-440-005-6

Depósito Legal
DC2021001196

Caracas, Venezuela, septiembre de 2021

La presente edición de
Las sabanas de Barinas
fue impresa
en los Talleres
de la Fundación
Imprenta de la Cultura
durante el mes
de septiembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

200
BATALLA DE
CARABOBO

Las sabanas de Barinas Al capitán británico Richard Vowell le correspondió participar en el traslado de familias enteras a un paraje escogido por José Antonio Páez para que vivieran allí "mientras el ejército español continuara en los Llanos". Aquel lugar, al que se llegaba atravesando "un intrincado laberinto de tremedales" y caños "bullentes de caimanes" se convirtió en una aldea de ranchos. Era el año 1818, los llanos eran escenario de duros choques y su población vivía los horrores de la guerra "con mayor intensidad que en cualquier otro periodo de la agitada revolución de Venezuela".

Esta es solo una de las experiencias que Vowell vivió como oficial de las fuerzas republicanas durante la gesta de Independencia. Sus memorias de esos días son una crónica de la guerra que va mucho más allá de los hechos de armas; al tiempo que narra los combates, describe la vida cotidiana de la gente del territorio profundo de Apure (para entonces parte de Barinas). Retrata las costumbres y psicología de los llaneros, su lenguaje, sus creencias y hasta registra las canciones que le componen a Simón Bolívar, a quien dedica interesantes comentarios, igual que a José Antonio Páez.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

ISBN: 978-980-440-005-6